

JACQUES FESCH

DENTRO DE CINCO HORAS
VERÉ A JESÚS

Diario de prisión

© Librairie Arthème-Fayard, 1989

© 1995 by Ediciones Palabra, S. A.

Paseo de la Castellana, 210 - 28046 Madrid

La versión original de este libro
apareció con el título:

DANS 5 HEURES JE VERRAI JESÚS

Journal de prison

Traducción:

© Mercedes Villar Ponz

I.S.B.N.: 84-8239-059-7

Depósito legal: M. 31.180-1995

EDICIONES PALABRA
Madrid

m

Morgan

© 2006 Morgan Software para la presente edición electrónica formato PDF.

Este libro pertenece a una biblioteca circulante. No puede venderse,
alquilarse o imprimirse

INTRODUCCIÓN A LA QUINTA EDICIÓN FRANCESA

En este libro se publica por primera vez¹ el *Diario* íntimo de Jacques Fesch, es decir, su testamento espiritual.

Para facilitar su lectura hemos insertado este inestimable documento en un conjunto de textos que nos permitirán presentarlo primero y mostrar su resonancia después. El esquema es el siguiente:

1.- Una *Biografía* escrita por el padre *André Manaranche* basada en dos obras todavía inéditas, testimonios personales y documentos de archivo. En esta quinta edición hemos profundizado especialmente en los últimos.

2.- Una *Carta* para presentar el *Diario* de Jacques escrita por *Daniel-Ange* de un modo que habla al corazón y despierta nuestro interés.

3.- El *Diario* en sí, núcleo del libro.

4.- Por último, algunos *testimonios* recabados de personas a las que ha hecho vibrar el ejemplo de Jacques.

PARA CONOCER MEJOR A
JACQUES FESCH
André Manaranche

Quinta versión

JACQUES FESCH

6 de abril de 1930 - 1 de octubre de 1957

Nada, excepto una cascada de proposiciones dirigidas hacia mi persona por la familia Fesch *vía*. Daniel-Ange y Jean-Claude Didelot, me impulsaba a escribir esta biografía de Jacques Fesch en el marco de su *Diario espiritual*. Y sin embargo, treinta años después de su muerte, advertí ciertas connivencias: los dos éramos de la misma generación -con unos tres años de diferencia- y tuvimos amigos comunes; sin hablar de otras personas que intervinieron en la vida de Jacques y a las que tuve la suerte de conocer.

Los testigos: dos hombres

Cuando en marzo de 1955 yo, sacerdote todavía joven al servicio de la antigua diócesis de Seine-et-Oise, fui nombrado vicario de la parroquia de Saint-Symphorien de Versailles, Jacques llevaba ya un año en la cárcel. El capellán de la Santé, el dominico padre Devoyod, dirigía mensualmente un retiro espiritual a los sacerdotes de la vicaría y en todas las ocasiones y siempre que se lo permitía la discreción -aunque Jacques le había dado toda clase de facilidades- nos hablaba enfervorizado de su querido preso,

un converso reciente, como lo demuestra una carta lechada el 7 de mayo de 1955 en la que Jacques dice que comulga una vez al mes. Yo sentía interés por aquel desconocido que tenía aproximadamente mi misma edad. El paso de Dios por una vida es siempre un acontecimiento apasionante, sobre todo cuando tiene lugar en trágicas circunstancias y de modo totalmente imprevisto.

Sin embargo, desde mi primer contacto con la familia de Jacques pude comprobar que sus parientes no experimentaban gran simpatía por el capellán -un rudo militar de corazón tierno pero de ideas algo anticuadas, autor de varias obras sobre la delincuencia¹ y declarado partidario de la pena de muerte-. No vamos a pensar que disfrutaba acompañando a los condenados hasta el pie del cadalso. El padre Devoyod, que a lo largo de su vida había asistido a treinta y tres ejecuciones, nos describía en pocas palabras el profundo horror que sentía ante aquel atroz castigo aplicado de madrugada bajo la mirada impasiblemente glacial de unos hombres vestidos de negro. Cuando, con el blanco hábito salpicado de sangre, abandonaba la guillotina para ir a celebrar Misa por el alma del difunto, se sentía trastornado y era incapaz de comer durante todo el día. Únicamente argumentaba como sacerdote, como el sacerdote que deseaba ser²: ponía de relieve el provecho espiritual que

¹ *U's cledinquants* (1955). *Essai sur la edlinquance* (1959). *Ma prison*. lil P. Joan Devoyod (bautizado como Jacques) nació en 1899. Ingresó en los dominicos en 1926. Durante la Segunda Guerra Mundial alcanzó el grado de capitán. De 1947 a 1971 fue capellán en la Santé. Murió el 3 de diciembre ilc 1980.

² Pnru rouli/ur su film *Nous sommes tous des assassins* (1952) André Cayalle consultó al padre Devoyod, pero no se pusieron de acuerdo so-

la aceptación de la muerte había procurado a gran número de condenados, mientras que una cadena perpetua sin duda los habría destruido. Pero ¿puede resolverse desde este aspecto místico un problema que implica ante todo a la moral elemental? ¿Tiene o no tiene un Estado el derecho de matar a alguien para castigarlo, para impedirle hacer daño, para calmar a la sociedad o para intimidar a los criminales en potencia? Por otra parte ¿es eficaz esta disuasión? Y además, ¿es el detenido al que se guillotina después de años de cárcel el mismo hombre que el delincuente aprehendido?

Indudablemente, el sentimiento que experimenta la familia procede de todo lo anterior. Como veremos más adelante, para ellos el capellán es la persona que atestigua y preserva la conversión de Jacques sin ser, sin embargo, la causa. Es el testigo y el garante de un cambio espiritual que la familia tuvo dificultad en comprender y más aún en aceptar. Jacques lo dirá así frecuentemente. Pero los hay que mantienen la opinión opuesta. Según dicen, el padre parecía minimizar la conversión de Jacques llevando de este modo la contraria al abogado Paul Baudet, quien no escatimaba los elogios sobre la fe de su cliente con un entusiasmo que exasperaba al capellán y provocaba en él un asomo de envidia. También mostraba su desacuerdo con el acoso que el abogado, un converso reciente,

bre el personaje del capellán: el mismo padre Devoyod me lo contó. Entonces el realizador, disgustado, caricaturizó la figura del dominico estableciendo un contraste entre dos tipos de sacerdotes: un capellán completamente apático que trata únicamente de adormecer al condenado y un visitante ocasional (un dominico, como es lo obigado) que roza la exaltación. El padre Devoyod no tiene nada en común con ninguno de estos personajes que más parecen dos muñecos de guiñol.

luibia ejercido sobre Jacques para conducirlo hacia Dios sin tardanza; no aprobaba aquella indiscreción, aquel encarnizamiento apostólico que no era de su estilo y que le irritaba. Y además, y para decirlo todo, ¿no le estaba usurpando Baudet su papel, en lugar de desempeñar el que le correspondía como abogado, una actitud que, por otra parte, éste reconoció posteriormente?... El P. Devoyod deseaba también guardar en su corazón de sacerdote unos secretos que no debían divulgarse más que a los hermanos capaces de comprenderlos. Han de transcurrir dos meses desde la ejecución para que hable en una carta de las maravillas que la gracia ha obrado en el alma de Jacques (*Celda 18*, p.194³). Además, el padre tenía una teología propia con la que no todos estaban de acuerdo: consideraba la muerte del condenado como el rescate por el pecado cometido. Comprobaremos que Jacques no excluía tal criterio, aunque su opinión era más compleja. Ve en su suplicio la expiación de sus pecados y los de su familia, pero ofrecerá también la muerte por la conversión de los suyos. Dará gracias a Dios por habersele revelado en la prisión de un modo inesperado y también por salvarle de su debilidad evitándole vivir durante más tiempo. Todo ello forma parte de la expresión «muerte redentora» que emplea con frecuencia.

En cualquier caso, el prisionero no parece haberse enterado de las fricciones que se producen a su alrededor entre los suyos y el capellán, al que le une un afecto sin reservas. Él no le reprocha, como otros, las bue-

¹ Do ahora en adelante emplearemos las siglas CE para *Celiule 18*, I.K para *L'Inicri' sur l'Echafaud* y JS para *Journal spiritual*, con una cifra ODíTcspondicntc a la página del libro y a la fecha del pasaje citado.

ñas relaciones que mantiene con la administración. Ciertamente, el director de la prisión, señor Mariuni -del que hablaré más adelante-, se reunía con el P. Devoyod tres o cuatro veces por semana. Esta amistad no tiene nada de sospechoso, sino todo lo contrario: nos demuestra que, sin interferir en el papel del capellán ni ahondar en sus secretos, el administrador tenía inquietudes más profundas y no desdeñaba solicitar ayuda para comprender mejor a los detenidos. Sería un error imaginar algo más que una complicidad en el bien. Y ¿por qué a priori no habría de establecerse esta relación con el director de la cárcel?

En aquella época, entre 1955 y 1961, yo tenía como vicario general (superior representante del obispo) al *canónigo Georges Assemaine*, hoy fallecido.

Este sacerdote intervino en favor de Jacques durante el proceso de 1957. En 1935 había *fundado* la escuela de Saint-Erembert en Saint-Germain-en-Laye (Yvelines) y durante nueve años (desde octubre de 1938 a julio de 1947) acogió y educó al muchacho en dicho establecimiento. Jacques hizo allí la Primera Comunión el día de la fiesta del Corpus Christi, como atestiguan las fotos de grupo hechas en la terraza del colegio. Este acontecimiento se grabó en él tan profundamente que durante su estancia en la cárcel aún conservaba cuidadosamente una de aquellas fotografías⁴. Antes de morir (LE 114, carta del 3 de septiem-

⁴ Sin duda fue su madre quien se la envió a la Santé para recordarle un momento importante de su vida. La señora Guerne, una amiga de la familia invitada a la fiesta, declara que aquel día Jacques no sólo resplandecía de felicidad, sino que estaba invadido por una profunda alegría interior. De vuelta a casa, el señor Fesch y su hijo balanceaban sus brazos unidos en señal de contento.

bre de 1957) se la regaló a su amigo el hermano Thomas en prueba de agradecimiento por haberle ayudado a reencontrar el fervor de su infancia y también para que lo recordara cada vez que abriese el misal. Antes de enviar la imagen, muy «Saint-Sulpice», copió en el dorso tres textos bíblicos de los que los dos primeros nos dan la medida del camino recorrido. En primer lugar, la frase de Jesús a la Samaritana: «Si conocieras el don de Dios» (*Juan* 14,10), un don que él mismo no comprendería hasta su infortunio. Y luego, un pasaje de las negaciones de Pedro: «El Señor se volvió y miró a Pedro» (*Le* 22, 61). A pesar de la alegría que había experimentado el día de la Primera Comunión, Jacques, a sus once años, no captó la hondura de aquel amor misericordioso. Hasta que no llegue a lo más profundo de su miseria y de su arrepentimiento no sentirá la mirada de Cristo posada largamente en él...

El canónigo Assemaine se indignaba entonces porque, en nueve años, los Fesch no habían acudido ni una sola vez a su despacho para interesarse por los estudios del niño. Más tarde, ya anciano y sereno, me decía sonriendo: «Entonces no era costumbre hacerlo». Sin embargo, él había sido invitado por lo menos en una ocasión a la casa familiar (el espléndido chalet de Noailles) en 1947, es decir, al final de la escolaridad de Jacques, con motivo de un bautizo en el domicilio. ¿De quién fue la iniciativa de tal petición? Nos volveremos a encontrar con él cuando intervenga de nuevo en los asuntos de los Fesch con el fin de ayudarles a vivir unos momentos dolorosos⁵.

⁵ Al consultar el expediente Fesch en los archivos de París, encontré

También me entrevisté con el *Padre Lionel Thueux*, entonces prefecto de estudios, quien recuerda a Jacques como un «muchacho amable, pero sin destacar», absorto en un problema interior de orden familiar.

El *Padre André Haim*, prefecto de la división de pequeños, me escribe de modo semejante. Su padre, agente de cambio, conocía al de Jacques por coincidir con él en la Bolsa de París. André no había tenido a Jacques en su división, la de 6°-5°. Solamente conserva, pues, un recuerdo visual del joven: el de un adolescente algo retraído que no jugaba con nadie. El padre Haim, encargado de un círculo de amistad de los scouts, solía visitar la casa de uno de los compañeros de Jacques -otro Jacques E con el que éste se reunía a menudo-, cuyos padres estaban separados y que vivía prácticamente solo, al cuidado de una asistenta que venía durante la semana a hacer la limpieza. Según el P. Haim, Fesch no mostraba ningún gusto por la *vida*, como si, apenas iniciada, sufriera por alguna injusticia, sin duda las malas relaciones de sus padres. Quizá hoy, añade el padre, hubiera probado la droga, ¿quién sabe...?

En su primera carta el padre Haim, que lleva con orgullo su apellido judío, afirma que Georges Fesch contaba también entre sus antepasados con personas de la misma raza. Según él, este hecho explica ciertos aspectos del carácter de Jacques (su temperamento introvertido, su tendencia al aislamiento) y, sobre todo, la fuerza de su conversión. Pero, evidentemente,

una carta del P. Assemaine dirigida al juez Fayon: el sacerdote, entonces párroco de St. Martin de Sartrouville, solicitaba el cambio de fecha de una cita. Era el 11 de septiembre de 1954.

la discreción nos obliga a detenernos aquí. Si la hipótesis fuera exacta, habría que explicar cómo Georges Fesch pudo ocultarlo a su nuera, una Polack, así como al hermano Thomas, también de origen israelita, quien afirma no haber ni sospechado este asunto. Y habría que explicar antes que nada el hecho de que el padre de Jacques se haya convertido en un antisemita furibundo, explosivo y declarado, aunque -como me dicen- esta paradoja sea sólo aparente. ¿Podría ser el rechazo de un ateo sistemático hacia un pueblo cuya historia, se quiera o no, es religiosa? ¿O el distanciamiento por parte de un hombre muy culto de una tradición que su humanismo consideraba demasiado estricta? A causa de las frecuentes relaciones que mantuvo con los alemanes durante la guerra, y teniendo en cuenta las implicaciones políticas y el temor que despertaba la persecución nazi, Georges Fesch tuvo necesidad de demostrar patentemente su antisemitismo.

En una segunda carta André Haim me concreta: «La información procede de mi padre, un hombre cristiano por su bautismo, su práctica y su fe, pero que fue a declararse judío en la alcaldía de Carches donde vivíamos. Para él aquel calificativo expresaba lo que Georges Fesch quizá trataba de ocultar a pesar de las generaciones de conversos que lo amparaban... Porque la solidaridad demostrada por mi padre desencadenó» -durante la última guerra, por supuesto- «una serie de pruebas para nosotros. Pero», añade André, «¿es necesario llegar al fondo de todo aquello? ¿Hay que hacerlo? ¿No basta con dejar planteada la cuestión? La frase de mi padre, sin decir nada más, daba la impresión de formar parte de una especie de

amistad y de comprensión. Y yo no pregunté. Probablemente tenía también por objeto disculpar a Jacques al verle cargado de una soledad cuyo sentido no comprendía y que explicaría la fuerza de su encuentro con Cristo».

También me entrevisté con el *padre Raoul Pinte*, en aquella época profesor de filosofía en Saint-Erembert. Jacques no estuvo entre sus alumnos (Fesch dejó el colegio al acabar 3º y no terminó 1º en el Instituto) pero el P. Pinte fue su director espiritual: él le acompañaba en su vida cristiana y le administraba el sacramento del perdón. Evidentemente, una persona así conocía el interior del corazón de Jacques, pero estaba obligado por el secreto, y yo me guardé muy bien de interrogarle. Como sacerdote tengo la experiencia de lo que debe ser el sigilo sacramental, una exigencia rigurosa que no admite excepciones. Y me gustaría que lo comprendieran un poco mejor los periodistas que me interrogan, sobre todo aquellos que a veces hacen preguntas descaradas, por no decir impúdicas.

He encontrado en los archivos el testimonio de un joven profesor de geografía e historia, *Bernard Plonger*, que trabajó en Saint-Erembert -tenía 22 años- después de haber sido alumno. Declara: «Durante un año fui compañero de mesa de Jacques Fesch, un chico perezoso, de carácter retraído y reservado. No tenía amigos. Era fanfarrón y le gustaba jugar a los jefes y alardear de su éxito (probablemente imaginario) con las chicas, cuya compañía frecuentaba». Bernard Plonger, con el que mantuve correspondencia, me dice que el joven Fesch llevaba en los bolsillos billetes de 500 francos (de entonces) que repartía generosa-

mente entre sus amigos. El recuerdo es tan vivido porque el testigo no había visto hasta entonces billetes de aquel valor y se quedó muy sorprendido. Un juicio muy severo, se me dirá. Pero Bernard Plongeron, historiador de profesión, nos recuerda que al escribir una biografía no debemos dejarnos influir por el final relacionándolo con el principio, como ocurre en tantas vidas de santos.

Dos libros

Por lo demás, he leído, como todo el mundo, la transcripción del cruel y apasionado juicio: aquel proceso del año cuyas peripecias se ofrecían en primera plana con grandes titulares. Algo después, en el otoño de 1957, el padre Devoyod nos contó a los hermanos y a mí los últimos momentos de Jacques en la prisión de la Santé. Mis ojos, como otros muchos, devoraron el librito *Lumière sur l'échafaud* (1971), que contenía la correspondencia de Jacques con el hermano Thomas recogida por el padre carmelita A.M. Lémonnier. Este sacerdote no conoció al recluso, pero sí se interesó por él tras su muerte; y, catorce años después del terrible final, tuvo el mérito de dar a conocer al gran público la intimidad de Jacques Fesch. Es significativo el hecho de que esta modesta publicación haya alcanzado los 810.000 ejemplares. El padre Lémonnier no se atrevió a incluir las cartas del hermano Thomas porque la correspondencia le parecía demasiado abundante para el tamaño del libro. Esperamos que, si no ha desaparecido, se publique íntegramente para mejor conocer a ambos correspondientes, de los que el

más «charlatán» era el fraile. Podía serlo por no estar limitado, como el prisionero, a un máximo de 60 líneas. Y quería serlo para aliviar la soledad de su amigo y ayudarle todo lo posible... Por otra parte, en las breves introducciones del padre Lémonnier, redactadas con cierta ligereza, aparecen determinados errores históricos y psicológicos⁶. Disculpemos al escritor teniendo en cuenta que en aquella época carecía de documentación⁷.

Confieso haber conocido demasiado tarde el libro *Cellule 18* (1980), una recopilación de las cartas escritas por Jacques a su querida madre -que en realidad es su suegra-, la señora Polack. Esta correspondencia se inicia el 18 de marzo de 1954, prácticamente al comienzo del encarcelamiento, y termina la víspera de la ejecución, el 30 de septiembre de 1957. Al parecer, posteriormente han aparecido otras cartas, lo que exigirá una reedición⁸. Y, por último, sor Véronique, una religiosa carmelita que llegó a ser amiga de la familia Fesch, me hizo hojear la edición italiana del *Diario espiritual*. Ella me envió amablemente la copia del

⁶ Es inexacto decir que Georges Fesch se instaló en Francia en 1938. En realidad vivía en el distrito XIV de París antes del nacimiento de su primer hijo. Así pues, Jacques no nació en Bélgica; ni tampoco era cruel con los animales, como se ha afirmado, aunque la banda a la que pertenecía se divertiera en algunas ocasiones con aquel juego odioso.

⁷ Este librito figura, incluidas sus inexactitudes, en *Les Témoins de l'avenir* (Ed. Le Sarmant Fayard). Jacques Fesch ocupa en esta obra un lugar entre los cristianos contemporáneos muertos jóvenes cuyas historias ha recopilado Daniel-Ange.

⁸ Las Éditions ouvrières han reunido las dos obras en una, titulada *Lutnière sur l'échafaud, suivie de Cellule 18*, 1991, introduciendo las correcciones exigidas por la familia Fesch. Sin embargo en la página de cubierta han omitido la c del apellido Fesch. Yo he conservado la paginación antigua, la de los dos libros por separado, porque esta primera edición es la más conocida. Será fácil localizar los textos en la nueva: porque las cartas están todas fechadas y por orden cronológico.

original cuya edición francesa es el objeto de este volumen. Leí conmovido las quinientas páginas durante un viaje en tren y aún conservo ante mi vista el recuerdo de la escritura de Jacques, fina cuidadosa y regular, así como sus emocionantes comentarios.

Los expedientes de los archivos

Gracias a la autorización otorgada el 22 de noviembre de 1990 por el Procurador General ante el Tribunal de Recursos de París y al permiso concedido el 21 de diciembre de 1990 por el Director General de los Archivos de Francia (a los que hago constar mi agradecimiento), pude acceder al expediente Fesch que se encuentra en los Archivos departamentales de París con el número 1224 W5. En efecto, la ley del 3 de enero de 1979 dispone que los documentos judiciales no serán accesibles durante un período de cien años salvo derogación concedida a los investigadores. Para apoyar mi petición envié a la Dirección General la primera edición del libro y sé que la obra pasó de mano en mano despertando un vivo interés. Con intensa emoción me enfrenté, por primera vez en mi vida, ante aquel voluminoso y heterogéneo manojito de papeles, y hojeé lentamente las huellas del doloroso proceso. No falta nada, ni siquiera las fotografías de las personas y de los lugares, ni los croquis destinados a la reconstrucción de los hechos. De aquel denso conjunto me interesaban, sobre todo, las declaraciones de los acusados, repetidas innumerables veces ante los que exigían oírlos. Y me imagino el cansancio y hasta el disgusto de los detenidos por tener que repe-

tir aquellas cosas terribles, por revivir el desarrollo de los hechos en su inexorable desencadenamiento y por concretar unos puntos insuficientemente aclarados. También anoté cuidadosamente las declaraciones de los testigos, sobre todo las relativas a la infancia de Jacques y a su turbulenta juventud. No tenía la intención de estudiar el proceso (sería absolutamente incapaz de ello); únicamente deseaba conocer mejor a Jacques y profundizar en su psicología con su riqueza y sus fallos. Todavía me sigo preguntando cómo un joven es *capaz* de llegar a ese extremo; cómo el niño de mirada limpia en su Primera Comuni3n puede convertirse en ese detenido de ojos extraviados (estas lotos son impresionantes).

Me detuve, sobre todo, en las 17 p3ginas del informe m3dico-legal del 15 de mayo de 1954 dirigido por el policia Potiez al inspector Max Fernt, jefe de la Brigada Criminal. Evidentemente, este documento responde a un interrogante: el de saber si el detenido tena alteradas sus facultades mentales, lo que daria lugar a considerar las circunstancias atenuantes. Sin embargo, afirma que, desde un punto de vista clnico, no es as: en Jacques no hay nada demencial; se comporta correctamente y responde a las preguntas de modo adecuado. Tiene una inteligencia bien desarrollada. No es bebedor, no es toxic3mano, no es sifilítico. El informante podria ir m3s lejos, pero cree que se saldría del tema. Sugiere, a prop3sito de Jacques, que «en el desorden de su vida social se advierte el efecto de una carencia educativa»; c3mo su padre, un «colonial» (habitante de las colonias) que ha rodado por China, Egipto, la India, Tahití, etc., es un vagabundo; incapaz de centrarse, no obedece m3s que al

capricho del momento; su carencia de sentido moral puede llevarle a la perversión. Es «un vulgar vividor que no retrocede ante cualquier medio para satisfacer su sed de dinero, recurriendo a procedimientos melodramáticos inspirados en el cine y en lecturas perniciosas». Así pues, en su responsabilidad no hay atenuantes.

Yo no me permito discutir estos juicios. Simplemente me pregunto si una psicología de tipo médico es *capaz* de detectar lo que hoy llamamos «heridas» profundas, esas realidades cuya curación depende tanto de la terapia como de la oración y del amor.

Además, ¿pueden adivinar los médicos el estado de un hombre en el momento de cometer su crimen estudiándolo tres meses después, cuando ya ha alcanzado la serenidad en el fondo de su celda? Yo no creo salirme de las conveniencias planteando estas preguntas y me atrevo a decir que, por su formalismo y su carácter superficial, este informe médico no les ha dado respuesta. En todo caso, me ha decepcionado profundamente.

La familia

Me reuní durante tres mañanas con Véronique, la hija de Jacques -que en 1957 tenía 6 años-, y con Philippe, su marido. Me recibieron con extraordinaria amabilidad en su casa de Yvelines y yo les agradezco que hayan querido evocar en mi presencia unos recuerdos que todavía les deben resultar dolorosos. También en su casa me entrevisté con Pierrette, la mujer de Jacques, y comprendí cómo un mismo

acontecimiento afecta de modo distinto a los diferentes miembros de una familia. Sor Véronique (la religiosa que no debemos confundir con Véronique Fesch, la hija de Jacques) me mostró unos documentos que guardaba en su poder -el resto estaba en el convento-, especialmente los recortes de periódico que relataban los debates del proceso. Vi también a Monique, una de las hermanas de Jacques vivas en la actualidad -la otra reside en Londres- que también me dio su versión advirtiéndome que, con motivo de su matrimonio, había abandonado la casa paterna cuando su hermano era todavía un adolescente. Sin embargo, vivió el proceso muy de cerca y aportó su testimonio personal. Unos meses después de mi visita recibí una carta de Monique en respuesta a un texto que le había enviado: además de hacer algunas rectificaciones, me decía: «Le confieso que me resulta muy doloroso verme sumergida de nuevo en esta penosa historia después de haber tratado de olvidarla durante tantos años. ¿Por qué volver a remover todo aquel horror? ¡Paz al recuerdo de mi hermano! Él ya ha pagado por su delito. ¡Que sólo Dios le juzgue y que nosotros, los pobres humanos, no nos mezclemos más en estos asuntos! Es mi auténtico modo de pensar...». Cito esta conmovedora correspondencia para que cuando el lector recorra con curiosidad las páginas de esta historia terrible, comprenda las reticencias de la familia Fesch. Pero yo tuve que cumplir el deseo (un deseo más bien tímido) de Véronique, la depositaria legal del *Diario espiritual* de su padre. En cualquier caso, doy las más expresivas gracias a las distintas personas por recibirme, a mí, un desconocido; por haberme abierto sus corazones confiadamen-

te sin considerarme un intruso; y porque han aceptado revisar esta biografía, sobre todo al principio de mi trabajo, para ayudarme a mejorarlo siempre que no he podido prescindir de su ayuda. Y también les agradezco que me hayan dejado en libertad para mis investigaciones personales cuando, en determinados puntos, yo dominaba el tema mejor que ellos. Adivino cuánto tiene que doler -mejor dicho, humillar- el tener que confiar la propia historia a un extraño y recurrir a su oficio de escritor para que la redacte lo mejor posible. Tampoco espero nada más: me basta saber que la familia de Jacques está satisfecha de mi trabajo. Por otra parte, el agradecido soy yo por la formidable alegría que he experimentado al descubrir el alma de nuestro amigo Fesch: ¡una gracia de elección! Y estoy aún más agradecido a la familia porque inmediatamente adiviné la instintiva alergia que experimentaban ante un sacerdote en cuanto tal: un sacerdote que no es un amigo ni tiene razones para serlo. Es una reacción de los corazones heridos que comprendo muy bien. Al final, lo sé, «me han perdonado» viendo el gran afecto que sentí por Jacques -¡sí, realmente!- y nuestro acuerdo de fondo me basta. No pido más.

Actualmente se encuentran repartidos por diferentes viviendas los muebles, los cuadros y los adornos procedentes de la que durante doce años -antes de la dispersión de los hijos mayores y la separación de los padres- fue la última morada de los Fesch en Saint-Germain: aquel chalet de Noailles cuyo interior solamente conocí por fotografías y que hoy ha pasado a otras manos. Todo ello es valiosísimo para reconstruir un ambiente.

Retrato de familia

Jacques Fesch nace el 6 de abril de 1930, domingo de Pasión, en Saint-Germain-en-Laye -una ciudad del departamento francés de Yvelines, cerca de París-, en el seno de una familia acomodada de apellido conocido que nos hace pensar en el cardenal Joseph Fesch, tío materno de Napoleón Bonaparte y arzobispo de Lyon. El padre de Jacques, François, nacido en Basilea, pertenecía a una familia protestante que dio a la ciudad varios burgomaestres. Enrolado por la República de Genova para ir a luchar a Córcega, nuestro hombre se asienta en la isla y se convierte al catolicismo. Aunque la familia Fesch se atribuye este linaje, del que posee documentación concluyente, Georges Fesch, padre de Jacques, no era ni suizo ni corso, sino belga. Había nacido el 14 de abril de 1885 de una pareja ya cuádragenaria. De su padre, Hubert Antoine, empleado de banca, hereda el virus de los negocios, pero alcanza en la profesión un nivel más elevado que éste. Años después, en los 20, se instala en Francia como director de un banco belga para extranjeros.

Es preciso advertir que la familia Fesch tiene la manía de los traslados y cambia de domicilio en varias ocasiones. El matrimonio se instala inicialmente en París, en la calle de la Tombe-Issoire del distrito XIV. Allí nacen los tres primeros hijos: Jacqueline, Monique y Nicole. En 1928 se mudan a las afueras, a un chalet situado en la calle des Arcades 1 en Saint-Germain-en-Laye. En 1935 se cambian a la avenida Belvedere en el mismo Saint-Germain y, cuando en 1938 Georges Fesch deja el banco, se trasladan una

vi-/ más a la espléndida mansión de Noailles en la ralle¹ Alsace 10. A Jacques no le gustó nunca aquella casa demasiado grande y demasiado fría, donde cada uno vivía aislado del otro. En 1950 se marcha a hacer el servicio militar y la vivienda se vende. Los padres se separan en 1952: Georges se instala en Saumorois y la madre se queda en Saint-Germain-en-Laye, en el n° 6 de la calle Alsace. Allí se alojará Jacques cuando fracase su matrimonio; de allí saldrá el 25 de febrero de 1954 para llevar a cabo el atraco y allí volverá al día siguiente, esposado y acompañado por dos inspectores, para asistir al registro policial. No cabe duda de que aquellas sucesivas mudanzas no fueron lo más adecuado para su equilibrio emocional.

Georges Fesch fue un trabajador incansable y un viajero empedernido. Se casó tarde y Jacques, su cuarto hijo, nació nueve años después que la primera hermana. Es decir, fue el hijo no deseado de un padre de cuarenta y cinco años; y este hecho, unido a la inquieta profesión de Georges Fesch, acrecentó el conflicto generacional.

De este hombre de poderosa personalidad, sobre el que los periodistas han emitido los juicios más severos, no conozco más que dos fotos emocionantes tomadas a lo largo del proceso. En la primera vemos saliendo de los tribunales a un ser abrumado por el juicio que, bajando un rostro parecido al de Picasso, se oculta de las cámaras de los fotógrafos. La segunda nos muestra a un anciano sentado en un banco frente al Palacio de Justicia, un pobre hombre encorvado y con la cabeza entre las manos como si careciera de un hombro amigo donde descansar, lo mismo que su desesperación. Ya no es aquel personaje desenvuel-

lo y superficial, sino un padre atormentado como cualquier otro. También hay que esclarecer la verdad en favor suyo, como exige la familia. Pero ¿es tan fácil? Los testigos se han referido a él con gran dureza. Además, existen los textos de Jacques, que no se pueden negar pero sí suavizar, porque los sufrimientos de la cárcel no ayudan a matizar las opiniones. De todos modos, Jacques no dudó jamás del cariño de su padre.

Antes de su boda, Georges Fesch había recorrido todo el mundo. Tuvo negocios en Shangai, Dar-es-Salam, El Cairo, etc., y dirigió un importante establecimiento de crédito en Bruselas. Como hemos visto, más tarde -alrededor de los años 20- se instaló en Francia, donde ocupó el puesto de director de un banco belga para extranjeros. Fesch, humanista de talento, es un incrédulo, feliz de serlo y de manifestarlo, una fuerza de la naturaleza y, más aún, del espíritu; un hombre que de algún modo escapa a la condición humana y rompe los moldes habituales. De extensa cultura, está extraordinariamente dotado, sobre todo para la composición musical. Su talento artístico influye en su entorno: Pierrette, la mujer de Jacques, afirma haber vibrado con él al escuchar los lieder de Schumann. Es una personalidad deslumbradora -me dice su hija Monique-, que educa a sus hijos al estilo alemán: cada uno debe ocuparse de sí mismo, desenvolverse personalmente y responsabilizarse de sus propios fracasos. Si alguien pregunta: «¿De quién es la música que estamos oyendo?», el padre, que conoce la respuesta, replicará: «Averigúalo». Se muestra algo superior a los que considera menos dotados que

él. Sin embargo, aquella imponente personalidad sin fisuras no carecía de fallos. Jacques lo dirá más tarde:

«Ateo convencido, manifestaba un gran despego por la vida que, a pesar de todos sus éxitos profesionales, no le había apañado más que decepciones y desilusiones» (LE, 24).

Así pues, el coloso tiene pies de barro y en su cinismo se oculta cierta dosis de amargura. Todo ello ahogado en una intensa vida mundana que, a pesar de la guerra y de la posguerra, abunda en fiestas suntuosas: La de sus cincuenta años, antes del conflicto de 1940, fue fastuosa gracias a las extraordinarias virtudes de anfitriona de la señora Fesch.

Padre e hijo

Naturalmente, la fuerza de esa personalidad influye en el muchacho haciéndole sentir atracción y rechazo al mismo tiempo. Jacques nos describe perfectamente ese atractivo cuando, refiriéndose a su padre, escribe desde la cárcel:

«Desde mi más tierna infancia me alimenté de sus máximas. Evidentemente, no podía ser de otro modo. Buscando ejemplos, basé mi conducta en la de la persona con más carácter. En consecuencia: cinismo, amoralidad y desprecio a la humanidad, unidos a una naturaleza bien dispuesta a esa clase de comportamiento y acostumbrada a ciertas necesidades que había creado el ambiente que me rodeaba» (LE, 24).

El adolescente se siente, pues, deslumbrado por este personaje prestigioso, arrastrado por su tren de

vida, moldeado por su autoritaria sabiduría y deslumbrado por su inteligencia increíble. Pero Jacques iba ;i verse también incomprendido por aquel padre inaccesible, y herido por sus despiadados comentarios. Enseguida advertirá que hay dos estilos de desorden: el de un padre «terriblemente ocupado» y superdotado, al que la vida social no le impide trabajar sin tregua y triunfar, y el de un «J3»⁹ inmaduro al que las noches pasadas en las salas de fiesta no predisponen al trabajo. Entre padre e hijo surge el conflicto: no son de la misma madera. Además, en sus mejores momentos de lucidez el adolescente no puede aprobar sin reticencia un género de vida opulento que contrasta con aquella época de carestía. Por este motivo Jacques alimentó sus extravagancias en dos mesas distintas: pretendió meterse en líos muy al estilo «Jean-Paul Sartre», pero también refugiarse bajo cielos más puros en un océano Pacífico idealizado, entre animales a lo Walt Disney. En la celda, su amigo de aquellos tiempos, Jacques Robbe, futuro cómplice del drama, confeccionaba tiras de dibujos animados dedicadas a su hija en las que dibujaba incesantemente perros, gatos y conejos (CE 43, carta del 27 de mayo ilc 1957, etc.) A la caída de la tarde Jacques disfrutaba abriendo la ventana y repartiendo su ración de pan entre las palomas y los gorriones para ver a las madres alimentando a sus glotonas crías (CE 101-102, carta del 2 de agosto de 1957).

" Durante la guerra y algunos años después, los franceses tenían un cartilla de racionamiento individual que les daba derecho a determinada cantidad de alimentos según las edades. Las siglas J3 se referían a los jóvenes. Pero en la literatura y en el cine indicaba también cierta mentalidad: la de los muchachos indecisos, desenvueltos e irresponsables

Durante su estancia en prisión Jacques no dudó nunca de los sentimientos paternos: a lo largo del proceso y en los locutorios percibe la ruina física y moral que su crimen ha causado en el anciano que continúa visitándolo. Esta actitud le llega al corazón en el que no existe el menor asomo de rencor, aun cuando -según sus compañeros- nunca nombra a su padre. Sin embargo, no puede por menos de criticar la educación recibida, aunque lo haga púdicamente y empleando el plural.

«A los jóvenes nos pegan», escribe refiriéndose a los adultos, «cuando sólo somos lo que los padres han hecho de nosotros. Nuestros actos son el fruto de la educación que hemos recibido, de los ejemplos que hemos visto, de las taras que sus locuras nos han dejado como herencia. El castigo cae sobre nuestras cabezas» (JS 175, 7 de agosto). Si parece «un trozo de madera que permanece frío e insensible» es porque representa «el final de una raza». «Yo he debido heredar», dice «todas las taras acumuladas por generaciones de juerquistas» (CE 56, carta del 12 de junio de 1957).

Ese pasado no se puede borrar, a pesar de que ni por una parte ni por otra esté en juego el cariño.

Según los Archivos, varios testigos se hacen eco de estos juicios mostrándose muy duros con respecto a Georges Fesch. Le acusan de actitudes contradictorias, pues lo ven al mismo tiempo original y racionalista, débil y autoritario, cortés y despectivo, culto y cáustico, vividor y laborioso, sibarita y calavera, indiferente y represor. ¡Misterios de una personalidad compleja, menos segura de ella misma de lo que parece! En todo caso, los testigos le atribuyen una enorme responsabilidad en la caída de Jacques, al que consideran dominado por un hombre terrible, y por otra

parte abandonado a sí mismo. ¡Pobre chico! Su padre «tenía la habilidad de cortar por lo sano los espontáneos anhelos del hijo. Yo no puedo calificarlo más que de diabólico», decía un vecino implacable, que acusa también a Georges de racista exacerbado. En electo, cuando Jacques se case con la hija de un judío, su padre hablará de la «maldición que ha caído sobre la familia». Se comprende que un hombre de tales contrastes se haya derrumbado un día ante sus penalidades, y que este derrumbamiento haya podido ser su salvación. ¡Dios sabe...!

Pero Jacques se remontaba aún más atrás buscando las causas de sus desviaciones. ¿Cuál era el motivo de su escaso afán por la vida?

«Me falta», escribe, «un componente de vitalidad. Supongo que se trata de una carencia física, de una deficiencia glandular¹⁰ que, tratada, quizá habría cambiado mi vida. Me pasaba el día intentando reprimir una penosa angustia, una especie de terror a la vida... No sé reírme, ni siquiera sé sonreír convenientemente.»

También llegó a introducirse, dice,

«en un ambiente malsano que se me hizo indispensable. No lograba alcanzar un equilibrio adecuado más que en medio de la angustia y las catástrofes. Éstas me servían como un estímulo sin el cual tenía que luchar incesantemente contra aquella deficiencia que se manifiestaba en súbitos rubores, en palidez, en sudores fríos o en temblores incontrolables» (JS 170, 7 de agosto).

Por eso, Jacques dice a su hija que no hay en él dos hombres, el de antes y el de después (JS 170, 5 de agosto). Se siente tan débil como siempre, con la diferencia de que ahora la oración le conforta y le serena. Así pues, es mejor morir, porque si no, caería en los mismos errores.

Lo que más deplora de los suyos es la falta de creencias religiosas que se oculta tras el formalismo de actitudes tradicionales.

«En nuestra casa», escribe, «había tanta religión como en un establo-» (Carta del 31 de enero de 1956).

Fórmula implacable de un niño despechado que, sin poderlas matizar, mide posteriormente las trágicas consecuencias.

«En esta familia», dice, «se debe producir una total resurrección... En el fondo, mi destino era éste: dar a conocer de un modo extraordinario las consecuencias de los pecados de una familia incrédula» (JS 213, 23).

De ahí procede la fuerza con la que, en los breves coloquios del locutorio, y también a través del correo, exhorta al padre, a la madre, a la esposa y a la suegra a que den el paso. El padre es su primera preocupación: un completo ateo que lleva 45 años sin confesar (LE 58, 31 de enero de 1956), un hombre *«furiosamente ateo»* (LE 60, 11 de abril de 1956). En una carta lo describe como una especie de encina vieja medio arrancada que se balancea sobre la base a cada golpe de viento, pero que se mantiene en pie aferrada a su orgullo. ¿No podría germinar en ella un brotecillo de vida nueva antes de caer abatida en medio de un estruendo mortal? ¡Oh, ancianos endurecidos, aferra-

dos a su odio! Y Jacques se atreve a afirmar: «*Estoy st'É//ro áe gwe cuando llegue el Anticristo tendrá setenta tinos por lo menos*» (CE 126, carta del 17 de agosto de 1957). Sin embargo, y a pesar de esa frase terrible, no desespera:

«*Lo empujo, lo asedio, lo amenazo, sin olvidar la profecía del gran Isaías. Y me dice que se siente desconcertado*» (JS 221, 30 de agosto).

Poco después, y a propósito del cura de Ars, dice:

«*Hacía tiempo que le pedía que intercediera por la salvación de mi padre*» (JS 247, 10 de septiembre)¹¹.

Tres semanas más tarde:

«*Espero que el sufrimiento de mi padre llegará directamente al corazón de Jesús y que sus ojos se abrirán por fin a las verdades eternas*» (JS 283, 23 de septiembre).

Cuando se dispone a recibir a su padre y a Pierrette por última vez, escribe dándose valor:

«*Voy a tener que hablarle sencilla y enérgicamente*» (JS 286, 25 de septiembre).

Sin embargo, un día creyó que su plegaria estaba a punto de ser oída y escribía así a Marinette: «*Ayer hablé con papá; una excelente conversación; está a dos pasos de la fe; un hecho insignificante lo arrojará a los*

¹¹ Sobre esta plegaria escribí un breve artículo en los «Anales de Ars», n. 209, noviembre-diciembre 1990, pp. 25-26 bajo el título: «*Le cun' d'Ars entre dans une prison*». En efecto, en esa misma fecha Jacques dice en su *Diario* que Jean-Marie Vianney es su cuarta devoción después de María, el Corazón de Jesús y Santa Teresita.

pies de Cristo; es cosa hecha. ¡Maravillas de los caminos del Señor! Le escribiré algunas cartas más, con objeto de orientar su alma hacia las cosas de arriba, y morirá en la amistad del Señor» (CE 151, carta del 5 de septiembre de 1957). Pero ya hemos visto que la última conversación no llegó a ser la definitiva. Sin embargo, ¿seguía Georges Fesch tan seguro de que Dios era una «futesa» o una «nimiedad»? ¿Por qué continuaba poniendo la cuestión sobre el tapete en el locutorio de la cárcel y se pasaba la media hora hablando de ella con su hijo? (LE 62, carta del 17 de mayo de 1956). Ése es el secreto del Señor. No sabemos cómo habrá vivido la muerte en Saumur aquel pobre viejo, consternado por el fallecimiento de su mujer, minado por la condena de Jacques y casi ciego a causa de una catarata que se negaba estoicamente a dejar operar (LE 62, carta del 17 de mayo de 1956). ¡Que Dios le conceda Su clemencia y Su paz!

La madre

La madre, Marthe Hallez, nacida el 20 de octubre de 1892 en Saint-Gilíes, era una belga de temperamento absolutamente opuesto al de su marido. El matrimonio tuvo cuatro hijos. Primero una niña, Jacqueline, nacida el 5 de septiembre de 1921 y muerta de difteria en 1927 en extrañas circunstancias: «*En el momento en que agonizaba dejó escapar una maldición... ¡A los cinco años!*» mientras que en la alcoba se producían unos fenómenos sorprendentes: un pebetero cayó desde un mueble y rodó por toda la habitación, un cuadro se desprendió golpeando el suelo

estrepitosamente... Unos signos impresionantes de los que Jacques no pudo ser testigo, pero que los suyos -su madre probablemente- le relatarían más tarde. Ya en prisión, aquellos sucesos volverán a su memoria transmitiéndole entonces su terrible mensaje: ahora no puede evitar ver en ellos una primera advertencia que el Cielo dirige a su ateo padre (CE 145, carta del 2 de septiembre de 1957). Después de Jacqueline nacieron tres hijos: Monique, el 15 de noviembre de 1922 (que me proporcionó su testimonio personal); Nicole, el 16 de octubre de 1926; y Jacques, el 6 de abril de 1930. Este último fue bautizado en la iglesia de Saint-Germain-en-Laye el 6 de julio siguiente con su hermana Monique y Henri Mazot como padrinos. La señora Fesch adora a su benjamín, el único varón, y por ello le disculpará muchas cosas. Es una puericultora extraordinaria, pero no está capacitada para educar a un adolescente difícil. Más tarde, desde el fondo de su celda, Jacques la juzgará de un modo que, aun sin demostrar rencor, no deja de ser cariñosamente lúcido. En efecto, en una carta a Pierrette¹², su esposa, dice:

«...Es madre instintivamente, yo diría animalmente. Lo haría todo por sus hijos, pero no sabe hacerlo bien. Carece de finura psicológica y de intuición maternal. No entiende ni se hace entender. Como es demasiado reservada, no logra llegar al fondo del alma de sus hijos. Jamás ha sabido crear un ambiente de franca ca-

¹² Este texto, como muchos otros que citaré más adelante, aparece en una entrevista que Pierrette concedió a Marcelle Auclair para la revista «Marie-Claire», n. 32, junio de 1957, pp. 76-81. La entrevista tuvo lugar inmediatamente después de la sentencia que condenaba a Jacques a la pena capital. Jacques no tuvo la posibilidad de leer el artículo pues dicha revista no estaba autorizada en la Santé.

maradería; yo me siento siempre un poco incómodo con ella y esa falta de intimidad ha creado una gran reserva entre nosotros. Su gran equivocación fue la de no imponerse cuando yo tenía trece o catorce años. No veo en ella más que una madre nutricia, y ahora ya es tarde. Es excelente con los pequeñines porque éstos solamente necesitan cariño y sonrisas. Tampoco tuvo ella la culpa: si papá hubiera sido un poco menos indiferente con respecto a nosotros, mamá le habría secundado. Así que, tesoro, no dejes nunca que tu hijita te oculte los secretos de un mundo insospechado por ti; así es como, poco a poco, se alzan unas barreras que no se pueden derribar después...».

La conclusión se impone por sí misma: «*Si uno quiere educar bien a sus hijos, no puede portarse así*».

La señora Fesch era un ama de casa impecable; durante la guerra la familia no careció de nada. En las cartas que dirigirá a su suegra desde la cárcel, Jacques alude con buen humor a los cuidados platos y a los vinos exquisitos. En 1953 la señora Fesch hizo a su hijo ciertos préstamos que no consiguieron estabilizarle. La pobre madre, terriblemente afectada por el drama de Jacques, muere en Vesinet en la mañana del 27 de junio de 1956 víctima de un cáncer agravado por su sufrimiento. Según su deseo, fue enterrada en el cementerio parisién de Bagneux junto a su hija Jacqueline, fallecida -como sabemos- en 1927 a la edad de 5 años. Poco después de la detención de su hijo recobró la amistad del Señor encendiendo de nuevo en su corazón la llama que aún humeaba y que, a pesar del contacto con su marido, no había llegado a extinguirse. Visitaba frecuentemente al padre Devoyod al que, adivinando el fatal desenlace, dijo un día: «Ofrezco mi vida para que mi hijo muera bien».

A partir de enero de 1956 Jacques se preocupa «extremadamente» por la salud de su madre, cuya enfermedad se recrudece (LE 58, carta del 31 de enero de 1956). En otra carta del 11 de abril insiste en el mismo tema. Cuando la señora Fesch se agrava Jacques se inquieta por el alma de su madre, como consta en la correspondencia con el hermano Thomas del 17 al 30 de mayo de 1956. Le dice que está escribiéndole continuamente para hablarle del Evangelio, y que va a pedir al canónigo Assemaine que acuda a administrarle los últimos sacramentos (LE 63, 17 de mayo de 1956). ¿Por qué recurrió Jacques al antiguo director de su colegio? Indudablemente, guardaba un buen recuerdo de aquel sacerdote. En 1947 la familia le había pedido que bautizara a los gemelos de Monique en la residencia de Noailles. Por su parte, el canónigo Assemaine, en nombre de tantos recuerdos, aceptó bendecir el matrimonio religioso de Véronique, la hija de Jacques, con su primo Philippe, casados civilmente hasta entonces.

El padre Devoyod se sintió sorprendido ante la impasibilidad y hasta el cinismo (LE 194) que mostró el recluso al conocer la noticia de la muerte de su madre. Jacques se sintió desgarrado, pero, como asegura Monique, «mi hermano era un Fesch: sabía ocultar los sentimientos a pesar de guardarlos en el fondo de su ser». Para convencerse de ello basta releer su carta (del 8 de junio de 1956) al hermano Thomas:

«Te escribo unas letras para comunicarte la gran pérdida y el dolor que siento: mi madre murió en la madrugada de ayer... Es muy duro, hermanito, y creo que todavía no me he dado cuenta de la pérdida, que acabamos de sufrir. Ha muerto cristianamente: 'Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor'... Ftja-

te, uno aguarda la fatal noticia de un momento a otro y cuando se hace realidad, se queda desamparado, abatido, como si una montaña se hubiera derrumbado sobre nosotros».

Sin embargo, Jacques no estaba tan unido a su madre como a su suegra: misterios de las afinidades.

Hay que señalar que el matrimonio Fesch se separó después del servicio militar del hijo. Jacques lo dice claramente en un informe al capellán de la prisión:

«Mis padres no se entendían. El resultado era un ambiente familiar abominable, cargado de alaridos en los momentos culminantes y de tensión y dureza después de las crisis. No había respeto, no había amor. Mi padre era a su modo un hombre encantador para los extraños, pero en realidad tenía una mente sarcástica, orgullosa y cínica» (LE 23-24).

Así pues, se produjo la ruptura.

La madre se queda en Saint-Germain; el padre marcha a Saumur en 1952 y se instala en la villa «Les Treilles» de Dampierre-sur-Loire, dedicándose a su pasatiempo favorito: coleccionar obras de arte y sellos raros. Durante el proceso, atribuye su marcha a otros motivos: según él, el apartamento de Saint-Germain era demasiado reducido y, además, a causa del conflicto que enfrentaba a Corea del Norte con Corea del Sur y a China con Estados Unidos, la guerra parecía inevitable. Se iba, pues, a preparar un refugio para su familia. Un mes antes del atraco, Jacques pasó una semana en su compañía. Convocado a París, Georges Fesch visitó asiduamente a su hijo a lo largo de todo el proceso. Tras el desenlace regresó a Dampierre, donde murió en febrero de 1958, cinco meses

después de la ejecución de Jacques. El 15 del mismo mes recibió sepultura en el cementerio» municipal. El drama de febrero de 1954 afectó, pues, a una familia deshecha.

*¡Pobres estudios!*¹

Pero volvamos al muchacho. Jacques creció bajo los cuidados de su madre y de una buena niñera. Se ha dicho que lo expulsaron de todos los colegios, pero esta afirmación exige algunas precisiones.

A los 5 años entra en el jardín de infancia de la calle Alexandre Dumas n. 30, donde estará desde 1935 a 1938. Uno de sus amigos de la infancia, Claude Cauchereau, me habla de esta época de la que guarda un recuerdo entrañable. Aunque viven en el mismo barrio, los niños pertenecen a mundos distintos. Fesch, que no carece de nada -le dan dinero a manos llenas- le regala un par de patines de ruedas. Tiene buen corazón y es generoso. Se siente sorprendido al ver el cariño que manifiesta la madre de Claude besando a su hijo y así se lo comenta. Ya sabemos que la señora Fesch era bastante reservada en sus expresiones de amor maternal.

El 30 de octubre de 1938 Jacques ingresa en el colegio de Saint-Erembert, fundado y dirigido por el sacerdote Georges Assemaine. Los padres, por cierto, no han elegido el colegio por la calidad de su formación religiosa, sino por ser la escuela de la alta sociedad; además, disponen de medios para costearla. Fesch se introduce, pues, en un universo cuyos maestros son excelentes educadores. Allí coincide con el

El futuro escritor Gérard de Villiers¹³, el futuro diputado y alcalde Michel Péricard, el futuro dominico Alain Carrón de la Garriere y el futuro Padre Bernard Plongeron, historiador y director del CNSR. Para sus compañeros, implacables en sus juicios, es «el rubio lleno de pasta», un chico sin personalidad y un alumno poco valioso. Jacques continúa en el colegio hasta julio de 1947, fecha en la que lo expulsan a causa de su pereza y su indisciplina. Ha permanecido allí nueve años y su salida no se debe a ningún tipo de rebeldía concreta.

Jacques entró después en el instituto Claude-Debussy (hoy Marcel-Roby), en el que cursó el año 1947-1948 y el primer trimestre de 1948-1949. Tuve ocasión de hojear su libro escolar: el profesor había escrito en todas las asignaturas una fórmula lacónica del tipo : «Flojo, no puede pasar», especialmente en matemáticas, donde las ausencias eran constantes. En historia la calificación era «Imaginativo». Únicamente es satisfactorio el inglés. En los archivos consta el testimonio de Henri Laye, el director de estudios del colegio. Figura en ellos el dato de que Jacques permaneció en el colegio desde octubre de 1947 hasta el 31 de diciembre de 1948 y que se le «retiró» (palabra llena de delicadeza) «por sus bajas calificaciones y sus frecuentes ausencias». Jacques es un muchacho de buena conducta, pero perezoso y chapucero: no

¹³ La Sra. Marthe Welfelé, que conocía muy bien a la madre de este escritor, me escribe lo siguiente: «Aún me parece oír a mi antigua amiga diciendo: 'El pequeño de los Fesch venía a casa para buscar a Gérard. Era un niño encantador'. Esta pobre mujer no había comprendido nada del drama de Jacques y, al enterarse, recordaba desconcertada a aquel crío maravilloso del que nadie podría pensar que un día comparecería ante los tribunales.

puede continuar. Sabe evitar las clases o las actividades que le desagradan, en especial la edotcación física, lo que concuerda perfectamente con su carácter linfático. En este punto los testimonios coinciden con absoluta exactitud: Jacques está «bien educado» (en el sentido de «cortesía»), es dulce, amable, afectuoso, flojo, tímido, apático, inestable y sin energía. Es perezoso y considera inútil el trabajo. Elle» no le impide fanfarronear, sobre todo en lo que se refiere al éxito con las chicas, porque «es un buen mozo». A comienzos de 1949 Jacques no consigue recuperar el retraso sufrido y abandona los estudios. Ha llegado a la edad de bachiller y tiene que repetir aún numerosas asignaturas.

De todo lo anterior a hacer de él un canalla hay una gran distancia. Es un ser de una capacidad asombrosa, como demostrará por fin en la soledad de la cárcel. En ella se convertirá en un joven culto, que escribe con soltura y casi sin faltas de ortografía a pesar de lo que diga (10 de septiembre). Las fotocopias de sus cartas nos muestran una caligrafía que poco a poco se va simplificando y afinando hasta convertirse en la cuidada y regular del *Diario* que hace la lectura agradable por la forma y por el fondo. El estilo de las cartas fluye fácilmente; expone su pensamiento con rigor y elegancia; aflora el humor, y con él y cuando es necesario, la vehemencia. Las citas de distintos autores indican una atenta lectura: Dante, Villon, Daniel-Rops, Francis Careo, Claudel, Rilke, Pushkin, Cicerón, Fenelón, filósofos chinos, el pintor Fernand Léger, etc. La influencia paterna en la cultura general de Jacques es patente.

Lee también a los santos: sus preferidos son San Jerónimo, San Agustín, San Francisco de Asís, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Francisco de Sales, San Juan Bautista Vianney, Santa Teresa de Lisieux... Llega a citar un poema místico del gran carmelita español (LE 37, carta del 8 de junio de 1955), así como un fragmento de la *Subida al Monte Carmelo* (CE 119, carta del 10 de agosto de 1957). Además, lee ¡450 novelas! (CE 46, carta del 29 de mayo de 1957). ¡Trágica obsesión de un preso que trata de ocupar sus horas de soledad leyendo una docena de libros al mes! Pero también una ocasión única de completar una formación tan deficiente como incompleta, porque «*parece que no, pero a base de pasar cuatro o cinco horas diarias con la nariz en los libros, uno acaba por instruirse sin darse cuenta*» (CE 45, en la misma carta).

Sus compañeros de colegio se quedarán asombrados cuando lean su *Diario*; no se imaginaban que un muchacho tan poco dotado pudiera escribir cosas tan profundas y con tan pocas faltas de ortografía; que una persona tan aturdida haya llegado a sumergirse en lecturas complicadas y a asimilar fácilmente su contenido. Para todos ellos fue una sorpresa.

Tampoco creían que, durante su estancia en la cárcel, un ser tan apático pudiera convertirse en un luchador *capaz* de enfrentarse con su propia familia; en un apóstol *capaz* de irradiar su fe en un medio hostil; y en un valiente *capaz* de mirar a la muerte cara a cara. Para Michel Péricard, aquello fue una especie de milagro.

Una adolescencia desdichada

Fesch entra entonces en una banda de pandilleros que cometen sus tropelías en la zona de Saint-Germain-en-Laye: no como jefe, porque es demasiado apático para influir en los demás tanto para bien como para mal; no. Jacques es de la opinión del último que llega. Pero siempre paga las entradas o las rondas. No es charlatán. Taciturno, habla poco. Más que preceder a los otros los sigue. Todos los testigos opinan lo mismo sobre él. Su único prestigio nace del dinero que maneja y que derrocha; por lo demás, pasa completamente desapercibido. Jacques Robbe, su futuro cómplice, un líder con ideas y de una personalidad mucho más marcada, forma también parte de la banda.

Este grupo de vividores, reproducidos en una significativa fotografía -tan triste como alegre- en el libro del padre Médica (del que hablaré más adelante), lleva a cabo «hazañas» de todo tipo. En la rue Gambetta tienen un apartamento donde celebran sus fiestas, mejor dicho, sus orgías, y donde guardan lo necesario para disimular las consecuencias. Recordemos el film de Marcel Carné, *Les tricheurs*, que se estrenará más tarde, en 1958, pero que describe escándalos anteriores. En ese turbio contexto Jacques intenta revalorizarse aprendiendo a tocar el trombón de varas, según me dice Philippe Vitu. Un intento inútil porque le falta constancia y el profesor se niega a seguir enseñándole. Entonces, Fesch vuelve a las soluciones fáciles: en sus agendas figuran las direcciones de bares y las fechas de las juergas.

Este siniestro panorama sorprende cuando se compara con el clima parroquial del Saint-Germain-en-Laye de la postguerra: un clima de auténtica piedad. En 1945 acaba de morir en Dachau el sacerdote Fierre de Porcaro, cuya causa de beatificación se introduce junto con el grupo de los 43 mártires franceses del STO (Servicio de Trabajo Obligatorio en Alemania)¹⁴. Había sido el alma del célebre patronato del T.U. con su equipo de fútbol, su grupo de teatro (que representaba anualmente la *Pasión*) y su orquesta. Pero estas actividades se dirigían sobre todo a los jóvenes del mundo obrero como Claude Chauchereau, un entusiasta del patronato; los chicos más acomodados se apuntaban a los boy-scouts. Michel Péricard fue jefe de patrulla de Jacques Robbe y de Alain Carrón, mientras que Dominique, el futuro hermano Thomas, sería lobezno. Los Fesch desdeñan todo esto: la familia no practica y, según el hermano Thomas, se desenvuelve a cien leguas de las actividades parroquiales. Es la auténtica yuxtaposición de dos mundos, aunque -según Philippe Vitu- Jacques le acompañó algunas veces a la capellanía del instituto

¹⁴ A finales de la Cuaresma de 1943 Monseñor Roland Gosselin, su obispo, lo envía a Alemania para ayudar a los obreros franceses que se encuentran allí. Fierre se coloca también como obrero para ejercer clandestinamente un ministerio que ha aceptado por obediencia. Lo destinan a Dresde, donde encuentra la valiosa colaboración de un sacerdote alemán, pero a partir de octubre se sabe vigilado por la policía. El 10 de diciembre, víctima de un accidente de trabajo, vuelve a Francia y permanece allí hasta el 24 de enero de 1944. Recuerdo haberle conocido, a mis 17 años, en el Seminario Menor al que vino para hablarnos de su ministerio. Y recuerdo sobre todo su desilusionado «Adiós» cuando se marchaba. El 12 de marzo de 1945 murió de tifus en Dachau, donde había llegado el 20 de enero. El 22 de mayo Monseñor Roland-Gosselin celebró en Saint-Germain-en-Laye un funeral solemne por aquel «mártir y sacerdote extraordinario». ¿Qué efecto produjeron aquellos sucesos en el alma de Jacques, que aún no tenía 15 años?

para hablar con el padre Eberhard, futuro fundador del asilo de Poissy: un sacerdote al que encontraremos más adelante.

En aquella época dos párrocos de Saint-Germain-en-Laye fueron sucesivamente consagrados obispos. El primero, Roger Michou, ocupó la parroquia desde 1948 a 1955; en el obispado de Chartres me han certificado que atendió a Fesch durante su encarcelamiento, pero sin llegar a precisarme las circunstancias, pues era un hombre muy discreto. El segundo, Henri Gufflet, que fue profesor mío en el Seminario Mayor de Limoges, antes de pasar a ocupar la sede de Limoges estuvo al cargo de la parroquia desde junio de 1955 a 1959 pero, según me comunica, no tuvo nunca relación con Jacques. Sin embargo, fue él quien, el lunes 30 de septiembre de 1957, celebró en el salón del presbiterio la ceremonia de la boda del condenado, representado por el hermano Thomas, con la pobre Pierrette, que al día siguiente sería viuda. Los registros parroquiales dan fe de ello con terrible laconismo... pero Monseñor Gufflet dimitió de sus funciones y, ya anciano, como capellán de un convento de religiosas en Kigali, Ruanda, no recuerda los detalles concretos de la ceremonia: «No me acuerdo», me dice, «de haber sido el oficiante, sino que creía haber representado a Jacques Fesch. Quizá me equivoco. Por otra parte, es un papel bastante poco banal para un sacerdote y me parece que aquello me sorprendió mucho». Pero no fue así. Como consta en los registros y afirma el interesado, Fesch dio su representación al hermano Thomas. Por lo menos, treinta años después de que tuviera lugar Monseñor Gufflet recuerda aquel hecho desde la lejana África Central.

En contra de la opinión general en Francia, ampliamente dividida, los sangermaneses se mostraron muy severos, según cuenta Michel Péricard, al enterarse de lo que ocurría en la ciudad y en su mismo medio burgués. Ello explica -me dice otro amigo, Rémi Gousseau, que entró en Saint-Erembert en 1960, tres años después de la muerte de Jacques- que los profesores del colegio guardaran un silencio absoluto sobre aquel doloroso asunto. Pero la pequeña Véronique tuvo que soportar el verse señalada con el dedo.

Un joven indeciso

Una vez liberado de unos estudios que le pesan y que ya no continúa, Jacques se emplea en el banco de su padre, la Banca belga para el extranjero. Allí están satisfechos de su comportamiento; pero poco a poco Jacques se limita a aparecer por el trabajo sólo esporádicamente: el asunto ya no despierta su interés.

Así era entonces el joven: alto (1,92) y muy guapo, con una secreta reserva; e indeciso, con algo de nebuloso que resultaba desconcertante, pero que gustó a Pierrette, su mujer. Ésta lo relatará el 16 de abril en la cadena de televisión M6: «Yo amaba a aquel ser vacío, a aquel muchacho arrogante que no se interesaba por nada». De hecho, Fesch no demuestra disponer de ningún punto de referencia. Sabe presentarse, pero también mantenerse al margen de las cosas. Tiene su propio mundo, eso es todo. Desde la cárcel escribe a su suegra:

«Me aburría tanto ayer por la noche que leí dos veces el mismo libro. Volví a Florida con los osos y las

ciervas. Me gustan los animales y la naturaleza. Oví que debí elegir una de esas profesiones: geólogo, naturalista, arqueólogo, paleontólogo... No valgo para vivir en sociedad, me aburro y me deprimó... La civilización lo destruye todo. ¡Qué vida llevan los hombres de nuestros días!» (CE 72, carta del 26 de junio de 1957).

De hecho, Jacques se interesa por la zoología y la mineralogía, aunque sólo como aficionado y sin profundizar en ello. Y se evade, guardando las distancias. El padre Lemonnier cometió el error de describirlo como una persona que odiaba a los animales hasta el punto de torturarlos. «Jacques era un muchacho tipo Boris Vían que gustaba a las chicas», me dice Monique. «Pero solía parar el juego y guardar las distancias. En una ocasión desdeñó voluntariamente a todas las jóvenes que se le insinuaban para pasarse la fiesta bailando conmigo.» Misterios de un corazón en reserva cuyo afán por disfrutar está abocado a la decepción.

La boda y la ruptura

Jacques y Pierrette se conocen a lo largo de los años 47-48, pero no en una fiesta, como se ha dicho tratando de dar al suceso un tono de frivolidad y ligereza. Pierrette lo explica claramente en su entrevista con Marcelle Auclair: «Jacques», le confía, «era amigo de una de mis compañeras de colegio y ella fue quien me lo presentó. Teníamos diecisiete años. Él se reía de mí porque yo salía de clase con un termo. Su apariencia romántica no podía por menos de seducir a una jovencita. Quizá se acercó a mí para huir del

mundo que le rodeaba. Era un apasionado de los viajes, de la geografía y de la mineralogía. No es cierto que fuera vago. Le vi esforzarse en el trabajo. Sus inquietudes, bien orientadas, habrían sido constructivas. Siempre trató de superar los obstáculos -enormes por otra parte- que se le presentaban. No es verdad que rehuyera el esfuerzo». Refiriéndose a su carácter introvertido, Jacques explicaba a su mujer: *«Soy un viejo niño. Creo que mi infortunio se ha debido a querer forzar mi naturaleza, a intentar actuar como los demás cuando mi camino era otro. Por eso tenía siempre un aspecto tan desdichado e inadaptado»*. Así reaccionaba Pierrette inmediatamente después del proceso, cuando desgrana los recuerdos de su corazón.

Pierrette es hija de una madre borgoñona, Marie Antoinette Langlais, y de un padre judío ashkenaze, Léopold Polack, que ocupa un cargo importante en una empresa carbonera de Alsacia. Pierrette es la mayor de los seis hijos de la familia, con la que vive cerca del chalet de Noailles. Está bautizada y ha hecho la Primera Comunión. Me dice que desde 1946 estaba enamorada de Jacques, aquel ser en levitación con respecto a los demás, a las cosas y a los acontecimientos. Hacía mucho tiempo que se sentía atraída por aquel joven misterioso y parece ser que fue ella la que tomó la iniciativa de introducirse en la vida del estudiante. Ambos tenían dieciséis años.

En aquella época Jacques trabaja en el Banco. Sigue viéndose con Pierrette, así como con su amigo Jacques Robbe, que formaba también parte de la alegre banda de Saint-Germain-en-Laye. Juntos frecuentan las «boites», muy abundantes en la ciudad. Este

género de vida se prolonga hasta el servicio militar. Desde 1950 Jacques está destinado en Donaueschingen, en la Selva Negra alemana¹⁵. Pierrette, embarazada de él, se acerca a la zona y encuentra trabajo en la empresa de su padre en Estrasburgo. Por fin, comunica a Jacques que van a tener un hijo. Ha relatado a Marcelle Auclair los detalles de aquel penoso momento que el letrado Floriot deformó astutamente durante el proceso. «No habíamos preparado el encuentro. Además, ¿cómo iba a conocer un soldado su destino? Yo esperaba al niño, pero no se lo habría dicho nunca, ni tampoco a mi madre. Además, no empezó a notarse hasta el octavo mes. Jacques se enteró dos meses después, cuando llegó a Estrasburgo. Yo estaba realmente encantada con mi bebé y Jacques también. No se lo dije antes porque conocía las opiniones antisemitas de sus padres y no quería que pensaran que le obligaba a casarse conmigo. Yo fui quien insinuó la posibilidad del divorcio. Jacques lo aprovechó para calmar a sus padres, pero en el fondo no lo creía.» Pierrette relata la entrevista del 24 de diciembre de 1950: «La primera vez que lo vi emocionado fue en Estrasburgo, la noche de Navidad. Aún no había nacido el niño ni nos habíamos casado. Era nuestra primera velada juntos, con golosinas y chucherías... Le vi al borde de las lágrimas y comprendí que se podía hacer algo con él». Jacques esperó a alcanzar la mayoría de edad para contraer matrimonio civil en la alcaldía de Estrasburgo el 5 de junio de 1951, es decir, un mes antes del nacimiento del niño. Entonces avisan a los padres de ambos, que no estaban al co-

¹⁵ Allí conoce al que será más tarde, y tras un período de ruptura, el pusilánime cómplice de su atraco, Jean Blot.

rriente de nada. Poco después, el 7 de julio de 1951, nace Véronique en Kehl. Gracias a este nacimiento Jacques es destinado a un cuartel de la capital de Alsacia próximo a su familia. Allí termina el servicio militar como cabo y en 1952 le otorgan un certificado de buena conducta. A esta época feliz corresponde la foto de los dos enamorados en la nieve: están en los deportes de invierno de La Clusaz, Saboya, en el chalet de la familia Polack.

Una vez libre del servicio militar, Jacques empieza a trabajar en la empresa de su suegro en Estrasburgo. Allí permanece hasta octubre de 1953. Un conflicto surgido por una falta de delicadeza de Fesch (una malversación de fondos, todo hay que decirlo) enemista a los dos hombres. También en esa época rompe con Pierrette (ya veremos las razones).

Posteriormente, ya en la cárcel, Jacques escribirá unas frases tremendamente duras con respecto al matrimonio:

«Me casé primordialmente porque mi mujer estaba encinta y también porque en mi nueva familia encontré una apariencia de calor... No amaba a mi mujer, pero me entendía con ella amistosamente. Quería a mi hija, pero ¿qué significa un niño cuando se tienen veinte años y se carece de todo freno moral?» (LE 24).

Es difícil calibrar estas dolorosas líneas escritas seis años más tarde y en prisión. ¿No estará situando en el pasado la separación que se produjo entre Pierrette y él y que fue, sobre todo, espiritual? ¿No está cansado de esas conversaciones en las que ella se niega a seguirle por el camino de la fe? ¿Quién sabe? En todo caso la ama, pues la recibe cariñosamente cada quince días y le escribe unas cartas conmovedoras

(*Amor mío... te quiero con todas mis fuerzas y te lo voy a demostrar*), y no quiere morir sin casarse con ella por la Iglesia. Los textos publicados (LE 37, carta del 8 de junio de 1955) y el *Diario* (JS 164, 3 de agosto) nos permiten adivinar ciertas tensiones entre ambos esposos. Pero eso forma parte del secreto de sus corazonas, de sus cartas y de sus conversaciones en el locutorio de la cárcel. Respetémoslo con la oportuna discreción¹⁶.

En el fondo, la cárcel reavivará su amor. «Para él», dice Pierrette a Marcelle Auclair, «fue un choque. Y el primer efecto de ese choque fue el de aproximarnos. De repente nos encontramos más cerca el uno del otro de lo que habíamos estado nunca. Fue extraordinario, porque permitió que se realizara nuestro amor, pero fue también atroz». Jacques le escribía desde la cárcel: «Ya ves, amor mío, creo que durante nuestra separación, y quizá antes, no comprendiste lo que significabas para mí. Te necesitaba, te consideraba parte de mí mismo, me pertenecías al 100% y yo, egoístamente, me permitía despreciarte. Tú eras el mueble más importante de una habitación, al que se está acostumbrado, en el que no se repara pero que, si desapareciera, dejaría al propietario absolutamente desamparado». Y refiriéndose a la palabra amor, Jacques continúa: «Es una palabra que yo desconocía hasta entonces. No fui tierno contigo, y no sólo contigo; por una parte era incapaz, y por otra, no me gustaba. Ya ves, ahora se ha producido en mí una doble transformación: la posibili-

¹⁶ A lo largo de sus tres años y medio de prisión, Jacques escribió a Pierrette unas 250 cartas. Esto es, por supuesto, un secreto entre los dos. Sin embargo, una obra italiana utiliza parcialmente esta correspondencia: *Jacques Fesch cuenta su vida*, Padre Giacomo-Maria Médica, Editorial Elle Di Ci, Leumann, Turín 1988.

dad de amar y el hecho de amarte. Si, amor mío, ten confianza en mí. ¿Lo ves? Desde nuestra reconciliación, entre antes y ahora, hay todo un mundo».

Cuando Jacques se separa de Pierrette lo hace por su propia voluntad, pero influido por su madre. En efecto, la señora Fesch nunca aprobó aquella boda demasiado precipitada para su gusto y en la que su hijo no llevaba la iniciativa. Además, la madre de Jacques era antisemita como su marido. En octubre de 1953 Jacques y Pierrette abandonan Estrasburgo cada uno por su cuenta.

«Me separé de mi mujer», escribe desde la cárcel, «porque me lo pidió mi madre basándose en primer lugar en motivos raciales, pero sobre todo porque comprendía que no estábamos hechos el uno para el otro, en lo que tenía toda la razón. Debo confesar que, con o sin la intervención de mi madre, habría terminado por divorciarme igualmente» (LE 24).

Volviendo a Marcelle Auclair, Pierrette nos da una versión completamente distinta del hecho: «Habíamos empezado bien y estábamos a punto de conseguirlo. ¡Si yo hubiera sido más fuerte! ¡Y con la niña...! No estábamos preparados para el matrimonio. Nos faltaban cimientos. ¡Si las familias nos hubieran ayudado...! Pero él era incapaz de enfrentarse con su madre. No se lo reprocho. Ella intentaba, a su manera, torpemente, ayudarle a afirmarse. Jacques se sintió muy desgraciado cuando nos separarnos. Estoy segura de que sufrió mucho. Lloraba como un niño. Nunca dejamos de vernos. Se ocupaba de su hija como si fuera un hermano mayor». En efecto, hablando de Véronique, Jacques escribe desde la cárcel: *«Es curioso, pero nunca nos damos bien cuenta de lo*

que es un niño. Los vemos de bebés, una especie de juguete divertido, sin imaginamos que un día serán adultos, que tendremos grandes responsabilidades y que rendirles cuentas... A los veinte años no se es padre».

Los esposos continúan viéndose en Saint-Germain. Jacques visita a Pierrette que, con Véronique, vive en el bajo de la casa de sus padres; para que le abra, lanza gravilla contra los cristales. Ocasionalmente, se reúnen en algún hotel de París. No es, pues, la ruptura completa. Pero la familia no consiente otra cosa. Así, Léopold Polack dirá durante el proceso: «Fésch me advirtió que nunca tuvo la intención de acabar sus días con mi hija». En estas condiciones el suegro rogó a Jacques que dejara a Pierrette; y, cuando su yerno iba a visitar a Véronique, no pasaba de la puerta: se quedaba en el umbral acariciándola. Una imagen patética...

La obsesión de un sueño

Entonces, la señora Fesch trata de sacar a flote a su hijo haciéndole volver a empezar. Lo convence para que cree un negocio que haga la competencia a su suegro: una casa de contratación de transporte de carbón para calefacción central con el nombre de SOFICALOR, apenas distinto del de SOFITHERM, que es el de la empresa Polack. Para ello, pone a su disposición un millón de francos de entonces (1953), pero Jacques gasta la mitad de esa suma en la compra de un Simca-sport. Sobre este corto período escribe posteriormente:

«Me vi sólo en Saint-Germain-en-Laye, aún más desequilibrado por esta experiencia (su separación de Pierrette y de Véronique), que había dejado en mí el sabor del remordimiento... Mi madre, valerosa y abnegada... no me daba calor ni intimidación. Éramos, como siempre, dos extraños que nos queríamos, pero que nos sentíamos incómodos en nuestra mutua presencia... Intenté trabajar... Un mes. Al primer fracaso abandoné... y ¿hay algo más novelesco, aventurero y seductor que el amigo que te susurra al oído las maravillas de la vida independiente del navegante solitario?» (LE 24-25).

El «amigo» es Jacques Robbe, uno de los miembros de la banda de juerguistas y futuro cómplice del trágico robo. Trabaja en los dibujos animados y, según Pierrette, es capaz de llenar de imágenes «una esponja vacía». No es malo, pero sí perjudicial. Sugiere el sueño, lo alimenta; pero, llegado el momento, abandonará a su camarada: un hecho que le valdrá la exculpación. Andrée Robbe, la mujer de Jacques, mantiene la opinión contraria. A propósito de Pierrette dijo durante el proceso: «Nunca tuve simpatía por su marido, al que siempre consideré un vago y muy poco atento a su condición de padre. Incitaba continuamente a mi marido para salir juntos. Vivía a lo grande, pero se comportaba como un crío». Un juicio confirmado por numerosas personas. Jacques Fesch fue un hombre que «nunca recibió de sus padres una formación que le habría permitido enfrentarse con las dificultades de la vida y pasar de ser un niño a ser un hombre». «Era como un crío y parecía imposible que hubiera podido casarse y llegar a ser padre de familia.» «No se hizo hombre nunca, ni en la conducta ni en sus pensamientos.» «Sin carácter, sin personali-

dad; se quedó en un J3 retrasado.» ¿Por qué? «Su padre no le prestaba atención, mientras que su madre lo mimaba en exceso.» Una frase repetida sin cesar en todos los testimonios.

El sueño, alimentado por películas y lecturas, consiste en la compra de un velero para huir a un país lejano. En esa época no faltan navegantes solitarios: Le Thoumelin, Alain Bombard... Fesch se refiere a ello durante el proceso y declara «tener el proyecto de navegar al estilo de Alain Gerbault». Después, como hemos visto, los acontecimientos de Corea obligan a los timoratos a huir a un lugar seguro, apartado de los posibles campos de lucha. Era el punto de arranque del film *Avant le déluge* que Cayatte rodó un año antes, en 1953: dos jóvenes van a desvalijar a un coleccionista de sellos raros para comprarse un barco; en la huida uno de ellos, un chico timorato e inexperto, poseído por el pánico, mata al guarda de la finca. ¿Habría visto Jacques ese film, que tan sorprendentemente se parece a su atraco?... Quizá, me dice Monique, fue la influencia de algunos libros como *Chants de Maldoror* de Lautréamont, que cantan el amor por el «viejo océano» y todo el bestiario que lo habita. La obra figuraba en la biblioteca paterna (curiosamente, el atraco tiene lugar en la calle Vivienne, glosada por el mismo escritor que durante algún tiempo vivió en el número 15). Jacques había hablado profusamente de las famosas islas Galápagos, un archipiélago volcánico situado en el Pacífico a la altura del Ecuador. Allí se encuentra una maravillosa fauna que se mueve sobre rocas inaccesibles -el *Kicker Rock*- de belleza deslumbradora. Yo conservo una fotografía de ese lugar...

El 27 de enero de 1954, mientras su madre está ingresada en una clínica para tratarse el cáncer, Fesch va a reunirse con su padre en la región de Saumur. Allí, Georges Fesch intenta involucrar a su hijo en un negocio exótico que podría fijar su mente vagabunda: una sociedad polinésica que vende manteles individuales fabricados en corteza de panadús. Habría dinero en abundancia, le dice, sugiriéndole inmediatamente la posibilidad de afincarse en el Pacífico. Pero Jacques se burla abiertamente de la proposición paterna, ante la cual se encoge de hombros, encerrándose -como de costumbre- en un silencio impenetrable. En realidad, tiene in mente un proyecto en vías de ejecución que le ha hecho renunciar a su carrera profesional. Durante la semana que dura su estancia en Dampierre-sur-Loire hace una breve visita a La Rochelle, donde se encuentra con Hervé, un armador con el que se había puesto en contacto previamente. Este hombre vende un *Cruizier* rápido, de 12,25 m. de largo, para el cual Fesch ha pensado en el nombre español de TIBURÓN, que no sólo designa al animal, sino también a algunos lugares de ensueño: una isla de Méjico en el golfo de California, un cabo montañoso en Haití, un archipiélago en el mar de las Antillas a la altura de Honduras... El velero así llamado hace realidad un hermoso sueño: jugar con tiburones bajo un cielo purísimo... Pero el navio cuesta 2.200.000 FF (de entonces), una fortuna que, evidentemente, su padre rehusa adelantarle: un padre generoso, sin embargo, que le daba cada mes lo necesario para vivir holgadamente, pero que no estaba dispuesto a financiar semejante locura. ¿Quizá se arrepintió más tarde al ver el dramático giro que tomaron los aconteci-

mientes? Podríamos pensarlo así... El 10 de octubre de 1957 Jacques, evidentemente disgustado, decide volver a Saint-Germain-en-Laye para «no pudrirse» en el campo, según dice. Su padre le acompaña a visitar a la señora Fesch, cuya salud ha experimentado una ligera mejoría. De repente, el terrible plan toma forma. Aprovechando una ausencia de Georges, Jacques regresa apresuradamente a Dampierre (así lo declaró el guarda de la finca) para apoderarse de una pistola, un 7/65 que el señor Fesch adquirió durante la Liberación para protegerse y que guardaba en la casa. La perspectiva del atraco se concreta, pues. Durante el juicio, el tribunal adivina en este hecho el comienzo de la premeditación, porque no se recorre en vano semejante kilometraje: emprender ese camino supone una idea bien concreta que tiene tiempo de hacer suya tanto a la ida como a la vuelta.

Durante las dos semanas que le separan de la tragedia, Jacques vive en medio de una actividad febril. Se ocupa de buscar cómplices, pero los dos amigos que elige se hacen rogar hasta el final sin tomar en serio el asunto. Fesch había invitado a Blot, apodado Croquignol, a las regatas de Islandia en junio; y después, si la cosa salía bien, darían juntos la vuelta al mundo. Pero ¿quién se iba a creer un cuento así?

Sus amigos se preguntaban sobre el sentido de tal proyecto. ¿Turismo a lo grande -según se deduce de la carta de Jacques a Marinette: «También a mí me gustaría viajar contigo en un velero y creo que los tiburones también se sentirían felices» (CE 65, carta del miércoles 19 de junio de 1957)- o evasión metafísica orientada hacia lo sublime? No, me dice Michel Péricard, quien, dos o tres semanas antes del atraco,

se había encontrado casualmente con Fesch y Robbe en el bulevar Saint-Michel. Jacques había hablado sobre todo del enorme peso que le suponía su trabajo en SOFICALOR. Ahora se trataba, en primer lugar, de una especie de *hazaña* desconocida (eran menos frecuentes que hoy) con la que pretendía compensar sus fracasos. Fesch quería rehabilitarse a sus propios ojos y ante la sociedad: probarse. Esto era lo que se desprendía de aquella conversación mantenida en la terraza de un café.

Pero ¿qué importancia tiene? Continuemos el relato aceptando mezclar las tres versiones: el paseo ecológico, el salto a lo sublime y la compensación psicológica.

«¿Libre? No lo era», escribe Jacques. «Todo me empujaba a huir, a seguir la ancha vía que conduce al abismo. Cada día transcurrido apretaba en torno a mí la red que iba a asfixiarme. ¡Un alma atrapada!... Ahora sólo quedaba poner en marcha el proyecto. Primero sueñas con él y luego lo ves con toda claridad. La realidad te va pisando los talones después; tienes que contar con ella y pasar a la acción. Un barco cuesta muy caro e inmediatamente comprendes que hay que 'espabilar' para obtenerlo. No hay más que una solución: robar. ¡Ahí, me dirás, ¡alto ahí! Hasta ahora no es más que un sueño, por absurdo que sea, pero si se le admite... Tendría que haber reaccionado. Pero no; acepté el hecho de robar casi sin reaccionar, porque tal actitud escapaba naturalmente a mi modo de ser...»

Más adelante, Jacques revela la fascinación del fin a alcanzar, por ambiguo que sea:

«No es que me gustara la idea del robo, pero necesitaba una meta diferente de las ambiciones del vegetal; cualquier nadería me habría salvado... La idea de una

agresión premeditada, aunque no turbaba mi conciencia, me preocupaba, sobre todo por las consecuencias sociales. Como el pájaro que, fascinado por la serpiente es incapaz de moverse; como el alpinista que, presa del vértigo, se arroja al abismo, uno acaba sintiéndose terriblemente obnubilado por esa idea que elimina toda capacidad de reflexión, y termina por no poder liberarse del mal más que cometiéndolo...» (LE 25-27).

El drama

El drama tiene lugar el 25 de febrero de 1954¹⁷. Hace una semana que Jacques y Pierrette viven juntos de nuevo en el pequeño apartamento de la señora Fesch, ahora gravemente enferma y hospitalizada. La banda decide atacar a un cambista conocido del padre de Fesch: Alexandre Silberstein, cuyo negocio está situado en el número 39 de la calle Vivienne, en un barrio que nuestro amigo conoce bien por haber trabajado en él. Además, unas semanas antes ha estudiado el lugar entrando a cambiar una moneda de oro. En aquel *Despacho de cambio y numismática*,

¹⁷ 1954 es, sin duda, un año dramático. En ese «*invierno 54*» que sirvió de inspiración a un film, el abbé Fierre lanza a las ondas, en las noticias de mediodía, una llamada de socorro: una niña acaba de morir de frío. Inmediatamente surge la caritativa respuesta; llegan 300.000 cartas con donativos y ofrecimientos de ayuda... ¿Qué efecto tuvo aquel suceso en Jacques, que entonces se encontraría en Saumur o en La Rochelle? ¿Se habrá enterado de algo, obsesionado como estaba con un proyecto completamente distinto? Después, desde el 13 de marzo al 17 de mayo, tiene lugar la batalla de Dien-Bien-Phu en Indochina. Sin hablar del sangriento día de Todos los Santos en Argelia. Entonces ya está Fesch en la cárcel... Todas esas coincidencias le hacen pensar: ¿cómo puede una persona quedarse al margen de la más dramática actualidad encerrándose en su mundo!

con la oficina en la planta baja, ha visto una especie de trastienda en la que podría encerrar al cambista después de maniatarlo. Respecto a las consecuencias, Fesch está seguro de que, cuando se encuentre ante el hecho consumado, su padre no tendrá más remedio que solucionar las cosas.

Los tres jóvenes cómplices, Jacques Fesch, Jacques Robbe y Jean Blot, no tenían intención de matar. Sin embargo, como hemos visto, Jacques quiso llevar consigo la pistola. ¿A qué se debió tan peligroso impulso? A la reciente actualidad, sin duda alguna. En primer lugar, dos años antes manejaba un fusil durante su servicio militar. Y, además, en aquella época de post-guerra los jóvenes estaban familiarizados con las armas. Cuando, a raíz de la Liberación, los alemanes evacuaron el país, la banda encontró gran cantidad de fusiles. Solían hacer frecuentes incursiones a una casa abandonada a espaldas del chalet de Noailles, según me dice Philippe Vitu. Ahora se comprende todo un poco mejor. ¿Quién no tiene en su cuarto una pequeña colección de trofeos? Aunque en muchos aspectos haya sido influido por su padre, Fesch depende de la coyuntura y solamente de ella: una post-guerra de violencia y de ajustes de cuentas. No hay por qué buscar más. Pero ¿quién puede impedir que el tribunal, sabiendo que el arma estaba cargada, vea en todo ello la segunda fase de la premeditación?

A propósito del arma, Jacques dirá más tarde:

«Paso una y otra vez por delante de la tienda de un insignificante banquero; ánimo: entro, salgo a los diez minutos y no veo a nadie. Es el abandono de los camaradas que estaban justamente allí para darme valor con su presencia. Después sobreviene la tragedia. Corro como un loco, con los ojos extraviados y un aspecto es-

puntoso. Hay que liberarse. Todo lo que tenía do desaparece de mi mente; obro como un autómeta. He cometido este delito inútilmente. Aunque, hubiera salido bien, no habría resultado, porque allí no encontré dinero» (LE 28).

Recuperemos el hilo de los acontecimientos. El barco costaba 2.200.000 FF, de los cuales la tercera parte había que pagarla al comprometerlo y el resto a finales de marzo. Así que no había tiempo que perder. El 25 por la mañana Jacques va a encargar la suma en lingotes de oro para recogerla por la tarde. Luego regresa a Saint-Germain y se ocupa de los últimos preparativos. Con el fin de darse valor, hace una comida más regada que de costumbre, porque se bebe una botella entera de vino. Al levantarse de la mesa pone a punto su plan. En un maletín de cuero amarillo coloca la pistola, cargada pero con el seguro puesto; no tiene intención de matar, aunque no excluye las dificultades y quizá tenga que defenderse. Al material añade un martillo curiosamente montado al revés y dos cables de luz para atar al cambista al que piensa golpear para reducirle. Luego regresa a París en el Simca-sport, dispuesto a reunirse con los otros dos. Jacques Robbe lo espera en un café de la calle Vivienne y, para darse valor, se beben litro y medio de cerveza cada uno. Robbe es fácilmente identificable, porque a consecuencia de un accidente de automóvil lleva un gran vendaje encima de un ojo: un detalle que las personas del barrio recordarán inmediatamente. Los tres compinches se reúnen en el número 39 de la calle. Fesch ha aparcado muy cerca, en la rue Saint-Marc. Son las seis; cae la noche y, en medio del frío, se vacían las oficinas.

Dejando a Blot en la acera, Fesch entra con Robbe en el establecimiento. Los dos cómplices declararán más tarde haber acudido sin ningún entusiasmo. En primer lugar, porque no creían que Jacques llevara a cabo su plan; después, viéndole dispuesto a hacerlo, se asustaron, pues no estaban acostumbrados a atracar. Silberstein, un hombre de 52 años, no había reunido la suma encargada porque, según su declaración, desconfiaba. Por este motivo había pedido a su hijo Claude, de 22 años, que saliera con él al mostrador. Cuando le exigen la cantidad completa hace tres prolongadas llamadas telefónicas a su banco, unas llamadas que los agresores consideran demasiado largas. En efecto, Fesch se enerva y sacando el martillo del maletín y ocultando su gesto tras el mostrador, se golpea el muslo con él para mostrar a Robbe su resolución. Éste se asusta. «Tengo que irme», dice a Fesch tirándole del brazo. Pero como el otro se resiste, sale solo de la tienda al mismo tiempo que el hijo del cambista. Entonces, Robbe, como dirá más tarde, se precipita hacia la plaza de Richelieu-Druot y, divisando a un policía de tráfico, lo aborda diciéndole de modo apremiante: «Venga, mi mejor amigo está a punto de hacer una tontería». Aunque ignora todo lo que está ocurriendo en este momento en la tienda de Silberstein, ha dado la voz de alarma.

Mientras tanto, Jacques Fesch ha sacado la pistola y golpea al cambista con la culata, sin conseguir dejarlo inconsciente ni evitar que pida socorro. En la pelea se le cae el arma. La recoge y quita el seguro por si acaso... «*Era el engranaje...*», dirá en el transcurso del juicio para atribuir al instinto lo que el tribunal calificará de tercera premeditación. Fesch gol-

pea de nuevo al hombre, siempre con la culata y con el arma del revés, pero lo hace tan torpemente que se dispara una bala en el dedo. No siente dolor en el primer momento porque, como dirá después, está anestesiado por el terror (LE 28).

Entonces, ignorando que Robbe acaba de denunciarlo, arrambla con el dinero de la caja (300.000 FF en billetes) y huye velozmente entre las sombras por las calles repletas de gente. Pero ya se ha dado la alerta y le persiguen, además de que el dedo ensangrentado llama poderosamente la atención.

«Salí de la tienda», dice Jacques, «un transeúnte me vio y me gritó. Corrí, pasé por delante de mi coche, pero no pensé en cogerlo. Huí, me acosaban, me golpeaban, gritaban... Un único pensamiento martilleaba en lo que me quedaba de consciencia: ¿qué he hecho? ¿qué he hecho?» (LE 28).

Jacques pasa por la rué Saint-Marc, tuerce por Feydeau y se encuentra en el punto de partida. Vuelve a Saint-Marc pasando una vez más por delante de su coche, atraviesa la populosa rué Richelieu y toma la de Fravart. Sube por el boulevard des Italiens. Alguien le pone la zancadilla haciéndole perder su valioso maletín. No se detiene a recogerlo. En el número 9 del boulevard ve abierta una puerta de garaje, entra por ella, y en el patio encuentra una escalera de servicio por la que sube hasta el quinto piso. Allí busca una salida al tejado, pero no la encuentra. Tiene la esperanza de que hayan perdido su rastro y de que las cosas se calmen. Al cabo de algún tiempo baja tranquilamente, disimulando. En el patinillo ve al portero, Fierre Destoc, y a su mujer que, alertados por el ruido de la persecución, se han reunido con un grupo del

que l'orma parte el agente de policía Jean-Baptiste¹⁸ Vergne, 35 años. Estas personas han entrado de la calle; están convencidas de que el fugitivo se esconde en el inmueble y esperan a que se deje ver. Han cerrado la puerta de entrada para impedirle huir en el caso de que lo intentara. Ante tal reunión, con la que evidentemente no contaba, Jacques se decide de golpe y tras una ligera vacilación, continúa su camino tranquilamente como si fuera un inquilino. Pasa por delante del agente, atraviesa el patio y llega a la entrada del inmueble. Se encuentra ante la amplia puerta cochera que da a la calle e intenta abrirla; pero, en el momento de poner la mano en el pomo, alguien lo reconoce y grita: «¡Es él!». Entonces, el agente Jean-Baptiste Vergne saca su arma y le conmina: «¡Alto o disparo!». Jacques se encuentra a cuatro o cinco metros del policía y, con la mano herida que esconde en el bolsillo, dispara sobre el agente a través de la tela del impermeable. No ha apuntado: dispara al azar, sin gafas¹⁹ -las ha perdido en la contienda- y el azar, un azar tremendo e infortunado, hace que la bala alcance al agente en pleno corazón causándole la muerte. Posteriormente, a lo largo del proceso, Fesch insistirá en frases como éstas: «*Me sentía completamente enloquecido. Había perdido el control de mí mismo. Lo veía todo confuso. El agente de policía no era para mí más que una forma vaga. Estaba muerto de miedo*». Y, yendo aún más lejos, añadiría: «*Tenía que ocurrir así. Disparó mi subconsciente porque yo ya no vivía*». Pero ¿cómo demostrarlo?

¹⁸ Y no Georges.

¹⁹ En la cartilla militar de Jacques consta que tenía un 2/10 y un 5/10 de visibilidad.

Gira el picaporte y se precipita al boulevard des Liens. Un transeúnte llamado Raymond Leño ir (32 años, dos hijos) intenta sujetarlo. Jacques le dispara a bocajarro hiriéndole gravemente en la cabeza junto a la oreja. Entonces se precipita a la cercana estación de metro «Richelieu-Druot», donde se cruzan los disparos de unos y otros. Cuando intenta escapar por otra salida se ve acorralado por un policía retirado, Marcel Riedler, 52 años, que *lanza* contra él la pesada puerta hiriéndole en la cabeza (sin excluir que posteriormente le hayan golpeado en el rostro). Pero Fesch todavía es capaz de resistirse. Entonces Riedler le retuerce la muñeca derecha para hacerle soltar la pistola, mientras que Jacques vocifera: «¡Suélteme o le liquido!». Pero un joven de 27 años, Georges Plissier, acude en ayuda del policía. Aún dispara Fesch dos tiros al vacío. Después Plissier le arrebató el arma y, con la culata, le da un golpe en la *cabeza*. Jacques se desploma y se deja inmovilizar. Después de tan infernal persecución llega el momento de

«la detención de una bestia salvaje que se mueve por los reflejos que le han legado sus antepasados y que salen a la superficie en los instantes de peligro. Después... ¡pues bien!... es la cárcel» (LE 28).

Según me dijeron en el Juzgado, Jacques fue entregado inmediatamente a la Policía judicial criminal y a las 4, en plena noche, lo trasladan al Horloge. A las 8 vuelve a la Brigada criminal; allí, con la cabeza todavía ensangrentada por los golpes, lo reúnen con Pierrette. Por la mañana lo conducen a Saint-Germain-en-Laye para que esté presente en tres regis-

tros: uno en su casa, 6 rué d'Alsace, de 9h a 10h; el segundo en casa de los padres de Pierrette, 2 rué Racine, de 10h a 10,15h; y por último en casa de Jacques Robbe, 31 rué Lorraine, de 10,30h a 11,05h. Aquí encuentran los policías el plano de un velero, el *Cruizier* de La Rochelle. A las 20,30h del mismo día vuelve al Juzgado y el 27 de febrero a las 9h de la mañana lo conducen a la Policía criminal. Allí le someten a un careo con Robbe y, por fin, lo acusan de asesinato y robo a mano armada. Aquella misma noche ingresa en la prisión de la Santé. Su caso está en manos del inspector Raoul, quien se ocuparía también de los de Robbe y Pierrette. Como profesión, se declara «gerente de sociedad». Podemos imaginar lo que pasaba por su cabeza durante aquellas idas y venidas, los interrogatorios, las sesiones de fotografía, etc. Como una persona arrancada bruscamente de un ensueño, se dice: «Pero ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho?». Los clichés dan fe de una situación en el límite de lo soportable.

Jacques Robbe se declaró «sin profesión». Por mandato del juez Fayon, llegó al Juzgado a las 8 de la tarde del día del delito, procedente también de la Brigada criminal, acusado de «complicidad en robo a mano armada». El 27 a las 9 de la mañana vuelve a la Policía criminal. Allí, tras un careo con Fesch, queda detenido. Ingresaba en el Hospital, sala Cusco, porque la herida del ojo exige atención médica. El 21 de junio le ponen en libertad provisional. Jean Blot fue conducido a Fresnes acusado de «abstención ante el delito y complicidad en robo a mano armada»; tardó en obtener la libertad provisional porque el sindicato de policía se opuso reiteradamente. Sin embargo, to-

dos los testigos coincidieron en calificarle como un joven perfectamente honrado y constante en el trabajo. En realidad, había dudado en participar en el atraco y se limitó a hacer guardia en la acera. Lo mismo que Robbe, que en más de una ocasión había dicho a Fesch: «¡Que tengo tres hijos!».

Mientras tenía lugar el atraco, Pierrette esperaba a su marido en un café de la Chaussée d'Antin esquina a la calle Provence. Jacques no le había contado sus planes; únicamente se limitó a citarse con ella a las 7 de la tarde. A lo largo del proceso insistió: «*Por supuesto, mi mujer ignoraba todo lo que yo planeaba*»; es verosímil que así fuera, pues, a causa de su carácter introvertido, no hablaba de nada con nadie. Él le había contado la historia del velero pero Pierrette, que conocía bien a su romántico marido, no le había concedido demasiada importancia. «Cuando volvió a refugiarse en mí para reanudar nuestra vida en común», dice Pierrette, «no hablaba más que del barco. Yo creí que era para ocultar sus otras extravagancias y no supe comprender que su obsesión por él acabaría trágicamente»... Así pues, Pierrette acude a la cita y le espera sentada ante su consumición. Pero no es Jacques quien la viene a buscar, sino los policías, que se presentan sin perder un minuto (¿quién les avisó?) y le instan a seguirlos. Pierrette llega al juzgado a las 0,30 de la noche, antes que su marido. En la zona de mujeres la recibe alguna de las religiosas de María y José que trabajan en aquel lugar. ¡Sorprendente presencia de las Hermanas en unas prisiones que he llegado a conocer bien! Se declara «sin profesión» y no pasa por antropometría, como lo harán Jacques y su cómplice, sino

que simplemente «queda a disposición» para verificación. El mismo día, a las 8 de la mañana, la conducen a la Brigada criminal y, tras interrogarla en presencia de su marido, la dejan en libertad. Pierrette declara haberse enterado del drama a primera hora de la mañana a través de un agente que le enseñó el periódico con un aterrador titular en primera plana y que, compasivamente, la había cubierto con la capa de su uniforme cuando pasó ante el tropel de fotógrafos. Aunque estaba ya al corriente del atraco, Pierrette ingoraba que hubiera terminado con la muerte de Jean-Baptiste Vergne. Imaginamos su consternación. Para ella, Jacques no tenía nada de asesino. Pierrette presentía algo grave, pero no semejante tragedia. En todo caso, fue tajante: su marido solamente había nadado entre aguas turbias durante los dos últimos meses de su vida en libertad (LE 19). Sabía que Jacques estaba desquiciado, embarcado en una loca ilusión, y que sería capaz de cualquier cosa por hacerla realidad. Pero ¿hasta el punto de matar? Podemos imaginar su desolación y cómo volvería sobre las últimas semanas durante las cuales podría haber detenido aquel insensato engranaje, o quizá... ¡inútil esfuerzo!

La tragedia conmocionó profundamente a las dos familias. Por una parte supuso el reencuentro de los esposos Fesch separados desde hacía tiempo; por otra, el conflicto que había de enfrentar a ambas madres. Respecto a ello, Jacques escribía a Marinette Polack:

«Ya conozco tus discusiones con mi madre y sé que vuestras relaciones no son buenas y que, a veces, os resulta difícil entenderos y otras os es imposible. Creo

que estas cuestiones de racismo no conducen a IKKIII. Pero ¿qué quieres? Por mi parte estoy tranquila, porque no es más que otra tormenta» (CE 28, carta del 4 de septiembre de 1954).

Indudablemente, la señora Fesch acusó a Pierrette de ejercer una mala influencia sobre su hijo, mostrando con esta afirmación su antisemitismo. La señora Polack -que era una mujer de carácter- sabía defenderse. Según me contó Monique, un día recibió una llamada de su madre pidiéndole ayuda urgentemente; al llegar, la encontró con el rostro tumefacto. ¡Paz a estas miserias! A su vez, el segundo marido de Monique le prohibió acudir a la cárcel para visitar a su hermano. De todos modos fue a verlo una vez con su padre y con Nicole. En aquella ocasión sólo hablaron de banalidades como: «¿Necesitas algo?». Aún hoy se pueden percibir en la familia tan dolorosas heridas. ¡Paz a todos ellos!

En enero de 1956 los Polack vuelven a poner a Pierrette en la calle. La joven empieza a trabajar en una empresa americana. Aunque no le reprochan que ame a Jacques, a ella le resulta difícil vivir su soledad (LE, carta del 3 de enero de 1956).

Las dos etapas de la conversión

Jacques va a reencontrarse en la celda con el Dios de su infancia. Cuando recibe la primera visita del padre Devoyod le espeta a bocajarro:

«No tengo fe; no se moleste».

Do todos modos, acepta las visitas cotidianas del capellán porque le hacen mucho bien (CE 20, carta del 25 de marzo de 1954), así como las conversaciones profundas y los libros religiosos de los que siempre ha dispuesto en abundancia.

Según él, la fe puede llegar por dos caminos: o razonando, para destruir las objeciones y probar la existencia de Dios, o por autosugestión, esforzándose por decir «creo» (LE, carta del 22 de agosto de 1955). Pero ciertamente no es así como Dios va a hablarle. La demostración no implica la plegaria y el método Cué no da paso al reencuentro.

En octubre de 1954 la señora Fesch le envía algunos libros. Entre ellos, un volumen sobre las apariciones de Fátima, relato que Jacques lee con avidez. Algo más tarde recordará: *«Acabo de leer este libro por enésima vez»*. Con fecha 22 de agosto (JS 212-213) Jacques dedica casi toda una página del diario a la idea que la obra le ha sugerido: ofrecer la vida para reparar los pecados de los hombres. Como se puede adivinar fácilmente, fue el relato de las apariciones de Fátima lo que inició el retorno de Jacques a la fe cristiana; esto hace decir al letrado Baudet que la conversión de su cliente tuvo lugar a los ocho meses del encarcelamiento, es decir, en octubre de 1954. En una carta del 8 de junio de 1955 (LE 37) Jacques se explica del modo siguiente:

«Aguijoneado incesantemente por mi abogado, al cabo de unos meses de detención intenté creer. Ya no tenía la certeza de la inexistencia de Dios; a pesar de carecer de fe, me hacía receptivo e intentaba creer apoyándome en la razón, sin rezar o rezando muy poco. Luego, tras un año de cárcel, experimenté un intenso

sentimiento que me hizo sufrir mucho, y brutal/nenie, en unos instantes, alcancé la fe con absoluta certeza.»

Hay dos etapas, pues, en esta conversión inicial. En la primera desaparecen los motivos de incredulidad -que se disuelven uno tras otro-, mientras surge una receptividad al mundo de la religión; por otra parte, no se puede hablar de una fe recuperada, porque aún falta la oración. Y luego, cuatro o cinco meses más tarde, se produce la súbita irrupción descrita anteriormente. Trataremos de explicarlo dentro de los límites que exige la discreción. En diciembre de 1953 la pareja había vivido un doloroso acontecimiento de consecuencias imprevisibles. Tres meses después Jacques ingresaba en la cárcel presa de nuevas preocupaciones. Al cabo de un año, el 28 de febrero de 1955, se enteró en el locutorio de las trágicas consecuencias de aquella triste historia. De ahí proceden el *intenso sentimiento* del que habla y que se refiere a *determinadas cuestiones familiares*, como precisará después. Esta *revelación*, recibida en medio de la incomodidad, el ruido y la indiscreción del locutorio, le quita el sueño durante varias noches, mientras unas voces que le instan a convertirse llegan a los oídos de su corazón con unas palabras nunca escuchadas hasta entonces. Acostado en el catre, oye con toda claridad y por primera vez (lo oírás de nuevo tres años más tarde): «Jacques, recibe el don de tu muerte». Es la conjunción de un sentimiento afectivo muy intenso y de una llamada de Dios que da paso a su conversión. Este choque espiritual se produce exactamente el 1 de marzo de 1955. Retengamos la fecha.

El descubrimiento del Señor aparece, pues, unido a un gran dolor superado por una enorme alegría

«inmotivada», venida de Dios. Mientras su corazón recibía la puñalada de una noticia terrible, *capaz* de destrozarle, Fesch recibía al mismo tiempo las fuerza para apelar al último Recurso capaz de curarle invadiéndole con su Ternura. La brutalidad de la herida da paso a la invasión de la fe recobrada. La gracia no surge en su interior como un analgésico que se limitara a suprimir el dolor adormeciéndolo... Se instala permanentemente, como una Presencia total, vigorosa, y que, lejos de anestesiarle, multiplica su vitalidad hasta los límites de lo soportable. Ante tal experiencia, Jacques se siente dispensado de continuar sus reflexiones filosóficas a favor o en contra: no ha deducido a Dios, lo ha reencontrado. No ha replicado a los argumentos (de Anatole France y otros): el Dios discutido ha llegado hasta él en medio de una alegría dulce y salvaje. De este modo Jacques alcanza de golpe esa calidad de lo divino que es la de la Revelación cristiana: no ha accedido al Ser supremo pero se encuentra acurrucado junto a Su Corazón para siempre.

Jacques no puede hablar o escribir sobre su fe recobrada más que con personas capaces de entenderle: el abogado Baudet y Dominique, un conocido de Pierre. Digamos unas breves palabras a propósito de este hombre providencial con el que Jacques se escribió durante su reclusión. *Dominique W.*, cinco años mayor que Fesch, procede de una familia de origen judío. Su abuelo se convirtió al catolicismo y su padre entró a formar parte de la Iglesia católica gracias a un fraile dominico, el padre Chamon, en cuyo honor recibió su nombre: Dominique. La educación que éste recibió en Saint-Pol-de-Léon, una escuela libre de

Bretaña, le indujo a abandonar las prácticas religiosas. Su padre le preparó el camino de retorno a la le dándole a leer el libro del filósofo Sóren Kierkegaard, *Temor y temblor*. Aquella obra, admirable por el fondo y por la forma, le deslumbró; pero el acontecimiento decisivo para su conversión fue el encuentro con un amigo que le sugirió la idea de hacer un retiro en la abadía de La Pierre-qui-vire. «Iré y me quedaré», respondió Dominique con fervor. Era el miércoles 1 de marzo de 1950, miércoles de Témperas de Cuaresma, y Dominique tenía 25 años. Y curiosa coincidencia: Jacques se convirtió también un 1 de marzo, cinco años después, e igualmente a la edad de 25 años... Dominique se reúne por la mañana con el capellán del liceo, padre Eberhard, quien le reconcilia con el Señor y le invita a comulgar al día siguiente, primer viernes de mes. Casi inmediatamente, el 13 de abril, ingresa en el monasterio tras consultar al director espiritual de los Benedictinos de Vanves, que era también de La Pierre-qui-vire.

Inmediatamente después de la tragedia del 25 de febrero de 1954, los amigos de Pierrette avisaron a Dominique, ahora hermano Thomas. Me contó que «conocía a Pierrette, pero que nunca había coincidido con Jacques», porque una vez acabada la guerra, a partir de 1944, ambos se habían lanzado al mundo del jazz, pasando tres años de su vida de sesión en sesión allí donde necesitaban de su talento. Además, contaba con gran número de amistades en el mundo artístico, en el del cine (Marina Vlady), la pintura (la familia de Maurice Denis), la literatura y otras artes. A ese ritmo, sus estudios de medicina en Jussieu (1944-1946) acabaron en un fracaso aunque, por otra

parle, no dejó de estudiar, pues entre 1946 y 1949 se licenció en Letras por la Sorbona y obtuvo un diploma del Instituto Arqueológico de París. Después, entre 1949 y 1950, trabajó en el taller de alfarería de un amigo en Courbevoie. Como se puede comprobar se trataba de un hombre polifacético cuya familia paterna era extraordinariamente culta. Pero Dominique no acababa de centrarse. En esta situación redescubrió a Jesucristo con toda la riqueza de un temperamento sensible a pensadores tales como Antoine de Saint-Exupéry o Albert Camus. Cuando se enteró del arresto de Jacques, el hermano Thomas se sintió sobrecogido: recordó su propia conversión, tres años antes, e inmediatamente escribió a Fesch, al que no conocía directamente, una carta breve pero vibrante en la que incluía un fragmento de un *negro-spiritual* de moda en el momento: «Cristo llama a tu puerta, ¿no le abrirás?». Aquel cántico le impresionaba tanto que lo empleaba siempre como prólogo de su extensa correspondencia. La nota apareció entre los efectos del condenado quien, sin duda, la llevaba consigo: de ahí lo reducido del papel. Algo más tarde se entabló entre los dos hombres una correspondencia, un intercambio que, limitado a una sola parte, es decir, a las cartas de Jacques, constituye, con la introducción, el primer libro publicado *Lumière sur l'échafaud*.

Pero las cosas no suceden de repente, ni de la noche a la mañana, como se suele pensar. El padre Alain Carrón, que había profesado en los dominicos al mismo tiempo que Jacques ingresaba en prisión (la rué de la Glacière está cerca de la rué de la Santé), tenía noticias de Jacques a través del padre Devoyod, que

vivía en su mismo convento. El capellán le había contado que, en un principio, el recluso no había reaccionado a las cartas del padre Thomas, pues era tal su abatimiento que permanecía insensible a cualquier gesto o a cualquier mensaje. De hecho, la respuesta se hizo esperar catorce meses, pues Jacques no devolvió la pelota hasta el 26 de abril de 1955 (LE 34). En aquella ocasión escribía al padre Thomas: «*Me siento incómodo por no haber contestado a tu extensa carta del año pasado, pero en aquel momento no sintonizaba con lo que me escribías*». Y la misma melodía en la correspondencia del 8 de junio: «*No entendí tu primera carta; entonces no creía*». (LE 37, carta del miércoles 8 de junio de 1955). Thomas, por su parte, me confirmó todo lo anterior: «Inmediatamente después del drama escribí una carta a Jacques. Él ya sabía que Fierrette y yo manteníamos una buena amistad. No volví a hacerlo hasta el año siguiente, tras recibir su breve contestación. Por supuesto, durante aquel silencio recé por él. Estaba seguro de que me respondería. Dios me daba aquella certeza». El prisionero debió de salir, pues, de la postración que le tenía embrutecido e insensible a la gracia. Para liberarle fueron necesarias las sacudidas del letrado Baudet, que intentaba sacarle de su marasmo, así como de la incredulidad que lo causaba. No es fácil creer en el Dios de Jesucristo: eso exige una lucha; pero la semilla estaba sembrada... Después, al año de la muerte de Jacques, en octubre de 1958, Thomas dejó Francia para integrarse en una fundación africana y después tomó otro camino. ¡Dios le bendiga!

Al principio, Fesch se sentía acomplejado ante aquellas cartas espléndidas y delicadas que recibía

de él. Se veía «*como un mapuche tratando de discutir con una paloma que surcara las nubes*» (CE 46, carta del 29 de mayo de 1957). Pero la aprensión se desvanece paulatinamente: Jacques ve en el hermano Thomas una persona espiritual «*que sabe leer entre líneas y que advierte inmediatamente el estado del alma. Puede ver a Dios a través del Cristiano*» (CE 174, carta del 19 de septiembre de 1957). Desgraciadamente, para juzgar sólo disponemos de dos fragmentos de las cartas del fraile (JS 172-173 y 180) con algunos finales de frase aquí y allá, hermosas fórmulas que el recluso conservaba. Thomas acompañaba a su amigo sin pensar en más. Evidentemente no conservaba copias de las cartas que le enviaba, según me dijo: «tengo entendido que Fesch guardaba mis cartas». Pero añado modestamente: «¿Qué importa? Las hermosas son las de él, no las mías». Sin embargo, quizá algún día...

No han faltado hipótesis sobre la conversión de Jacques, muchas de ellas atribuyéndola al temor. Sin embargo, ha habido muchos condenados a muerte que no se han vuelto hacia Dios; pero, sobre todo, y según lo atestigua una carta fechada el 24 de agosto de 1954, Jacques tenía la esperanza de escapar a la pena capital. Varios meses después de su conversión, el 21 de diciembre de 1955, aún creía que la pena sería por veinte años que podrían reducirse a diez (LE 54, carta del 21 de diciembre de 1955). En cualquier caso, ¿quién puede adivinar lo que siente un corazón humano y juzgar desde fuera?²⁰. Eso no fue óbice

²⁰ En la cárcel se han producido otras conversiones, también ahora que la pena de muerte está -afortunadamente- abolida. La más reciente, la de André Levet, varias veces narrada. Leer *Ma ¿temiere cávale avec Jesús-Chrim*, André Levet, Ed. Nouvelle Cité. Y otras muchas que son el se-

para que su familia se mostrase escéptica y también inquieta ante semejante transformación. Jacques lo adivina y escribe:

«Lo deprimente es que todos parecen considerar mi fe como un caso de autosugestión, ampliado por el excepcional momento que estoy viviendo. Observan mi exaltación con desconfianza» (JS 266, 17 de septiembre).

Sin embargo, a finales de enero de 1956 Jacques anota gozoso que la familia se regenera a su contacto:

«Con una de mis hermanas y mi madre hemos formado un núcleo pequeño. Aún tienen que incorporarse mi padre y mi otra hermana. Si Dios quiere, lo conseguiremos» (LE 58, carta del 31 de septiembre de 1956).

En su *Diado espiritual*, casi tres años después, Jacques vuelve a contar su conversión en estos términos:

«Yo seguía siendo un ateo convencido y me divertía intentado a mi vez convencer al abogado de la inexistencia de cualquier clase de vida fuera del cuerpo».

Para sus argumentos se apoyaba en los de Anatole France, aunque realmente no son muy concluyentes.

«Una noche, tendido en mi cama con los ojos abiertos, sufría con rara intensidad por primera vez en

creto de Dios. Sin embargo, es comprensible que la proximidad de la muerte provoque en el corazón un cambio espiritual (acto de fe, abandono en Dios, perdón a los enemigos, deseo del Cielo, presencia de la Virgen), un gusto religioso que no es fruto del temor servil. Me remito a Franz Stock y a todos los condenados a los que acompañó al cadalso. Leer, *Franz Stock, Aumônier de l'enfer*, de René Closset, Le Serment-Fayard 1992. Reducirlo a reacciones de poca categoría es negarse a comprender.

un vida por lo que me habían revelado en relación con mi familia; de mi interior surgió una llamada de socorro: '¡Dios mío!'. Instantáneamente, como un viento impetuoso que pasa sin que sepamos de donde viene, el Espíritu del Señor se aferró a mi garganta... Es una sensación de dulzura y de fuerza infinitas que no puede resistirse por mucho tiempo. A partir de aquel momento creí, con una convicción inquebrantable que no me ha abandonado desde entonces» (JS 164, 3 de agosto).

Al tiempo que nos relata su Pentecostés, ya antigua, y que fue seguida por la dura prueba de dos meses de noche espiritual (LE 48, carta del 5 de diciembre de 1955), Jacques nos da cuenta de otra, muy reciente, con la que comienza su *Diario*.

«Hace tres días», escribe a la pequeña Monique, «que he recuperado la fe. No es que me hubiera abandonado del todo, sino que, con el tiempo y las pruebas, se había instalado cómodamente en una tibieza que, según se dice, hasta el mismo infierno rechaza. Por segunda vez en mi vida, se caen las escamas de mis ojos y percibo de nuevo cuan dulce es el Señor» (JS 163, 3 de agosto).

Así pues, su segunda conversión, la del total abandono en la voluntad de Dios, es el origen del *Diario espiritual*. Y es importante saberlo. En *Cellule 18* el padre Lemonnier, sin conocer el texto que hemos publicado aquí, advierte un súbito cambio en la correspondencia de Jacques con su suegra. Y está en lo cierto. El mismo fenómeno se manifiesta en las cartas de Fesch al hermano Thomas: *«Alegría, hermanito, porque lo que estaba perdido ha sido hallado y por segunda vez han caído las escamas de mis ojos... De nuevo todo es luz, calor y felicidad» (LE 104, carta del 5 de agosto de 1957).*

¿Cuál es el motivo de ese nuevo brote de fervor? El mismo Jacques se lo explica a Véronique: «*Voy a morir, hijita mía*» (JS 162). En efecto, tras haber acariciado durante mucho tiempo la ilusión de evitar la pena de muerte, lleva meses sin hacerlo. Pero todavía no ha asumido realmente la perspectiva de morir; no la ha asumido desde un punto de vista espiritual. Y se lo dice a su hija querida: no basta con rechazar la vana esperanza y afrontar valerosamente el momento fatal, sino que «*hay que hacer donación de la vida en medio de una paz que el mundo ignora*». (JS 162). Esta aceptación lúcida y serena es el origen del *Diario* y no otro. Jacques comienza ahora a recibir las gracias de su muerte como Jesús le ha dicho por lo menos en dos ocasiones.

Tenemos una prueba evidente de ese giro. En efecto, tres meses antes Fesch estaba aún lejos de él. El 20 de abril de 1957 (CE 36) escribía a Marinette: «*He recibido un telegrama de mi amigo el fraile (que vive en su pequeño mundo y no tiene los pies en la tierra). Me dice: 'Pronto en el cielo', lo cual es conmovedor desde cierto punto de vista pero poco eficaz desde otro. Voy a tener que responderle en unos términos más moderados y más a ras de tierra. ¡Ay, estos frailes!*». En esos momentos Jacques no ha hecho aún su gran oblación. Un mes después seguiría pareciéndole superior a sus fuerzas y confesaría de nuevo a Marinette: «*El hermano Thomas me ha escrito una hermosa carta, de fraile por supuesto, pero muy sensible hasta para un pagano de mi estilo. La aceptación, y aún más -pues él me pide el ofrecimiento- es muy hermosa, pero terriblemente dura y sobrehumana*» (CE 47, carta del 30 de mayo de 1957). Fesch no ha dado todavía el gran paso ni ha co-

menzado la cuenta atrás de su muerte. Y se observa fácilmente que, aunque surgieron problemas y puntos de divergencia, sus relaciones con Thomas siempre fueron cordiales.

Desde primeros de agosto se produce el gran descubrimiento del «morir porque» y del «morir para». Jacques va a dejar este mundo porque Dios ha decidido arrancarlo de una existencia para la que no está preparado. Al hacerlo, el Señor lo purificará de su pecado y lo introducirá en la Vida. Esa tesis pierde poco a poco su sentido de castigo (como lo consideran los jueces) para convertirse en auténtica salvación, en una preservación.

«Estoy colmado: me salva a pesar mío; me retira del mundo porque me perdería en él» (JS 183, 10 de agosto). «¡Será la primera cosa que logre en mi vida! Hasta ahora siempre he fracasado» (JS 218, 27 de agosto).

Para que llegue a ser un auténtico encuentro eterno con el Amor hay que añadir algo. Y a eso se prepara el recluso: a ser cortado como una flor demasiado frágil que Jesús colocará en su ramo (CE 152, carta del 5 de septiembre de 1957). Y para quienes se sintieran confusos ante la comparación: «¿Acaso no crecen las orquídeas en el estiércol?» (CE 88, carta del 13 de julio de 1957).

Pero no olvida el «morir para»: para reparar por sus pecados y los de su familia y para que se produzca la conversión de los suyos. Pasa, pues, de una expiación necesaria a una oblación esencialmente voluntaria; del castigo infligido por un Dios justiciero a la purificación propuesta por un Dios de amor. Así entiende Fesch los cuatro acontecimientos principa-

les que han conmocionado a su familia: la muerte de su hermana, la de su madre, el divorcio de una de sus hermanas al cabo de diez años de vida en común y, por último, su propio drama. Llamadas que Dios dirigiera al desdichado padre de la familia para sacarlo de su persistente incredulidad y hacerle comprender, por fin, el lamentable error en el que había convertido su vida (LE 60, carta del 11 de abril de 1956). Porque el Señor no hiere para castigar, sino para salvar (CE 152, carta del 5 de septiembre de 1957). Es notoria la insistencia en el tema durante los dos meses previos a la ejecución; el prisionero se mueve en lo que la fe cristiana llama la salvación y explora ese espacio en todas direcciones. Son unas realidades que la familia no llega a entender, centrada como está en un juicio que considera inicuo, y punto. Jacques es más profundo y penetra en el núcleo de la Redención, en lo que este misterio lleva consigo de muerte y de vida, de positivo y de negativo. Me atrevería a decir que va más lejos que el capellán y el abogado, quienes se quedan aún en la estricta teología del rescate: el pago estoico de la deuda y la grandeza de alma que adquiere la conciencia una vez pagada escrupulosamente la culpa... Pero ¿nos salvamos por la grandeza de alma o por el abandono? ¿Nos tiende Dios la mano para cobrarse una deuda o para acudir en nuestro socorro? Con la ayuda del hermano Thomas, que no cesa de escribirle en el mismo sentido, Fesch opta resueltamente por el último aspecto. «*El castigo que me espera no es una deuda que tengo que satisfacer, sino un regalo que el Señor me hace*» (JS 173, 6 de agosto), escribe en su *Diario*. Por esta razón, su muerte, que -sin de-

jar de ser una muerte horrible- es vivida como una relación de amor, puede convertirse en el objeto de una verdadera oblación. Porque «*el Dios policía no existe*» (CE 152, carta del 5 de septiembre de 1957).

La vida en la cárcel

Jacques ignoraba que había de permanecer en prisión durante tres años y medio. El *Diario* sustituye a la correspondencia para describirnos el mundo carcelario y sus reglas de vida, que lo van haciendo cada vez más agobiante: la absoluta soledad en la celda y durante la media hora de paseo cotidiano; los treinta minutos semanales de visita; un paquete al mes; levantarse a las 7 de la mañana y apagar las luces a las 19; tres libros por semana. Como resultado de la falta de espacio vital, un corazón encogido, la angustia y la anemia (LE 49, carta del 5 de diciembre de 1955).

¿Cómo describir el mundo carcelario sin haberlo vivido? Evidentemente el recluso no pierde la vida ni es torturado como bajo el nazismo o el stalinismo. Puede seguir pensando y amando pero no puede, desplazarse libremente ni ir y venir a su capricho por la vasta naturaleza. Pierde de golpe sus costumbres cotidianas; queda reducido a la inactividad y separado de los suyos en medio de una mezcla de soledad y promiscuidad, porque las celdas se acumulan en un reducido espacio. Todo lo que le daba aplomo desaparece. Además, se altera el uso de los cinco sentidos. Su mirada choca con la pared cercana sin retroceso y los ojos no le sirven más que para

leer, de modo que devora los libros. Por el contrario, se le desarrolla el sentido del oído, antena ultra-sensible que capta el ruido más insignificante tanto de noche como de día. Además vive en medio de la incertidumbre más absoluta sobre su futuro y hace cálculos y suposiciones tratando de aferrarse a una esperanza. Por otra parte, considera su crimen como un error imperdonable. ¿Por qué actuó bajo el impulso de un ignorado instinto? Si hubiera conservado la serenidad, no estaría donde está, etc. Se le presenta un negro panorama y lo único que es capaz de proyectar es la evasión o, al menos, esa idea se dibuja en su mente.

Entonces, el recluso cae en el sopor, porque esta situación le perturba enormemente, tanto en el aspecto psicológico como en el de la salud física. Pero también puede ocurrir lo contrario. El preso se ve obligado a vivir momentos de gran sinceridad, no pudiendo ser más que un hombre y sólo eso, sin ninguna ocupación posible. *La cárcel* puede liberar en él una energía inhibida hasta entonces por el activismo. Le proporciona también una especial agudeza para introducirse en zonas de su ser aún inexploradas. Tiene que recuperar el recuerdo de su infancia, pero necesita ayuda para ello. En todo caso, nada es automático al contrario de lo que opinan muchos. La conversión no suprime la violencia del universo carcelario pero sí permite al prisionero vivir con otra mente y con otro corazón. Y esto es lo que le ocurrió a Fesch: sus cartas lo demuestran.

Una vez convertido, Fesch organiza su liturgia personal que se enriquece progresivamente mientras intenta copiar el horario monástico del hermano Tho-

mas (LE 50, carta del 5 de diciembre de 1955), como si la celda carcelaria se transformase en celda conventual. Porque, como escribe, *«no hay más que dos soluciones: una consiste en rebelarse; la otra, en considerarse un monje»* (CE 71, carta del domingo 23 de junio de 1957). Poco a poco, el rosario, el vía crucis, la Misa leída y la lectura de la Biblia forman su vida habitual, además de las Completas del domingo por la tarde, que recita de memoria en medio de la oscuridad. Sin olvidar la Comunión y la Misa casi semanal de los miércoles en una celda de alta seguridad. El recluso inicia también una serie de lecturas cristianas, como las vidas de Teresa de Ávila (probablemente la debida a Marcelle Auclair, a quien Pierrette conoce un domingo de abril de 1957, carta del martes 16 de abril de 1957), la de Santa Teresa del Niño Jesús y la de Santa Juana de Chantal. No se entrega al estudio propiamente dicho *«porque es inútil y el tiempo es muy corto»*, pero se documenta profusamente sobre las postrimerías (JS 268-269, 18 de septiembre), el infierno, el alma, la vida de los elegidos y también sobre la cruz (JS 271-275, 20 de septiembre). Es su auténtico noviciado de la vida eterna.

A lo largo de los dos últimos meses de reclusión experimenta cierta turbación, pues, ante el temor a un posible suicidio, se le vigila más que nunca. Por esta razón no le pierden de vista. Jacques desearía continuar rezando de rodillas, según su costumbre, pero los vigilantes se asoman a observarle por la mirilla cada cinco minutos; esta curiosidad le confunde porque, aunque lo exija el reglamento, los guardianes parecen tomarlo a broma... Sin embargo, tras reflexionar sobre ello, adivina que esos hombres no son

unos fisgones que «disfrutan del espectáculo» y «exageran»; más bien se sienten intrigados por su conducta, una conducta que, sin ser nueva, ellos desconocían hasta entonces (JS 171-172, 6 de agosto). En todo caso, Fesch resuelve el problema al cabo de cinco días: doblegando su orgullo, se arrodilla resueltamente para rezar sin pensar en las pupilas que le observan. Ya es libre (JS 187).

Al mismo tiempo, nuestro antiguo sibarita acentúa las privaciones de una existencia en la que no sobran demasiadas cosas. Renuncia a los platos cocinados, disminuye el tabaco hasta suprimirlo totalmente (JS 276, 21 de septiembre: un auténtico suplicio), elimina el chocolate y otros dulces. ¡Qué lejos quedan los pollos que enviaba la mamá Polack para variar el menú carcelario! (CE 26, carta del 31 de agosto de 1954; CE 28, carta del 4 de septiembre de 1954)...

Sin embargo, no hemos de suponer que Jacques se deshumanizó o perdió el gusto por la vida: hasta cuando se queja, sus cartas manifiestan una asombrosa vitalidad. Conserva el corazón aferrado a preciosos símbolos: flores, fotos y, sobre todo, un mechón de pelo de su pequeña Véronique, que era una niña extraordinariamente rubia (CE 144, carta del 2 de septiembre de 1957). Hay que disfrutar de las cosas menudas, tanto recibéndolas como regalándolas.

Su salud no es buena: todo lo contrario. Se queja de que unas molestias en el brazo le impiden escribir con facilidad. También sufre de dolores en las encías, que atribuye a la supresión del tabaco. Pero sobre todo, pasa por altibajos: a veces, dice con un lenguaje metafórico, cae la presión (JS 206, 19 de agosto) y el barómetro señala lluvia (JS 208, 20 de agosto).

Durante los largos meses de reclusión, Jacques tuvo tiempo de recordar su delito y los sufrimientos que se derivaron de él:

«*¡Cuántas desgracias he llegado a provocar!*», escribe (CE 19, carta del 18 de marzo de 1954).

Y poco después:

«*Algunos días me quedo postrado en un rincón, pensando y sin moverme*» (CE 22, carta del 30 de marzo de 1954).

Tres días después del drama, escribía a su mujer:

«*Lo más triste es que he dejado víctimas²¹. ¡Y tú, mi pobre Pierrette!, tienes la vida rota por mi culpa ¡Y nuestra hijita!...*».

Aproximadamente año y medio después dice lo mismo al hermano Thomas: «*¡Cuántos dramas para llegar a ello! (la fe recobrada). ¡Cuántas consecuencias tengo que soportar -y no debería haber sido así- durante toda mi vida: la muerte de un hombre, la desgracia de una esposa y de una niña, dos niños que sufrirán, una huérfana...! ¡Cuánto daño he podido hacer a mi alrededor por culpa de mi egoísmo y de mi inconsciencia!*» (LE 35, carta del 8 de junio de 1955).

Es falso, pues, decir que Fesch trazara una raya después de sus tremendas responsabilidades; pero tampoco cultivó una culpabilidad morbosa e inútil en todos los aspectos. Afortunadamente, supo superar el

⁻¹ Las personas que hirió en su desenfadada carrera; pero sobre todo la hijita del policía Jean Baptiste Vergne, Marie-Annick, que tenía CMI aquella época la misma edad que Véronique y ya era huérfana de madre.

concepto estrictamente punitivo de la muerte, el de los jueces, el de la opinión pública y el de las personas que soñaban ante todo con la venganza. Su avance espiritual no le hizo olvidar a sus víctimas, sino crecer en esperanza. Si hubiera muerto abatido nada habría cambiado. Al abandonarse en el Señor rezó por la huerfanita de la que se había hecho cargo.

Yo hubiera podido seguir la pista a la hija de Jean-Baptiste Vergne, porque en los archivos constan sus antecedentes familiares, en especial el nombre y la dirección de sus abuelos, quienes en justicia debieron defender los derechos de la niña. Pero no me atreví a molestarla y espero que se me entenderá: si por casualidad este libro cayera en sus manos, sepan que todos cuentan con mi simpatía ¡Y no crean que, al interesarme por la evolución espiritual de Jacques Fesch, minusvaloro o simplemente desdeño su dolor! ¡No! Ignoro si la convencieron las explicaciones del asesino, es decir, la lejana influencia de una educación lamentable y el reflejo del miedo en el último momento, pero yo no tengo la función de juzgar a Jacques o de proclamar su inocencia. Menos aún pretendo hacer un héroe de él. Lo que nos interesa es su evolución espiritual, así como la esperanza que puede despertar en las vidas más descarriadas. Éste ha sido el único motivo que ha decidido a la familia Fesch, reticente al principio, a permitir la publicación del *Diario espiritual*. Y si, sin quererlo, he hecho sufrir a Marie-Annick, le pido perdón humildemente.

Acababa yo de escribir estas líneas cuando, a raíz de un reportaje de Francois Foucard sobre Fesch emitido en France-Inter el viernes 14 de octubre de 1991, un miembro de la familia Vergne se puso en contacto

con la emisora. Reaccionando ante los planteamientos del reportero, una mujer, pariente del agente muerto, manifestó su deseo de adquirir el *Diario* de Jacques, pero también su asombro al oír hablar de una posible beatificación del asesino. «Ya sé que se había convertido durante su estancia en el cárcel, pero de eso a hacerle un santo... Los padres de Jean-Baptiste, hoy fallecidos, se revolverían en su tumba ante semejante idea», escribía la señora B. Y recordaba el calvario que para la familia supuso la tragedia del 25 de febrero de 1954. Ella misma tuvo que acompañar a la madre de Jean-Baptiste a París para que, en ausencia del padre -un inválido de guerra-, fuera recibida en el hospital de los guardianes de la paz con el fin de trasladarse al Instituto Médico-Forense de la rue de la Rapée, donde reconocería el cadáver. Un penoso recuerdo. «Me acuerdo como si fuera ayer», dijo. Como consecuencia, los abuelos tuvieron que hacerse cargo de Marie-Annick, que ya había perdido a su madre dos años antes de la muerte del padre. Y, para colmo de desdichas, su hijo Michel resultó herido en un accidente de autobús escolar que transportaba a un grupo de niños hacia el sur. Después de aquella época de tristeza, Marie-Annick fue creciendo, se casó y se hizo abogado: una profesión que, sin duda, le dio una visión nueva de lo ocurrido. Uno de sus hijos llevaba el nombre del abuelo muerto... «Disculpe mi escritura; es por culpa de la emoción», decía la corresponsal al acabar su carta.

Una semana después, el 15 de octubre de 1991, recibí a mi vez una carta de la señora B. a la que yo había enviado inmediatamente el libro. «Por supuesto», me decía, «me he sentido muy emocionada después de

leer un centenar de páginas; a pesar de los detalles que desconocía vuelven a mi memoria gran número de recuerdos. Es cierto que estábamos de parte de la víctima... Por otro lado, ¡ese pobre muchacho, Jacques Fesch, que hubiera podido hacer tan buena carrera, con un padre introducido en el mundo de los negocios...! Tengo la esperanza de que su hija Véronique, en la que pienso con frecuencia, haya salido adelante en su vida de mujer». Y yo, querida señora, estoy conmovido ante la belleza de sus sentimientos, ante ese perdón que brota de sus entrañas de madre. Una reacción así alegra el corazón. Si es cierto lo que dice Vd. de Jacques -«no era un sinvergüenza: era solamente un hijo único demasiado mimado por unos padre que tuvieron la desgracia de negarle el dinero para comprarse un juguete»-, comprenderá perfectamente que, sin tratar de comparar ambas desgracias, habrá sido más difícil para Véronique soportar el peso del padre guillotinado que para Marie-Annick sobrellevar la ausencia del suyo, muerto en el noble cumplimiento de su deber. Yo deseaba decirlo aquí públicamente. Y, además, Vd. frena el embalamiento irreflexivo de quienes -bien intencionados, sin duda- querrían canonizar a Jacques de un modo expeditivo sin tener en cuenta la diversidad de opiniones y sensibilidades. Gracias por recordárnoslo honradamente, pero sin rencor.

Diversas amistades.

Jacques conoce a personas de todo tipo.

«Durante la hora de paseo que tenemos todas las mañanas he conversado con mi compañero 'de cade-

na', que es de Indochina. Hemos hablado de los piratas chinos...» (JS 169, 5 de agosto).

El paseo matinal, de 10 a 11, lo hacen encadenados.

«Además», escribe, «en cuanto salimos de las celdas tenemos que arrastar esta ferretería que, afortunadamente, es solamente simbólica, pero no muy agradable. Acabaremos por tener complejo de peno guardián» (CE, carta del 16 de abril de 1957).

¿De qué habla con sus compañeros de reclusión?

«M siquiera puedo hablar del Evangelio con mi vecino durante todo el tiempo que nos dan para desentumecer las piernas, porque sé que enseguida me colocarían en la categoría de pelmazos incurables y prefiero callarme. Pero esa hora me resulta funesta» (JS 171,6 de agosto).

Una excepción:

«Durante la hora de paseo, he estado discutiendo con un vigilante posiblemente comunista y auténticamente ateo. Todas estas discusiones son inútiles y resultan contraproducentes».

El incrédulo tiene argumentos convincentes a su nivel pero

«Si tuviéramos que resumir las impresiones de un creyente iluminado por la gracia, tendríamos que emplear las palabras presencia, calor, luz,, dulzura, serenidad» (JS 194, 14 de agosto).

Para Jacques, Dios se impone. Y eso es todo. No prohíbe comprender pero es más fuerte que las razones. Y además, el tiempo es tan corto que basta con

entregarse a su Presencia y dar testimonio cíe ella.
Otra amistad:

«Hace un momento ha venido la enfermera²² para agradecerme unas palabras que le dije hace unos días, y que ya no recuerdo. Daba la impresión de estar conmovida. No soy yo quien vivo, es el amor de Cristo que vive en mí» (JS 200, 16 de agosto).

También tiene satisfacciones apostólicas:

«Esta mañana he recibido una buena noticia: me han dicho que un camarada con el que he pasado varios meses se ha bautizado y también ha comulgado en estos días. Parece ser que las conversaciones que hemos mantenido le han hecho ir meditando poco a poco sobre su vida y, por fin, se ha convertido. Me siento feliz, por haber servido de instrumento al Señor» (JS 268, 18 de septiembre).

Pero no todo es de color de rosa:

«He tenido una especie de crisis debida al ruido y a los gritos de los presos que paseaban por el patio. Además, mi vecino de celda ha sufrido un ataque epiléptico, que es algo que siempre me impresiona; así que ha desaparecido la dulce paz de la mañana» (JS 279, 22 de septiembre).

Así es la vida del recluso a lo largo de los días...

Entre los vecinos de Jacques figuraba un detenido, André Hirth, que grabó unas palabras sobre él en una cassette. «Yo sólo sé», dice, «que nuestras charlas

²² Indudablemente se trata de una persona llamada Monique, que se encariñó con Jacques y le envió unas palabras de despedida justamente antes de la ejecución, el 30 de septiembre, diciéndole que, aunque no había podido verle de nuevo, estaría a su lado hasta el último momento.

fueron largas, muy, muy largas, pero también dolorosas. Me hablaba de su hija, del desastre de su vida, de nuestras propias vidas, e intentaba explicarme que no era... no era la línea de conducta que había que seguir, podríamos decir. Entonces yo no entendía ni una palabra... Pero... lo escuchaba porque sentía una especie de compasión, podríamos decir. Me sentía inquieto porque me decía a mí mismo: ahí tienes a un tipo que va a morir. A decir verdad, en la época en la que charlaba con él de vez en cuando si el vigilante -el 'matón', como decimos nosotros- nos dejaba tranquilos, yo tenía la impresión de que intentaba llevarme por una línea que... en fin, por un camino que yo no conseguía captar. Cuando salía a pasear, lo distinguía a través de los barrotes de mi celda, porque yo estaba en el primer piso y él en el bajo²³. No podíamos vernos pero eso no impedía -digo bien- que tuviéramos nuestras charlas; y, a veces, largas conversaciones». André añade: «He hecho borrón y cuenta nueva de todo mi pasado excepto de Jacques».

En la misma ala de la prisión se encuentra un adolescente, Guy, que a los quince años ha cometido también un asesinato con objeto de librar a su hermana de las garras de un proxeneta. Insensible a las súplicas del traficante de carne humana, vació sobre él el cargador de su revólver en un andén del metro. No fue condenado a muerte. Todavía hoy da testimonio de la fe cristiana de Jacques, quien no se dejaba

²¹ Jacques y André vivían uno encima del otro: Jacques abajo y André arriba. Se hablaban por las ventanas. La celda de Jacques tenía una vidriera cuya parte superior podía abrirse como un ventanillo. Como el recluso era muy alto, lo abría subiéndose al tubo de la calefacción, pero las rejas le impedían asomarse, de modo que nunca consiguió ver a su interlocutor más que de lejos, durante el paseo.

amedrentar por las burlas de algunos vecinos, asombrados ante tan repentina conversión. Treinta años después, Guy, que volvió a la cárcel por otros motivos, encontró la fe gracias al recuerdo de Jacques. Y esto es todo lo que la discreción me permite decir.

Las cartas

Un aspecto más: las cartas. Como sabemos, Jacques mantuvo una amplia correspondencia, que no ha sido publicada en su totalidad. Se vio obligado a aceptar la regla de las sesenta líneas diarias, ni una más (CE 71, carta del 23 de junio de 1957). Esta limitación explica, sin duda, lo reducido de la caligrafía y la ausencia de intervalos entre las frases para ahorrar espacio.

«Me escribo a diario», anota, «con muchas personas. Para mí es otro modo de rezar, puesto que a través de mis cartas expongo mis creencias religiosas con ardor de neófito. Me doy cuenta de que siembro inquietud en muchas almas y de que nadie se atreve a protestar por mis inflamadas exhortaciones» (JS 221, 30 de agosto).

Gracias pues, a la parte publicada de su correspondencia (28 cartas al hermano Thomas, 84 a Marinette Polack, más algunas frases dirigidas a su hijita Véronique, así como los mensajes de despedida al abogado y al capellán) hemos llegado a conocer el alma apasionada de Jacques. Y nos faltan sus cartas a Pierrette, un secreto entre los dos. Además, como nos dice el mismo Fesch, escribió a otras muchas personas, aunque fue una correspondencia más ocasional y

menos localizada²⁴. La mayoría de las cartas que escribió a lo largo de su corta existencia corresponden al período de reclusión. El joven ocioso que deambulaba por las avenidas y las terrazas de los cafés o rodaba a toda velocidad en su Simca-sport, no tenía afición ni tiempo para desahogar su alma. Lo que los lectores consideramos normal constituye en realidad un cambio radical y profundo; recordemos que, según todos los testimonios, Jacques era un joven introvertido y poco hablador. Ese aluvión de palabras resulta, pues, bastante sorprendente.

Una psicología de escaso alcance podría sugerir que esta afición por las cartas era, ante todo, una necesidad surgida en la prisión, un medio de matar el tiempo y de evadirse más allá de los grises muros. Indudablemente no hay en ello nada de malsano, pero el contenido de dichas cartas nos revela algo más que un mecanismo instintivo: la necesidad de hablar, sí, pero no con cualquiera ni no importa de qué. Excepto las noticias habituales (el cumplimiento del reglamento, la vida en la cárcel, la evolución de su salud), la correspondencia de Jacques refleja esencialmente el aumento de su fe y el florecimiento de su vida interior con sus lapsos de serenidad y sus momentos de lucha. Nos muestra al mismo tiempo al apóstol que quiere compartir sus convicciones y que sacude a los demás con vehemencia. Todo ello integrado en una conversación afectuosa con dos pasiones, fe y ternu-

²⁴ No he encontrado rastro de la correspondencia entre Jacques y Marine Robin, la fundadora de los Hogares de Caridad que se ocupaban de los condenados. Pero en Châteauneuf-de-Galaure me han asegurado que Marine había ofrecido por Jacques sus dolores y sus oraciones. También lo declara André Hirth, que la conoció veinte años después. Cfr *j. Aloille*, agosto-septiembre 1981, pp. 61-65.

ra, mezcladas entre sí. Ése es el fruto de la gracia. Y la gracia modifica extrañamente a la naturaleza, porque libera de su mutismo a una persona encerrada en sí misma que resulta ser la primera sorprendida. Efectivamente, Jacques se desborda y su estilo, como ya he dicho, fluye con maravillosa soltura. Repitiendo las palabras de Jesús, la verdad le hizo libre y le abrió a los otros. Antes se limitaba a tirar de cartera para pagar las consumiciones; ahora da lo mejor de sí mismo, su corazón, a veces de un modo patético. Únicamente los que le habían conocido antes de entrar en la cárcel pudieron advertir la diferencia. Así pues, la necesidad no lo explica todo y, como he dicho en una emisión radiofónica, no hay conversión que se reduzca a componentes psicológicos o sociológicos. Y añadiendo que la gracia dio paso en Jacques a un talento literario que él mismo desconocía: indudablemente, las redacciones que presentaba al profesor de Saint-Erembert no tenían la misma calidad. Esta correspondencia revela una profunda conmoción que va en crescendo. Efectivamente, a partir del 25 de septiembre, ante la proximidad del trágico desenlace que adivina sin la menor esperanza, Jacques comienza a escribir sus claras y conmovedoras cartas de despedida (LE 121-128).

Los locutorios

La cárcel es también las personas de fuera que vienen de visita.

En el primer grado están los locutorios, estrictamente reglamentados, con dos rejas separadas entre

sí por una distancia de un metro que aísla al recluso, y un vigilante que te observa «*como a una fiera del circo*» (CE 51, carta del 5 de junio de 1957). El permiso para visitar a Jacques se concedía a escasas personas: exclusivamente a los familiares más cercanos. Y así y todo era necesario observar una serie de complicados trámites (CE 51, carta del 5 de junio de 1957) que Marinette Polack logró cumplir solamente quince días antes de la ejecución. Nuestro amigo anotaba especialmente las reacciones de Pierrette, su mujer, que iba a verle todos los sábados. Sigamos el itinerario de ambos a lo largo de sus entrevistas:

«Vuelvo del locutorio. He visto a Pierrette. ¡Qué desgarramiento! Estoy emocionado y conmovido hasta el llanto. Sufre desesperadamente y me hace sufrir a mí del mismo modo. ¡Cuánta ruina!» (JS 175, 7 de agosto). *«Pierrette es una mujer peculiar que no se da cuenta del combate que he de librar ni de que hace cuatro años que estoy encerrado, con la perspectiva de un terrible final al extremo del túnel. Lo reduce todo a sí misma y a sus sentimientos, y únicamente busca consuelo en lo sensible... Es desequilibrada, pero, por otra parte, es tan buena... Yo preferiría que fuera un poco menos tierna, que se controlase un poco más. En fin, no puedo hacer nada... Estas entrevistas me dejan más abatido todavía»* (JS 217, 27 de agosto). *«Únicamente puede salvarla la confianza en Dios, pero no cree»*. *«Si le pido que haga un ligero esfuerzo por encontrar la fe me contesta '¡bah!'"* (JS 217, 27 de agosto).

«Hay que comprenderme», me diría Pierrette. «Jacques y yo estábamos brutalmente separados -y hasta aislados- uno de otro en dos sentidos: por las rejas de la cárcel y por su fulgurante conversión. Sabía a mi Jacques en el cielo mientras yo me encontraba abajo, en el estribo. Yo no era una descreída y sigo

sin serlo: simplemente, no me ha interesado el tenuí \ no quiero cambiar. Me mantengo al margen de lo religioso. En aquella época no tenía más que una preocupación: librar a nuestra hijita de las salpicaduras. Y cifraba mi búsqueda de lo absoluto interesándome por problemas humanos como la guerra de Argelia, de la que Jacques no se preocupaba»²⁵. Y añadiría: «Durante algún tiempo nos entendimos, pero después no teníamos nada en común. Jacques ya no era el mismo».

En su diálogo con Marcelle Auclair, Pierrette nos comunica a propósito de esto, una carta de Jacques, quien, tras haberla atraído por medio de la ternura, intenta reencontrarla a través de la fe: «*Espero que algún día se abran tus ojos y comprendas lo que es 'el don de Dios'. ¿No te ha ocurrido nunca, cariño, afirmar algo estando absolutamente persuadida de la veracidad de tus palabras y comprobar que nadie te cree? ¡Es irritante! Pues bien, lo mismo sucede con la fe... En fin, dejemos a un lado esta cuestión; quizá el tiempo actúe favorablemente. No te fuerces: espera, si puedes, a que mejore la situación y quizá llegues a ello poco a poco*».

De hecho, se produce una cierta distensión que el recluso anota jubiloso: «*Pierrette me ha parecido más serena, más en paz, algo más cerca de la fe, quizá. Le he hablado de la posibilidad de un matrimonio religioso. En efecto, sería beneficioso santificar el fruto de nuestra unión con objeto de que Dios la bendiga. Ha-*

²⁵ ¿Cómo iba a preocuparse por la guerra de Argelia si en la cárcel estaba prohibido leer los periódicos? En las breves conversaciones que mantenían en el locutorio tocaban temas más candentes para él. Además, el conflicto se inició el 1 de noviembre de 1954, es decir, cuando ya llevaba ocho meses en prisión. Tres años después de la ejecución de Jacques murió en Argelia uno de sus compañeros de Saint-Germain, según me contó el padre del joven, un inspector de Aguas y Bosques muy amigo de Monseñor Gufflet.

blaré con el capellán (JS, 218, 28 de agosto). «Dentro de poco podremos celebrar el matrimonio religioso de un modo ideal; es decir, sólo será válido en el caso de que me denieguen el indulto» (JS 282-283, 23 de septiembre). «Si Pierrette hubiera recuperado la fe cuando se lo dije, ahora tendría la fuerza necesaria para afrontar la prueba; evidentemente, en el momento actual es el hundimiento» (JS 282-283, 23 de septiembre). «Acabo de volver del locutorio. Por fin, la última visita, que ha transcurrido en medio de la paz y muy cerca de Dios. Pierrette se comportó como me hubiera gustado verla siempre. Por lo menos, me voy con la firme esperanza de que Jesús estará pronto con ella y que terminará por creer... Mañana a las 7 va a recibir la comunión... ¡Hace más de diez años que no se acerca a la santa mesa!» (JS 287, 25 de septiembre).

Del mismo modo que el marido se preocupa de que la esposa vuelva a la gracia sacramental (LE 117, carta del 18 de septiembre de 1957), el padre se preocupa de que la hija, Véronique, acuda a la catcquesis y a la Misa dominical (CE 157-158, carta del 9 de septiembre de 1957). ¡Qué alegría siente al saber que la niña ha sido admitida en un colegio religioso! (CE 180, carta del 23 de septiembre de 1957).

Cuando, en la víspera de su muerte, el abogado le comunicó que el indulto había sido denegado, tuvo lugar el matrimonio religioso. Los días precedentes Jacques había ido llenando los impresos necesarios, incluyendo un poder para que el hermano Thomas lo representara en la ceremonia. En efecto, Jacques no quiso casarse con Pierrette hasta no estar seguro de su muerte a fin de que, en caso de indulto, ella no tuviera que esperarle durante veinticinco años. Una prueba de delicadeza... Ahora bien, no tendría la certeza hasta la víspera de la ejecución, cuando le esta-

rían prohibidas las entrevistas. No quedaba más que una posibilidad: casarse por poderes con Pierrette.

El papel que firmó debía ir rubricado por el canónigo de Pontéves, un funcionario (J^{uez}) del obispado de Versalles, a fin de que quedara autenticado por la Iglesia: más tarde apareció unido al expediente. En la tarde del lunes 3 de septiembre, víspera de la ejecución, el padre Henri Gufflet, párroco de Saint-Germain-en-Laye, recibía en el salón del presbiterio el consentimiento de los esposos en presencia de dos testigos, la señora Polack y Camille-Marie Lullien. Podemos imaginar la dramática escena...²⁶. Desde su celda, Jacques participaba en la ceremonia.

«Dentro de unos momentos voy a unirme a Pierrette por pocas horas. Con este motivo leeré la Misa de esponsales» (JS 298, 30 de septiembre).

Abordamos ahora un asunto delicado que silencia la edición italiana del *Diario* pero que éste desvela con la discreción requerida. En cuatro ocasiones (31 de agosto, 10, 14 y 25 de septiembre) Jacques alude a un niño, Gérard, que es hijo suyo. Este niño nació de una joven inocente e ingenua, Therése T, 20 años, a la que Jacques y su pandilla conocieron por casualidad en el Barrio Latino un día que ella deambulaba por allí con su amiga Michéle. Jacques se encaprichó de Therése y la invitó a almorzar en un restaurante para hablarle del proyecto del barco. Aunque ella se negó categóricamente a seguirle a la habitación del hotel de la rue Ponthieu, la relación continuó. Un día, Jacques le propuso llevarla a Conflans-Saint-Honori-

²⁶ Agradezco al padre Jacques Thomas, actual párroco, que me haya facilitado los registros.

nc -donde vivía la familia de Therése- dando un rodeo por Clamart. La joven aceptó el ofrecimiento y consintió en esperarlo en la casa mientras él iba a visitar a su madre en la clínica. Cuando volvió, cenaron juntos y retrasaron hasta el día siguiente el viaje a Conflans... Therése declaró varias veces a lo largo del juicio; y, aunque no se justificó, afirmó ignorar que Jacques era casado y padre de familia: nunca había hablado de ello y, además, no llevaba alianza. ¿Le sedujo la distinción del joven, al que no imaginaba capaz de traicionar a su esposa? La realidad es que el niño fue concebido semanas antes del drama. Gérard nació mientras su padre estaba en la cárcel²⁷. Jacques no llegó a conocerlo sino a través de la carta que Therése escribió al matrimonio Fesch y que ellos calificaron de superchería destinada a sacarles dinero, mientras que Pierrette, por su parte, veía en ello una maniobra de su familia política para excluirla. Pero hubo que rendirse a la realidad de los hechos. Al acercarse el momento de la ejecución, Jacques siente una intensa preocupación por ese niño desconocido, pero querido, que corre el riesgo de convertirse pronto en un huérfano si nadie se ocupa de él. Insiste para que Véronique se encargue de él con cariño. Esto es una prueba de su honestidad radical y de su ternura. No se trata de un episodio intrascendente que pueda omitirse en la publicación del *Diario* sino de un auténtico testamento que no se puede silenciar sin cometer una mutilación. Gérard no sólo revela una ligereza de su padre: revela también, y sobre todo, la grandeza de Jacques. Gracias a Véronique y a Pierret-

²⁷ lis decir, en octubre de 1954, mes en el que se inicia la conversión ck' Jacques. ¿Hay que relacionar ambos hechos?... ¿Quién sabe?...

te por haberlo entendido así. De todos modos, Jacques se preocupaba con motivo: el niño fue confiado a la Beneficiencia pública. No sabe quién es su padre y la madre perdió su pista. Véronique hizo todo lo posible por encontrarlo, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

Un abogado sorprendente

Otra persona visitaba con frecuencia al recluso, pero en su celda y periódicamente: su abogado, Paul Baudet. Jacques nos dice que, al principio, intentó socavar la fe de este hombre únicamente por diversión. Pero Baudet se muestra firme: acaba de iniciar su conversión, de la que hablaremos más adelante, y el Dios de Jesucristo ocupa su alma. Sin embargo, esta fe naciente no logra aún dominar sus tendencias homosexuales, a las cuales ha dado curso libre hasta entonces sin pretender disimularlas, a pesar de que la opinión sobre ese punto era entonces menos indulgente que la actual. Posteriormente, la Misa cotidiana le bastará para dominar aquella pasión devoradora, pero la lucha seguirá siendo siempre dolorosa.

En 1954 el abogado tiene 47 años. Había nacido en Bourges el 31 de agosto de 1907, de unos padres fabricantes de tejidos que no se entendían. Por esta razón fue siempre muy comprensivo con la juventud descarriada. Educado en una religión convencional, abandonó su práctica para disfrutar ampliamente de las libertades parisienses, las de la plaza Clichy y los antros de Pigalle, pues vivía en Batignolles, en el 25 de la rué Clapeyron, distrito 8°, muy cerca de aquellos

lugares malsanos. A los 25 años, provisto de una cuantiosa fortuna, abre un bufete que prospera rápidamente. Su fama comienza a extenderse; vive con un amigo -no siempre el mismo- y lleva una vida alegre, indiferente a los sarcasmos que escucha y que compensan otras complicidades, incluidas las del Palacio de Justicia. Pero, aunque se mofa cordialmente de los que van a Misa, ¿está seguro de actuar en conciencia, de sentirse invulnerable a las burlas? En su interior se entabla un combate y ya no cede al vicio con el alma tranquila: lo que opina sobre sí mismo le afecta más que lo que dicen de él²⁸. Ese cinismo no ha disminuido en nada la recitud de su conciencia profesional, ya que, acabada la guerra, se atreverá a hacerse cargo -indiferente a la opinión pública- de las causas más difíciles en procesos políticos de cualquier color. Cuando se trata de la justicia, nuestro hombre conserva su integridad.

La conversión de Baudet tuvo lugar en el verano de 1956 durante un viaje a Tierra Santa, momento en el cual puso en orden su vida moral. Pero, según la correspondencia de Jacques, ese regreso a la fe cristiana comenzó mucho antes, a pesar de que las costumbres todavía dejaran que desear. En efecto, más de un año antes, el 14 de mayo de 1955, Fesch escribía al hermano Thomas: «*Tengo un abogado magnífico al que debo mucho y que, durante este año de tinieblas, me ha agujoneado y dirigido hacia el camino de*

²⁸ Estos datos proceden del discurso que el letrado Benoît Chabert pronunció ante 800 personas con motivo de la Audiencia solemne del nuevo curso, inaugurando la Conferencia de Estudios para Abogados en el Tribunal de París el 23 de noviembre de 1990. Este discurso, dedicado a Paul Haudel apareció reproducido en la *Gazette du Palais*, 10-11 de abril di- 1991, pp. 9-15.

la luz» (LE 41). Tres semanas más tarde, insiste: «/A-.v *pués de meses de detención y continuamente aguijoneado por mi abogado, estoy intentando creer*» (LE 37, carta del 8 de junio de 1955). Para «aguijonear» a alguien y encima parecer «magnífico», ¡hay que tener convicciones!... Así pues, la primera conversión de Baudet se remonta al año 1954, y Jacques se beneficia de ella casi desde su encarcelamiento. Por otra parte, las cartas al hermano Thomas no dejan entrever que el recluso haya percibido un cambio radical en la vida cristiana del abogado al regreso de la peregrinación. Indudablemente, no estaba al tanto de la irregularidad del comportamiento de Baudet en aquel punto concreto que luego transformaría la gracia; pero, aunque disfrutara de su alegría, nunca nos hizo ver que le encontraba cambiado. Sin minimizar en absoluto la influencia del viaje a Tierra Santa, y a pesar de desconocer cómo y bajo qué influencias tuvo lugar, hemos de fechar la conversión religiosa de Baudet por lo menos en dos años antes.

Pedí al hermano Thomas que me aclarara este punto. Me dijo que él había conocido a Baudet a raíz de la respuesta de Jacques a su primera carta, es decir, en abril de 1955. Entonces, el abogado le había escrito animándole a mantener correspondencia con el reo, y el fraile, a su vez, le pidió que intentara visitar a Fesch en la Santé. Ahora bien, en aquella época Baudet hacía frecuentes retiros en distintos monasterios sin que el hermano Thomas sospechara su futura conversión. Además, ignoraba todo sobre los problemas morales del abogado. Según el fraile, Baudet tuvo que volverse hacia Dios a lo largo de 1954, en la misma época de la tragedia de Jacques y es muy posi-

ble que, dado el papel que se le ofrecía desempeñar con relación al joven Fesch, dicha tragedia le ayudara en el camino de la fe. Si, ignorándolo, cada uno de ellos fue la causa de la conversión del otro, el hecho es conmovedor. En todo caso, el hermano Thomas me dice que la del abogado fue lenta y dolorosa. Durante cierto tiempo Baudet tuvo que luchar muy duramente, y Jacques debió percibir algo de aquel combate interior por ciertos altibajos que no solamente estaban relacionados con la evolución del proceso. Sin embargo, ignoraba los problemas morales de su abogado, aunque sí llegó a detectar sus tendencias, como lo hace suponer cierto inciso en una carta a Pierrette. En aquella época los dos hombres se buscaban el uno al otro siempre mostrando cierta reserva sobre el tema. Confieso que esa situación me conmueve extraordinariamente. Baudet no era la pantera segura de sí misma que hunde sus garras en un ser desamparado. Él se beneficiaba en gran manera de lo que decía a sus clientes, aunque evitaba demostrarlo, y también se benefició del ejemplo de Jacques y de su transformación espiritual sin decírselo, evidentemente. Por fin, fue a visitar al hermano Thomas en la abadía de la Pierre-qui-Vire a finales de 1956, aprovechándose así del fraile que visitaba a su prisionero y de todos los medios que podrían ayudarle a superarse.

Y es que, a pesar de sus esfuerzos, el abogado persiste en su homosexualidad. En el verano de 1956 organiza, de acuerdo con el amigo del momento, un cruce-ro al Spitzberg con objeto de disfrutar de sus vacaciones anuales: ¡una escapada de la que seguramente no informaría a Jacques! Pero su compañero le falla dejándole desamparado; para olvidar esta traición

Baudet se busca un viaje alternativo. Una agencia de la Avenida de la Ópera le propone visitar Israel, y Bauüiol acepta inmediatamente. No pudieron ocultarle que se trataba de una peregrinación a Tierra Santa organizada por el canónigo Máxime Charles, capellán del Centro Richelieu, pero probablemente le tranquilizó saber que, aunque era una excursión para estudiantes de la Sorbona, la mitad de los pasajeros serían personas de distintas edades. Así pues, Baudet no se embarcó improvisadamente, como sostiene una versión novelesca de los hechos, aunque nunca imaginó que formaría parte de un grupo tan insólito. Firmó el contrato el 2 de julio de 1956, y su nombre constaba en las listas con un número de grupo. ¡No se trató, pues, de un azar providencial! Nos gustaría saber lo que pasaba por su cabeza durante la segunda quincena de junio, entre el plan Spitzberg y el plan Israel, y el significado de su firma del 2 de julio. Pero ¿quién podría saberlo?

El 6 de julio el abogado sale en tren desde París para, con otros 402 peregrinos, embarcar en Marsella el 17 por la mañana a bordo del navio *La Marsellesa*. El canónigo Charles había fletado el barco completo para poder hacer todo lo que quisiera durante la travesía sin molestar a nadie. Había 12 grupos de una treintena de personas y 6 de ellos estaban formados por 190 estudiantes. Entre los capellanes, el sacerdote Jean-Marie Lustiger... Las personas estaban divididas por niveles de edad. Baudet, a sus 47 años, se situaba en el nivel medio, lo que no le impidió encontrar a su grupo bastante heterogéneo. En espera de sufrir la inevitable falta de comodidades en Israel, ocupó una cabina de lujo. Y fue entonces cuando se produjo la primera conmoción: oyó por el micrófono el anuncio de la conferencia

inaugural del viaje precedida de una plegaría, algo absolutamente insólito para él. Insólito también el comedor desprovisto de orquesta. De pregunta en pregunta, Baudet entra en contacto con el canónigo Charles, quien le pone al corriente de este nuevo modo de vida. Al preguntarle sobre las razones de su presencia a bordo, Baudet responde públicamente que le ha abandonado su «amante»; en una época en la que la respetabilidad tenía más importancia que hoy, no se atrevió a concretar más. Sobre todo -de eso estaba seguro-, el capellán no bromearía sobre el tema.

Dicho esto, Baudet va a sufrir una experiencia más dura que agradable, mientras que Fesch, que le sigue de lejos desde la prisión, «*supone que debe de estar entusiasmado*» (LE, carta del 26 de agosto de 1956). Nos gustaría conocer el relato que de su viaje hizo el abogado al recluso, pero no hemos hallado rastro de él. De todos modos, en los Archivos del Centro Richelieu que estoy visitando estos días por deferencia del padre Jacques Benoist, aparece un documento especialmente interesante que, además, me ha permitido estudiar la grafía de la escritura de Baudet. Se trata de las contestaciones, fechadas a primeros de noviembre (y no recientes, por cierto, pues el viaje terminó el 11 de agosto) a un cuestionario en el que se solicitaban las impresiones y sugerencias de los peregrinos. A pesar de los dos meses y medio transcurridos, nuestro amigo no había perdido la memoria ni suavizado sus reacciones. La franqueza que emplea con el canónigo Charles (a quien no volvería a ver) le lleva hasta la grosería. Se muestra como un caballero en la cuestión monetaria, negándose a discutirla por razones de confianza y renunciando al reintegro del pago de una excursión anu-

lada, pero apunta unos significativos comentarios sobre el conjunto de la peregrinación. En primer lugar, una observación general: «De momento, muy a disgusto. Pero este disgusto me parece necesario para la eficacia de la peregrinación». En lugar de aceptarlo como se presentaba, aquel nuevo modo de vida le contrariaba profundamente, sobre todo porque el itinerario, tan grato para los jóvenes, pero sin comodidades, resultaba molesto para un hombre de 49 años acostumbrado a ellas. Y todo ello, sin mencionar una promiscuidad que debía resultarle penosa a causa del apiñamiento en el interior de los coches. Adivinamos también que le sería difícil obedecer a unos guías inexpertos. Decidió no tomar parte en la excursión a El Cairo, quizá para descansar un poco, aunque se arrepintiera después. Baudet se quejó especialmente de no haberse sentido lo suficientemente comprendido ni ayudado en el momento en que sus heridas estaban abiertas. Por una parte escribe: «Apruebo el aspecto religioso de la peregrinación. Sobre todo, no cambiar nada de él, sino acentuarlo». Ésa fue la causa de su viaje y no el turismo. Por otra parte se lamenta de no haber encontrado la ayuda que esperaba. Sobre las conferencias que se celebraban a bordo del navio dice que «a causa de la gran cantidad de preguntas sin respuesta que surgen de las visitas a los Santos Lugares, debían insistir más en las dificultades espirituales que un peregrino puede experimentar en Palestina». Refiriéndose al grupo, habla «del total desconocimiento de las dificultades personales, pues cada uno se ocupaba de su propio desarrollo espiritual» sin prestar atención a la situación de los demás. No cree que la cordialidad pueda sustituir a la auténtica caridad. Y, por último, escribe: «Una pere-

gri nación a Tierra Santa puede ser el origen de un gran revulsivo espiritual. Los jefes de grupo deberían preocuparse de las reacciones de los peregrinos y, en caso necesario, ayudarles a superar sus dificultades». Así pues, la lección debió ser dura. Pero ¿no había tratado el abogado a Fesch con idéntica dureza cuando se hizo cargo del caso? De todos modos, no conviene imaginar ese retorno a Dios como una grata aventura que se vive plácidamente; lo mismo que San Pablo, el converso «da coces contra el agujón». Lo hemos comprobado a lo largo de esta biografía.

Además, una conversión debe profundizarse sin cesar y confirmarse posteriormente -como dice San Ignacio de Loyola- en la vida cotidiana. Baudet debió de intuir, no sabemos cuándo, que debía integrar su fe en la actividad profesional comprendiendo que creer en Dios exige también creer en el hombre. Por esta *razón*, un día declaró a su colega Alain Fench que, tras defender un caso difícil en una ciudad de provincias, había encontrado a Dios una noche en el andén de una estación de ferrocarril.

Este acontecimiento interior pudo haber sucedido en 1954, antes del viaje a Israel, y servir en cierto modo de espoleta. Aunque se sitúe al regreso de Tierra Santa, no contradice nada de lo dicho anteriormente. Al contar su conversión de este modo, Baudet hace una nueva lectura, que lo confirma en la fe y subraya sus repercusiones concretas en el ámbito de lo cotidiano. Nos indica igualmente que su regreso a Cristo se realizó por etapas y de un modo laborioso, como una reconquista del terreno, palmo a palmo. Además, aparece como una persona reservada, que pretende cortar tajantemente cualquier interpreta-

ción novelesca de su relato: los caminos de Duimisiu existen, pero no fueron los que él recorrió.

Las relaciones entre los dos hombres en la Santo empezaron siendo estrictamente profesionales. El abogado asiste a su cliente, que le deja obrar a su arbitrio: cada uno a lo suyo. Durante el juicio lo defiende con brío y energía (obtiene el premio a la mejor defensa del año), quizá elevándose demasiado, según Monique; es decir, dejando de lado detalles concretos de esencial importancia, por ejemplo, el hecho de que, al haber perdido las gafas durante su desesperada huida, Jacques, que era completamente miope, no pudo apuntar directamente al corazón del policía, sino que disparó al azar. Baudet informa a su cliente sobre la opinión pública y sobre el desarrollo del proceso. El 11 de julio le da a conocer el fracaso del recurso de casación proporcionándole los detalles del debate. Le lleva el esperanzador mensaje del presidente Rene Coty, que deja la decisión del indulto en manos del Consejo Superior de la Magistratura. «Digam a Jacques Fesch que le felicito por lo que ha llegado a ser» (JS 232, 5 de septiembre). Y, evidentemente, le anunciará también la denegación del indulto, que, por otra parte, no supone ninguna sorpresa. Y especula sobre el probable día de la ejecución: Jacques, que leía a Santa Teresa de Lisieux, recordaba la oración de la santa en favor del criminal Panzini (JS 232, 5 de septiembre) «¿Por qué no el jueves anterior a la fiesta de Santa Teresita del Niño Jesús?» (JS 289, 26 de septiembre)²⁹.

²⁹ En efecto, antes del Concilio Vaticano II, la fiesta de Santa Teresa de Lisieux se celebraba el 3 de octubre. Después, quedó trasladada al día 1 (martes en 1957), fecha actual de la festividad.

Aquel mismo día, el subdirector de la Santé le hace una visita inesperada para decirle que toda la cárcel habla de su próxima muerte. Al día siguiente, Baudet le comunica que han surgido ciertos problemas con la administración por haberle revelado «lo que», dice Jacques, «tengo todo el derecho a saber». El director, en una actitud que el reo consideró muy poco delicada, se quejó enérgicamente ante el Procurador General de la indiscreción del abogado. En realidad, temen un suicidio en el último momento, por lo que se extrema la vigilancia (JS 294, 28 de septiembre). Ni siquiera el capellán puede permanecer a solas con él. (LE 114, carta del 3 de septiembre de 1957). El condenado se entera la víspera de que la ejecución tendrá lugar al día siguiente, aproximadamente a las 5 de la mañana. Entonces se cumple, como hemos visto, el deseo de Jacques de contraer matrimonio religioso con Pierrette. Monique me contó que Baudet le había comunicado aquel mismo día la terrible noticia y que ella se pasó la noche en medio de un horror indescribible mientras unos vecinos, ignorando el drama, celebraban al mismo tiempo una ruidosa fiesta.

Las relaciones de Baudet con Jacques son también *espirituales*. El recluso sigue el ejemplo de aquel converso que multiplica los retiros y las peregrinaciones. Se entera de que el abogado está en Jerusalem y de que se dispone también a visitar la abadía de la Pierre-qui-Vire para reunirse con el hermano Thomas, como ya hemos visto (LE 69, carta del 26 de agosto de 1956). Como lo confirma su correspondencia, le acompaña con el pensamiento a los Santos Lugares.

«He recibido una amable carta de mi defensor, ¡uc está de retiro en el Carmelo de Bordiqué», escribe el preso (JS 246, 10 de septiembre).

Habla también de «*la peregrinación que mi abogado ha hecho en mi nombre a Santiago de Compostela*»¹⁰ (JS 247, 10 de septiembre).

En esta ocasión el recluso afirma que enviará a Baudet y a Pierrette su *Diario espiritual*. Y a veces trata de remontar la moral de su abrumado defensor:

«*Esta tarde*» escribe a Marinette Polack, «*veré a Baudet. Mantenemos unas interesantes conversaciones, pero lo veo deprimido, infeliz, gimiendo bajo el peso de una responsabilidad que le parece enorme. Yo intento calmarle sobre ese tema para que viva tranquilo pero es tan escrupuloso...*» (CE 159, carta del 10 de septiembre de 1957).

Fesch habla del *fracaso profesional* de su abogado como del medio del que se ha servido Dios para llevar a cabo Sus planes, a fin de que se cumpla «*un destino fijado desde la eternidad*», y de demostrar a ese hombre de talento «*el desprecio que sentía él por las glorias de este mundo*».

Y lo mismo anota en su Diario:

«*Acabo de recibir la visita del letrado Baudet. Creo que nos hemos animado el uno al otro gracias a una piadosa conversación. ¡Ojalá consiguiera yo liberarle*

³⁰ Un compañero del Seminario, el padre Jacques Destelle, que participaba también en aquella peregrinación, me dijo que Paul Baudet, a pesar de su edad, pensaba en hacerse sacerdote o, por lo menos, se planteaba seriamente la cuestión. Las personas de su entorno le disuadieron haciéndole ver que su papel de abogado-era una verdadera vocación, la de un laico comprometido en varios niveles, el de defensor y el de educador. Baudet se dejó convencer una vez más, ya que no era la primera vez que dicha idea le venía a la mente.

de toda preocupación con respecto a mí, excepto por la de mi vida eterna! Admiro su perseverancia, sobre todo en medio de las tentaciones que le acechan-" (JS 229, 3 de septiembre).

Estos diálogos resultan más sorprendentes cuando nos enteramos de que, unos meses antes³¹, a Jacques le disgustaba, en principio, la actitud atemorizadora de Baudet, que enarbolaba ante él el fantasma de la guillotina como único final posible de su tragedia. Para Fesch -que, como vemos, se equivocaba- aquello no era más que una piadosa comedia. En su opinión, el abogado se servía del sufrimiento como de un agujón que le despertara de su apatía. Y además, Baudet unía estrechamente el delito al castigo, considerando éste como el gran procedimiento para purificar al criminal (CE 24, carta del 24 de agosto de 1954). En aquella época el prisionero no tenía el concepto penitencial del castigo. Consideraba a su defensor «*excesivamente religioso, quizá demasiado*» (id.). En efecto, a pesar de su conversión, Jacques mostraba cierta tendencia a ridiculizar la fe -demasiado rígida para su gusto- de su estricto abogado. En sus cartas a Pierrette llamaba «Popol» a Baudet y lo trataba de Torquemada, el inquisidor español. Las relaciones entre ambos no transcurrieron sin encontronazos, porque el prisionero no se dejaba manejar fácilmente; subrayémoslo una vez más para no convertir esta historia en un relato piadoso e inconsistente. A pesar del

¹¹ Indudablemente fueron su hermana Nicole y el marido de ésta quienes eligieron a Baudet como abogado de Jacques. El prisionero no acopló en principio, porque había pensado en Maurice Gaspard. Pero su IKM nuina lo tranquilizó y por fin estuvo de acuerdo.

enfrentamiento de los caracteres, la fe dirigía el jin-go. Hubo no sólo influencia, sino testimonio.

El abogado supo también representar otro papel: el del hombre seguro de sí mismo que exhorta al valor a su cliente. A Jacques aquello le molestaba extraordinariamente, y así se lo escribía a Marinette (CE 50, carta del 3 de junio de 1957), que solía caer en el mismo defecto. Poco a poco, Baudet comienza a preocuparse por el cariz que toman los acontecimientos y deja de consolar a su cliente «*con consuelos vanos e ilusorias esperanzas*» (CE 97, carta del 29 de julio de 1957), como había hecho hasta entonces.

Por último, parece que se invierten los papeles:

«Ayer por la tarde», escribe Jacques, «recibí una carta bastante triste y melancólica de Baudet. Creo que le agradecerá mi contestación. Se encuentra solo en medio de todos y los ánimos que le da mi familia no le infunden confianza. Papá ha creído oportuno escribirle diciéndole que sus gestiones no servían para nada y que el presidente le había escrito unas amables palabras dándole grandes esperanzas» (CE 101, carta del 2 de agosto de 1957).

Un día, el recluso se explica claramente en una carta a su suegra:

«¿Me preguntas sobre la actitud que mantengo frente a Baudet? Creo que me muestro bastante reservado y solamente le dejo ver mi fachada, porque chocamos frecuentemente a causa de la semejanza de nuestros caracteres. Me agrada y, sobre todo, admiro su abnegación. Pero, por otra parte, existe entre nosotros cierta tensión, fruto de nuestras respectivas reservas. Además, siempre tengo la impresión de que vive en un sueño místico y de que trata de materializarlo en los demás. De todos modos, estoy contento de que me visi-

te con frecuencia; es algo que hacen muy pocos (CE 39, carta del 23 de mayo de 1957).

Al final todo se aclara. Jacques, emocionado, mostrará su gratitud al abogado intrépido, al creyente de fe fiera a quien había apodado «la pantera de Dios» (LE 123, carta del 3 de septiembre de 1957) sin imaginar la lucha íntima de aquella aparente «fiera», más frágil de lo que cabía suponer.

Hemos podido conocer mejor a Paul Baudet gracias a la entrevista que concedió posteriormente a Robert Masson, antiguo director de la revista *France Catholique*, que entonces trabajaba en otro periódico: *Panorama**². Tenía 62 años y hacía 12 de la muerte de Fesch. Desde entonces, el abogado había defendido a otras «celebridades», como Pauline Dubuisson y el asesino del niño Emmanuel Maillard. Contó que, antes que a Jacques, había acompañado a otro joven condenado a muerte (CE 31, carta del 10 de abril de 1957). El contacto con el muchacho le había hecho preguntarse si estaba realmente capacitado para ejercer aquella tremenda profesión. En efecto, el detenido tenía una mirada extraordinariamente fija que atemorizaba hasta al psiquiatra. Sin embargo, cuando le comunicaron la condena a la pena capital, sus ojos se volvieron humanos, casi dulces. Aquel fue el suceso que, desde el punto de vista espiritual, más le conmovió, aun antes de su conversión.

Con Masson, Baudet habló extensamente de su profesión, una profesión que le apasionaba. Nunca se cansaba de las cárceles, dijo. Siente una gran curiosidad por las personas: desea conocer a la que tiene

« Ver *Panorama*, febrero de 1969, pp. 11-13, 76-80.

ante sí. No duda en reñir enérgicamente al que se conduce de un modo desleal. «Hay gente repugnante», dice. «Me refiero a ciertas formas de superchería y de chantaje. Algunas veces he salvado a personas a las que he demostrado mi indignación.» Baudet es un «místico», pero nunca un blando... Visita a sus clientes por lo menos un día a la semana. En su opinión, la detención enriquece al preso, pero es una riqueza precaria que desaparece cuando se obtiene la libertad. En la defensa de los jóvenes, añade, el abogado debe sentirse padre.

A las preguntas sobre Jacques respondió casi evasivamente. Ha llegado a un momento de su existencia, dijo, en que ya no le complace hablar de Dios en cualquier momento ni desvelar los estados del alma. Ahora prefiere callar, porque se está acercando al Señor y el misterio se hace más profundo. Teme también alterar lo pasado repitiéndolo con excesiva frecuencia. Además, se muestra arrepentido de haber tratado de salvar a Fesch a toda costa, y de las agrias discusiones que mantuvo con él: ponía su fogosidad de converso reciente por encima de su profesión de abogado, una actitud que ahora califica de disparatada. No ha perdido el fervor, sino la vehemencia del neófito. Ahora comprendemos las reticencias de Jacques frente a los asaltos de la «pantera de Dios». Y también las del padre Devoyod. Pero, una vez más, Dios se sirvió de todo ello.

Además, continuó Baudet, el giro de los acontecimientos le impulsaba a obrar con rapidez, porque, al contrario que Jacques -que hasta el último momento no creyó en la condena a muerte-, él la consideraba inevitable casi desde el principio: valoraba en nueve

sobre diez las posibilidades de la guillotina. Y no sólo presionaba a Fesch con el fin de lograr su conversión, sino también, para hacerle salir de su inercia, de su «linfatismo y fatalismo» (CE carta del 24 de agosto de 1954) para trabajar en su propia defensa colaborando con él. Porque, según dijo, la *apatía* de su cliente era tal que «parecía necesitar continuamente una inyección de cemento armado» (LE 13). El acoso, pues, era fruto de la inquietud del abogado y del celo del cristiano. Pero el abogado quizá volaba muy alto en sus consideraciones y en sus argucias. El padre Devoyod era de esta opinión y, según Alain Carrón, así se lo comunicó a sus íntimos. Lo mismo que Monique, como hemos dicho antes. El cristiano, por su parte, no sólo trataba de hacer brotar la fe en el corazón del recluso: representaba el papel de un director espiritual y reprochaba a su cliente que cultivara una religión que le consolara de la dureza de la vida (LE 53, carta del 21 de diciembre de 1955). En realidad, se trataba de una auténtica dirección de conciencia, preocupada por la purificación final y la renuncia a los gozos interiores, a las «golosinas del alma», como dice San Juan de la Cruz.

Baudet nos dio a conocer también algunos detalles de la segunda conversión de Jacques. Cuando el 19 de septiembre de 1957 (JS 270) le propuso solicitar el indulto, recibió la siguiente respuesta: «*Haga todo lo que deba hacer, porque si no sentirá usted remordimientos. Pero si se me concediera el indulto, me sentiría profundamente desconcertado, porque Dios me ha comunicado en dos ocasiones que recibiría la gracia de la muerte*». Posteriormente, la asistente social, Srta. Anstett, nos daría un testimonio idéntico sobre ese punto: Jacques

le había dicho: «*No me hable de indulto, porque ya i-s-toy preparado para morir y me siento incapaz de pasar veinte años de mi vida en la cárcel. Me pudriría y prefiero morir ahora*»³³. Y hasta llegó a escribir a Marinette: «*En caso de indulto me sentiría tan desconcertado que mi fe peligraría*» (CE 144-145, carta del 2 de septiembre de 1957). Fesch, que en su primera conversión no pensaba en la posibilidad de la guillotina, había dado un paso más aceptando su muerte como una redención; así lo hemos visto. Dos meses antes, Baudet, tras el rechazo del recurso de casación, comprendió que el indulto sería denegado. Se lo hizo saber a Jacques por carta y no de viva voz, pues la huelga del personal de prisiones le impidió visitarlo (LE 99, carta del 21 de julio de 1957 y CE 89-91, carta del 17 de julio de 1957). Cuando consiguió ver de nuevo a su joven amigo, lo encontró completamente transformado, como si ante él se hubiera descorrido un velo. Esto es lo que nos contó Baudet sobre la evolución del condenado.

También dijo a Robert Masson que Jacques había vivido una agonía «extraordinaria». Y añadió: «He de decir que, con respecto a Jacques Fesch, he sabido lo que podría ser la paternidad». Ese sentimiento paternal llevó aún más lejos al abogado. En efecto, su generosidad le impulsó no a adoptar, sino a legitimar a dos delincuentes hijos de padre desconocido, reconociéndolos como suyos. ¡Una verdadera locura! Así se comportaba aquel soltero convertido en un hombre casto que murió en París, el 7 de abril de 1972, a la edad de 65 años.

³³ Emisión France-culture de 10 de febrero de 1973. Jacques había añadido: *Le ayudaré a Va. más tarde, le ayudaré. Será Vd. buena con los condenados a muerte: es duro, ¿sabe?*.

//// capellán de gran corazón

Y ahora, hablemos del capellán padre Devoyod. Desde el momento de su detención, Jacques mantuvo una opinión favorable sobre el sacerdote:

«Como toda persona sencilla y buena, el capellán es también admirable. Tiene algo de luminoso en el rostro y su sonrisa ablandaría a una piedra. Por supuesto, posee una gran experiencia en el trato con presos, comprende sus sufrimientos y sabe llegar a sus almas ocupándose de sus cuerpos. Así que, como ves, estoy muy bien acompañado» (CE 25, carta del 24 de agosto de 1954).

Y, tres años después, el mismo comentario:

«Me gusta el capellán, porque tiene una gran experiencia de los hombres, sobre todo de los que sufren. Comprende mejor que cualquier otro lo que se puede esperar de ellos. Es dulce y sensible y nunca le he visto herir a nadie por intransigencia» (CE 75, carta del 25 de junio de 1957).

Como consta en el *Diario espiritual*, durante los dos últimos meses de su vida terrena Jacques manifiesta los mismos sentimientos respecto al sacerdote. Lo considera un hombre de Dios, que va a decir Misa en la celda todos los miércoles, que le lleva libros de espiritualidad y que pasa tiempo charlando con él. A propósito de estas eucaristías en la celda, para las que el capellán envía un sustituto si no puede acudir él mismo, Jacques escribe:

«Creo que se trata de una medida excepcional y que sólo viene por mí. Eso es lo que deduzco de sus palabras. Mi gratitud hacia este hombre excelente, que hace todo lo posible para consolarme. Me ha traído un libro

que hace tiempo quería leer y que respira el frescor y la belleza de las 'floreillas'. Son las notas de Santa Teresa del Niño Jesús» (JS 193-194, 14 de agosto).

A decir verdad, en el *Diario* solamente figura una discusión. El padre Devoyod, archiclásico de la teología por otra parte, a pesar de que creía en la existencia del infierno -aunque para los demonios o determinados personajes perversos-, debió aconsejar al prisionero que no le diera demasiadas vueltas al tema. Jacques se rebela:

«Me siento un poco desconcertado después de mi conversación con el capellán. Es un sabio, como muchos dominicos; pero, a fuerza de meditar, llegan a plantear una síntesis de conceptos filosóficos y religiosos que están muy lejos de la sencillez evangélica. Discurren demasiado. Quiero», añade, «un infierno bien definido, con sus demonios y mucho fuego. Me es indispensable, de modo que espero que no me lo robe nadie» (JS 264-265, 16 de septiembre).

Sin reproches al padre Devoyod, un católico cabal (soy testigo), advirtamos lo acertado de la fe de Jacques, que no quiere eludir ningún aspecto de la obra de la Salvación y que desea plantearse la condenación abiertamente, como una posibilidad real. Sin embargo, no vive obsesionado por el infierno quien, hablando del Cielo, escribe a Marinette: *«Cuando me asome desde arriba y contemple la tierra, veré a tus diablillos bailando a tu alrededor y los bombardearé con pedazos de estrella para hacerles huir» (CE 126, 17 de agosto de 1957).*

/•./ juicio

Mientras tanto se desarrollaban la instrucción y el juicio: Un asunto que suscitó debates apasionados en los estrados y en la prensa. ¿Por qué reabrir aquel cruel dossier? Para, simplemente, llegar a conocer mejor el corazón de nuestro amigo Jacques. Por lo tanto, me limitaré a recordar lo esencial.

«Sin perder de vista la gravedad de mi caso, yo esperaba que la incoherencia de mis actos resaltaría naturalmente. Con franqueza, no aceptaba la idea de un juicio. Me sentía cansado; sabía que, ante todo, debía pagar aquella muerte involuntaria al precio de un crimen imperdonable para dar ejemplo. ¡Ejemplo! ¡Qué monstruosidad, que un hombre tenga que pagar por unos futuros e hipotéticos crímenes!»

El juicio es, en primer lugar, *la conciencia profunda del acusado*. Se basa en una triple convicción que Jacques esboza antes de darle una forma definitiva. Efectivamente, refiriéndose a sí mismo, dice: *«Sus actos son condenables, pero el hombre que los cometió lo es quizá mucho menos; puede que sea interesante lo que ha llegado a ser, pero no se debe confiar, porque nada garantiza que no reaparezca el mal que lleva dentro»* (CE 63, carta del 18 de junio de 1957). Después, la certeza se impone claramente:

1° mi acto es culpable;

2° mi persona no lo es y mi condena es injusta;

3° sin embargo, Dios, que preside los acontecimientos, al conducirme a la muerte me preserva de recaer en un mal que es inherente a mi ser. En ese sentido, mi ejecución será mi salvación y también el gran triunfo de mi vida, el único.

«Aunque parezca injusta, mi muerte es n'c
(JS 177, 7 de agosto).

Es imposible disociar estos tres elementos. De regreso a la celda, cuando se hayan apaciguado sus remordimientos, será el tercer punto el que le atraiga, anunciando así la segunda conversión. Pero Jacques mostraba un cierto fatalismo, por lo menos en el aspecto del lenguaje. Se veía arrastrado por un doble determinismo: el de su herencia y su educación familiar -que no podrían dar más que un fruto de muerte-, y el de la gracia, que prevé y prepara su muerte como un acto de misericordia ante la vida eterna (LE 105, carta del 5 de agosto de 1957). Esto nos lo dice en todos los tonos. Por supuesto, Jacques no es un teólogo; si lo fuera, su lenguaje coincidiría con el de los jansenistas, que se veían tan coaccionados por la gracia como por el pecado. Bajo los términos de necesidad y de predestinación, expresa la coherencia que percibe en su vida ante la proximidad de la muerte. Se imagina un decreto divino de muerte que le da acceso a la vida, aun a riesgo de que nazca en él una especie de «cansancio» que el hermano Thomas le reprochará en su momento (LE 118-119, finales de septiembre de 1957). ¿Qué importa? Su intención es pura y sublime: cumplir la voluntad de Dios. No tergiversemos las palabras. ¿No dijo de sí mismo el Hijo del hombre, es decir, Jesús: «¿No era necesario que sufriera para entrar en su gloria?». Y, ¿no replicó a Pilato: «No tendrías poder sobre mí, si no se te hubiera dado de lo alto»? (CE 103, carta del 3 de agosto de 1957). Jacques se ve en una situación análoga:

«No hay que luchar contra lo que Dios ha decidido» (CE 108, carta del 6 de agosto de 1957), «ese acto por el cual nací y que procede de una gran misericordia» (JS 163).

En el proceso se suceden *las audiencias, las opiniones, la prensa...* Se mezclan la venganza, la agresividad, la política, la ideología y también la mentira y las maniobras.

«Empiezan las discusiones; ¿por qué estaba Vd. allí en aquella fecha, por qué a aquella hora? ¡Bah! Yo sé que no tendría que haber ido, pero lo hice y punto; allí estaba; que me corten la cabeza si quieren, pero que no me harten más con esta historia. Hay un poco de eso y un poco de angustia también» (LE 88).

Una mujer, recusada como jurado, dijo: «Jacques estaba condenado anticipadamente para dar ejemplo».

Más tarde, el prisionero escribiría:

«Ignorar todo ese odio y buscar en nosotros mismos y a nuestro alrededor a Aquel que espera, incansable, al alma herida y desesperada para darle un tesoro que niega al mundo... Ofrecer el sufrimiento, amar a los que te golpean para oír un día, como el buen ladrón crucificado: 'En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso'» (LE 91-92).

Durante el juicio, una parte de la Sala parece felicitarse por el hecho de que se castigue de un modo ejemplar al hijo de un rico que lo tuvo todo para ser feliz y que no merece excusas: ¡peor para él! Y además, ¿por qué matar a un policía y no a un simple transeúnte? (CE 48, carta del 30 de mayo de 1957)... Determinados medios policiales amenazan con po-

nerse en huelga durante la inminente visita de la reina de Inglaterra (CE 35, carta del 20 de abril de 1957). La familia escribió a la soberana para que, con su intervención, dissociara ambos asuntos; Isabel II contestó cortésmente, manifestando su comprensión, pero explicando que carecía de atribuciones para intervenir en la defensa de un subdito no británico. Un periodista de izquierdas retiró cobardemente su apoyo a la causa de Jacques al saber que se había convertido. Con el pretexto de defender a Jacques a través de la grafología, algunos periodistas se aprovecharon para conseguir sus cartas y publicarlas... En resumen, un auténtico calvario.

«Se preguntan qué actitud voy a adoptar: algo tremendamente significativo: demasiadas lágrimas, un cobarde; demasiado pocas, un cínico. También hay que tener cuidado con lo que se va a declarar. Son fuertes y numerosos y ¡qué fácil les resulta! Uno se siente impresionado y confuso, y los adivina dispuestos a abalanzarse sobre la menor palabra de doble sentido. Me sentí acosado la primera vez: luego, no.»

La familia soportó firmemente el peso del acontecimiento. Asistía a las sesiones tratando de mantener la actitud adecuada: difícil empresa. Si vistes ropa elegante, eres rico y arrogante; si vistes sencillamente, vas de pobre y estás haciendo teatro. Además, ¿cómo eludir el tropel de fotógrafos que te asedian y ametrallan sin compasión? He visto en una foto a la Sra. Polack con Pierrette intentando escapar por una puerta lateral. ¡Esfuerzo inútil! A Marinette no le queda más recurso que ocultar los ojos llorosos tras unas gafas de sol...

Como ya hemos dicho, Jacques afirmaba que no era responsable:

«Todo aquello sucedió al margen de mi voluntad. No sé cómo golpeé al cambista; para mí, el agente de policía no era más que una forma vaga. Me moría de miedo. Tenía que llevar a cabo la agresión. Fue mi subconsciente el que disparó, no yo» (LE 84).

No intenta conmover, y no lo creen. Frédéric Pottecher, un famoso periodista, asistente habitual a los procesos importantes, nos dejó este conmovedor testimonio³⁴. Lo cito conservando su estilo oral y armonizándolo con el que, por su parte, Jacques escribió algo más tarde, en mayo de 1957, a petición del padre Devoyod.

«A lo largo del proceso no intentó, ¿cómo lo diría yo? defenderse por los medios ordinarios, entiéndalo. Creo que durante el juicio -no hay que olvidar que llevaba encerrado tres años- un hombre que sale de la celda al cabo de tres años está algo desconcertado, dése cuenta.»

«Se pasa por distintos estados de ánimo, rebeldía, resignación, hasta que llega el gran día. Se quiera o no, tres años de celda destruyen no poca vitalidad, no pocas ilusiones. Uno se siente cansado, con tendencia al fatalismo y bastante hartito del refrito que reaparece tres años después» (LE 88)

¹⁴ La emisión «El asunto Jacques Fesch», dirigida por Michel Bichbois, fue transmitida en France-culture el 10 de febrero de 1973, y en Radio Suisse Romande el 7 de septiembre de 1973. Radio Canadá la repitió una noche en aquel mismo año. Este programa representó a Francia en el premio UMDA de 1973. El actor Pierre Vaneck fue el encargado de leer las cartas de Jacques en France-culture.

«Cuando sale de su soledad y esta soledad se transforma en el decorado de la Sala del Tribunal, un escenario sobrecogedor, repleto de gente, porque la llenaba una enorme multitud dispuesta a asistir al juicio. Una multitud algo antipática, pero muy elegante, muy encopetada... me atrevería a decir; una multitud de abogados vestidos de negro que iban a presenciar el proceso.»

«Quizá fuera orgullo, pero sentí cierto desprecio por esos hombres que, sin ningún riesgo, juegan con las vidas de otros y mienten hábilmente para obtener lo que su interés o su orgullo profesional exigen de ellos. ¡Como si la verdad no fuera ya lo suficientemente trágica!» (LE 88).

«Hay que ponerse en el lugar de ese chico. Llega sin aliento al banquillo del Palacio de Justicia, pero se rehace enseguida y recupera cierta dignidad y no digo serenidad porque sería demasiado. Muchos seglares como yo, es decir, personas habituadas si se quiere, comprendieron inmediatamente que Fesch no era un asesino como hay muchos. Era un muchacho especial y comprendimos perfectamente que no ocultaba nada; y eso es importante. Créanme, es muy raro el hombre que no oculta nada cuando se sienta en el banquillo. Pues bien, no ocultó nada, no ocultó nada. Se aislaba con una barrera y yo me preguntaba qué sería. Voy a decirles lo que era: lo que su abogado había puesto en él, es decir, cierta santidad, se lo digo yo.»

Frédéric Pottecher advierte con absoluta certeza que las pruebas jurídicas y penitenciarias sufridas por Jacques eran totalmente opuestas a su educación. No era en modo alguno un profesional de la golfería. En

consecuencia, la cárcel y el juicio le produjeron un shock más importante del que hubiera sufrido un habitual de la metralleta o la navaja, que cumple su oficio de criminal o de delincuente calculando el riesgo. Sin embargo, a pesar del considerable shock sufrido, el joven Fesch demostró ser un hombre de excepcional temple que, sorprendentemente, llevó en la cárcel una vida de extraordinaria calidad.

En el relato que envió a su capellán, Jacques evoca el terrible ambiente de aquellos cuatro días:

«Cuatro abogados se sucedieron durante horas martilleando las mentes del jurado con las palabras asesino, asesino, asesino. El primero, con dureza pero sin insistir, pues le faltaba convicción. El segundo, mostrando interés por resaltar los daños sufridos por la víctima para extraer las conclusiones pertinentes. El tercero, una lumbrera de los tribunales, realizó durante dos horas una exposición metódica y destructiva. Unos hechos que duraron dos o tres minutos fueron desmenuzados, analizados y comentados a lo largo de cuatro días» (LE 90).

Pero el calvario de Fesch tenía unas razones distintas al disgusto que sentía ante el aparato judicial. A su sufrimiento se añadía la presencia en la sala de un hombre al que quiere y al que ve desamparado: su anciano padre. Requerido como testigo en varias ocasiones, el pobre hombre sólo puede repetir: «¡Qué les voy a decir! Mi hijo es un pobre chico. Tuvo problemas de crecimiento». Es patente que ha bebido para darse ánimos y su curiosa apariencia hace pensar en un truco de la defensa. Desconcertado, el letrado Baudet intenta sacar partido de una situación que no ha provocado: «Ciertamente», dice, «no tendré la crueldad de insistir, pero desearía que el Tribunal ob-

serve al padre de mi defendido» (LE 85). Fue pat(Mi-co. A propósito de las entrevistas con su desdichado padre en la cárcel, Fesch escribiría:

«Después de todo, yo siempre lamentaré haberme dejado llevar, y cuando veo a ese anciano tan dolorido, tan digno de compasión, que apenas ve y casi no puede caminar solo, me da miedo pensar en que sufre a causa de mi comportamiento con él. Pero, a pesar de todo, conserva tal orgullo y tal egoísmo, de los que ni siquiera es consciente, que, instintivamente, uno se repliega... Debe sentirse terriblemente desgraciado y trata de ocultarlo. Extraña naturaleza (de la cual soy heredero en parte) mezcla de cinismo, de rigidez y, al mismo tiempo, de una bondad intrínseca y una exquisita sensibilidad. ¡Cuántos padres habrían abandonado ya a sus hijos!» (CE 39, carta del 23 de mayo de 1957).

Pero volvamos al juicio. El abogado de la parte contraria, Rene Floriot, en una especie de caza del hombre parecida a un safari, expone sus argumentos en contra de Jacques de un modo brutal y grosero. No es él quien solicita la pena de muerte -lo hace el fiscal general Sudaka-, pero, aun evitando inmiscuirse en el terreno de éste, no deja de insinuarla. Con un encarnizamiento glacial y sarcástico desmonta los argumentos de la defensa rebajándolos a «trucos» de poca categoría. Esta sorprendente técnica hace circular por la Sala una corriente de escepticismo y de venganza que refuerza la brillante oratoria de Floriot. Frente a él, Baudet despliega una elocuencia refinada y emocionante, demasiado elevada quizá, que olvida algunos puntos concretos que hubieran influido en el jurado. La emprende con la pena de muerte, que a un homicidio fortuito responde con un asesinato cometido a sangre fría. «Os pregunto: la muerte que se soli-

cita para él» (refiriéndose a Jacques) «¿es proporcionada a la que él perpetró? Ayer, un fallo de la voluntad cegada por el instinto animal. Mañana, en el caldo, la muerte por la fría decisión de las voluntades de todos ustedes. Ayer se trataba de una muerte por sorpresa, debida a la conjunción de una serie de circunstancias. Mañana será una muerte cuidadosamente preparada. La camisa que se escota... No, ningún crimen merece otro crimen» (LE 85-S6)³⁵

La gente de la profesión, según me dice el abogado Chabert, se sintió consternada ante las palabras «mañana será», un auténtico lapsus con el que reconocía prematuramente el fracaso de su alegato, demostrando con ello que la muerte le parecía inevitable. A menos que se tratara de una certeza mística introducida en el lenguaje jurídico. En cualquier caso, Baudet se sintió herido por su fracaso profesional. Era un hombre consciente de su valía, que criticaba implacablemente a sus colegas, algo que solamente sus «fans» le perdonaban. Además, sus admiradores, los abogados jóvenes (Robert Badinter especialmente), le habían animado calurosamente a vencer en la batalla: salvar la cabeza de Jacques y suprimir cuanto antes la pena de muerte. Le rodearon diciéndole que contaban con él, como hacen los más entusiastas admiradores de las vedettes... Baudet cayó, pues, desde la cumbre, como el mismo Jacques había previsto y, en cierto modo, deseado. Por su-

³⁵ Hasta el día de hoy me ha sido imposible conseguir el alegato completo del abogado Baudet, probablemente en manos de sus herederos. El letrado escribía todas sus intervenciones en un francés perfectamente correcto, de una belleza fascinadora. De apariencia elegante, este asceta alto y enjuto, de rostro alargado, hablaba adelantando la barbilla V con el índice apuntando hacia lo alto.

puesto, el abogado lamentó sobre todo la muerte de su cliente, un verdadero hijo para él; pero también se sintió herido en su pundonor profesional. Nos lo imaginamos durante su Misa matutina después de la ejecución del condenado: una dura purificación... Durante aquella tormenta verbal:

«el Presidente continúa mostrándose paternal pero, inconscientemente o no, tiende a favorecer a la acusación. ¡Y faltan dos días para que los abogados, con sus informes, traten de hacer prevalecer sus puntos de vista! Cumplen con su obligación, se dirá: sí, unos con honor y otros con ensañamiento. Se apoya al que tiene más posibilidades de obtener la pena de muerte del interesado, ignorando si lo que se plantea es falso o verdadero. En aquel momento tuve la clara impresión del carácter de espectáculo, previamente preparado, del juicio. El último esfuerzo de la rehala antes del toque» (LE 89-90).

Se dictó sentencia a los cuatro días de acabado el juicio, el sábado 6 de abril de 1957, víspera del domingo de Ramos. Ese día Jacques cumplía 27 años... Sus dos cómplices fueron absueltos; él los exculpó con mayor vehemencia de la que empleó en su propia defensa. Peleó por ellos como un león. No puede soslayarse el hecho de que influyera en el jurado el recuerdo del padre de Jacques Robbe, Henri Robbe, un prestigioso miembro de la Resistencia, ex prisionero de Buchenwald -de donde regresó con la salud destrozada para morir inmediatamente- y que tiene todavía una calle a su nombre en Saint-Germain-en-Laye. Sin embargo, la elevada talla moral de aquellos padres no supuso una circunstancia atenuante para el hijo: y desde el punto de vista familiar, Fesch tenía todavía más excusas.

Entre las muchas que suscitó el veredicto, hubo dos reacciones contradictorias. La de Jacques: «*Espero que no lleguen hasta el final*», y la de la señora Vergne, madre del policía muerto: «Eso no va a devolverme a mi hijo»...

A partir de este día, al recluso, que ya había ocupado varias celdas, se le asignó la número 18, que dio su nombre a uno de los libros escritos sobre Jacques. Es un lugar que hoy sirve de cámara de espera. Allí, como hemos visto, Jacques será objeto de una vigilancia constante a través de la mirilla, hasta en los momentos de su oración más íntima; se trata sobre todo de que no escape al castigo suicidándose de un modo u otro (le retiraron las latas de conservas y los objetos cortantes). Sabemos que superó su vergüenza llegando a arrodillarse a la vista de los vigilantes: ¿qué le importaba ser observado por los hombres si se sumergía en la mirada del Padre celestial y se bañaba en el caudal de Su ternura?

En junio de 1957, en la emisión televisada *Au fil de la vie*, se celebró un debate sobre la pena de muerte. Durante un cuarto de hora Max-Paul Fouchet calificó al castigo supremo de inicuo y bárbaro. Por último defendió la causa de Jacques y pidió a los numerosos espectadores que escribieran al presidente, Rene Coty, para solicitar el indulto (CE 60-61, carta del 16 de junio de 1957). Marinette intentó esta última posibilidad, pero Jacques, en su carta del 6 de agosto de 1957, la disuadió demostrándole la inutilidad de aquel gesto «muy amable» por su parte. Lo probable sería que un correcto secretario respondiese: «Crea Vd. que tomaremos en consideración,

etc...». Además, en aquella época el detenido ya había hecho a Dios la ofrenda de su vida.

El jueves 11 de julio se pierde el recurso de casa-ción. Pero el abogado subrayó unas circunstancias desconcertantes que, sin suponer ilegalidad, influyeron en el jurado: la publicidad de las sesiones, el chantaje de la policía y los tratos entre el tribunal y la parte civil, como lo demostraba el hecho de que el presidente del tribunal y el abogado de la acusación compartieran la víspera, sin pudor alguno, un succulento almuerzo (CE 87, carta del 13 de junio de 1957)³⁶. La deliberación duró aproximadamente dos horas y, no sin vacilación, el tribunal emitió la sentencia condenatoria.

Quedaba el indulto. Fue denegado³⁷. El 30 de septiembre, a la caída de la tarde, Baudet comunica a su cliente que la ejecución tendrá lugar a la mañana siguiente. ¿Con qué palabras, con qué expresión?

El jueves anterior, el hermano Thomas, que había recibido la ordenación sacerdotal el sábado 26 de mayo de 1956. (T E 65, carta del 20 de mayo de 1956), acudió a confesar a Jacques y a concretar los detalles de la ceremonia del matrimonio religioso. En una carta fechada el 17 de abril de 1987 y expedida en Libreville, Gabon, Thomas relata su entrevista -la últi-

³⁶ Stephen Hecquet revela esta familiaridad inaudita en *La tete dans le plat*, ediciones de La Table Ronde, precisando, para hacer la escena más desagradable, que en el menú del restaurante figuraba cabeza de ternera.

³⁷ Posteriormente, cuando el presidente Rene Coty ya había abandonado el Elíseo, el periodista Jean Ferré recordó con él aquel escándalo. El presidente lamentaba no haber indultado a Fesch y se excusaba diciendo: «Tenía en contra la opinión de Justicia e Interior... ¡Ah, si los periodistas hubieseis enviado peticiones!» (Jean Ferré, «Le pouvoir suprême», en *Le Figaro Magazine* del 8 de noviembre de 1991).

i na- con Jacques: treinta años después la recuerda todavía.

«Era el jueves 26 de septiembre de 1957, a la caída de la tarde: había mucha gente y mucho ruido en la sala de visitas, cuyos locutorios estaban alineados unos junto a otros. Las rejas, separadas por un metro de distancia, impiden verse y oírse con cierta facilidad porque los vecinos molestan. Llegué el primero. Jacques entró enseguida, acompañado por un funcionario que permaneció a su espalda. Ya nada tenía importancia. Su rostro resplandecía con una profunda paz. Inmediatamente me expresó su gran alegría por poder vernos de nuevo antes de su cercana muerte. Tenía la certeza absoluta de que el indulto sería denegado. Cristo le llamaba, decía. Daba gracias a Dios porque se sirvió de sus amigos, el abogado Baudet y yo mismo, para hacerle el bien. Quiso que le administrara el sacramento de la Penitencia y así lo hice. Luego me habló de la Santísima Virgen y de Santa Teresa del Niño Jesús, quienes -me aseguró- lo habían salvado. Esperaba que su ejecución tuviera lugar el día de la fiesta de la santa y esta idea le llenaba de júbilo. Entonces, el guardián nos indicó que había terminado el tiempo reglamentario. Yo pensaba volver a verle el lunes 30, víspera de la ejecución fijada para el martes 1 de octubre. Nos separamos serenamente. De todos modos, y hasta sin aquella esperanza, era tan profunda la paz que reinaba entre nosotros que nada habría podido alterarla. Desde el primer momento nos sabíamos 'transportados por Dios'.»

Los últimos momentos

Ha llegado la hora, implacable como un hacha. Sin embargo, Jacques conserva la calma. Desde el comienzo de su *Diario* ha querido vivir su muerte en medio de la serenidad. Escapar a la angustia, cierto (no siempre lo consiguió), pero también a la insensibilidad y hasta a la tentación de hundirse en la oración como si fuera un estupefaciente. Quiso continuar viviendo, y punto. Y lo consiguió. Llegó a conocer unos días de intensa paz, de una paz maravillosa, de extremada dulzura. Porque lo que nos sorprende de él es aquella alternancia de sentimientos que duraría hasta el final: a veces, momentos «perfumados» y «horas maravillosas» (LE 112, carta del 3 de septiembre de 1957), y a veces sudores de agonía porque «*la preparación de esta mascarada sangrienta es horrible-*» (LE 118). Pero domina en él la presencia de Dios sin que, por otra parte, le deshumanice el corazón. Y, con extraordinaria clarividencia Jacques se abandona a las últimas purificaciones de la vida espiritual consiguiendo que los momentos de angustia lo lleven al abandono más absoluto.

Ahora se despide de los que tiene más cerca y, en primer lugar, de su vecino de celda, André Hirth. Veintisiete años después, André daría su testimonio a los presos con palabras sencillas y emocionadas que se grabaron en cassette. Afirmó en varias ocasiones que los detenidos percibieron que Jacques pertenecía a un ambiente social distinto, pero que con ellos había sido caritativo y generoso, ofreciéndose a ayudarlos materialmente. Hirth nos transmite las últimas

palabras que, por dos veces, le dirigió el condenado a través del montante abierto:

«Mira, André: aunque no podemos decir que nos conocemos, te tengo que decir que hay que cambiar de rumbo; si no cambias de rumbo acabarás como yo. Te la darás de morros. Y que sepas que, cuando llega, es muy duro. Y mira, yo me agarro porque...».

«Entonces», continúa André, «yo le decía: ¿Te agarras? ¿Por qué? ¿Me puedes decir por qué te agarras? ¿A qué? ¿A Dios? Estás de broma. Vamos, eso es una estupidez. Eso es... ¿Pero no te das cuenta de que eso lo han inventado los hombres? Yo le contaba... En fin, yo trataba de defenderme como podía, pero él estaba convencido de tener razón. Realmente convencido. Adoraba, adoraba a la Virgen³⁸, hay que decirlo. Y adoraba al Señor. Yo no lo entendía y pensaba: 'Eso es bueno para él, es su vía de escape'». Después, André nos describe la serenidad con que le comunicó que, al día siguiente, lo iban a guillotinar. «Creo poder decir que estaba menos afectado que nosotros. Yo lo veía sereno y ponderado. No sentía... ya saben lo que digo, no me daba la impresión de que Jacques tuviera un nudo en la garganta.» Habla luego de sus propias reacciones: «Me gustaba su valor, la fe que demostraba, una fe que yo aún no tenía, que ignoraba totalmente... Si, así fue»³⁹.

³⁸ Adorar en el sentido familiar de querer mucho. André emplea un lenguaje sencillo, con expresiones fuertes.

³⁹ André, ya fallecido, obtendría la fe con la ayuda de Marthe Robin y Jacques Lebreton. Según este último, dejó una serie de escritos en los que relata su conversión, pero por desgracia son inutilizables.

También nos cuenta André que Jacques se despidió de otros compañeros. Tras la visita de su abogado les comunica la noticia:

«Os voy a dejar... Va a ser mañana por la mañana... Quería saberlo a fin de prepararme para el encuentro con mi Amado... Estoy algo inquieto, pero confío en la Fuerza interior que me quema y que es toda Amor... La Verdad es de otro modo... Amémonos los unos a los otros... No es entrístezcáis: tengo la certeza de que dentro de unas horas seré muy feliz».

Durante toda la tarde y a lo largo de la noche, hasta el último momento, Jacques continuó escribiendo su *Diario*. Se acostó, pero no durmió: meditaba en la Agonía de Cristo. Entre las dos y las tres de la mañana se dirigió una vez más a André, su vecino del piso de arriba, y, a través del montante, le dijo:

«¡André, André!... No he podido verte nunca la cara con claridad... Sin embargo, estoy convencido de que volveremos a vernos... Te digo simplemente hasta la vista... Mientras tanto, si alguna vez ves a mi hija, dile cuanto lo siento y cuánto la quiero».

«Yo lloraba como un crío», añade André. Jacques se levanta a las tres, pregunta la hora al vigilante y pide una luz. Hace la cama y toma el misal. No deja el *Diario* hasta el último momento, cuando oye por el corredor ruidos sospechosos y pasos amortiguados. Aún tiene tiempo de decirle a André, que tampoco duerme:

«Ya está... creo que... me parece que vienen. Ya ha llegado la hora».

«No temblaba», dice el testigo. Solamente añadió:

«¿Sabes una cosa, André? Cuando nos encontremos allí arriba te voy a reconocer por la voz».

«Y yo», dice André, «repuse: ciao, ¡ten valor, hermano!»

Cuando, a las 5,20h de la mañana, el padre Devoyod y Paul Baudet entran en la celda, encuentran a Jacques rezando. El prisionero se abraza al abogado sin decir palabra. Después, el capellán lo confiesa por última vez y le da la comunión. Ha llevado también una forma consagrada para Baudet, que comulga junto al condenado: un hecho emocionante y poco habitual.

A pesar de la tensión que expresaban sus rasgos, Jacques manifestaba una profunda paz. Tenía en su interior la certeza de la cercanía del Cielo: no cesaba de repetirlo, de citar la hora del encuentro. ¡Estaba muy lejos del vaso de ron y del cigarrillo del condenado!

Le atan las manos. Se dirige al padre:

«¡El crucifijo, padre, el crucifijo!»

En medio de la emoción general, besa lentamente el crucifijo y, sin proferir palabra, se deja conducir al patíbulo erigido en un ángulo del patio de honor: un recorrido trágico que se prolonga durante 8 minutos mientras se cumplen las últimas formalidades: pasar por el almacén de ropa, por la oficina de actas, descorrer el cerrojo, etc. Al pie de la siniestra máquina, en la oscuridad de la noche, Jacques expresa otra vez su agradecimiento al padre Devoyod y al señor Mariani, director de la Santé. Lo hace de palabra, sin gestos, porque está maniatado. ¡Asombroso dominio de sí mismo, asombrosa paz interior de un corazón que tendría que latir como si fuera a romperse! Y, en unos

segundos, un cuerpo que vacila, una cuchilla que cae⁴⁰ ... Jacques había ofrecido la vida por la conversión de su padre, por todos los que amaba y también por su víctima. (CE 195, carta del padre Devoyod al hermano Thomas, 8 de diciembre de 1957⁴¹). Era el día de la fiesta de Santa Teresa de Lisieux: como ella, Fesch había hecho un holocausto al Amor misericordioso.

En la prisión de la Santé, donde se expuso el acta de la ejecución, reinó todo el día un silencio absoluto. Solidaridad con el joven desaparecido, por supuesto, pero también una auténtica admiración por él... «Horas después», dirá André Hirth, «cuando el vigilante me abrió la puerta, le pregunté: '¿Cómo ha ido todo con Jacques?'. '¡Ah', me respondió, 'no debía hablar pero... nos hemos emocionado todos. ¡Qué serenidad, qué valor!... ¡Ah, no debían haberse cargado a ese chico!'»...

⁴⁰ ¿Me atreveré a mencionar, sin caer en lo macabro, el testimonio del verdugo André Obrecht que, lo mismo que sus predecesores, llevaba el diario de las ejecuciones? Dedicar unas líneas a Jacques Fesch en las que recuerda la causa de la condena y describe sus últimos momentos. Pone «bien» refiriéndose a su conducta ante la guillotina y hace constar igualmente el beso al crucifijo, la misa (es decir, la comunión) y el silencioso recorrido hasta el cadalso. Añade un comentario corto y espantoso: «Reacción viva en la máquina: 10 segundos». Menciono estos datos porque figuran en el libro de Jean KER, *«Le carnet noir du bourreau. Les mémoires de André Obrecht, qui exécute 322 condamnés»*, Ediciones Gérard de Villiers, 1989, p. 230. ¿Cómo no recordar que el editor de este libro sinietro es un antiguo compañero de Jacques en Saint-Erembert!

⁴¹ Curiosamente, el padre Devoyod había escrito: «Siempre temí ver en él una especie de cinismo, la aceptación de cierto fatalismo de los que dio prueba en la muerte de su madre. Me preguntaba si no iría a reaparecer aquel cinismo, al menos exteriormente, en el momento de su ejecución. Gracias a Dios, no ocurrió así (LE 194)». A pesar del extraordinario renacimiento espiritual que había detectado en Jacques desde el mes de agosto, el capellán no estaba suficientemente tranquilo. Me decía que, en realidad, durante su vida había asistido a ejecuciones muy distintas y muy desconcertantes.

Después de la muerte de Jacques, los suyos ofrecieron por él la comunión. El hermano Thomas me escribió: «Estuve continuamente junto a Pierrette y la señora Polack, antes, durante y después de la ejecución. No las dejé ni un momento. Durante la noche permanecí en continua oración al lado de Pierrette y ambos recitamos el *Magnificat* en el momento de la muerte de Jacques. La ceremonia de su boda había tenido lugar en la tarde de la víspera, en el presbiterio de Saint-Germain-en-Laye. A la mañana siguiente de la ejecución, Pierrette y yo fuimos a casa del abogado Baudet para recoger las pertenencias de Jacques, especialmente el *Diario*. Aquel mismo día lo leímos entero. Hice todo lo posible por calmar la rebeldía de la Sra. Polack. Dios permitió que consiguiera comunicarle un poco de paz». En su última carta a Marinette, Jacques escribía: «*Deja la justicia, deja la venganza en manos de Dios: ésta es mi voluntad expresa*» (CE, 30 de septiembre de 1957).

Horas después de la ejecución, un centenar de fieles se reunía en la iglesia de Saint-Louis d'Antin, cerca de la estación de Saint-Lazare, para asistir a la Misa cotidiana. Antes de empezar, el sacerdote, vuelto hacia los fieles, les anuncia que esta eucaristía se ofrece por el descanso del alma de Jacques Fesch y en acción de gracias por las maravillas que Dios obró en su corazón (*Paris-Match*). Por supuesto, la mayor parte de los periódicos del 2 de octubre informaron lacónicamente de la ejecución, ahogando la noticia entre otras muchas de todo tipo. «Jacques Fesch, asesino de un guardián de la paz, ejecutado ayer en la Santé», titulaba *Le Fígaro* en cuarta columna de la página 2, entre el suicidio de una joven que se arrojó desde lo

alto de la catedral de Strasburgo, los accidentes de carretera y un tráfico de dólares falsos. Había otros temas que acaparaban la atención: los paracaidistas de Massau en la guerra de Argelia, el enfrentamiento de Messali Hadj y de Ben Bella, la agonía de la IV República, las Cien Flores que se abren en China, la creación de la zona azul y la aparición de los tickets de aparcamiento... Pero ¿qué lugar ocupó la muerte de Jesús en las crónicas del Imperio Romano?

Jacques fue enterrado en un lugar digno del cementerio parisién de Ivry-sur-Seine, en la zona de los condenados. Después de numerosas gestiones, Marinette Polack consiguió recuperar el cadáver para trasladarlo al panteón familiar. La inhumación tuvo lugar el 11 de abril de 1958, viernes de Pascua.

El hermano Thomas, en una extensa carta en la que me relata este hecho, precisa que fue él mismo quien eligió esta fecha porque coincidía con su entrada en el monasterio ocho años antes. Además, el domingo anterior, día de la Resurrección, la pequeña Véronique, acompañada de su madre, había recibido la Primera Comuni3n en la abadía de la Pierre-qui-Vire... Así pues, aproximadamente a las 7 de la mañana del 11 de abril, Pierrette y Thomas fueron a buscar a Marinette Polack, haciéndolo discretamente para no despertar a Véronique, que dormía en casa de su abuela y que, transcurridos seis meses, ignoraba todavía la muerte de su padre. Los tres emprendieron el camino de Ivry en un furg3n de Pompas Fúnebres llevando a los pies un ataúd nuevo. En el cementerio les esperaba un comisario de policia para asistir a la exhumaci3n. Una vez abierta la tumba, los empleados trasladaron el cadáver de un ataúd al otro: una prue-

lía terrible para la familia, que se mantuvo alejada. El comisario les hizo firmar los papeles de rigor y el hermano Thomas aprovechó aquellos momentos para tocar el primer féretro con una crucecita de madera fabricada en su monasterio. Una cruz que, firmada por Pierrette y Véronique -me dice- conserva todavía.

Después, la comitiva se dirigió a Saint-Germain-en-Laye. Pierrette, Marinette y Thomas viajaban en la furgoneta a ambos lados del féretro y frente a sus recuerdos. El comisario tiene la delicadeza -y la misión- de acompañarlos en su propio automóvil hasta la escalinata de la iglesia parroquial. La prensa había anunciado la ceremonia; el templo estaba lleno a rebosar y asistían numerosos periodistas; a pesar de ello reinaba un ambiente de intenso recogimiento. Tanto el ataúd como el altar aparecían cubiertos de innumerable flores blancas. Thomas se revistió con los ornamentos sacerdotales y celebró una Misa solemne, con cánticos que no eran funerales por ser la semana de Pascua. No dijo homilía. Después del responso se dirigió al viejo cementerio, que estaba algo retirado. El recogimiento del cortejo era impresionante. Thomas recitó las oraciones y bendijo la tumba recién abierta. Jacques la ocupaba el primero; pero, por discreción, su nombre quedó grabado en el lateral derecho de la lápida, oculto tras las plantas. Ocho años después, la señora Polack se reuniría con él. Yo he ido a rezar allí en un día de invierno, bajo la nieve...⁴².

Volvieron a casa de Marinette, donde Véronique les esperaba despierta. Seguía ignorándolo todo, incluido lo que acababa de suceder. Thomas no le comunicó la

¹³ Manifiesto mi agradecimiento a Michel Péricard por haberme proporcionado todos los documentos posibles, así como las fotografías.

muerte de su padre hasta el 1 de octubre de 1958, un año después de la ejecución. Habló a solas con ella en casa de Marinette Polack para hacerle comprender que nunca volvería a ver a su padre en este mundo...

Tres semanas después Pierrette y Véronique volvían a la Pierre-qui-Vire para despedirse del hermano Thomas que, con otros frailes, salía al día siguiente hacia el Congo para fundar un monasterio. Una ruptura más...

Y pasaron años sin que se cerraran completamente unas heridas que estas páginas de introducción deseñarían no reabrir, sino curar al modo divino. ¿Cómo podríamos saborear ese texto maravilloso sin conocer la historia que lleva consigo y la existencia que culmina? Pienso sobre todo en los lectores jóvenes que desconocen absolutamente las décadas de la posguerra. Pero pienso también en los adultos que han olvidado la poca información que tenían sobre Jacques Fesch o que se han fraguado una idea falsa sobre él.

A pesar de la opinión general, que le es aún ampliamente favorable, la pena de muerte fue abolida en Francia a partir del 9 de octubre de 1981, aunque la última ejecución se remonta a 1977, pues los indultos se concedían con bastante frecuencia.

De cualquier modo, el caso de Jacques planteaba una pregunta: ¿por qué hacer desaparecer a un hombre que se ha convertido en otro completamente distinto, moral y religiosamente, después de tres años y medio de cárcel? ¿Para qué sirvió la prisión? ¿Para apartarle, para castigarle o para hacerle mejor? Si fue para hacerle mejor ¿por qué negar el resultado obtenido? Pero ¿fue realmente la cárcel lo que rehabilitó a Jacques? ¿No habrán sido determinadas relaciones

que hizo en ella y que no estaba obligado a entablar?... 43

Todo es gracia

Como todo el que escribe un diario, Jacques piensa un día en destruir el suyo⁴⁴. Tiene miedo de haber escrito su justificación; teme mostrarse virtuoso. Su reacción es sana: no quiere construir su vida sobre el mal ajeno, como si él no fuera más que una víctima. Sus futuros biógrafos no deberán compadecerlo, sino resaltar su descubrimiento de Dios. Sería inútil (y maniqueo) oponerlo al padre como se quiso oponer a Teresa de Lisieux a la priora o a su madre. Jacques se mantiene por sí mismo y se mantiene frente a los demás. Es más que un sub-producto.

«*He releído este diario*», escribe el 10 de septiembre (JS 245), «*y me parece preferible interrumpirlo y enviar este trapo donde tendría que estar, en la basura. Así el autor podría recuperarlo sin mucho esfuerzo. ¡Rezuma orgullo por todas sus páginas!*» Y añade: «*De*

⁴³ Ésta era la pregunta final de la emisión «*Le glaive et la balance*» del 16 de abril de 1989, dirigida por Charles Villeneuve en la M6.

⁴⁴ Pienso en mi amigo Jacques Plussard, misionero entre los tuaregs y muerto a los 33 años: Cfr Jacques Ploussard, *Carnet de route*, Seuil 1964, pp. 134 y 213. Teresa de Lisieux no tuvo ese escrúpulo, porque su priora le había ordenado escribir la *Historia de un alma*, una historia que no es un diario puesto que está escrita de una vez y no día tras día. Bernanos, en su novela «*El diario de un cura de aldea*» (Pión, 1936), nos muestra que su protagonista se plantea varias veces la misma cuestión que Jacques (pp. 13, 15, 34, 123, 126-127, 219): ¿hay que conservar esas páginas o destruirlas? Y opta por conservarlas, pero después de haber roto alguna de ellas: «He decidido continuar este diario porque quién sabe si una relación sincera, escrupulosamente exacta de los acontecimientos de mi vida a lo largo de la prueba que estoy padeciendo, pueda ser útil algún día: útil para mí o para otros».

todos modos, se lo entregaré a Baudet para que se lo </«' a Pierrette. Y haré prometer a Pierrette que no lo enseñará nunca a nadie y que no hablará de él. Estas líneas son únicamente para Véronique y para Gérard...».

Quiero expresar mi agradecimiento a Véronique por haber considerado en conciencia que, después de treinta años, podía -y debía- dar a conocer a numerosos lectores la ayuda de aquellas conmovedoras páginas, sin por ello traicionar a Jacques. Mi agradecimiento a la familia -cuyas heridas no están aún curadas y cuyos recuerdos son todavía dolorosos- por compartir con nosotros el padre, el esposo, el hermano y el abuelo, como si fuéramos de los suyos. Pueden estar tranquilos: para nosotros, Jacques no es -ni lo ha sido nunca- el hombre acosado de una novela policíaca cuyas aventuras nos hacen estremecer; es «el hermano por quien murió Cristo» (Rom 14,15) y que ha muerto en el amor de Cristo: es el testigo de una gracia siempre operativa y de una loca esperanza que se nos ofrece a todos. Como dice la canción: «Tú puedes partir de cero, puedes recomenzar en todo, barrer tu vida pasada y partir de nuevo de cero, y partir otra vez de cero con Jesús como pastor». Por supuesto, no se trata de un cero psicológico: nadie puede poner el cuenta-kilómetros a cero eliminando el cansancio de la distancia recorrida. Pero, asumiendo dicho cansancio, todos podemos comenzar una vida espiritualmente nueva; dicho de otro modo, curar nuestras heridas. No tenemos en la mente otra imagen ni otra guía de lectura. No somos unos sádicos curiosos sino unos hermanos llenos de fervor. Así era nuestro Jacques, ¿no es cierto? Un Jacques del que

nos sentimos orgullosos⁴⁵. Por otra parte, el que en la cárcel se ocupó infatigablemente de la conversión ajena, ahora anima a los suyos para que desvelen su secreto. Su amiga Teresa de Lisieux le hará probablemente un guiño en ese sentido, pues ella, a lo largo de su enfermedad, no dudó en redactar laboriosamente una autobiografía que es para nosotros su primera «lluvia de rosas».

Oigo a la gente preguntar: «¿Es cierto que la Iglesia está pensando en beatificar a Jacques Fesch»; es decir, a inscribirle entre los santos? Estoy en situación de explicar el origen de este rumor, que se ha extendido provocando el estupor de unos y la alegría de otros. Con ocasión de la visita que el domingo 23 de noviembre de 1986 realizó a los presos de la Santé, el cardenal Lustiger les habló de esta eventualidad. Así me lo ha confirmado el capellán de la cárcel, padre Loi'c. El arzobispo no dijo que se hubiera introducido la causa: se limitó a expresar, ante unos hombres ca-

⁴⁵ Por este motivo, a finales de julio de 1990, la comunidad del *León de Judá*, durante su peregrinación a Lourdes, ofreció una representación sobre Jacques Fesch montada por el hermano Etienne Dahler. A este espectáculo asistieron millares de personas en medio de una gran emoción, y podrán verlo de nuevo en vídeo. Más discretamente, en el Carmelo del Reposoir, en la Haute Savoie, sor Elizabeth de la Anunciación dirigió una pieccecita teatral utilizando alternativamente la celda de la cárcel y la del hermano Thomas en la Pierre-qui-Vire, y la correspondencia entre ambas partes, hasta que las puertas se abren para la guillotina. Un excelente montaje muy fácil de reproducir. Yo mismo he hablado sobre Jacques a los alumnos del último curso de bachillerato y en una serie de conferencias (Dijon 1990). También me he dirigido a los presos (Caen, febrero 1991). Y continuaré haciéndolo... En el Congreso «*Misión*», organizado por la Asociación *Jeunes Chrétiens Services* (París, 16-17 de marzo de 1991), donde participaban 13.000 jóvenes, la figura de Jacques se evocaba en el programa que se entregó a cada uno, y durante la velada del sábado por la noche. También colaboré con Francois Foucarl en una emisión sobre Jacques transmitida en la mañana del domingo 27 de octubre de 1991 en France-Inter, bajo el título «Carrefour des religions».

paces de comprenderle, el deseo que guardaba en su corazón. Desde entonces, confío a un sacerdote el encargo de seguir el tema. Pero hacía ya tiempo que sor Véronique, en estrecho contacto con la familia, había reunido un extenso y heterogéneo dossier, además de una serie de confidencias que había recibido o de la correspondencia íntima que tuvo ante sus ojos. Por otra parte, no se había hecho ninguna investigación sistemática antes de la que yo inicié en 1988 para prologar el *Diario espiritual* y que, hasta el día de hoy, he repasado cinco veces. Pero, en definitiva, la idea estaba lanzada. El 5 de abril de 1991, Monseñor Tonini, antiguo arzobispo de Rávena, hacía suyo el deseo del cardenal Lustiger hablando con entusiasmo de Jacques Fesch. Además, el asunto es complicado, pues no existe más que un condenado a muerte que haya sido «canonizado» durante el suplicio, justamente en trance de muerte: el buen ladrón crucificado, un personaje predilecto de la capellanía de las prisiones, que celebra su fiesta el 12 de octubre con una Misa especial. Fue el mismo Jesús quien, por su propia autoridad, se encargó de hacerle entrar en el Paraíso al tiempo que llevaba a cabo el hecho supremo de nuestra Redención. El caso es absolutamente excepcional... Así pues, dejemos que los responsables de la Iglesia se hagan cargo del asunto de Jacques del mejor modo posible y en los plazos oportunos, sin tratar de imponer nuestro criterio como ocurre con los medios de comunicación⁴⁶.

⁴⁶ Como han hecho ciertos periodistas en busca del sensacionalismo y que, por supuesto, no han entendido nada de la conmoción interior que supone una conversión, porque les supera absolutamente. Así, Guillaume Mallaurie, en *L'Événement du jeudi*, semana del 26 de marzo *J

No debemos desdeñar ciertas sensibilidades que no admiten la beatificación de Jacques, no porque hubiera matado a un hombre y enlutado a una familia, sino porque el reo no tuvo tiempo de demostrar su conversión y de rehabilitarse fuera de la cárcel a través de una entrega abnegada, como hicieron los grandes pecadores vueltos hacia Dios. Su heroísmo de los dos últimos años no parecía suficiente para rehabilitar su imagen: repara los errores anteriores, ciertamente, y de un modo conmovedor, pero, aunque quisiéramos, no podríamos presentarlo como un hombre salido de una dolorosa convalecencia, un hombre cuyos propósitos se mantendrán firmes en el futuro: no es el caso. Por otra parte, según algunos testimonios, Jacques no deseaba vivir más tiempo porque se sabía débil y proclive a desperdiciar su vida una vez más: su conversión le parecía hecha para la muerte, una muerte ofrecida, y no para desarrollarse en el tiempo. ¿Admirarle? Sí, y calurosamente; pero no hacer de él un icono⁴⁷ ni subirlo a los altares; ésta es la opinión de muchas personas que, por supuesto, no proceden de la gran perdición, al contrario de no pocos jóvenes de hoy día. Que me perdonen si actúo como abogado del diablo: lo hago por honradez frente a una porción no desdeñable de la opinión. Porque, sin seguir la moda en absoluto, las canonizaciones

1 de abril de 1962, p. 69, en un artículo dedicado al perdón, dice: «Tanta felicidad en el arrepentimiento nos deja perplejos. Los católicos ven en ello un acto de fe radiante. Después de todo, los que canonizan son ellos». Por lo tanto, ¿más vale dejar la iniciativa del hecho en manos de los e-reyentes sin influir en ella de ningún modo...!

⁴⁷ Un maestro vidriero belga, Bernard Behin, cuyo taller lleva el nombre de «Taller San Lucas», ya ha recibido encargos de vidrieras de dii acias n Jacques Fesch. Y me ha enviado el boceto del primer proyec- l<>, que es no-figurativo.

nos muestran unos personajes que ejercen sobre nosotros cierto atractivo y que no deberían provocar nuestra repugnancia. La Iglesia actúa prudentemente al no precipitar los hechos, puesto que las personas implicadas viven todavía: los Vergne no tienen el menor interés por ver reabrirse sus heridas y los Fesch están muy poco dispuestos a dejar que la Iglesia «recupere» a su Jacques... Por supuesto, este libro constituye un dossier que era fundamental reunir sin esperar a la desaparición de los testigos ni a que el *Diario* amarillee en los archivos de una sufrida familia. Pero lo importante no es esperar al mañana: lo importante es comprender, desde ahora y sin tardanza, que «todo es gracia». En el momento oportuno, el Espíritu Santo hará el resto con la audacia que le caracteriza.

Una vez dicho esto, y adhiriéndome al juicio de la Iglesia, acojo con alegría la decisión que acaba de tomar y que ahora anuncia públicamente. En efecto, en *Le Fígaro* del 24 de diciembre de 1993, el cardenal Lustiger nos comunica que acaba de iniciar la encuesta previa a la beatificación de Jacques Fesch. El arzobispo no elude en modo alguno las objeciones, pero, según nos dice, «los textos en los que Jacques Fesch relata su conversión aportan, sin pretenderlo, la más clara de las respuestas». «Espero», declaraba al periodista Elie Maréchal, «que Jacques Fesch será considerado un día como ejemplo de santidad». Jesús no canoniza el pecado sino el arrepentimiento, y así «nadie puede decirse excluido del amor de Dios». Éste es el mensaje de la Navidad: «El Niño que ha nacido viene a salvar lo que estaba perdido». Declarar beato a Jacques Fesch tiene, pues, un sentido, sobre

todo en nuestra sociedad triste y languideciente, «insuficientemente preparada para el vigor de la fe y de la esperanza». Estoy seguro de que los primeros interesados lo comprenderán si se les explica con delicadeza. ¡Paz a todos!

Ruego a los periodistas que, conmocionados por las declaraciones del cardenal Lustiger me acosan con todo clase de intenciones, que no hagan una película maniquea en blanco y negro del tipo: «El asesino se convierte en santo». En primer lugar, Jacques no es un «criminal cínico» (*Le Figaro* del 7 de enero de 1994): es un muchacho sin ningún punto de referencia, sin lastre, que se convertirá en un criminal de ocasión. Sobre todo, la conversión rebasa ampliamente el ámbito moral: es el paso del sin-sentido absoluto al descubrimiento del Amor misericordioso. También me complazco en imaginar lo que hubiera sido una correspondencia entre Jacques y Teresa de Lisieux, a la que tanto amaba. Porque, al final, esos dos seres tan diferentes habrían descubierto su mutua semejanza.

André MANARANCHE, S.J.
42 rue de Grenelle
75343 PARÍS CEDEX 07

Entre las muchas cartas recibidas, deseo citar la del señor Mariani, quien a lo largo de seis años (tres de ellos durante la estancia de Jacques) ocupó el cargo de director de la Santé y que, a la edad de 76 años, jubilado desde julio de 1974, se tomó la molestia de escribirme estas líneas: «No he conservado muchos datos sobre mi paso por la Santé, donde ejercí desde febrero de 1955 al 30 de octubre de 1960. Sin embargo, puedo asegurarle que recuerdo muy bien a Jacques Fesch y que me entrevisté varias veces con su abogado y tres o cuatro por semana con el padre Devoyod, con quien mantenía excelentes relaciones y que me distinguía con su amistad. Jacques fue ejecutado el 1 de octubre de 1957: puedo afirmar que, durante los últimos días de su existencia, dio pruebas de un valor formidable y de una gran corrección respecto a las personas obligadas a asistir a la ejecución; recuerdo que insistió en expresar su agradecimiento al letrado Baudet, al padre Devoyod y a mí mismo. No recuerdo la fecha de la llegada de Fesch a la Santé ni la de su condena. De todos modos, el recibimiento de los condenados a muerte y su control casi cotidiano incumbían a los dos subdirectores, quienes jamás dieron informes desfavorables sobre el interesado. En algunas ocasiones, a lo largo de mi recorrido por la zona de detención o de los condenados a muerte, charlé con Fesch y traté de remontar su moral. Puedo, pues, afirmar que, con respecto al personal, su comportamiento fue ejemplar y que todos los que convivieron con él tenían la misma impresión que yo, es decir, que Fesch lamentaba sinceramente su crimen y que era perfectamente rehabilitable. El letrado Baudet y el padre Devoyod, que lo conocían mejor y

se relacionaban frecuentemente con él, eran de mi misma opinión. Creo recordar también, sin poder afirmarlo rotundamente, porque el tiempo pasa y me hago viejo (76 años), que Fesch recibió un apoyo pleno por parte de su familia. Para terminar, querría hacerle saber lo que siempre pensé y pienso todavía: que Fesch habría sido indultado si su víctima no hubiera sido un agente de policía. En espera de que estas informaciones puedan serle de alguna utilidad...» (Toulon, 12 de agosto de 1989). Mi gratitud al señor Mariani por su testimonio.

PRESENTACIÓN DEL DIARIO
DE JACQUES
Daniel-Ange

UN TESTAMENTO DONDE LO ESENCIAL PASA A SER NUESTRA HERENCIA

¿Canto del cisne o Cantar de los Cantares?

Este *Diario*, dedicado a su hija Véronique que acababa de cumplir seis años, desvela lo más íntimo del corazón de Jacques Fesch. No revela tanto su *familiaridad con los suyos como su intimidad con Dios*. Habla menos de los acontecimientos exteriores que de las circunstancias interiores. Es el itinerario de su alma. Todo el juego del escondite con un Dios que se deja ver, se retira, vuelve, llama nuestra atención para después ocultarse tras los arbustos: es Su manera de jugar con los hijos de los hombres. Con Él nunca se está inactivo. No existe el peligro de embrutecerse o de dormirse en un sillón. Hay que estar incesantemente al acecho, vigilantes, como el cazador que espía al rebeco. Es el *Cantar de los Cantares* de Jacques.

También es *su testamento* dirigido a la dulce Véronique.

Como no tiene nada que legar, lega lo esencial: el alma de su alma, la vida de su vida. Y ese legado es una persona, Aquel al que por fin ha reconocido como la vida de su vida: Jesús, a quien desearía que Véronique descubriera. Y a través de ella, cada uno de nosotros.

Este *Diario*, que cubre los dos últimos meses de su vida, no es más que la suprema descripción -antes del cielo- de un acontecimiento secreto que le hizo inclinarse hacia un mundo nuevo. Es imposible comprender su significado sin volver a la encrucijada decisiva de su vida.

Ahora, démosle simplemente la palabra.

¡Pentecostés: tengo ojos nuevos!

«...Pronto hará un año que el Señor me llamó por su gran misericordia. No puedo decirte la fecha exacta de mi conversión. Se produjo progresivamente. Antes, el verdadero Dios era para mí una tradición sin importancia y ahora es el Único que cuenta. Está en el centro del mundo... He conocido los fundamentos y tengo que pasar a las consecuencias. Mi mirada ha cambiado, pero no mis hábitos de pensamiento y de conducta. No puedo estar en paz, más que aceptando esta lucha. Yo mismo me asombro y me maravillo del cambio que la gracia ha obrado en mí. Como dice Claudel: 'El estado de un hombre al que arrancan de su piel violentamente para implantarlo en otro cuerpo en medio de un mundo desconocido' es la única comparación que puedo encontrar para definir este estado de absoluta confusión. He encontrado la paz, y al mismo tiempo la lucha... Cuanto más avanzo, más percibo mi miseria y el inmenso camino que me queda por recorrer. La conversión engendra un espíritu y este espíritu me enseña que la religión no es comodidad, sino que, en cierto sentido, será una conversión continua. Pero ¡Dios está

ahí! La vocación que me da suscita la invocación (/tic le dirijo.»

(Al hermano Thomas, 11 de febrero de 1956.)

Y añade esta espléndida precisión:

«De mi pecho brotó un grito, una llamada de socorro: ¡'Dios mío!', e inmediatamente, como un viento impetuoso que pasa sin que sepamos de dónde viene, el Espíritu del Señor se aferró a mi garganta... Es una impresión de fuerza infinita y de dulzura que no se puede resistir por mucho tiempo».

(3 de agosto de 1955.)

Fuerza y dulzura: las características del Espíritu Santo en persona. ¡Es una Pentecostés!

La aurora que se filtra a través de las últimas sombras de la noche

A lo largo del *Diario* nos volveremos a encontrar con los temas de este párrafo, extraordinario por su fuerza y su belleza. Llegaremos a palpar «e/ cambio que la gracia ha obrado en él», y con él nos dejaremos *maravillar*. Captaremos su *lucha* siempre tan encarnizada y su *paz*. siempre tan dulce. Lo iremos viendo «convertirse en lo que es» día tras día; entraremos en su «vocación», una vocación que suscita una *invocación*. Sentiremos ahí la *mano* de Dios, dejándolo absolutamente *libre* y al mismo tiempo *obligándole* con «todo lo que el amor puede tener de persuasivo» (San Pablo). Por último, veremos cómo esos *ojos nuevos* se abren dulcemente a la luz: luz del alba que se hace cada vez más próxima. Amanecer que se filtra a través de las últimas sombras de la noche como para ha-

bituar la mirada a esa deslumbrante aurora, lo mismo que los ojos del recién nacido han de familiarizarse lentamente con la luz de este mundo, cuando aborde por fin «la otra orilla», ...

Unas confidencias que solamente se pueden recibir de rodillas

Y ahora, recibe este testamento que llega a tus manos. No está reservado únicamente a Véronique o a sus futuros nietos. Menos aún a cierta élite o clase de «privilegiados» (detenidos, condenados a muerte, enfermos...). Quiere que participes, quienquiera que seas, cualesquiera que sean las condiciones o la etapa de tu vida.

Gracias a Dios, los bienes espirituales -al contrario que los materiales- pueden multiplicarse hasta el infinito sin verse divididos, repartidos y, por lo tanto, disminuidos. (Como una multiplicación de los panes.) Acoge sencillamente esta herencia que hoy se te ofrece.

Un testamento se recibe de rodillas. Si no estás de acuerdo con lo que dice, o si no entiendes gran cosa de él, recíbelo, por lo menos, con respeto. ¡Son confidencias!

Algunos pasajes podrán resultar oscuros a quienes carezcan de cierta experiencia espiritual. No te desanimes. Continúa su lectura, aunque sea a pequeñas dosis (un buen ritmo es leer cada día lo que escribe cada día). Algunas cosas volverán más tarde a tu memoria. Entonces comprenderás.

DIARIO ESPIRITUAL
DE JACQUES FESCH
agosto-septiembre 1957

ADVERTENCIA DEL EDITOR

En el manuscrito del *Diario espiritual* no figuran título ni subrayados del texto. Para facilitar su lectura, el presentador se ha permitido poner epígrafe a cada día y subrayar los párrafos más significativos.

Las citas de santos o de autores espirituales son las mismas que Jacques Fesch tenía copiadas en su *Diario*. La mayoría de ellas proceden de libros piadosos hoy agotados o perdidos. No siempre ha sido posible precisar la fuente exacta.

Mi querida hijita,

Esto es mi diario, el único bien que te lego a falta de esos otros que los padres suelen dejar a sus hijos. Te doy lo que tengo para que, cuando seas una mujer, puedas seguir a través de estas líneas la vida del que lúe tu padre y no ha dejado de quererte ni un momento. Hace muchos meses que tengo tu fotografía ante mis ojos y devoro tus cabellos rubios deseando tocarlos con mis dedos. ¡Lástima! No puedo contemplar tus juegos de niña más que gracias a la imaginación y a las escasas cartas que me hablan de ti. Acabo de leer la última y he sabido que te subes encima de las vacas y que por la noche te ríes a carcajadas mientras te lavas porque hueles a vaca. ¡Hijita querida! ¿Qué ideas pasan por tu cabecita de seis años? Eres tan guapa, Véronique... *Que te bendiga la vida y te evite cicatrices demasiado crueles* de las que quizá sea yo responsable.

¡M vida que florece allí donde todo es luz

Seguramente un día te preguntarás por aquel papá al que querías con todo tu corazón de bebé

cuando estábamos todos juntos y al que ignoras en tu actual inconsciencia. La ley de los hombres es cruel; castiga porque existe la costumbre de castigar ciertos hechos, y el juicio de las mentes sigue al de las ideas, porque sólo creemos lo que ven nuestros ojos y tomamos por firmeza y por lucidez lo que no es más que imperfección y flaqueza. No pretendo justificarme, pero trato de que cuando tú, seguramente por los lazos de sangre, intentes excusar o comprender mis actos, puedas disponer de datos para juzgar; y para que sepas que tu padre no es el que podría dibujar tu imaginación, sino que tiene algo rotundo y auténtico que darte en la medida en que un hombre pueda dar algo a su semejante. Si al acabar estas páginas he conseguido haber captado lo que puede ser la vida, *la verdadera vida, la que se inicia en este mundo para florecer allí donde todo es luz; si has sido capaz de presentir la grandeza y el valor de un alma* y el poco interés de lo que se llama el «triunfo terrenal», estas líneas no serán inútiles. Y quizás tú misma un día, ante Dios sabe qué prueba, extraerás de este ejemplo tan cercano la fuerza y *el valor de discernir de qué lado viene la luz...*

Voy a morir, chiquitina, y estoy viviendo una prolongada agonía lúcida y fría. Dentro de dos meses estaré muerto, porque la petición de indulto debe presentarse a últimos de septiembre. ¿Hacerme ilusiones sobre el resultado? Ya he pasado esa etapa. Sé que lo denegarán. Aunque la inteligencia se inclinara por un hipotético cambio de última hora, la fe que vive en mí y la voluntad que me empuja a *hacer donación de mi vida en medio de una paz que el mundo ignora* me servirían de suficiente certeza. Desearía que las páginas siguientes te hicieran percibir con la mayor claridad

posible, la manifestación de la voluntad divina que, por caminos impenetrables, conduce al alma *a lei In? de la vida*; y también el encadenamiento de unos actos cuyas causas y consecuencias ignoraremos hasta el día en que todo se resuma en la palabra «Amor». No tengo ningún talento literario, pero intentaré escribirte unas líneas cada día. Te contaré lo que hago, mis impresiones, mis pensamientos y también mis recuerdos. Así aprenderás a conocerme y, poco a poco, el pasado y el presente se harán uno hasta desembocar *en el acto para el cual he nacido* y que es fruto de una gran misericordia. ¡Ojalá llegue a plasmar en el papel todo lo que siento, y a hacerte evidente lo que para mí es suficientemente claro, aunque difícil de analizar y de expresar!

Como un viento impetuoso el Espíritu se aferra a mi garganta

Sábado 3 de agosto

Alegría, alegría y gracias a Dios. Hace tres días que he recuperado la fe. No es que me hubiera abandonado del todo, sino que, con el tiempo y las pruebas, se había instalado cómodamente en una tibieza que, según se dice, hasta el mismo infierno rechaza. Por segunda vez en mi vida se caen las escamas de mis ojos y de nuevo percibo cuan dulce es el Señor. En primer lugar, tengo que explicarte cómo encontré a Cristo por primera vez. Fue una noche en la celda, pronto hará tres años. A pesar de las catástrofes que se habían abatido sobre mí desde hacía algunos meses, continuaba siendo un ateo acérrimo que, por diversión, intentaba convencer al abogado de la inexisten-

cia de cualquier clase de vida fuera del cuerpo. Aún recuerdo mis contundentes argumentos intelectuales, espigados de aquí y de allí, y que consideraba irrefutables. Anatole France es muy fuerte en este sentido: «Siendo Dios Amor absoluto y todopoderoso, creó sin embargo un mundo imperfecto y unos hombres que le negaron desde el momento de la creación. Evidentemente no podía ignorarlo, pues no habría sido todopoderoso, y si lo sabía, y de todos modos lo hizo, es que no es tan bueno...». Pues bien, estando aquella noche en la cama, con los ojos abiertos, y sufriendo intensamente por primera vez en mi vida a causa de algo que había sabido sobre mi familia, brotó de *mi pecho una llamada de socorro*: «¡Dios mío!», e instantáneamente, *como un viento impetuoso que pasa sin que sepamos de dónde viene, el Espíritu del Señor se aferró a mi garganta*. No es una metáfora: es que se siente realmente la sensación de opresión en la garganta y de que un Espíritu, demasiado fuerte para la envoltura que lo recibe, penetra dentro de ti. Es *una impresión de dulzura y de fuerza infinita* que no se puede soportar por mucho tiempo. Y a partir de ese momento *creí, con una convicción inquebrantable* que no me ha abandonado desde entonces. Comencé a rezar y a dirigir mis pasos hacia el Señor con un deseo apoyado por gracias todopoderosas. Todo me parecía facilidad, calor y luz. Dios se mostraba pródigo en consuelos de todo tipo que yo, en medio de mi entusiasmo y mi celo, creía merecer por mis continuas invocaciones. *Cuando el Señor se adueña de un alma, no lo hace de un modo cicatero, sino con la generosidad de un gran señor*. Señala a su bien con una marca indeleble, para que, en el momento de la prueba y del de-

samparo aparentes, podarnos continuar nuestros esfuerzos bajo el primer impulso recibido. *Es imposible* que el que ha sido objeto de esta *toma de posesión* llegue a *olvidarlo alguna vez*. Y si las tentaciones o la debilidad de la carne acaban por transformar al cristiano ferviente en un tímido cordero, el recuerdo de estas horas de paz y felicidad permanecerá siempre en su memoria. Durante aproximadamente seis meses busqué al Señor obligándome a prolongadas plegarias y a meditaciones continuadas. Y, cuanto más avanzaba, más me colmaba el Espíritu con sus dones. Recuerdo especialmente las meditaciones que hice sobre «Las moradas» de Santa Teresa y la última etapa de la perfección: la unión del alma con Dios. He tratado de ascender a estas siete moradas y ahora me doy cuenta de la desproporción entre lo que había recibido y lo que creía merecer entonces. Esa fase de fácil felicidad se terminó una tarde, después de una breve pero intensa unión con Dios que no olvidaré jamás. Luego llegó un período de relativa *aridez*, todo se me hizo duro, oscuro y lejano, con algunos consuelos pasajeros, como *oasis* en el desierto, y mis esfuerzos me parecían inútiles y vanos.

Después, a pesar de permanecer absolutamente convencido de las verdades de la fe, mis buenos propósitos se derrumbaron gradualmente, se apagó mi celo y terminé por hundirme en un marasmo de apatía, de indiferencia perezosa y de desinterés por cualquier esfuerzo. Dicho de otro modo, sabía dónde estaba el bien, pero no lo hacía porque me sentía débil y cansado, además de que las pruebas que tenía que sufrir se me antojaban demasiado duras para poder soportarlas. Tenía la fe sin obras y continué en ese esta»

do hasta esta semana. Pero ahora, ¡victoria! El tiempo es breve y el trabajo que tengo que hacer muy largo. ¡Valor y adelante!

En las fuentes de agua viva mi tristeza se cambia en gozo

Domingo 4 de agosto

Querida hijita: Me doy cuenta de que lo que escribo puede parecerle un poco deshilvanado e incoherente. Tengo que explicarte un montón de cosas y temo saltar de un tema a otro, del pasado al presente, de tal modo que entorpezca la adecuada comprensión de este diario. Peor para mí. Prefiero escribir tal y como vuela mi pensamiento y dejar que tu intuición femenina desenrede la madeja. A pesar de haber dormido de un tirón, esta mañana me siento algo cansado e incapaz de hilvanar dos palabras. Voy a descansar la mente leyendo el libro que me ha traído el capellán, y esta noche, cuando esté más fresco, reanudaré el relato de mi historia. ¿Qué estarás haciendo hoy? Probablemente saltando por las dunas y haciendo travesuras. Ha llegado la noche y me siento más relajado, aunque un poco deprimido. He leído la Misa del domingo noveno después de Pentecostés, pero, como no tengo calendario, no sé si es la apropiada. Peor para mí. «Jerusalem, Jerusalem, ¡si supieras también tú en este día lo que te lleva a la paz!» Es la imagen de las almas que rechazan la gracia que las visita: así como Jerusalem fue destruida catastróficamente, los que desprecien a Cristo sufrirán el mismo castigo. Esta noche rezaré el Rosario antes de acostarme. *Ad Jesum per Mariam* es la divisa del cardenal

Gerlier. He comprobado que, efectivamente, aquello que los incrédulos califican de «beaterías que huelen a sacristía» tiene un significado. Podemos ver un aspecto ridículo en esas peticiones a todos los santos del calendario para que intercedan en favor nuestro y, sin embargo, cuando *Cristo dirige a un alma, la dirige en primer lugar hacia María*. Pero ¿quién lo creerá si esta creencia no le *viene dada de lo alto*? Del mismo modo, cuando un alma se entrega a Dios sin restricciones, cuando pone toda su confianza en su Creador y ya no tiene más deseo que hacer lo que el Señor quiere que haga, puede pedir la intercesión de algún santo o de algún pariente que sabe en el Cielo. Y obtendrá respuesta siempre que sus peticiones estén de acuerdo con la voluntad de Dios y que su confianza en Él sea plena. Cuando Dios habla a un alma sabe hacerse comprender y, aunque no se nos revele por medio de palabras audibles, no por ello deja de ser claro el sentido exacto del mensaje. A partir de la primera visita del Señor a mi alma para transmitirme Su llamada de amor, comprendí perfectamente lo que tenía que hacer; y si tuviera que poner por escrito lo que capté, quizá podría hacerlo así: «Hijo mío, *te amé desde el primer día, cuando me ofendías y sobre todo entonces*. Te concedo mi perdón, entero y absoluto, y te concederé más aún. Recibe mi amor, saborea cuan dulce soy para quienes me invocan y no te preocupes por saber si sufres injustamente o no. Eres mi hijo bendito, *fui crucificado especialmente por ti*, y ahora ves lo que antes no veías. ¿No comprendes que Mi cruz es el único camino que conduce a la vida eterna? ¿Que si eres hijo mío debes soportar lo que tu Padre te envía A fin de que también tú heredes lo que es mío? Bien*-

venturado serás si te persiguen. Sólo Yo puedo ver en el interior de tu corazón y calibrar tus culpas. Mira, no te condeno. El mundo rechaza todo lo que es mío y, cuanto más te desprecie, más te amaré Yo. Vive en Mí. *Ven a beber en las fuentes de agua viva y tu tristeza se cambiará en gozo.* Pero sé dulce y sumiso aunque te parezca injusto y, sobre todo, sé humilde. *Te quiero humilde como el polvo que se pisa* y que no se preocupa por el aprecio de los que lo huellan. El servidor no es más que su amo y si me han perseguido a Mí, también te perseguirán a ti; pero ten valor: ¡Yo he vencido al mundo y estoy contigo hasta el fin de los tiempos!». ¿Comprendes ahora que el alma que escuche estas palabras se sienta fuerte y victoriosa, que se eleve por encima de necios razonamientos, y que comprenda claramente que la verdad y el camino de la salvación se oponen a todo lo que aprecian los hombres? Ya no hay injusticia, ni problemas, sino un formidable impulso hacia el amor de Dios. Te haces hermano de todos los que sufren y sabes que tus penas no son más que una forma de cruz, tan valiosa a los ojos del Señor como la que lleva el monje en el claustro o el misionero entre los salvajes. Por supuesto, reconoces tus miserias, pero no las consideras como fruto de unos hechos determinados, sino como algo inherente a tu naturaleza humana brutalmente enfrentada al amor y la grandeza de Dios.

Un niño de la mano de su madre

Lunes 5 de agosto

Ha terminado el buen tiempo y me siento un poco más solo que otros días. Tengo la impresión de ser *un*

niño al que su madre lleva de la mano por una tienda. En cuanto le suelta un momento se pone a gritar viéndose perdido... Cada vez que el Señor me abandona, yo hago lo mismo y gimo entregado a mi innata miseria... Pero tengo confianza, porque para recuperar la fe y la abundancia de bienes que la acompañan, no he necesitado más que dos Rosarios y una Misa... En efecto, el Señor ha querido darme a entender que está junto a mí y que no me abandona. Sólo tengo que hacer un pequeño esfuerzo de voluntad. A mediodía he recibido dos cartas de mi suegra. Se angustia y la veo excitada y dispuesta a todo. ¿Qué puedo hacer, aparte de escribirle? A pesar de los bienes con los que la ha colmado la vida, está triste y asqueada hasta el extremo. Yo soy aún demasiado joven para sentirme asqueado, ya que *poseo en estado embrionario una serie de posibilidades de felicidad que presiento, pero que nunca se harán realidad. ¡Qué hermoso regalo para el Señor!*

Durante la hora de paseo cotidiano he estado conversando con mi compañero de «cadena» de Indochina. Me ha hablado de los piratas chinos y de los malos tratos que se infligían a los prisioneros vietnamitas cuando no querían comer. ¡Qué absurdo y contradictorio es todo! Un hombre condenado hoy a muerte por asesinato, que hace años fue sometido a consejo de guerra por negarse a participar en torturas a campesinos...! Se trataba de cuatro sospechosos descubiertos en un arrozal a los que sumergieron en una cuba repleta de agua durante 24 horas. Cuando los sacaron eran cadáveres. Evidentemente, a lo largo del proceso no dejaron de reprocharle su comportamiento de soldado rebelde sin, por supuesto, desvelar

la razón. Pero ¿será verdad? Es un pobre desgraciado. Basta con mirarle a la cara para leer en ella todos los estigmas de una herencia aterradora y ¡qué vida! Un huérfano explotado y paseado de asilo en asilo, enfermo de nacimiento, sufriendo unos ataques que le arrojan por el suelo babeando y aullando, deportado a Alemania y torturado, soldado durante siete años y, para terminar, condenado a muerte. ¿Hay quien dé más? A su lado me parece no tener excusa. De mi juicio te hablaré después. Antes tengo que explicarte lo que era yo y por qué llegué a tomar aquella decisión. Pero lo que quiero que entiendas ahora es que *no hay dos hombres: el de antes y el de ahora, sino sólo uno que, sin saberlo, buscaba lo que ahora ha encontrado. Dios estaba junto a mí desde el primer día; ha seguido de cerca y solícito mis equivocaciones y se me ha revelado cuando le ha complacido hacerlo.* Y sé, con absoluta seguridad, que lo que hoy se me pide forma parte de mi participación en el Cuerpo místico de Cristo. *No me incumbe a mí discutir la detención, sino únicamente someterme con toda mi alma a la voluntad de Dios.* Pero ¡qué difícil me ha resultado llegar a entenderlo así! Estoy seguro de que si me arrojaban brusca-mente en medio de la vida, con sus atractivos y tentaciones, me sentiría tan confundido que no vería ya lo que ahora percibo. No se puede *hallar realmente a Dios más que a través de una búsqueda constante* y del desprecio de todo lo que desea nuestro cuerpo. *Cuan-to más se apodera de un ser el sufrimiento, más clama su alma angustiada en petición de socorro y más dispuesto está el Señor a consolarla.* Y en esto, la oración es todopoderosa. Permite al alma el diálogo indispensable que la eleva y le da fuerza para luchar contra la

incesante invasión de pensamientos que vienen del iifipo y que cubren con un velo todo lo que es puro v luminoso.

Me gustaría rezar de rodillas

Martes 6 de agosto

Hoy estoy mejor, me siento menos solo. Es imprescindible que fortalezca mi alma, pero ¡tengo tan poca voluntad...! Creo que si alguien tuviera la oportunidad de poder prepararse convenientemente durante dos meses, lo haría con un celo ardiente y no con la semitibieza en la que yo me muevo. ¡Qué perjudicial es cualquier distracción! Basta con que salga a dar el paseo diario para que me sumerja en los problemas de aquí abajo y tenga luego la impresión de haber perdido un tiempo precioso. Ni siquiera puedo hablar del Evangelio con mi vecino durante todo el tiempo que nos dan para desentumecer las piernas, porque sé que enseguida me colocarían en la categoría de pelmazos incurables, y prefiero callarme. La auténtica búsqueda de Dios debería consistir en la meditación incesante y el rechazo a todo lo que exige el cuerpo. Nuestro régimen tendría que ser el silencio, la oración, el agua y el mendrugo de pan; pero mi alma debe tener algo de la consistencia viscosa de las medusas que flotan en los puertos, y basta que mi carne proteste para que yo me derrumbe con el mismo *ploff* repugnante de un flan que se vuelca. Me conozco, y si viviera así, diría mis oraciones de labios para afuera y me sorprendería pensando, mientras rezo un avemaria, en lo bien que me vendría un trozo de chocolate. Así que comeré, y que Dios me perdone.

También sería preferible orar de rodillas, pero los vigilantes que se asoman a la mirilla cada cinco minutos terminan distrayéndome. Como sé que están intrigados, acabo por no rezar absolutamente nada, sino por acechar sus idas y venidas, que no es el fin que persigo. *Creo que nunca he sentido tan patentemente mi miseria como en esos momentos.*

Meditando una carta que me ha enviado el hermano Thomas, he descubierto una vez más la magnitud del amor de Dios. Para que *mi muerte sea redentora*, Jesús quiere mi adhesión total, mi completa sumisión a Su voluntad. El Señor se entrega a los que le aman, pero no da el primer paso. Desea que, antes de nada, el hombre haga un pequeño esfuerzo de voluntad por acercarse a Él. Y así, muchos sucesos que parecen catastróficos para este mundo se convierten, por esta invocación a la misericordia divina, en gracias que llevan a los hombres a un estado ideal. ¡Qué hermosa es la carta del hermano Thomas! Te adjunto un párrafo:

«Querido hermano: quiero expresarte la confianza que tengo en ti. ¡Jesús te ama tanto...! Sin Su amor no habrías podido perseverar desde hace dos años en la fe y en la caridad. Y, sin embargo, Satanás te acecha queriendo arrastarte a la desesperación. Conoce tu extrema fragilidad... Pero, si no abandonas, Jesús te protegerá. Ahora bien, ¿cómo permanecer junto a Él? Por supuesto, aceptando Su voluntad en todo lo que sucede. Pero, sólo si es positiva 'para ti', dicha aceptación te traerá la paz y la alegría; es decir, si es un acto de fe en el amor de Jesús. La justicia divina es inseparable de Su amor: cuando Dios exige una reparación por nuestros pecados, nunca la separa del mayor don que puede hacernos: Él mismo, Su Hijo amado, Jesús. Además, en Jesús y por Jesús, reparamos nuestros crímenes. Por eso, no debes aceptar tu castigo como una deuda que se satisface, sino que debes creer que, a través de ese castigo, Dios, en Su

amor infinito, se entrega a ti. Y digo 'creer', es dccc, hu cer un acto de voluntad, porque, en el plano de la sensi bilidad, lo cierto es lo contrario: vemos a Dios como el terrible juez que aplica la ley del Taitón: vida por vida. /•-'/ que te inspira esto es Satanás. No, hermano, Jesús te ama infinitamente y hoy tienes la fuerza para creerlo así. Si quieres, puedes. Satanás te dice: 'No puedes... míralo... Dios te abandona'. Yo te digo, Jesús te dice a través de mis palabras: Si quieres, puedes creer en el amor de Dios por ti. Jesús te da la fuerza de creer 'en medio de la noche'... Jesús desea tu salvación eterna. ¿Cómo? Ése sigue siendo el secreto de Su amor. La única respuesta cierta es que lograrás salvarte haciendo un acto de voluntad (fe) en Su amor, un amor que obra incesantemente en todos los acontecimientos sin excepción...».*

A la luz de esta carta, me doy cuenta de que tengo una excesiva tendencia a buscar lo sentimental, porque me arrastra maravillosamente y transforma mi dolor en alegría. El acto de fe «en la noche» es difícil; se busca a tientas lo que se nos escapa sin cesar bajo una forma palpable. Y, sin embargo, si puedo salvarme, ha de ser gracias a la voluntad. Evidentemente, en los momentos de gozo uno iría a la muerte cantando... Sí; el castigo que me espera no es una deuda que tengo que satisfacer, sino un regalo que el Señor me hace. ¿Qué fuerza no seré capaz de extraer de este pensamiento?

/:/ sufrimiento de una niña hace gritar a las piedras

Miércoles 7 de agosto

Esta anana, una decepción. El capellán tenía que celebrar en mi celda y lo ha hecho en la del vecino.

† Subrayado por Jacques en el diario.

Me ha traído la comunión, por supuesto, pero no es lo mismo. El próximo miércoles me toca a mí la Misa completa. *Me levanté más temprano que de costumbre para prepararme leyendo las oraciones de antes de la comunión; y luego, como todas las mañanas, he seguido la Misa deteniéndome en el «confíteor».* Minutos después entraba el padre y me daba la sagrada hostia. *Me gustaría comulgar varias veces por semana, pero ¡lástima! no es posible.*

Esta tarde vendrá tu mamá. Hace más de un mes que no nos vemos. La noto cansada y agotada. ¡Si intentara *volverse hacia lo que le proporcionaría alegría...!* Pero, ¿lo haría yo en su caso? Una vez más, compruebo que *he sido salvado a pesar mío y que el Señor me atrae hacia Sí sin darme la posibilidad de elegir.* Con la fe y el celo religioso que poseo actualmente debería pensar que, si me liberasen hoy, todo serían propósitos firmes y acciones de gracias. Me temo que, al contrario, el fuego que me abrasa no tardaría en convertirse en tizones y la lepra del pecado se apoderaría una vez más de mi alma. ¡Qué naturaleza! Me hace el efecto de que soy *un alpinista que escala una montaña*, y al que una serie de guías abrazan y empujan mientras que él sólo es capaz de lamentarse y reclamar los tirones que lo salven. Comprendo mejor la frase del hermano Thomas: «Jesús hace todo el trabajo. Solamente te pide un pequeño esfuerzo, ¡tan insignificante!...».

Vuelvo del locutorio. *He visto a Pierrette. ¡Qué desgarrador!* Estoy llorando de emoción. Sufre como una posesa y me hace sufrir en proporción. ¡Cuánta ruina...! Me ha hablado de ti, me ha dicho que me reclama sin cesar y que le explicas lo maravillosa que sería la vida si estuviésemos juntos. *¿No tendrían que*

gritar las piedras ante el sufrimiento de una niña? ¡Oh, Señor; qué monstruoso sería todo sin Ti! Mírame, hundido en un mar de dolor. Ayúdales, dales a conocer Tu nombre; que extraigan de Ti el valor sobrehumano que van a necesitar. Dame una parte de su sufrimiento y así también yo sufriré menos. Y pensar que habría que contentarse con lo que da la sociedad... Yo tengo que morir para dar ejemplo. De ellos hablaba Jesucristo cuando exclamaba: «¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que imponéis a los hombres cargas insoportables, pero vosotros ni con un dedo las tocáis!». Castigan a los jóvenes cuando sólo somos lo que nuestros padres han hecho de nosotros. Nuestros actos son la consecuencia de la educación que hemos recibido, de los ejemplos que hemos visto, de las taras que sus locuras nos han dejado como herencia, y su castigo cae sobre nuestras cabezas. ¡Cuántas injusticias pidiendo venganza! ¡Cuántos marginados, cuántos malheridos en las cárceles, en los campos de concentración...! ¿No se alzarán en el día del Juicio? «En verdad os digo: los últimos serán los primeros...» Perdonadme las dos. Vuestro dolor es el mío y es también un clavo que se hunde en mi carne.

Es casi de noche y todavía estoy pensando en esta conmovedora visita. Me vienen a la mente un tropel de recuerdos: nuestra vida en común en Estrasburgo, los escasos meses de felicidad que pude dar a tu madre... y después, los dramas... y todas las desgracias que se abatieron sobre nosotros. No lo lamento, eran indispensables y, ni siquiera ahora acabo de entender qué habríamos podido hacer por evitarlas. *No se puede hacer feliz a los otros más que siendo feliz uno mismo, y Dios sabe que yo no lo era.* Mira, tengo la imprt*

sión de que el soplo que anima a los seres y les da vida en mí sólo ha soplado a medias. Me falta un elemento de vitalidad y arrastro una vida desequilibrada, como si fuera uno de esos motores viejos que giran sobre tres pistones. Aunque me hubieran dado de todo, nunca habría sido *capaz* de disfrutarlo como los que *rebotan de alegría de vivir*. La felicidad no es cuestión de placeres, sino más bien un estado de ánimo, un regalo que hace la vida a los elegidos de este mundo. Supongo que, en mi caso, se trata de una carencia física, de una deficiencia glandular que hubiera podido curarse dando probablemente un giro a mi vida. Yo me pasaba el tiempo intentando dominar una penosa confusión, una especie de miedo a la vida que me hacía contemplar lo que ocurría a mi alrededor en calidad de espectador, -y no de actor. No sé reírme, ni siquiera sonreír adecuadamente, y sin embargo llevaba dentro de mí un *enorme afán de vivir que intentaba forzar a mi naturaleza* y me empujaba a excesos desesperados, introduciéndome en un clima morboso que acabó por serme indispensable. Solamente conseguía el equilibrio en medio de la angustia y de las catástrofes porque éstas me estimulaban: sin ellas tenía que luchar continuamente contra aquella deficiencia que se manifestaba visiblemente en súbitos rubores, palideces y temblores incontrolables e, invisiblemente, en un auténtico sufrimiento que resultaba incomprendible al que no lo padecía. Por eso, hace unos días te escribí: no hay dos hombres, el de antes y el de ahora. No se me puede imaginar como un individuo seguro de sí mismo, *capaz* de elegir su vida libremente y decidiendo obrar el mal por vicio, por el atractivo del dinero y el placer que procura y que después, en-

centrándose con el rostro de Cristo en medio del dolor, busca a Dios con el mismo afán que antes los placeres. Esos hombres son los grandes pecadores... y los grandes santos. No, no tengo esa fuerza de voluntad; soy mucho más flojo, más indefinido. Me arrastro, agotado y gimiendo, en medio de esta indecisión moral que me caracteriza. ¿Comprendes que en todo lo que ocurre existe un designio? ¿Que la libertad que yo disfrutaba, aunque fuera real, era sólo relativa, y que por ese mismo hecho *mi muerte es redentora, aunque parezca injusta?* Quedan, por supuesto, los que van a sufrir por mi causa... Querida Véronique: Jesús desea esta muerte. Si me separa de tu corazón de niña es porque ha preferido, por el bien de todos, llamarme a Su presencia. *¡Y cuántas cosas buenas puede darte, mientras que yo soy incapaz de hacerlo!* Confianza, confianza en el amor de Jesús...

Sólo me siento fuerte después de haber rezado

Jueves 8 de agosto

Todas las mañanas me levanto triste y con la mente en blanco. Me invaden los mismos amargos pensamientos de siempre y sólo me siento fuerte y rodeado de solicitud después de haber rezado. Jesús está aquí, junto a mí, casi lo palpo. Le llamo y al momento me invade su dulzura, llenándome de *alegría*. ¡Como un crío! Evidentemente, los momentos de oscuridad que estoy atravesando me resultan más penosos todavía si los comparo con los de consolación. Me falta confianza en Su amor... Hay egoísmo en mi búsqueda de la ayuda que me presta. Aunque rinda mi voluntad para someterla a la Suya, continúo esperando que Él haga

todo el trabajo. Me siento inquieto porque percibo mi miseria como nunca, y comprendo que los dones que recibo son desproporcionados a mis lamentos en petición de ayuda. ¡Poder de la oración! Tengo que hacer un esfuerzo de voluntad mayor para creer, sobre todo en la noche del alma; entonces mi plegaria cobrará más valor. Sin embargo, desde el punto de vista de la sensibilidad, parece verdad lo contrario. Esta búsqueda de Dios es agotadora.

He meditado sobre la cruz y se me ha planteado toda la realidad de la oración que dice «...los que por el anuncio del ángel hemos conocido la encarnación de Jesucristo, por Su pasión y Su cruz seamos llevados a la gloria de la resurrección». Palabras terribles: ¿Quién podrá desentrañar su sentido? ¡La cruz! *Deberíamos estar transidos de gratitud ante la prueba de un amor tan grande, pero, al mismo tiempo, petrificados de horror* porque es también la proyección de nuestros propios sufrimientos. Ese rostro crispado por el dolor es el mío, el de todos los elegidos. Aunque nos debatamos en el laberinto de la vida y busquemos subterfugios, seremos inexorablemente conducidos al pie del madero y tendremos que ofrecer nuestras manos y nuestros pies para que se hundan en ellos los clavos. Cuando somos jóvenes creemos que la vida que se abre ante nosotros, ilimitada y cargada de promesas, será capaz de satisfacer nuestra sed de absoluto; después, según he podido comprobar, cuando tenemos la posibilidad de echar una ojeada sobre lo que ha sido nuestra existencia, nos invaden la inquietud, los remordimientos y el asco de todo. Y lo que habíamos rechazado años atrás se ofrece a nuestros ojos con estremecedor realismo. Pero ¿quién lo acepta?

¡Si llegásemos a comprender, aunque fuera solamente un poquito, la hondura del amor de Jesús...! Pero eso no se nos aparece claramente. Los que viven en el mundo se sienten confundidos ante la manifestación de la sabiduría creadora de Dios, pero no pueden concebir del mismo modo el infinito amor del Señor por sus criaturas. El razonamiento nos muestra, más bien, a un Dios fuerte y vengador que disfruta castigando por una especie de sadismo orgulloso y al que nuestro propio espíritu replica con blasfemias. «Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el Reino de los cielos.» ¡Qué estériles son los argumentos! El que se estremece de gozo no tiene nada que comprender; le basta sentir a su lado la dulzura del Señor.

Acabo de recibir la visita de la asistente social, una mujer encantadora. Parecía emocionada por lo que le he dicho. Hemos hablado de ti, hijita querida, y su corazón de madre ha sentido un dolor que sorprendería a tu inocencia. Aún pienso en las visitas en el locutorio... y temo las siguientes... cada vez nos decimos a nosotros mismos... ¡una menos! No quiero que Fierrette sepa cuál será la última... La última mirada tras las rejas insensibles superaría sus fuerzas y las mías. Mejor es que lo ignore. Pero todo esto es muy duro.

Las humildes y sencillas oraciones de los niños

Viernes 9 de agosto

Fiesta de Juan María Vianney, el *cura de Ars*. Me entusiasma su vida vigorosa, que duele por la intensidad de los sufrimientos que padeció. Me acuerdo de

que, durante veinte años, comió patatas mohosas. ¿Cómo quejarme de mi comida guisada? Me da un poco de vergüenza: me quedan dos meses de vida y continúo siendo sensible a las exigencias de la carne. ¡Me salva a pesar mío! Esta mañana ha venido el capellán: le he pedido que me traiga la comunión el viernes, que es el día que celebra para los alemanes condenados a muerte. Lo hará, y así *comulgaré dos veces por semana*. Es el máximo. Lo malo es que dentro de quince días se va de vacaciones y no deja sustituto. *Comulgaré, pues, espiritualmente*, unido al padre Thomas que ofrece el Santo Sacrificio todas las mañanas. Estoy cansado. Lucho todo el día buscando a Dios con constante insistencia. No tengo paz, ni la tendré hasta que termine el combate. Jesús me da la alegría y, con ella, la sensación de que tal alegría es un don que no merezco y que se me concede por misericordia. Cuando desaparece, me vuelvo a encontrar con mi miseria, tan intensa como en los sombríos días de mi vida de pecador. Esto es lo que, con mayor claridad, me explica el padre Thomas en su carta de hoy:

«Somos bastantes los que rezamos por ti. Jesús nos escucha porque, a pesar de todos tus sufrimientos, permaneces en Su amor. Quiere que vivas así, consciente de no poder hacer nada sin Él, a fin de humillarte y, sobre todo, de enseñarte a clamar a Él, tu única salvación... lo único necesario es que aceptes no ser capaz de nada por ti mismo y creas que Dios lo puede todo... Te prometo que, si perseveras en la oración, Jesús te escuchará de un modo u otro cuando menos lo esperes, pero siempre recibirás la plenitud de Su amor. Pronto, muy pronto quizá, vas a reunirte con Jesús. Debes prepararte para ello. Toma el rosario y quédate con la Madre de Dios. Ella te protege sin cesar. Si te refugias en

sus brazos como hacen los niños con sus madres, ic librará de todo mal y te llevará a Jesús...».

Rezar, rezar incesantemente, eso es lo que debo hacer. Jesús me dirige hacia Su Madre, en cuyas manos está mi salvación. Ninguna oración me consuela como el *Avemaria* o la *Salve*. La Virgen está más cerca de nuestra humanidad por las mil torturas que padeció su corazón de madre, y ahí están las pruebas palpables de su amor para recordárnoslo. Cuando mi fe se debilita *Fátima* y *Lourdes* me son de gran ayuda. Hay que rezar también al Sagrado Corazón de Jesús, que derrama sobre sus hijos el tesoro de Su amor. Todas las mañanas, leo antes de la Misa una hermosa plegaria de reparación que contiene una frase para mí llena de realidad: «¡Que podamos borrar tantas ofensas con nuestra propia sangre!». Me gustan también los *salmos penitenciales*; son muy hermosos, pero su estilo floreado y su cadencia bíblica ocultan en parte el auténtico sentido de las palabras, como si en lugar de rezar se recitara un magnífico pasaje litúrgico destinado a la pompa de las grandes ceremonias. *Las oraciones humildes* más directas, de palabras sencillas y conmovedoras como las de los niños, están más de acuerdo con la penumbra de mi celda.

Llueve. El ruido del agua que cae en el patio resuena en mi celda. Me siento bastante triste. La última visita me ha hundido verdaderamente. Pienso en ti y en todo lo que me ha dicho mamá. Te han comprado el disco con las canciones de *Alicia en el país de las Maravillas* y ya las sabes cantar de memoria. ¡Cómo me gustaría oírte! Pido a diario a la Santísima Virgen que te colme de gracias y te acoja bajo su protección y, sobre todo, que evite en tu alma tan pura Ift

amargura del sufrimiento y sus cicatrices. ¡No poder abrazarte por última vez...! Y, sin embargo, el cariño que siento por ti, y que me llevaría a *dar la vida gozoso*, no es más que un pálido reflejo del amor de Cristo, que te ama infinitamente más de lo que yo pueda hacerlo. Confiar en su amor... es lo más duro. Tras el dulce rostro de Jesús no puedo evitar la visión del Dios fuerte y terrible de la Biblia, el que dice: «Vuestros holocaustos no me son gratos, vuestros sacrificios no me satisfacen; he aquí que yo pondré tropiezos a este pueblo». ¡Qué duro es amarle! Nunca como en estos días he comprendido el acto de fe que me pide el Señor y la frase de Santa Teresa del Niño Jesús: «la confianza y nada más que la confianza nos conducirá al Amor».

A partir de esta noche renuncio definitivamente a los platos elaborados.

Profusión de dulzura, desbordamiento de gozo

Sábado 10 de agosto

Alegría, alegría. ¡Si pudiese trasladar al papel todas las gracias que recibo...! ¿Quién podría describir el Amor de Dios por sus criaturas? Las horas transcurren tan perfumadas como el más puro de los lirios. *Cae sobre mi alma tal profusión de dulzura que mi corazón va a estallar en cánticos de acción de gracias.* «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador, porque ha puesto sus ojos en la humildad de su esclava...» Amar como Él nos ama. Perderse en su Amor infinito. Suavidad de las lágrimas que se vierten porque la copa rebosa y Él me colma más allá de mis fuerzas. ¡Ojalá pudiera dar a probar a

los que no creen, aunque sólo sea durante un segundo, toda la paz, todo el desbordamiento de alegría que por pura misericordia derramas sobre mí!, Señor mío y Dios mío. Dar testimonio; por lo menos, buscar algo que ofrecerle. Todo viene de Él; me arrancó de mí mismo, blanqueó mi negrura, me vistió el blanco ropaje de los elegidos, y mi indignidad es más grande y más patente que nunca. Hacerme uno con el polvo, no creer que pueda dar algo de mí mismo. Todo es gracia. El «fiat» me brota de los labios porque el espíritu se desborda del corazón. *Querría morir porque siento demasiada alegría.* Confianza, confianza en el amor de Jesús... Todavía no creo bastante y nunca creeré bastante. Maravilla de la casa de Dios y podredumbre de mi carne. A pesar de todo, el egoísmo vive en mí y busco consuelo y alivio para mis males. Continúo siendo incapaz de amar. Voy a morir y temo a la muerte. También mi adoración tiene un fin egoísta, y eso no es amor. Me colma, me salva a pesar mío. Me aparta del mundo porque en él me perdería, y yo no he hecho nada para merecer esa gracia. ¡Ojalá sintiera siempre mi miseria como hoy! Si amara un poco más, apreciaría mejor el Amor que siente por nosotros y mi confianza sería tan firme como la roca. Pero no puedo evitar verlo con mis ojos de carne y, como el temor y la miseria habitan en mí, hago recaer en Él una parte de esas imperfecciones. Creer cada vez más, hacer abstracción de cualquier inquietud, *no pensar más que en amarle y en confiar.* Cuando Él quiera y como quiera.

¡El orgullo! Hay que desconfiar de él como de la más espantosa de las calamidades. Aunque hayamos vencido a todos los vicios, permanece inalcanzable»

infiltrándose en nuestros más nobles pensamientos. Es tenaz, sutil y envuelve nuestra alma como la campanilla se enreda en la planta. Crece en el odio, pero también acompaña a la búsqueda de la perfección. Mientras que los demás vicios, por virulentos que sean, permanecen bien definidos y es fácil atacarlos de frente, el orgullo se desliza y confunde nuestra alma hasta el punto de dejarla desconcertada. No creer más que en la propia miseria. Estas líneas pueden no estar bien escritas, pero son sinceras, y quizá ayuden a alguien. Pero ¿quién me asegura que no tienen a la soberbia como telón de fondo?: el deseo de que digas «papá era piadoso, ¡un santo!», y que un resto palpable de lo que fui permanezca en la tierra para que pueda continuar viviendo en tu pensamiento. Al principio tuve la intención de exponerte mi opinión sobre ciertos temas. En el fondo, me doy cuenta de que, en mi deseo de meditar sobre la grandeza de la vida, se ocultaba el menos confesable proyecto de hacer «el proceso de mi proceso» para llegar a la siguiente conclusión: «los hombres son malos y me han condenado injustamente». No, no hay injusticia, como no hay deuda que pagar a la sociedad. *No hay más que un cántico de gratitud que debe brotar de nuestro pecho* porque lo que estaba perdido ha sido hallado, y todos *aquellos sangrientos errores desembocan siempre en el amor de Jesús*. Los que me condenaron consideraron probablemente en su alma y en su conciencia que debía ser así. En efecto, creyeron disponer de la luz suficiente como para decidir lo que solamente Dios se ha reservado el derecho de hacer... No es asunto mío: es una cuestión que debatirán un día u otro con el Creador; y ¿quién sabe si, por este motivo, alguno de

ellos no alcanzará la salvación? *Todo conduce siempre al amor de Cristo.*

Tampoco debo creer que, gracias a mí, sucederán muchas cosas, como si mi muerte mera un don tan grande que pudiera cubrir una multitud de pecados. Es hacer una llamada a la justicia de Dios, y estoy a punto de comprobar a mis expensas que la deuda aún no está saldada. También debo evitar expresarme con autoridad al escribir, igual que hacen muchas personas, como si nuestras palabras fueran un reflejo del Evangelio; los «pues yo te digo...» carecen de humildad. La humildad y la esperanza son dos virtudes esenciales para la salvación. Son también las más difíciles de adquirir.

¿Quién no ha llorado como Pedro?

Domingo 11 de agosto

Constato que el estado del alma más favorable y, ciertamente, el que más complace a Dios, es el que se adquiere cuando se clama a Él por primera vez. La humildad es perfecta y la tensión del alma más continuada. Es una auténtica petición de socorro que recibe respuesta inmediata. Después, al avanzar, la embriaguez del orgullo se mezcla con la buena semilla de la oración, y es difícil mantener la humildad deseable. El alma que se siente colmada por su Señor se llena de alegría, pero también, casi obligatoriamente, de una soberbia injustificada. No podemos evitar pensar que agradamos a Dios, que la luz con que nos ilumina nos eleva por encima del común de los mortales; y nos sorprendemos en flagrante delito de sospechosa meditación en la cual ponderamos, dirigimos

y, más o menos, prevemos los planes divinos. Además, fácilmente nos hacemos envidiosos. En efecto, deseamos con todo nuestro corazón ser elegidos, pero también querríamos ser los únicos. La parábola de los obreros de la última hora nos sorprende y nos parece injusta: «¿Qué te importa lo que yo doy a los otros?». ¡Cómo sentimos nuestra miseria, y qué alegría nos produce descubrirla en los demás! Nada de lo relacionado con los apóstoles fortalece mi fe como su incredulidad, su racionalismo, su debilidad, su fanfarronería y su orgullo. «¿Cuál es el mayor de entre nosotros?», decía San Pedro. Y ¿quién no se alegra de la traición de Pedro viendo en ella el reflejo de su propia debilidad? Pero ¡qué dulce es la respuesta y qué consoladora esta frase!: «Habiendo salido Jesús, se volvió y miró a Pedro»... ¿Quién no ha sentido sobre sí la mirada de Jesús cargada de amor y de perdón?; y *¿quién no ha llorado como Pedro?* Yo creo que a todos nos impresiona con mayor o menor fuerza, determinada frase del Evangelio que nos habla más directamente al corazón. Hay una que yo no puedo leer sin emocionarme: me entusiasma el pasaje de la Samaritana: «si conocieras el don de Dios»... En esas palabras parece contenerse todo el amor de Cristo, todas las promesas de una misericordia infinita y todas las gracias con las que me colma. Es mejor no meditar más que en la vida de Cristo, por lo menos al principio, y desconfiar de nuestra tendencia natural a reducir a Dios a nuestro nivel. *La paz más grande nace de la oración sencilla y humilde, la que no pregunta,* pero exige un abandono total y una sumisión perfecta. Satán tiene una fuerza terrible. Con sus tentaciones, en lo malo y en lo bueno, llega a confundirnos y

a sacar provecho de ello perjudicándonos. La Misa de L-SC día era muy hermosa y se refería justamente al orgullo. ¡Ojalá logre yo alcanzar una perfecta humildad!

Yo creía que, después de aquellas horas de felicidad que el Señor me regalaba, atravesaría algunos períodos de soledad, pero no ha sido así. Jesús permanece continuamente a mi lado, sensible y consolador.

No puedo hacer otra cosa que no sea pensar en Él y hablar de Él, aunque siempre temo herirle con algún pecado concreto. *Ahora rezo de rodillas*, un medio excelente de curar mi soberbia. Querría renunciar al tabaco, pero me resultaría muy duro, porque estoy tan acostumbrado... Creo que hay que hacer las cosas poco a poco, ofrecer cada día una insignificancia al Señor, pero haciéndolo con perseverancia. Las llamadas de renuncia se consumen como un fuego de paja. Moderación en todo y desconfiar del ascetismo mal orientado en cuyo final suele encontrarse Satán... «El que quiere construir una casa calcula primero si tiene los medios...». Jesús quiere llevarme con Él al Paraíso y me da también la posibilidad de llegar allí.

Hay que hacerse semejante a Él, y solamente logrará contemplarlo el que haya sido purificado por el fuego del Amor o por el más terrible del purgatorio. La menor ofensa nos será tenida en cuenta, y bienaventurado será el que pueda pagar sus deudas en esta tierra. Podemos mucho aquí abajo porque somos libres y así nuestra voluntad, dirigida sin cesar hacia Él, adquiere un valor inestimable a Sus ojos. Allí arriba ya no hay libertad, y no podremos recurrir al Dios de misericordia, sino al Dios de justicia. ¿Quién puede llamarse justo? Creo que, si llegáramos a captar la gravedad de la menor ofensa contra Su Divino Corazón, nos que-

daríamos petrificados de horror y comprenderíamos mejor la grandeza de Su amor. Soy feliz a pesar de mis penas, porque me ha sido concedido poder purificarme y presentarme un poco menos indigno a Su presencia. Y ésa es una gracia muy grande. «*¡Señor, concede a cada uno su propia muerte!*», la gran muerte que todos llevamos en nuestro interior.

María, ¡cuánto consuelo has dado!

Lunes 12 de agosto

Esta mañana me he despertado con sensación de desamparo en medio de una penosa soledad que me ha devuelto a la vida presente con sus angustiosos problemas. He rezado, he leído la Misa, pero hasta el mediodía, después del Rosario, no he recuperado *ese impulso que me resulta tan indispensable como el aire*. María me ofrece siempre el consuelo de su amor. ¡Cuánto calor en esas sencillas plegarias! Siento una gran compasión por los protestantes, que carecen de tan maravillosa ayuda. Si eliminara de mi vida todas las oraciones que dirijo a la Virgen, tendría la impresión de invocar a un Dios lejano e inaccesible, y mi sensación de abandono sería aún mayor. Jesús está cerca de nosotros en la comunión. La Misa y las oraciones que le dirigimos mientras la sagrada Hostia está presente en nuestro interior son omnipotentes y una fuente de gracias. Pero María está todavía más cerca de nosotros y yo medito frecuentemente y con alegría la frase del hermano Thomas: «Te protege sin cesar». A veces pienso que, si fuera protestante, ni comulgaría tan a menudo ni rezaría a la Virgen. ¿Qué sería de mí en esas condiciones? Las oraciones bíbli-

ias y los salmos, por magníficos que sean, son plegarias de hombres y no favorecen el abandono sencillo y confiado en la voluntad de Dios. Se transparenta en Dios cierto temor. A través de esas floridas expresiones, se percibe la terrorífica nube que habló a Moisés y la espada de la cólera divina. Quizá basten a quienes llevan una honorable vida burguesa rodeada de confort y seguridad, pero no veo que puedan proporcionar alguna fuerza en los momentos de angustia o de persecución. En el fondo, los protestantes que se salvan tienen más mérito que los católicos. Su fuerza de voluntad es mayor y demuestran gran valor al perseverar en medio de una noche más oscura que las nuestras. Pero ¿cuántos se habrán perdido justamente a causa de esa fuerza de voluntad? María, ¿cuánto consuelo ha dado a los hombres! Su imagen es dulce, más íntima a nosotros que el Cristo aureolado de la gloria divina. Rezar a Jesús es rezar a la cruz.

A la mera invocación de Su nombre se nos presenta toda la sangrienta tragedia del Calvario. «Dura es esta doctrina», decían los apóstoles, «¿quién podrá seguirla?» La cruz es el amor infinito, pero también el ejemplo, el gesto de sufrimiento ante las pruebas que nos esperan y el convencimiento de que el «fíat» ha de brotar de nuestros labios reticentes. *María es la Madre del consuelo*, la que imaginamos en nuestras oraciones, iluminado el rostro por una dulce sonrisa y desgranando el rosario, de donde se derrama sobre los hombres una infinita lluvia de gracias. Tengo unas fotografías bastante buenas de dos estatuas de la Virgen. Me gusta ponerlas ante mi vista mientras rezo, porque me resulta difícil concentrarme y a veces me encuentro meditando en la cruz o en cualquier otra

cosa ayudándome de las *Avemarias* como *música de fondo*. Y también, especialmente en esos momentos, viene a atormentarme el demonio. Basta que me imagine a la Virgen deslumbrante de pureza y de amor, para que, a fin de ensuciar su imagen y confundir mi alma, se ofrezcan inmediatamente a mi imaginación los más obscenos espectáculos. ¡Consecuencias del pecado! Llevamos las cicatrices hasta el final. Hay que desconfiar de los impulsos que brotan, turbándonos, de lo más íntimo de nuestra carne. Y basta que me diga a mí mismo: no debo pensar en ello, para pensar aún más. De todos modos, la oración perseverante da su fruto y me imagino que llegará en nuestra ayuda un rayo de la gracia divina para que enviemos a Satanás donde tiene que estar.

¡Ojalá la Santísima Virgen conduzca mi alma al Paraíso!

Martes 13 de agosto

Se podrían escribir muchas páginas sobre el hombre y su destino. No podemos evitar cierto desconcierto ante la sensación de que es la voluntad la que dirige nuestros actos, e inmediatamente se nos plantea una pregunta: ¿cuál es nuestra auténtica libertad en todo lo que ocurre? ¿Fue Judas libre de no traicionar al Maestro? ¿Fueron libres los judíos para no crucificar a Cristo? En todo el que obra como un instrumento de la Providencia surge, confusa pero indiscutiblemente, la sensación de que una fuerza superior marca su destino. Yo creo que no existe la individualidad, que lo que levanta una barrera entre nuestros hermanos y nosotros es el egoísmo. Pero, en

n-ilidad, somos solidarios los unos de los otros y las i iinsvencias del pecado recaen, a menudo con as-!><«, lo de desprecio de toda justicia, sobre la cabeza de los inocentes. Para Dios únicamente cuenta la salvación de las almas, y los castigos que nos afligen no non de nuevo más que una prueba del infinito amor de Dios por sus criaturas. Por las consecuencias del pecado perdemos los medios de salvarnos; sin la intervención del Señor iríamos derechos a la muerte ¿terna. *¿Cómo podría Dios habitar en un tabernáculo lleno de inmundicias malolientes*, aunque el dueño de dicho tabernáculo no sea completamente libre de llenarlo o no de dichas inmundicias? A través del castigo v del sufrimiento consiguiente, Dios prepara una morada para el día en que el alma, adornada y hermosa, pueda recibir a su único anhelo. A ciertas personas se les ha concedido vivir tranquilas y felices porque han sabido librarse de la podredumbre del pecado. Y Dios, que gusta de derramar profusamente MIS larguezas, les prodiga gran número de satisfacciones terrenales pues sabe que harán un buen uso de (•Has. En los otros, esas mismas larguezas serían causa de su muerte espiritual, pero, si existe en un alma aunque esté completamente corrompida- *una lucecid de amor*, el Señor la salvará dándole los medios para que reciba *la plenitud de la vida*. Todo es amor... v un amor infinito que ni siquiera somos capaces de sospechar. Ahora comprendo mejor los sollozos del cura de Ars cuando hablaba de los «malditos de Dios». «¡Es tan bueno!», decía siempre. Nosotros lo escarnecemos y escupimos al rostro a Aquel ante quien no somos más que polvo, ¡y nos perdona! Es más, da el primer paso. «Él nos amó primero», decía

San Juan, y *nosotros le escupimos al rostro*; pero Él acude, incansable, a darnos toda la plenitud de Su Amor. ¡Dichosos aquellos que parecen golpeados por un destino injusto! Son los bienaventurados del Padre. Si yo soy herido así, también obtengo una gran alegría: la prueba de que el Señor quiere salvarme. ¿Por qué se me ha concedido una gracia semejante? Ahí es donde, tal vez, interviene la auténtica libertad de la que disponemos. Pero especular sobre este tema es entrar en terreno movedizo y muy peligroso. Es, una vez más, pretender investigar en los «por qué» del Señor y hacerle descender hasta el limitado horizonte de nuestra inteligencia. Hemos nacido para morir y, si no entendemos la importancia de este hecho, nuestro Padre no lo olvida. Y, preocupado por el bien de sus hijos, hace todo lo posible para darnos los medios de morir convenientemente. «¿Es vivir el objeto de la vida?», exclama un personaje de Claudel, «No es vivir, sino morir; y no construir una cruz, sino subir a ella».

En todo caso, lo que yo quería hacerte comprender es que *esta muerte es para mí un motivo de alegría*, porque hay en ella algo que dar: el sentimiento de que el castigo que me hiere es injusto dentro del marco humano en el que nos movemos. Juro por Dios que yo no había previsto ni deseado las imprevisibles consecuencias de mi acto y que obré inconscientemente y, por lo tanto, involuntariamente. Vivo tranquilo y en paz. Cuando el Señor lo quiere, sabe hacernos sentir toda la atrocidad de nuestros actos, y yo confieso humildemente que en un rincón de mi alma existen ciertos recuerdos tenaces cuyas cicatrices me hacen daño sólo con mirarlas... Pero los hechos que me han traí-

do hasta aquí me parecen ajenos a mí mismo. Tengo la certeza casi absoluta de que todo estaba previsto desde el primer día y de que no he nacido más que para esto. No hay que maldecirme a mí más que a los que me condenan a muerte. Solamente somos instrumentos en las manos de Dios, y, *cuando Dios se encarga de intervenir tan eficazmente, lo hace siempre para acabar por darse a nosotros plenamente.*

Mañana celebrará el capellán en mi celda: voy a poder comulgar justamente en la víspera de la Asunción de la Santísima Virgen. *\Ojala me lleve la Santísima Virgen al Paraíso* y me haga ver a su divino Hijo en todo el esplendor de Su gloria!

Un simple velo nos separa del Reino

Miércoles 14 de agosto

Esta mañana me preparé bien para recibir la *santa comunión*, y ahora tengo el corazón lleno de alegría porque «Cristo vive en mí». Nunca como hoy he sentido los efectos de la comunión. Mi corazón bulle de júbilo y es incapaz de contener todo el amor que encierra. Estalla en acciones de gracias y yo soy feliz al pensar que el próximo viernes podré recibir de nuevo el Cuerpo de Cristo. Otra buena noticia: durante las vacaciones del capellán vendrá un sustituto a celebrar la Misa en mi celda, de modo que no me encontraré solo durante ese período. Me figuro que se trata de una medida excepcional y que solamente viene por mí. Eso me ha parecido entender después de hablar con el capellán. Mi gratitud a ese estupendo padre que hace todo lo posible por consolarme. Me ha traído un libro que hace tiempo deseaba yo leer y que

respira la frescura y belleza de las «florecillas». Son las notas de Santa Teresa del Niño Jesús, «el caminito». Esta santa es una persona como las demás, que ha alcanzado un alto nivel de perfección y cuya vida nos resulta más fácil de imitar que las de los santos Francisco de Asís y Teresa de Ávila. Pero yo todavía no he empezado.

En la hora de paseo he estado charlando con un vigilante posiblemente comunista y auténticamente ateo. Todas estas discusiones son inútiles y resultan contraproducentes. Creo que sería interesante reflexionar sobre las relaciones entre creyentes y no creyentes. He comprobado que los ateos suelen resultar más convincentes y más lógicos porque se quedan en un ámbito estrictamente limitado, en el que el intelectual se mueve con soltura. Si el creyente actúa en el mismo plano, expondrá argumentos tan convincentes como los de su interlocutor, pero que resultarán tan productivos como un campo de trigo en enero. Está obligado a elevarse a un terreno en el que la inteligencia está superada e, inevitablemente, acabará por enredarse en descripciones que el común de los mortales considerará delirantes y demasiado sentimentales. Si hubiera que resumir las impresiones de un creyente iluminado por la gracia, tendríamos que emplear las palabras *presencia, calor, luz, dulzura, dignidad...* términos escasamente reveladores para el que no ve. Me parece que la tierra y el cielo podrían representarse por un plano lleno de promontorios y de hoyos. Sólo se nos muestra una cara, y los montículos aparecen donde están, de modo que todo el mundo puede verlos. En los momentos de Presencia divina, cuando la gracia ilumina el alma, ésta puede echar una *breve*

mirada al otro lado del plano, donde los promonloríos parecen hoyos y los hoyos promontorios. La inteligencia no interviene en esta visión; la realidad nos inunda de un modo infuso y absolutamente indescriptible, y cuando volvemos a la cara normal nos resulta imposible comprender o recordar de un modo concreto lo que acabamos de ver. Hasta el punto de que sólo nos queda el recuerdo de algo maravilloso, de lo que estábamos intensamente sedientos, pero que no podemos obtener por nosotros mismos. Si ya es difícil exponer claramente argumentos abstractos, cuando tales argumentos son superados por un conocimiento infuso que se enraiza fuera del tiempo y del espacio, llega a ser prácticamente imposible. Sin embargo, si se nos concede esta gracia, la simplicidad y la lógica nos resultan evidentes: el Reino de Dios está realmente dentro de nosotros y *sólo nos separa de él un simple velo*. Pero estamos tan acostumbrados a mirar con los ojos de la carne y a razonar con nuestra inteligencia, que automáticamente empleamos estos medios para intentar comprender: y el velo no se descorre. ¿Cómo desgarrarlo? No tratando de comprenderlo todo, sino *haciendo brotar del fondo del corazón un grito de amor y de abandono* en la voluntad del Señor sin mezclar con ello un malsano sentimiento de curiosidad. Eso es admirable, ya que el más ignorante es capaz de llevar a cabo un esfuerzo así, esfuerzo que no depende de sus facultades intelectuales. La fe es un don y, como dice San Pablo, «Dios tiene piedad de quien quiere y se compadece de quien quiere. No es, pues, obra del que quiere ni del que corre, sino de la misericordia de Dios». Y esta gracia que nos colma de tanta alegría produce tal sed de belleza y tal senti-

miento de impotencia, que el alma no puede evitar gemir y suplicar a su Creador hasta que Él, en Su bondad, se digna derramar de nuevo sus larguezas sobre los que ama. ¡Y pensar que la revelación que nos lleva a una situación como ésta no es más que una chispa breve y muy atenuada de lo que nos será dado con toda prodigalidad y eternamente, cuando estemos muertos para este mundo! ¡Qué alegría experimentaremos!... pero, por paradoja, ¡qué dolor para los demás!

La última fiesta grande para mí

Jueves 15 de agosto

Asunción de la bienaventurada Virgen María. Será la última fiesta grande para mí, y tengo que rezar durante más tiempo a nuestra Madre el día que celebra su entrada en el Cielo. Creo que en esta ocasión puedo pedirle muchas cosas y estoy seguro de que va a escucharme y a atender a mis súplicas. Esta mañana la sensación de presencia de Dios está muy lejana y me encuentro un poco solo, aunque siempre fuerte, por supuesto; pero suele ocurrir lo mismo: cuando siento la alegría que Jesús me concede, prometo ser fuerte y, aunque tuviera que estar toda la noche en oración, perseverar igualmente en ella. Pero en cuanto la penumbra cubre mi alma, me pongo a gemir al momento, y a reclamar a grandes voces una luz que me guíe. Querría insistir en este sentimiento de impotencia total. Realmente, nada viene de mí. Dios me concede unas gracias que yo, en mis condiciones, difícilmente podría rehusar. Si viviese en libertad no sería lo mismo, pero ¿ahora? Si abro los ojos, la abominación del

patíbulo surge en mi imaginación. ¿Quién, encontrando en medio de sus sufrimientos una puerta de luz y de calor, no se aferraría a ella con constante energía? Hay que dar gloria a Dios: Él es quien nos salva haciendo todo el trabajo. ¿Qué nos pide? Que nos abandonemos a Su voluntad y que no rechacemos sus dones. En cuanto advierte que hacemos buen uso de ellos nos propone discretamente un ligero esfuerzo suplementario. Si aceptamos, nos concede inmediatamente un pequeño aumento de gracia. Si nos negamos, permanecemos estacionarios durante algún tiempo para después descender rápidamente lo que con tanto trabajo conseguimos ascender. Se avanza o se retrocede, pero es imposible dormirar en una cómoda tibieza de alma y cuerpo. «Decid sí o no» dice un evangelio. Por otra parte, cuando me abandona esta alegría sensible, no puedo evitar pensar que el Señor ya no me ama. ¿Por qué estaba antes presente y no ahora? Me lo pregunto en vano, aunque sé perfectamente que no se trata en absoluto de descontento por parte del Señor. Jesús me ayuda dándome la fuerza para perseverar y otras muchas gracias no sensibles. Para infundirme valor, me hace sentir de vez en cuando que está siempre presente y que no me abandona. Son *las estaciones de un vía crucis*. Pero estamos hechos de tal modo que buscamos, sobre todo, el sentimiento.

Hablamos a menudo de medida. Cada alma posee su propia medida, y muchas personas recurren a esta excusa para no avanzar. Es patente, como dice maravillosamente Santa Teresita, que, si en el jardín de Dios hay lirios y rosas, también se encuentran en él florecitas más humildes; y cuando el Señor se pasea por Su parque, disfruta lo mismo contemplando flores peque-

ñas como las grandes. Falta saber si debemos considerarnos como violetas o como lirios. Yo creo que, una vez allí arriba, gran número de estas violetas se darán cuenta de que, con un poco más de esfuerzo, habrían podido llegar a ser lirios. Con frecuencia, dejamos de *avanzar porque nos negamos a entregarlo todo*. Llega un momento en que decimos ¡no!, quizá sin darnos cuenta. Como en mi caso: yo fumo todavía una decena de cigarrillos diarios y creo que no hay ningún mal en ello. Y no lo hay. Sólo que, al fumar, demuestro que prefiero el tabaco a Jesús. Un cigarrillo no tiene importancia en sí mismo, pero me apetece tanto que, si tuviese el propósito de dejar de fumar y lo cumpliera, ese sacrificio sería grato a Jesús.

Jesús no quiere torturarme, pero quiere que le ame sobre todas las cosas; y yo todavía soy incapaz de hacerlo, ya que todos los días una mano culpable, guiada por mi mala conciencia, se dirige hacia el paquete de «gitanes»... No hay que medir la importancia del sacrificio por la cosa sacrificada, sino por el valor que le adjudicamos. «Lo que el Creador del universo reclama es el amor de la criatura... ¡Tiene sed de amor!» Así pues, ¡valor! Todo se consigue con un pequeño esfuerzo de la voluntad. *Hace diez días fumaba veinte cigarrillos, ahora fuñió diez y la semana que viene... ¡quizá ninguno! Ojalá lo consiga. ¡Me queda tan poco tiempo...!*

Besaría las piedras

Viernes 16 de agosto

Todo amor procede de Dios y nadie puede amar a Dios si Él no le concede una pequeña parcela del

Suyo. Así que, cuando nos elevamos, nuestra alma se enriquece cada vez más en el amor de Cristo; y eso no significa que amemos a Jesús, sino que Jesús se ama a través de nosotros. Dios ama también todo lo que amamos, y lo atrae hacia Él porque permanecemos en Su Amor. Misericordia infinita... El Señor se complace en instalarse en un alma para hacerla instrumento de salvación de las otras. Y creo que podríamos comparar un alma con un espejo. Dios envía la luz y el espejo la refleja mejor o peor, según su limpieza. Con nuestro asentimiento, el Señor nos propone hacer en él ciertas modificaciones y, si aceptamos, nos ayuda iluminándonos. De este modo, el alma se va haciendo más perfecta, y más intensa y más brillante la luz que refleja, hasta alcanzar una gran perfección.

Tenemos que estar absolutamente convencidos de que no somos más que un espejo. La luz no procede de nosotros, sino de Dios, aunque la soberbia tienda a hacernos pensar lo contrario. ¡Siempre la soberbia! ¡Cuántos pensamientos más o menos involuntarios brotan a diario de nuestra carne manchando la pureza de Cristo! «Yo» y siempre «yo», para alabarnos a nosotros mismos, mientras que únicamente deberíamos hablar en tercera persona del singular. Me gustaría escribir en las paredes «polvo» con grandes caracteres. Jesús mío, te agradezco todas las mercedes que me haces. Esta mañana he podido comulgar otra vez, y mi corazón salta de júbilo, desbordante de amor. ¡Qué claro y qué puro es todo! Cuando menos lo espero, Jesús tiene conmigo unas delicadezas tan valiosas, tan emocionantes...! Hace un momento ha venido la enfermera para agradecerme unas palabras que le

dije hace unos días y que ya no recuerdo. Daba la impresión de estar conmovida. No soy yo quien vivo, es Cristo que vive en mí y me hace actuar, hablar y escribir. *Besaría las piedras para demostrar a la naturaleza que amo. ¡Soy un privilegiado!* ¡Cuántos frailes, sacerdotes y monjas desearían ganar el Cielo con tan poco esfuerzo! *El bautismo de sangre es un gran regalo* y muy poca cosa cuando se ama. He comprobado también que el conocimiento de los seres aumenta proporcionalmente al amor. Se diría que el amor de Cristo que habita en nosotros se complace en reconocerse en las otras almas en las que vive. Tendemos hacia ellas con una especie de inclinación, casi de visión, y esas almas nos parecen más visibles y las amamos más. La sensibilidad se exagera también, y la menor cosa adquiere para nosotros un valor más absoluto. *No puedo oír jurar sin sentir dolor en el corazón*, como si fuera el mismo Cristo el que escuchara la blasfemia. Hay otro hecho desconcertante que quiero contar sin extraer, por supuesto, ninguna conclusión. En estos días he sufrido por dos veces una angustia incontenible al pensar en el demonio. La primera vez estaba acostado y con la imaginación me vi sentado en el asiento delantero del coche. De repente, al volverme me daba de narices con un diablo horrible, peludo igual que un perro. Con un enorme sentimiento de malestar di un salto, como si realmente hubiera visto a Satanás. Ya sé que no lo vi más que en mi imaginación, pero quiero insistir en el hecho de que esta imagen era involuntaria y de que yo me encontraba a cien leguas de poder dirigir mis pensamientos hacia el príncipe de las tinieblas o hacia los automóviles. La segunda vez fue ayer por la tarde. Estaba en la cama

buscando una comparación con el dolor de Cristo ante el rechazo de las almas. Jesús me ayudaba y debía complacerle seguramente la historia que estábamos forjando entre los dos porque un dulce calor invadía mi corazón. De repente, oí una llave que, debajo de mi ventana, golpeaba los barrotes. En lugar de suponer que era un vigilante, me dije sin darme cuenta: «Es el demonio». Inmediatamente se apoderó de mí una angustia espantosa. Me senté en la cama y con una mano me apreté la garganta para no gritar. Enseguida empecé a rezar a la Santísima Virgen y, al cabo de una decena, recuperé la paz. Mi primer pensamiento fue: «Dios mío, si tuviese que sufrir semejante angustia durante toda la eternidad, comprendería mejor el horror del infierno...». En ambas ocasiones se presentó a mi imaginación la misma horrible cabeza de perro. Durante unos segundos fue tan real la sensación de su presencia, que temí que me tirara de los pies... Al escribir estas líneas no pretendo dar a entender que he visto a Satán. No sé qué pensar. Quizá todo ello sea fruto de mi imaginación, un poco desquiciada... que tendería a pensar en él.

Cae la noche y yo me refugio en la oración

Sábado 17 de agosto

Hoy, quizá por poco tiempo, he puesto verdaderamente los pies en la tierra. Estoy en paz, aunque bastante triste y tengo tendencia a abrir los ojos a la realidad presente con toda su opacidad de cielo de suburbio industrial. Desde que he empezado este diario tengo la impresión de vivir en otro mundo. Los días pasan rápidos como golondrinas y, sin embargo,

me parece no haber vivido otros momentos distintos de éstos, que representan toda mi vida. Me planteo montones de preguntas sobre lo que haría si... y si... y las respuestas me desconciertan. Creo que cada uno de nosotros tiene un punto de partida desde donde se impulsa para escalar el Cielo. Si cae, fatigado por el esfuerzo, rápidamente volverá a su base sin detenerse en un estado intermedio. Así, un burgués que se hiciera fraile, en caso de fracaso volvería a su vida burguesa, lo mismo que un bandido que renunciara a su escondite regresaría a él en la misma coyuntura. Y -esto es desconcertante, porque en cada uno de nosotros existe una propensión al mal que nos es propia, mientras que nuestra elevación se debe exclusivamente a Dios. Algo así como una cinta elástica que puede ser corta, larga o mediana. Dios, cuando quiere, tira de un extremo, y esta imagen es bastante evidente como para no insistir en lo que sucede. Yo sé que solamente hay que desear lo que el Señor quiere que ocurra, por duro que sea. Pero no puedo dejar de pensar que *me sentiría enormemente desconcertado si Jesús me dejara en la tierra más tiempo del que espero. He recibido demasiado de Él* como para no tener continuamente en la mente la bondad que manifiesta hacia sus hijos, y no querría ofenderle. En lo que a mí se refiere, ya no podría decirse «Padre, perdónalo porque no sabe lo que hace», pues *sé perfectamente a qué atenerme*. ¡Si viviera en libertad! Mi deber sería patente: correría a estrecharte entre mis brazos, hijita querida, y podríamos preparar nuestro cielo en medio de la paz cristiana. Pero ¿aquí? ¿Rodeado de odio y de burla! ¿Quién podría mejorar? Habría que tener el alma de San Pablo. Creo que, si se sacara a un fraile de un

convento y lo trasladaran a una prisión, al cabo de diez años no quedaría gran cosa del fraile primitivo. Y prefiero no profundizaren la metamorfosis. Que metan en un convento a un cordero sarnoso, a un lipo peligroso que se pasa el día contando porquerías v blasfemando... y ¿qué ocurre con el resto del rebaño? Y aquí no hay un cordero sarnoso, sino diez, y no se trata del «Querido padre, ¿tendría la bondad...?», sino «Meted a ese tío en el trullo». Verdaderamente, nunca se ha tratado de hacer santos de los bandidos. Y sin embargo... ¡están más cerca de Jesús que muchos supuestos buenos!

Se acerca la noche, y mi sensación de soledad se acentúa. *Me refugiaré en la oración como todas las tardes* y luego intentaré dormir. Espero al miércoles con impaciencia para poder comulgar; también recibiré la visita de tu madre, que demuestra más paz que de costumbre. Todos los días me repito la promesa de Cristo a Santa Margarita María: «Pondré paz en sus familias», y espero que se cumpla. Hago progresos en la oración, y me he sometido a un horario estricto que no quiero alterar bajo ningún pretexto. Ya no fumo más que tres cigarrillos diarios y dentro de poco... ¡ninguno!

Dentro de poco, cero cigarrillos y en pie a las 5 de la mañana

Domingo 18 de agosto

Esta mañana continúo en paz y muy sereno. La fortaleza del Señor no me abandona, y hago lo que tengo que hacer con una facilidad que no procede de mí. A pesar de todo, el sentimiento de Presencia se

ha desvanecido un poco, aunque no me hace sufrir tanto como al principio. Me veo menos perdido, más *capaz* de obedecer al impulso que me lleva a cumplir *la tarea que me he propuesto*. Cuando el Espíritu del Señor estaba sobre mí me llenaba de una alegría y una fortaleza cuya intensidad acababa por hacerlas dolorosas. Así que *en varios días no he pasado ni cinco minutos sin pensar en el Señor*. Me sentía cansado y febril, en un estado de excitación anormal. Ahora estoy en paz y mi participación en mi santificación es un poco mayor. De vez en cuando mis pensamientos se escapan hacia temas profanos y, como a un caballo rebelde, tengo que reconducirlos al buen camino. Seguramente el Señor quiere probarme un poco para ver lo que hago en mi relativo desamparo. Si persevero sin fracasar, lograré una unión más íntima con el Señor; y Él, como recompensa, me hará amarle un poco más.

He terminado el libro de Santa Teresa del Niño Jesús. ¡Qué santa tan encantadora y qué cerca está de nosotros! Sí; hay que volver a ser niños y hacer las cosas que hacen los niños. El abandono confiado y una fe inquebrantable son su privilegio. Tengo que esforzarme, llegar a la convicción de que Jesús me ama con amor infinito y de que, *cuando experimento una pena, Él sufre mucho más que yo*. Es preciso que consiga avanzar por ese caminito y ofrecer todas esas cosas pequeñas que no son demasiado importantes, como el tabaco: ahí tengo que poner todo mi empeño. Fumo un cigarrillo por la mañana, otro a mediodía y otro por la noche. Podría cortar radicalmente, pero sería una tarea muy penosa, y a los niños no se les pide un esfuerzo semejante. A partir del miércoles

voy a suprimir uno, y así sólo fumaré dos; luego trataré de no dejar más que uno y, por fin, ninguno. Lo mismo con respecto a la oración: he decidido levantarme entre 5 y 6 de la mañana para preparar y leer la Misa. He comprobado también que no soy el único en luchar por cumplir mi propósito: mi ángel de la guarda me ayuda a saltar de la cama porque lo hago casi con gusto, cuando hace algún tiempo, no me hubiera movido un centímetro ni con grúa.

Hoy, las cosas van de mal en peor. Me siento vacío, sin ilusión, y tengo la impresión de que todo es inútil. Doy vueltas como una fiera enjaulada y estoy mortalmente aburrido. Podría escribir, pero no sé qué contar y, además, me duele el brazo. El Señor quiere mostrarme con ello que me ha elegido como partícipe de sus obras de misericordia, aunque no soy más que un instrumento sin posibilidad de autonomía. «Mi gracia te basta, porque mi fuerza se fragua en tu debilidad.» En lo que se refiere a debilidad, ¡estoy servido! Una cosita blanda que los hombres han hundido hasta el subsuelo. «Pero Dios elige a los insensatos de la tierra para confundir a los sabios. Y Dios escoge a las cosas más viles, las más despreciadas, y hasta las que no son, para aniquilar a las que son.» San Pablo me infunde valor. ¡Intentaremos meditar un poco sobre *la inmensidad de la eternidad frente a las pocas semanas de vida que me quedan!*

Me encuentro cada vez más a ras del suelo

Lunes 19 de agosto

Decididamente, y si puedo hablar de un modo tan metafórico, diría hoy que la presión ha caído del

todo. Me encuentro cada vez más a ras del suelo, y todo lo que consideraba inútil y sin valor comienza a adquirir cierto encanto. ¡Qué extraño es el obrar de Dios! Nos atrae hacia Él a lo largo de nuestra vida, nos satisface con su ternura, nos muestra el poco valor de las vanidades terrenas -que no sirven más que de disgusto- y, cuando nos deja entregados a nuestras propias fuerzas, todo lo que habíamos visto desaparece. Por mucho que recuerde que, fuera de la vida eterna, todo es podredumbre, y por muy convencido que esté de ello, la realidad terrena empieza a seducirme y la vida me hace oír de nuevo su acuciante llamada. ¡Qué mundo tan extraño, en el que todo es contradicción, lo negro y lo blanco, la luz y las tinieblas, la tristeza y la alegría, el odio y el amor...! El odio es el mundo y nuestro cuerpo forma parte de él. Hay dualidad y oposición, y es necesario que un adversario triunfe sobre el otro. Si vence el cuerpo, el alma recibirá el mismo lote que él, es decir, la podredumbre; si vence el alma, recibirá la vida eterna. Así que todo lo que aquí abajo es positivo, arriba es negativo. Es normal que el cristianismo aparezca como una locura para los incrédulos que solamente toman en cuenta la carne; no comprenden que se pueda llegar a creer que el dolor, lejos de ser dolor, es más bien alegría, y la alegría es dolor. El que ríe, ríe porque su cuerpo está contento según la materia y, obrando así, le da prioridad sobre el alma. El que llora, llora porque sufre su cuerpo y ya no le da ventaja sobre el alma. Por supuesto, yo entiendo por risa la alegría que nace de los apetitos carnales satisfechos y no la risa santa que nace del gozo que nos inunda al ver felices a nuestros amigos. Es difícil

entender esta contradicción/que parece ilógica y absurda: me remito a la comparación de los hoyos y los promontorios, que considero bastante acertada y que, por otra parte, la explica bastante bien. Por eso, las guerras y las matanzas ocurren porque se han convertido en el único remedio para nuestras almas ensombrecidas. En primer lugar, representan el salario del pecado y el único medio de revalorizar nuestra alma dándole la ocasión de superar el dolor. Y, además, como el hombre no puede nada por sí mismo, es necesario que reciba la ayuda de la gracia. ¿Quién la recibirá? ¿El que vive en pecado, satisfecho y orgulloso de su persona? De ningún modo, sino quien, en medio de sus lágrimas, acude a su Señor humilde y contritamente. ¿Cuántas almas se habrán salvado así en el campo de batalla, en los campos de concentración o en cualquier otro lugar?

Está entrando la noche y mi situación no mejora. Soy un pobre huérfano abandonado y, aunque pretendo debatirme inútilmente contra la oscuridad de estas horas, me sentiría feliz si mi Jesús* viniera a hacerme un poco de compañía. En fin, ya vendrá. Hay que desconfiar de los períodos de exaltación en los que todo parece fácil, sencillo y patente; en esos momentos renunciaríamos a todo. Y luego, al surgir la noche en el alma, nos consideramos presuntuosos por haber querido hacer tantas cosas. ¡Qué difícil es mantenernos firmes en nuestros propósitos! En fin; acabo de leer una frase que me ha consolado: «A las grandes mercedes de Dios siguen las grandes cruces; ése es, precisamente, el sello de toda obra celestial».

† Jacques deja hablar a su corazón de niño.

El combate cesará cuando el Señor lo disponga

Martes 20 de agosto

El barómetro de mi espiritualidad, que señalaba variable, baja cada vez más hacia lluvia y niebla. Poco a poco me voy hundiendo en mí mismo y cada mañana advierto la pérdida del entusiasmo de la víspera. En contraposición, y como consecuencia, el mundo y sus atractivos recuperan el terreno perdido ante la invasión de la gracia. Es imprescindible que me mantenga firme en todo lo que me he propuesto llevar a cabo. Si no soy capaz de defenderme de los pensamientos más o menos turbios que invaden mi alma, nada me impide caer de rodillas y decir mis oraciones, aunque no sea capaz de mantener la atención. Ése es el punto clave de mi lucha: resistir, cueste lo que cueste, no cediendo ni un centímetro de terreno. Bien; renuncio a avanzar y me atrincheró en mis posiciones en espera de que la gracia me inyecte nuevas fuerzas, necesarias para vencer en una ofensiva fulgurante y definitiva. De momento, la orden será la misma que la de Verdun: «¡No pasarán!». Cuando digo definitiva no quiero indicar que habré alcanzado la perfección, sino que, como me queda poco tiempo, *el combate cesará cuando el Señor lo disponga*. Es cierto, el tiempo vuela. ¡Solamente cuarenta días!, los mismos que el Señor pasó ayunando en el desierto. El demonio se presentó a tentarle en varias ocasiones y Él resistió victoriosamente. Confieso que nunca he llegado a entender bien este pasaje del evangelio, que me parece tener un significado diferente del resto. En fin, ¡cuarenta días es tan poco tiempo...! Y, sin embargo, no pienso en esa fecha, tan cercana y tan temible. No; no la temo, al menos de momento, y duermo con un

sueño profundo y tranquilo. Pongo toda mi confianza en que el Señor no me abandonará: «Seré su refugio seguro durante la vida y sobre todo en la muerte». Así que no hay nada que temer. *Será como Jesús quiera que sea*. Sin embargo, hay algo que me desconcierta ligeramente: por muy valiente que sea, el que muere de un modo sangriento, bárbaro y grandilocuente tiene que recurrir a toda su voluntad y a todo su orgullo. Quien dice orgullo dice odio automáticamente, y no me gustaría morir en medio de semejantes pensamientos. No pido la gracia de cantar el «Magnificat», pero querría poder superar esta angustia y dirigir hacia el Señor mis últimos pensamientos: «Que se haga según lo has creído».

¡Hijita! Te llevaría conmigo hasta el fin del mundo

Miércoles 21 de agosto

Esta mañana, después de comulgar, he recuperado la sensación de presencia de Dios, más discreta que de costumbre, pero consoladora de todos modos. Ahora me encuentro de nuevo entregado a mí mismo y comienzo a acostumbrarme a este segundo estado. Verdaderamente, el Reino de los cielos no es nuestro. Cuando volvemos a poner los pies en la tierra, tenemos prohibido traernos cualquier cosa de lo alto como un recuerdo que nos sirviera de consuelo. Nada, excepto la certeza de lo que es y de lo que tenemos que hacer. Y todo ello sin el apoyo del sentimiento a fin de que, con la ayuda de la gracia, pueda manifestarse nuestra voluntad. Salvarse es difícil, sobre todo si se es dueño de una naturaleza más o menos corrompida y de ningún modo inclinada hacia el

misticismo. Me figuro que también los frailes atraviesan esos períodos de oscuridad, pero me pregunto si llegarán a sentir esos ardientes deseos de volver a una vida que no podemos calificar de moralmente honesta. La cinta elástica de la que te hablaba hace unos días. Me veo de nuevo en el punto de partida, y la contradicción entre lo que hago y lo que debo hacer me produce dolor. Antes de ser glorificado tengo que pasar por el crisol del sufrimiento, y empiezo a entender el significado de esta palabra. Como hecho a propósito, todo se añade a mi dolor para hacerme soltar la presa. La entrevista de hace un rato en el locutorio ha estado muy lejos de ser consoladora: discusiones áridas y confusas en las que todo parece inútil; resistencia a la lucha y lamentos más o menos egoístas. Pierrette es una mujer extraña: no se da cuenta de la batalla que tengo entablada ni de que llevo tres años encerrado, privado de todo y con una terrible perspectiva al final del túnel. Todo lo refiere a ella y a sus sentimientos, y únicamente busca ayuda en lo sensible. Es una desequilibrada, pero por otra parte... ¡es tan buena...! Preferiría que fuera un poco menos tierna y que demostrara mayor dignidad. En fin, no puedo hacer nada por ella, pero he de confesar que me gustaría acabar estas pocas semanas en completa soledad. En lugar de animarme, tales entrevistas me dejan aún más abatido... *Únicamente mi hijita querida podría proporcionarme un poco de limpia alegría.* Creo que le has pedido a la abuela mis dibujos de animales para dormir con ellos. *Te llevaría conmigo al fin del mundo.* Estoy seguro de que nos entenderíamos muy bien... Hay que tener confianza y decirse que es preferible que sea así, aunque pensemos todo lo contrario.

¡La cruz! Aquí está, una vez más, y siempre. Camino por un sendero cubierto de zarzas y espinas, y no cesará la tortura mientras no esté crucificado o no se haya cumplido lo que el Señor quiere de mí. ¡Si supiéramos...! Pensar que la mayor parte de los elegidos expían sus culpas en el purgatorio... ¡Cuál será su sufrimiento al ver que ya no existe misericordia para ellos y que son juzgados en cuanto comparecen! Esta noche tengo unas endiabladas ganas de fumar y, aunque estoy en tres cigarrillos, me fumaría hasta treinta. Pronto se hará de noche y sigo pensando en esa entrevista que me ha quitado la paz. Evidentemente, se os presenta a las dos un oscuro porvenir y comprendo que Pierrette se preocupe por tu futuro y el suyo. Si continúa poniendo su esperanza en los hombres, irá de desilusión en desilusión hasta desembocar en una ruina aún mayor. Sólo puede salvarla la \surd confianza en Dios, pero no lo cree así... Tengo miedo por ella y también por otros. Si creyera, sería más fuerte y tendría alegría o, por lo menos, esperanza... *Es duro dejarlo todo y abandonar a unos seres inocentes entre las garras de este mundo salvaje y cruel.* Pienso en los millares de criaturas que, en la noche de los tiempos, avanzan en procesión cantando su martirio. ¿Cuántos han sido torturados en campos de concentración o abandonados en los caminos llorando y gritando?... Y no se ha hundido el cielo, y *la primavera ha renacido encima de los huesos de esos mártires...* Conciliamos mal esas imágenes con el amor de Dios... Hijita querida, ¡me gustaría tanto darte a conocer al Niño Jesús! Probablemente no me necesita para revelarse a ti... ¡Qué duro es todo...!

Jesús vencerá y brotarán de nuestros ojos lágrimas de alegría

Jueves 22 de agosto

Esto va de mal en peor: cada vez tengo menos ganas de rezar todas esas oraciones que ahora me parecen bastante inútiles. Estoy viviendo en medio de una completa oscuridad, pero querría hacer todo lo que he decidido hacer. Sé que en este momento estoy siendo juzgado y sentenciado y, mientras resista, el Señor estará contento. Espero el regreso del consuelo de la gracia para dar un gran paso hacia adelante. ¿Cuándo lo recibiré? ¿Mañana, dentro de ocho días, quizá más? En cualquier caso, estoy seguro de que, muy pronto, la voy a recuperar plenamente. Así que ¡un poco de valor! Mañana recibiré la sagrada comunión y puede que el niño Jesús vuelva a mi corazón. Y, si no es así, esperaré. Esta noche voy a tratar de hacer unos dibujos para mi hijita: yo no soy muy hábil, pero a ella le gustan mucho. En fin, peor para mí... Me duele otra vez el brazo y no podré escribir mucho. Acabo de leer un párrafo del mensaje de nuestra Señora de Fátima que me gusta y que no deberíamos olvidar jamás. Cuando habla con sus pequeños confidentes, María les pide que recen por la conversión de los pecadores, y que hagan sacrificios en reparación por sus culpas. En la medida en que nuestras almas hayan conservado o recuperado la pureza, las llamadas del Corazón Inmaculado en favor de los pecadores se dirigirán a todos nosotros y, en esa misma medida, nuestros sacrificios y nuestras oraciones pueden serles útiles. No basta que, para obedecer a sus deseos, borremos el pecado de nuestras almas; también quiere que nos empeñemos en borrar los pecados de las al-

mas de los demás, colaborando así en la Redención de su divino Hijo. Hagamos nuestras las palabras de Nuestra Señora a raíz de su primera aparición: «¿Queréis ofrecer a Dios para sacrificaros y aceptar gustóse >s todos los sufrimientos que quiera enviaros en reparación por los pecados que se cometen en contra de Su divina Majestad? ¿Queréis sufrir por la conversión de los pecadores para reparar las blasfemias y todas las ofensas hechas al Inmaculado Corazón de María?». Y más adelante: «Rezad y haced sacrificios por los pecadores, porque van muchas almas al infierno por no haber quien se sacrifique y rece por ellos». ¡Yo sé de un pecador! Toda su vida rechazando a Cristo, no preconizando más que la negación de todo, el ateísmo y el disfrute de lo material... ¡y mira dónde hemos ido a parar! Toda la familia está afectada, el culpable se siente acosado y se acerca su castigo; pero la misericordia está de su lado. Tengo confianza en que *Jesús vencerá* y que *Su Amor será más fuerte que todos mis pecados*. «Porque donde abundó el pecado sobreabundó la gracia.» En mi familia debe producirse una completa resurrección y, después de la reparación, *la misericordia obrará y brotarán lágrimas de alegría*. ¡Reparación! ¿No estoy yo a punto de reparar de un modo extraordinario? ¿*No tiene valor la oblación de mi muerte a los ojos de Dios?* En el fondo, éste era mi destino: ilustrar magníficamente las consecuencias de los pecados de una familia descreída. ¡Mi hermana murió también a los cinco años por un motivo semejante!¹. Y después de su muerte se produjeron unos fenómenos inexplicables y desconcertantes. Era la primera señal y aquí está la se-

i Ver biografía p. 36.

gunda... Siempre sangre. «Es necesario que haya escándalos, pero ¡ay del hombre por quien vengan los escándalos! Mejor sería para él que le ajustaran al cuello una piedra de molino y que fuese arrojado al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeñuelos...»

Aceptar con una sonrisa todo lo que el Señor me envía

Sábado 24 de agosto

Ayer no escribí a causa del dolor del brazo, que hoy es aún mayor. Y además, esto no marcha: me aburro, tengo ganas de fumar y no de rezar y, por si fuera poco, me duelen las muelas. Únicamente mejoro en mi interior: me siento más optimista y en paz, pero el día ha sido malo. Por supuesto, podría hacer un montón de cosas: leer, caminar, dibujar, etc.; y, sobre todo, estudiar; pero no quiero hacerlo porque es inútil y *me queda poco tiempo. No quiero perder el contacto con el Cielo* mirando excesivamente hacia las cosas de la tierra. He perdido la alegría del Paraíso y el mundo no puede aportarme consuelo; así que me mantengo entre ambos, zarandeado y desdichado, esperando que uno u otro gane la partida. Ya hace ocho días que dura esta situación y me pregunto con el salmo: «¿Hasta cuándo?». ¡Qué extraña naturaleza la mía, incapaz de esfuerzos continuados! Si fuera fraile, me largaría cada quince días... ¡Un santo! Lo que más me fastidia es el tabaco. Continúo con mi ración de tres cigarrillos diarios y me arrepiento a menudo de haberla disminuido tan rápidamente. En fin, hay que aguantar... No tengo más que decirme que he sido condenado y enviado a la trena. Así que ahora tengo una tentación más. He intentado hacer trampa

i mi las colillas, pero no lo consigo... ¡Qué vida! Lo pi-or es que el tabaco beneficiaría a mis muelas. Una cosa más para ofrecer. Me he propuesto *aceptar con mía sonrisa todo lo que el Señor me envíe* sin pretender desear nada concreto. ¡Me conozco demasiado bien! Así que, ¡ánimo!, se acerca el final; pero sonrío forzosamente y dentro de poco voy a rechinar los clientes. Luego, mandaré todo a paseo hasta que el Señor vuelva y me muestre su misericordia. En fin, mañana por la mañana el muy honorable Baudet vuelve de su balneario bretón y, probablemente, el lunes tendré el placer de verlo en mi celda. También esperaba al capellán, que me había prometido venir, y, además, siempre espero... Ciertamente, con estos reglamentos tan suspicaces uno no se siente cómodo, y cuando hay que dar consejos a un auditorio de descreídos la inspiración tiende a escasear.

La carne y la sangre, más reales que la letra y la cifra

Domingo 25 de agosto

¡Mal día otra vez! Hace frío y hay humedad y, para variar, me aburro. Espero... Enseguida van a venir a afeitarme (siempre será una distracción) y después intentaré leer un poco. Creo que no hay suplicio tan grande como el tedio: quedarse mirando estúpida-mente a la pared durante horas porque el reglamento no favorece la filantropía. Todo este régimen peniten- ciario es una idiotez. Se basa en la brutalidad con ob- jeto de demostrar a los delincuentes que el crimen se paga muy caro. El resultado es más bien el opuesto y las reflexiones del sujeto son del tipo: «!Ah!, ¿queréis poder conmigo? Pues que sepa la sociedad que la

mando a... y el día que pueda vengarme, no fallaré». Como diría el gran Ming Treu: «El odio y la violencia no han engendrado nunca más que barbarie y ruina». Pero ¿a quién le importa? Los hombres no han cambiado gran cosa desde Moisés con sus tablas de la Ley, y las palabras de venganza «ojo por ojo, diente por diente» resuenan en muchos corazones. Podemos comprobar un hecho curioso: cuando se estudia la justicia de un modo un poco teórico, todo el mundo está de acuerdo en afirmar que no puede ser más que relativa, opinión que mantienen muchos grandes hombres tanto ateos como cristianos. Pero, en la práctica, no es cuestión de relatividad y, con un aplomo asombroso, se decreta: esto es justo, esto no lo es. ¿Son ciegos o son malos? Yo creo que sobre todo no desean salirse de los caminos trillados para no cargar con responsabilidades. Y, además, dicen: la injusticia es preferible al desorden. Pero todo eso no es convincente, y el que es víctima no aprecia en absoluto las razones de Estado, los puntos de vista demasiado generales y los estériles argumentos que mantienen. Yo diría, como Georghiu en *La hora veinticinco*: «Líbranos, Señor, de los que preguntan y contrapreguntan, los que conceden autorizaciones y decretan prohibiciones. Y haz, Señor, que no lleguen jamás a considerar la letra y la cifra como más vivas y reales que la carne y la sangre». En fin, Satanás tiene que mostrarse en el mundo de un modo concreto y, si actúa abiertamente a través de los delincuentes para manifestar su reino, otras veces lo hace más solapadamente disfrazándose de «ángel de la luz».

Yo digo cielo y ellos contestan tierra

Martes 27 de agosto

Me sigue doliendo el brazo y, además, tengo reúma en la pierna derecha. El día empieza mal: estoy nervioso. No puedo hacer nada más que gruñir. Hace frío y llueve, algo que no contribuye a mi optimismo. Aun sin estar en la oscuridad más absoluta, no encuentro consuelo en la oración. El mundo que tanto se había acercado a mí está lejos de nuevo y, por mucho que lo busco, no lo hallo. En fin, perseveremos... Me gustaría que mi familia orientara sus pensamientos hacia ese tema, pero no tienen interés en hacerlo. *Yo digo cielo y ellos contestan tierra*. Si le pido a Pierrette que haga un pequeño esfuerzo por encontrar la fe, me contesta: «¡Bah!». Sin embargo, es la única solución en su caso. Ella todavía no lo ve así... Considera la fe como un modo de vivir quizá con un poco más de paz, pero de ningún modo como un fin. De ahí que toda tentativa sea inútil. ¡Cualquier día le llegará su hora! Sólo que, teniendo en cuenta sus grandes responsabilidades, cuanto antes mejor. *El Señor la atraerá cuando le plazca* y lo único que puedo hacer yo es rezar por ella. ¿Será después de mi muerte? Todo funciona como una reacción en cadena, unos pagan por otros y los otros se salvan por los unos. «Si el grano no muere, se queda solo, pero si muere da mucho fruto.» *Hic est dígitas Dei*². Así es la misericordia del Señor. Me salva, me da la luz del Espíritu Santo para que sepa por qué muero y que, al ofrecer mi muerte, puedo *salvar a otros miembros de mi familia*. Allí arriba se saldarán las cuentas y yo tendré un

² Aquí está el dedo de Dios.

buen lugar. Me veo como un elegido, con mi túnica blanca y rodeado de luz; sonreiré a todo el Cielo, y los ángeles me felicitarán por haber sido uno de los escogidos. ¡Será lo primero que consiga en mi vida! Hasta ahora he fracasado en todo, pero esto es lo fundamental. «¿De qué sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma...?» Acabo de leer el Apocalipsis: lo he entendido mejor y me he convencido del horror del infierno. ¿Quién será tan insensato como para no meditar esas palabras?

En el Cielo debe resonar: «¡Salvar a Jacques Fesch!»

Miércoles 28 de agosto

A pesar de que me sigue doliendo el brazo, hoy todo va mucho mejor y me siento más ligero y más cerca de Dios. Esta mañana he oído Misa entera para mí solo y me he sentido feliz. He comulgado, y mi Jesús no me ha dejado huérfano y me ha consolado durante todo el día. El locutorio de esta tarde ha sido también más gratificante que el anterior. Pierrette me ha parecido más serena, más en paz, quizá algo más cerca de la fe. Le he planteado la posibilidad de un matrimonio religioso: sería conveniente *santificar el fruto de nuestra unión*, a fin de que Dios la bendiga. Hablaré con el capellán para que me dé su opinión y, si es posible, habrá que apresurarse pues el tiempo urge. ¡Pobre Pierrette, siempre tan desgraciada! Me gustaría consolarla un poco, pero ¡ay!, no puedo hacer gran cosa por ella salvo intentar convencerla de que vuelva a la fe. Creo que lo hará muy pronto y que mi *Jesús le dirá también: «Aquí estoy»*, confortándola e indicándole el camino. Y así, mi angelical hijita será

dirigida y elevada al amor de Cristo y sabrá resistir victoriosamente a las insidias de la vida. De todos modos, el día de hoy está cargado de promesas. *Más pronto o más tarde Jesús se dará a conocer a los que ama* y viviremos todos felices alabando al Señor con los ángeles en una unión beatífica eterna. «Y a los que predestinó, los llamó; a los que llamó, los justificó y a los que justificó, los glorificó. Si Dios está con nosotros ¿quién contra nosotros?» Pienso también en todos los que, desde hace meses, están rezando por mí: ¿cuántos amigos, sacerdotes y desconocidos? *En el Cielo debe resonar: «¡Salvar a Jacques Fesch!»* y el Señor me salva y hace mucho más de lo que le piden esos hermanos míos. Él salva completamente, borra todos los pecados y extiende su misericordia sobre aquellos cuya alma está aún ennegrecida *y que también irán al Cielo* mientras el demonio rechina los dientes viendo escapar a sus presas. En fin, recemos de momento y no caigamos en la tentación.

Endiablado tabaco; podré contigo

Viernes 30 de agosto

Hoy todo marcha muchísimo mejor. He comulgado y he recuperado una profunda alegría. De todos modos, a base de vivir con la mente puesta en Dios, he adquirido lo que podríamos llamar «oficio». Soy más fuerte, estoy más seguro y aprendo a caminar solo bajo la mirada protectora de la Virgen Santísima como un niño que se va apoyando en las sillas. Sobre todo, rezo a la Virgen María, de quien depende mi salvación, y trato de mantenerme en contacto con Ella todo el tiempo posible, de hablarle como se ha-

bla a la madre y de confiarme por entero a su corazón inmaculado. ¡Es tan buena y está tan cerca de nosotros...! He recibido una amable carta de mi defensor, que está de retiro en Bordigué. Ha movilizado a batallones de monjes para que recen por mí y si, a pesar de todo, no llego al Cielo sentado en una nubecita rosa es que la oración es inútil. ¿Por qué tengo la suerte de estar amparado por tal número de plegarias? Hay muchos que mueren solos, desconocidos y sin amigos. Probablemente es porque el Señor me ha elegido como instrumento de su misericordia y *es necesario que muera ofreciendo mi muerte sin restricciones*. ¿Quién me obtendrá esta gracia? ¿Yo mismo? No puedo hacer nada por mi cuenta y mis méritos se acumulan en la columna del debe. Pero la oración de los frailes tiene su valor y, gracias a ella, el Señor puede *deshelar mi alma* y darme la fuerza para hacer lo que Él quiera. No soy más que un maniquí lleno de buena voluntad, y mi único mérito consiste en ser ¡el único que va a recibir la cuchilla en el cuello!... Evidentemente, no es divertido, pero ¡voy a estar tan contento después...! Un mal cuarto de hora frente a toda la eternidad. Tengo el corazón lleno de alegría otra vez, y creo que, después de estos quince días de relativa oscuridad, la luz ha vuelto por fin para permitirme subir un peldaño más. Nuevas decisiones que tomar y que mantener. Hay que corresponder con el Señor, que tiene la bondad de volver a habitar en mi alma. Mañana, un cigarrillo menos, pues voy a eliminar el primero y ¡no quedan más que dos! *¡Endiablado tabaco, podré contigo!* Y luego, ya pensaré en otra cosa que ofrecer. No tengo más que elegir cualquiera del campo de la «pitanza».

Todos los días me escribo con numerosas personas. Para mí, es otro modo de rezar, ya que a través de mis cartas expongo mis ideas religiosas con un proselitismo de neófito. Me doy cuenta de que remuevo a las almas y que nadie se atreve a defenderse de mis virulentas exhortaciones. Empleando la profecía con acentos dignos del gran Isaías, zarandeo a papá, lo acoso, lo amenazo; debe sentirse completamente desconcertado. También mi suegra, aun a riesgo de verla entrar en erupción, ha tenido derecho a los calificativos de farisea y algún otro. Y si mi hermana no palidece después de la carta que ha recibido, es que tiene buenas tragaderas. Con Pierrette es una lucha continua, pero sigue mostrándose un poco más asequible. El profesor de Palaiseau también recibe su sermón y, si sabe leer entre líneas, verá que lo trato de hereje y de pagano. Únicamente el padre Thomas no tiene derecho a mis rayos, ya que posee tal repertorio de citas que me hundiría en pocos segundos derritiéndome bajo los golpes de *los corintios*, *los romanos*, o *los hebreos*. Así que, ¡no me atrevo! Y, además, es un santo.

Llega la noche. He rezado mis oraciones vespertinas y ahora voy a leer un poco de la Biblia. Luego rezaré el Rosario y, ya en la cama, intentaré meditar en el evangelio. Voy por la huida a Egipto, después de haberme saltado a los Reyes Magos. Generalmente empiezo viendo a la Santísima Virgen a lomos de un borricon que trota entre las palmeras, y de repente...¡zas!, me encuentro en París pensando en otra cosa. Vuelvo mis pensamientos hacia el borricon y, ¡zas!, me escapo otra vez. No consigo hacer llegar a Egipto a la Virgen Santísima, cuando le hubiera dado tiempo a hacer el viaje tres veces. Probablemente se debe a que no sé qué

iban a hacer a Egipto, pues los evangelios permanecen mudos al respecto. Será mejor dar un salto de treinta años y meditar sobre la vida de Cristo y, si me lío un poco, no tendrá demasiada importancia.

He recibido también una carta muy cariñosa del padre Thomas, que piensa venir a visitarme dentro de poco. ¿Le darán permiso?...

¡Pasar la Navidad en el Cielo! Desde allí podré hacer mucho bien

Sábado 31 de agosto

Ha pasado un mes. ¿Llegaré al próximo? Creo que sí. El recurso se presentará hacia el 10 de octubre. En fin, esperemos. Este mes ha transcurrido bastante bien y tengo la impresión de haber madurado mucho. Mi alma se fortalece cada vez más y me siento menos vacilante que al principio. Mantengo con mayor firmeza las resoluciones que adopto y me disperso menos. *Pronto llegaré a ser dueño de mí mismo; pero cuanto antes mejor.* Hojeando el misal hace un rato di con las fiestas de Navidad. *Me resulta raro pensar que las voy a pasar en el Cielo.* Estamos tan acostumbrados a pensar a ras del suelo que, instintivamente, tendemos a proyectar el futuro bajo este ángulo. Pensándolo bien, tendría que vivir absorto en la idea de que, dentro de poco, me voy a presentar ante Nuestro Señor y, a pesar de todo, no soy consciente de toda la gravedad que entraña. Si paseo en verano bajo un cielo estrellado, me puedo decir que esos millones de estrellas y ese mundo infinitamente grande y maravilloso son la manifestación visible y palpable de la inteligencia creadora de Dios. Si el Señor consideró bueno adornar con tanta

belleza un mundo perecedero, ¿cuánto más habrá embellecido el que debe perdurar eternamente? Y *¿qué brillo no tendrá el Creador de tanta belleza?* Ahora bien, cuando después de la muerte se desgare el velo, seremos admitidos a contemplarle cara a cara. ¡Nuestra miseria frente a Su gloria! Si se nos hubiera dado la posibilidad de oír los lamentos de un condenado al que se juzga a la luz de Dios, quedaríamos petrificados por un espanto tan fuerte como para abatir todas las montañas de la tierra. Aun confiando en el amor infinito del Señor, me parece conveniente meditar un poco en esta cuestión y extraer de ella un saludable temor. A menudo me pregunto bajo qué forma viviremos. Según los escritos de los santos, parece que el alma conserva su personalidad y sus afectos terrenales. Por supuesto, es imposible imaginar el género de vida que disfrutaremos. ¿Cómo podremos ver sin ojos? Yo tenía tendencia a pensar que, después de la muerte, el alma se quedaba fija en una especie de maravillosa contemplación y que, fuera de la visión beatífica, nada existiría. Pero después de mis lecturas, comprendo que no debe ser así, y que el alma que ha llegado a contemplar a Dios tiene que ser dueña de cierta libertad, de gozar de los planes divinos y de pedir por los familiares que están en la tierra. Estoy seguro de que en estos momentos mamá y mi hermanita piden incesantemente al Señor por mí y se alegran de saber que voy a reunirme con ellas. *En cuanto llegue arriba pediré a Dios que proteja a mi hijita* y a mi niño³ hasta el día en que nos encontremos de nuevo. Santa Teresita del Niño Jesús afirmaba antes de morir: «Quiero pasar mi cielo haciendo el

³ Ver biografía pp. 101-103.

bien en la tierra», ¡y mantuvo su palabra! Así pues, arriba podemos hacer muchas cosas. Por eso, una familia numerosa es una bendición de Dios.

Prefiero la dulce sonrisa del Pobrecito

Domingo 1 de septiembre

El domingo es el día mortal por excelencia. Me aburro más que en toda la semana y, hasta la cena, las horas transcurren lentas y monótonas. La cosa va mejor por la noche y me encuentro más dinámico. Estoy leyendo la vida de Santa Chantal: un libro prodigioso. No sabía nada de esta santa y creí que su vida no tenía nada de excepcional. ¡Al contrario! Todo en ella era fuerza, dulzura, voluntad y sufrimiento. Me doy cuenta de lo que el Señor pide a un alma cuando la quiere santificar. ¡Cuántos dolores hay que aceptar para elevarse de un modo que complazca a Dios! No hay límite en la búsqueda de la perfección y, como está escrito muy acertadamente, lo primero que hay que hacer es matar lo que consideramos propio. Yo, que pensaba haber mejorado un poco, advierto la pequenez del esfuerzo que el Señor me pide. Me conoce: mi alma es blanda, poco hecha para perseverar en la virtud, y necesita de unos buenos latigazos para estimularse un poco. A Jesús le basta lo poco que hago y estoy persuadido de que me salvo gracias a Su misericordia. Esta santa me impresiona más porque no está en la línea de San Francisco de Asís, sino más bien en la de Santa Teresa. Su fuerza de voluntad me parece sobrehumana y todo en su vida, inabordable, exagerado, duro y árido. Yo no tengo carácter para eso y *prefiero el sermón a los pájaros y la dulce sonrisa del Pobrecito*. En el libro hay

unos pasajes muy hermosos que relatan las conversaciones mués entre Santa Chantal y San Francisco de Sales. Me gusta el siguiente:

«Alegraos de no ser nada, pues vuestra miseria sirve de objeto a la voluntad de Dios. Entre los mendigos, se consideran mejores y más hábiles para obtener limosnas a los más miserables, a los que muestran las llagas mayores y más espantosas. Nosotros no somos nada más que mendigos y hasta los más miserables son de mejor condición. La misericordia divina los mira complacido».

Y sobre la oscuridad que sigue a un período de unión exultante:

«Suele ser el estado de esas almas a las que Dios purifica en el fuego de las tribulaciones interiores. ¿Cómo podemos estar unidos a un Dios de luz, y vivir en tinieblas, guardar a un Dios que es el mismo Amor en el corazón y sentirlo frío y duro como el mármol? ¿No será que Dios se aleja y abandona al alma? De ahí procede una desolación que no pueden comprender quienes no la han padecido. También nuestro Señor, que llevó todas nuestras cruces, después de conocer la traición de Judas, las negaciones de San Pedro, la debilidad de Pilato, las burlas de Herodes, los padecimientos y los salivazos; después de haber sentido en el huerto de los Olivos las penas interiores, el pesar, el desaliento y la tristeza, quiso sufrir la más dura de todas las pruebas: el aparente abandono de Dios y, así, se le oyó exclamar: '¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?'».

Y San Francisco aconseja a los que se encuentran en esta soledad:

«Tranquilos, todo va bien; a pesar de las tinieblas, estamos cerca de la luz; a pesar de toda la impotencia que os plazca, estamos a los pies del Todopoderoso. ¡Vi-

va Jesús! Que nunca nos separemos de Él, tanto en las tinieblas como en la luz».

Dentro de un mes seré yo el crucificado

Lunes 2 de septiembre

Hoy va todo bien excepto el brazo, que me duele un poco, impidiéndome escribir todo lo extensamente que desearía. Espero mejorar con la medicación, porque es bastante molesto. Tengo el corazón henchido de amor de Dios y ahora estoy mucho más tranquilo. Solamente querría amar más a mi Jesús. Hay un montón de cosas que todavía no entiendo y, a veces, mi corazón parece insensible ante las imágenes que deberían hacerme llorar. En algunas ocasiones me emociono al meditar en la Cruz, pero en otras no. Para sentirlo más suelo hacer una transposición y me imagino que dentro de un mes voy a ser yo el crucificado en el patio de la Santé; y entonces me siento infinitamente impresionado... Sobre todo, los clavos deben hacer mucho daño. Pienso en una mano extendida, con los dedos estirados a la fuerza encima de la madera, el clavo apoyado en la palma para quedar bien centrado y luego, el martillazo asestado con energía: la carne que revienta, la sangre que salpica... Hay que atravesar la mano de una vez y hundir el clavo en la madera. Para que penetre bien, seguramente será preciso dar unos cuantos golpes suplementarios y, a cada uno de ellos, el hierro se clavará en la carne viva rozando los nervios. Los dedos se contraen en torno al hierro con unos estremecimientos que hacen casi insoportable el dolor. Y después de una mano, ¡la otra! Luego, los pies. Tenían que estar cruzados uno

sobre otro y atravesados por un mismo clavo. Me imagino el tamaño de la punta y el número de golpes necesarios para hundirla. Los pies, uno sobre otro, forman un espesor elástico y hay que golpear con fuerza para introducirla: los huesos estallan desviando el clavo, que hay que enderezar tirando o empujando a través de la carne ensangrentada. Después, el menor movimiento del cuerpo ahonda las llagas en torno a los clavos ensanchándolas, haciéndolas sangrar y provocando unos dolores insoportables. ¡Qué suplicio! ¡*Qué pensar del sufrimiento de una madre que lo ve todo* y no puede hacer nada por aliviar a su Hijo! Pobre Virgen Santísima, debía sentirse muy desdichada. La veo, tímida y llorosa, al pie de la cruz repitiendo a media voz sus «no... no...» interminables, y sin atreverse, en su humildad, a gritar su dolor a voces. Quizá cuando su Hijo pidió de beber ella echaría una mirada perdida a su alrededor y murmuraría un «¡Pero si tiene sed...!» lleno de angustiada súplica; ¡y con qué atención seguiría los movimientos del soldado que empapaba la esponja en vinagre! Tenemos que amar y respetar mucho a nuestra Madre. Acabo de recibir varias estampas de Ella y estoy muy contento. ¡Las hay preciosas! Rezo mirándolas y así me encuentro mejor.

Renunciar a todo lo que no es indispensable

Martes 3 de septiembre

Es esencial que avance en estos días, pues hace mucho tiempo que estoy estancado en mis posiciones. Llevo dos o tres días advirtiendo algunos progresos, pero no debo detenerme en tan buen camino.

¡Por fin! El viernes voy a suprimir definitivamente el tabaco. Era un combate duro que me avergonzaba. Hay mucho que hacer en lo que se refiere a la comida: aunque no como mucho, podría suprimir gran cantidad de cosas. Tengo que limitarme al agua, el pan y la sopa, como si estuviera castigado. Creo, sobre todo, que debo seguir *haciendo cosas pequeñas*. No dar mucho, pero *no recuperar lo que se da* bajo ningún pretexto. En el fondo, conviene ser mezquino con el Señor. Como un avaro que conoce el valor de su dinero, medir y calcular lo que va a salir del bolsillo y después no volver a pensar en él. Para tratar de alcanzar la perfección es necesario vigilar tres aspectos: el primero -indispensable- la oración: una conversación íntima con Dios que nos obliga a volver nuestros pensamientos hacia Él en momentos concretos. Las plegarias clásicas deben servirnos de soporte añadiendo a ellas oraciones, conversaciones personales con Dios, invocaciones y todo lo demás, incluyendo las lecturas piadosas y la meditación sobre éstas. Y después, *las mortificaciones*: tenemos que llegar a *dar a Dios todo lo que no es indispensable*, haciéndolo poco a poco. Y ¡Dios sabe si hay cosas que dar...! Y, por último, la búsqueda de la virtud y la lucha contra las imperfecciones. Algunas son fáciles de combatir y otras no. Las vamos descubriendo a medida que nos perfeccionamos, y son tan sutiles que, cuando las creemos definitivamente borradas, salen a flote como el muñeco del pim-pam-pum...

Acabo de recibir la visita del letrado Baudet. Creo que nos hemos animado el uno al otro gracias a una piadosa conversación. ¡Ojalá consiguiera yo liberarle de cualquier preocupación con respecto a mí, excepto

por la de mi vida eterna! Su perseverancia es admirable, sobre todo en medio de las tentaciones que le acechan. ¿Dónde estaría yo? Tengo que esperar a la decisión, que llegará el 25 de septiembre o más probablemente a lo largo de octubre. ¡Es muy pronto!

María pondrá unas gotitas de miel en todo ello...

Miércoles 4 de septiembre

Ayer hablaba de oración y justamente acabo de leer un párrafo admirable sobre cierto tipo de oración. Hay una que exige un auténtico esfuerzo de imaginación, actos de fe y la meditación en las verdades eternas. La concentración de la mente es escasa y hay que reconducir la atención cien veces por el camino recto. Con la práctica, ésta se va haciendo más constante lográndose una participación del corazón que nos acerca más a Dios y nos deja absortos, hasta el punto de no ser ya sensibles al mundo exterior. Al principio son unos instantes bastante breves -apenas unos minutos- que pasamos en compañía de Jesús hasta llegar a la llamada oración de quietud.

«Estando el alma en la presencia de Dios se siente de repente como arrastrada y arrancada de sí por el pensamiento de esa majestad infinita, y permanece fija, aferrada y, por así decirlo, pegada a ella. En ese estado se une tan íntimamente a Dios, que no tiene conocimiento cierto de sus operaciones, se olvida de sí misma, rechaza cualquier clase de discursos o razonamientos en los cuales no interviene, y siente que todas sus potencias se concentran en una simple visión, pero tan profunda y tan vinculante, que a veces cree deshacerse en Dios. Se quedaría así horas enteras, sin palabras, sin pensamientos, casi sin percibir sus sentimientos, sabiendo apenas dónde está, sabiendo solamente que está bien y comprendien-

do, en medio de esa paz desconocida que nada puede turbar que Dios penetra en todo su ser. En esta etapa se obliga a los actos de fe, de adoración, de unión y de acción de gracias que se hacen generalmente a lo largo de la oración, pero que ahora ni quiere ni puede hacerlos: la cansan, y si insiste, la confunden. Todo se simplifica, todo se concentra en esa única mirada de contacto con Dios, de descanso o de quietud, nombres todos que expresan diferentes matices del mismo estado. Es lo que, de un modo general, llamamos oración pasiva, porque lo que caracteriza a este estado es una especie de suspensión de las potencias del alma, una imposibilidad moral de hacer otros actos distintos de esa simple mirada de la que acabamos de hablar»⁴.

¡Qué maravillosa descripción! Más allá de esta clase de oración se sitúa la íntima unión con Dios: el éxtasis, que arranca a la criatura de las cosas terrenales para dejarla prendida en Dios. El Señor da lo que quiere a quien quiere, y no debemos sentir tanto el deseo de consolarlo como la voluntad de servirle, apartando de nosotros todo lo que pueda disgustarle.

Por ahora todo va bien: estoy colmado de gracias y no me siento huérfano. He hecho una comunión fervorosa en la que sobre todo he pedido la gracia de amar a Jesucristo un poco más de lo que lo amo. Paciencia. Cada cosa llegará en su momento. Desde hace un mes no hay más que el día y la noche. ¿Dónde estaré dentro de un mes? *Tengo que dar la mano a la Santísima Virgen y dejarme conducir donde ella quiera. Con ella, nada temo; por muy amargo que sea el cáliz, ella pondrá en él unas gotas de miel, como la madre buena que es. Hay que rezar, rezar sin tregua.*

⁴ Santa Teresa de Ávila.

¿Qué fuerza no extraeremos de la oración? Terminamos por establecer una relación íntima y familiar con Jesús y con Su madre, como si estuviesen realmente a nuestro lado en carne y hueso. El dulce obispo de Ginebra decía que hay dos clases de adoradores: los que, como María Magdalena, aman llorando y prosternados, lavando los pies del Señor con sus lágrimas y enjugándolos con sus cabellos; y los que, como San Juan, permanecen recostados sobre el pecho del Señor hablándole familiarmente. Cristo dijo: «Vosotros sois mis amigos». Debemos, pues, comportarnos como amigos y acercarnos al Señor llenos de confianza y amor.

.Soy un niño pequeño: necesito a Teresa

Jueves 5 de septiembre

El Señor sigue colmándome de dones y siento mi corazón *desbordante de amor, y los labios de acción de gracias*. Lo busco con pasión, pero más ordenadamente que hace tres semanas. Estoy más fuerte y compruebo con alegría que la gracia actúa en mí. El fuego del amor purifica mi alma de malos y vanos pensamientos y en cada comunión me permite dar un paso adelante. Tenía gran tendencia a los malos pensamientos, pero ahora *sólo puedo pensar en mi Señor y amarlo en silencio*. Mañana, para el día de la Natividad de la Virgen María, recibiré la comunión, a menos que se le olvide el capellán. No pensé en recordárselo el miércoles. De todos modos, en cuanto mañana vea por la mirilla que llega, intentaré llamarle o le enviaré al vigilante. «Nada debilita a quien saca su fuerza de la Eucaristía» (San Ignacio). Hoy he recibido

una estampa de *Teresa del Niño Jesús*. ¡Qué guapa era! Todas las noches me dirijo a ella y *le hablo como si fuera una hermana muy querida*. Y le digo lo mismo que ella dijo a sus hermanos que habían sido llamados al Paraíso: «Si estuviésteis en la tierra no dudaríais en ayudarme de todo corazón; ahora que estáis en el Cielo podéis hacerlo más fácilmente; entonces, cuento con vosotros». Y sus hermanitos la ayudaron. No puede, pues, negarse a ayudar a los que obran como ella lo hizo y estoy seguro de que me está protegiendo ahora. Me es imposible contemplar su imagen sin emocionarme y me siento impulsado a amarla más especialmente. Además, cuando vivía, salvó el alma de un condenado a muerte con sus oraciones y se sintió muy feliz. Mi caso es tan parecido que no tiene más remedio que ocuparse de él. También yo *soy un niño pequeño y necesito la lluvia de rosas* que prometió a quienes la invocaren. Me gusta su voccecita, su confianza en Dios y su celo. Nos dice lo siguiente:

«¡Ah!, si las almas débiles e imperfectas como la mía sintieran lo que yo, nadie desconfiaría de alcanzar la cumbre de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente el abandono y la gratitud. 'No necesito', dice, 'los carneros de vuestros rebaños, porque me pertenecen todos los animales del bosque y los millares de animales que pacen en las colinas; conozco a todos los pájaros de los montes. Si tuviera hambre, no os lo diría a vosotros, pues mía es la tierra y todo lo que contiene. ¿Tengo yo que comer la carne de los toros o beber la sangre de los cameros? ¡Inmolad a Dios sacrificios de alabanza y acción de gracias!'».

«Esto es lo que Jesús nos pide. No necesita de nuestras obras sino solamente de nuestro amor. El mismo Dios que afirma no tener que decimos si está hambriento, no teme pedir un poco de agua a la Sama-

rítana... ¡Tenía sed!, pero, al decir: '¡Dame de beber!', lo que el Creador del Universo reclamaba era el amor de su pobre criatura. ¡Tenía sed de amor!»⁵.

Con ellas dos, no corro ningún riesgo

Viernes 6 de septiembre

He comulgado esta mañana. El capellán se había olvidado de mí, pero al salir me tropecé con él y se lo pude recordar. *¡Si pudiera recibir la sagrada hostia todos los días...!* Me gustaría comulgar al menos tres veces por semana, lunes, miércoles y viernes. Intentaré enterarme dónde celebra el capellán los lunes. Quizá sea posible, aunque me da miedo molestarle. *El amor debería darme valor*, pero soy más bien tímido. El dulce San Francisco de Sales decía que es bueno sentirse un poco hambriento de Jesús y que había que contentarse con comulgar espiritualmente; y eso es lo que hago. Hoy me siento realmente transportado, con el corazón lleno de amor, y sólo puedo suspirar para que mi Salvador no me abandone. *He deslizado mi mano derecha en la de la Santísima Virgen y la izquierda en la de Santa Teresita.* Con ellas dos *no corro ningún riesgo*, porque al menor peligro me atraerán hacia ellas como se hace con un niño que empieza a andar. El pobre Jesús no contaba con esas protecciones; no había nadie en el Cielo que rezara por Él y Él llevó realmente todas nuestras cruces mientras que nosotros tenemos a Cristo que nos ama, a Su madre que vela solícitamente por

⁵ Santa Teresa del Niño Jesús.

nosotros, a todos los santos, a nuestros parientes... ¿Qué tenemos que temer estando así rodeados? *No vivamos más que para el momento presente sin ocuparnos de lo que ocurrirá mañana. Yo quiero poner mi confianza en Jesús y no hacer más que lo que El quiere que haga.* No pedir nada, hacerme como masa de modelar sin voluntad propia, no querer más que lo que Él quiere y, como gracia suprema, no hacer nunca lo que pueda ofenderle.

«Los elegidos para ser instrumentos en las manos de Dios no deben tener más movimiento que el propio de un instrumento. Cuanto menos confíen en ellos, más valen. En el momento en que renuncian a ellos mismos, y en la medida en que lo hacen, Dios se apodera de ellos y, al encontrarlos blandos, moldeables, dispuestos a todo y muertos a las cosas, hace con ellos y de ellos cosas grandes»⁶.

Ahora es necesario que me aplique un poco más a la *oración*. Todos los días meditaré un misterio concreto. El *jueves*, la Cena; el *viernes*, la Pasión; el *sábado*, la Sepultura; el *domingo*, la Resurrección y la Ascensión; los *lunes, martes y miércoles*, la Vida Pública de Jesús. Hoy he hecho una fervorosa oración sobre la Pasión, y Jesucristo me ha ayudado mucho. ¡Qué bueno es! Basta que le pida un poco de ayuda para que inmediatamente se muestre pródigo y consolador. Yo tenía el corazón angustiado al verlo en la cruz y sentir sus padecimientos. Me gusta meditar así. La hora que transcurre de este modo es muy gratificante. Tengo que permanecer en constante contacto con Jesús. Basta que vengan a hablarme

⁶ Santa Teresa del Niño Jesús.

de unas cosas u otras para que me encuentre perdido en un mundo que no es el mío. Necesito la plegaria, la oración, la meditación casi continua y, en los intervalos, algunas jaculatorias⁷ que me sirvan de puntos de apoyo. También tengo que buscar a Dios en el trato con mis compañeros: a menudo me cuentan cosas que no me interesan, pero, por cariño hacia ellos, los dejo desahogarse. Me digo que soy su esclavo y, a través de ellos, busco la ocasión de humillarme. Si estuviera fuera, tendría que cultivar, sobre todas, esta virtud. *Debo llevar a cabo una crucifixión interior* -sin la cual no hay perfección posible-, pero aquí, y viviendo solo, no puedo. Me imagino todas las rebeldías, todas las puñaladas que tendría que sufrir y superar para lograr elevarme un poco por encima de mí mismo. No se logra la renuncia completa de la noche a la mañana. Jesús me ahorra eso piadosamente y *se contenta con lo poco que pueda darle yo*. Recordar esta frase: «Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente el abandono y la gratitud».

Dar pasos cortos, pero apuntando alto

Sábado 1 de septiembre

Me siento maravillosamente transportado y ávido del amor de Jesucristo. Desearía que me concediera amarle un poquito más. A pesar de mi indignidad y del poco tiempo que me queda de vida, estoy lleno de ambiciones: quiero que Jesús me lleve consigo muy

⁷ Brevísimas oraciones dirigidas como flechas al corazón de Dios (*jacula*, en latín).

arriba. Cuando leo todo lo que les sucedió a las Hermanas de la Visitación a raíz de la fundación de la Orden siento celos de ver cuánto amaba Jesús a sus fieles esposas, y querría que me amara como a ellas. Ya sé que no es el caminito y que, siguiendo el ejemplo de Santa Teresa, tengo que esforzarme por confiar sin buscar en compensación una respuesta palpable y absolutamente desproporcionada con mis escasos méritos. Es una presunción involuntaria y tengo que poner orden en esto. No debo olvidar quién soy, lo que he hecho y lo que haría si el Señor me dejara entregado a mí mismo. Mi naturaleza está tarada y corrompida y, ante todo tengo que esforzarme por reformarla. Estoy a punto de pecar de soberbia porque deseo cosas en las que ni siquiera debería pensar. Por las noches rezaré así: «Jesús mío, te amo, te agradezco todos los favores que, por pura bondad, me has hecho. Perdóname mis pecados, mis malos pensamientos más o menos involuntarios; ya conoces a los hombres: son orgullosos y egoístas, Jesús, y no hagas demasiado caso de lo que yo pueda desear o no. *No quiero hacer nada más que lo que Tú quieres que haga.* Ayúdame a amarte; hazme amarte como quieres que te ame y, como gracia suprema, te pido que me concedas no ofenderte jamás, ni a Ti, ni al corazón inmaculado de María». Sólo que para conseguir tan inmensa gracia tengo que perfeccionarme. ¿Cómo conseguirlo?

Escuchemos a Santa Chantal:

«Debéis aniquilaros, es decir, trabajar fiel y valerosamente en vuestra perfección. Luego, dejad hacer a los demás, permitiendo que os despellejen, despojen y dobleguen cuanto quieran. Si os resistís nunca seréis auténticas esposas de Cristo crucificado... Creedme, her-

manas más, no os reservéis nada, dad todo a Dios, eliminad todo lo que Le ofende y despreciad al mundo olvidándolo de todo corazón. Hay que renunciar sobre todo al propio juicio, a la propia voluntad y al amor propio: son las tres cosas que más os costarán y son, también, las más necesarias. Debéis olvidaros completamente de vosotras mismas entregándoos a las manos de los que os dirigen para que os retuerzan como un pañuelo».

«No pidáis nada, no neguéis nada», repetía frecuentemente el dulce San Francisco. ¡Es cierto! No hay que pedir nada: pedir es robar al Señor lo que le pertenece; considerar su gracia, no como un regalo, sino como algo debido; pedir sufrimientos es arriesgarse a ser presuntuoso, ya que medimos nuestras fuerzas contando con una gracia que no nos pertenece. Dios puede escuchar nuestras peticiones y dejarnos solos con el objeto de nuestros deseos, pero al poco tiempo nos derrumbaremos y nuestra ruina puede llegar a ser muy grande. Sólo hay que pedir lo que el Señor quiere que ocurra porque así, pase lo que pase, seremos capaces de soportarlo, pues Dios no escatima su gracia. Considérenos como pasta de modelar: debemos mantenernos cerca del fuego para conservar la plasticidad necesaria, aunque la forma que adquiramos no depende de nosotros. Dejémonos moldear por el divino escultor para que haga lo que quiera de nosotros; intentemos únicamente convertirnos en la materia más flexible, más untuosa y más suave posible. «No negar nada» es evidente, pero se trata de dar a ese «nada» su auténtico sentido y no una especie de tímida interpretación. ¿Qué necesidad para vivir? Un mal traje, dos metros para tumbarme, un par de mantas, pan, agua, algo de sopa y muy

poco más. Todo el resto va incluido en ese «nada» que no debo negar. Inmediatamente adivino las críticas: «¡No hay que exagerar!». ¡Pues sí, justamente! Sí *exageramos*, Dios también *exagerará* en la distribución de sus dones y realmente no perdemos nada en el cambio. Todo el mundo está llamado a la santidad, ¡todo el mundo! No hay que decir nunca: «Eso no es para mí»; hay diversidad de dones, sí: unos son llamados a santificarse en un monasterio, otros educando a sus hijos y otros cuidando a sus hermanos o en cualquier otro estado; pero, cada uno en sus circunstancias, puede elevarse hasta las más altas cumbres del amor. Siempre habrá, por supuesto, unas luces más brillantes que otras, como hay unas bombillas más potentes que otras. *A cada uno según su medida, pero la santidad para todos.* ¿Por qué, entonces, hay tan pocos santos? Sencillamente, porque nos negamos a la santidad. Dios nos deja siempre dar el primer paso y cuando, en medio de grandes precauciones adelantamos el pie, la gracia de Dios nos ayuda sugiriéndonos que demos el segundo. Así que, de nuevo hay que abandonar una posición segura para avanzar hacia lo desconocido. Si lo hacemos, Dios nos aumenta su gracia y de nuevo nos sugiere un tercer paso y así, hasta la perfección que se nos concede en la medida de nuestra naturaleza humana. Dios ama la ambición, *quiere que apuntemos alto*, pero quiere también que dirijamos nuestros cortos pasos hacia Él. Hay que decir lo *quiero todo*, pero también *renuncio a todo*. La mayor equivocación es juzgar esta vida con arreglo a la otra y mezclar ambas. Creo que el que desea santificarse debe decir: «Éste es mi punto de partida: mi miseria, mi abyección y mi cobardía; pero quie-

io llegar a vivir como San Juan de Alcántara* por ejemplo, que dormía solamente una hora diaria y lo hacía sentado, con la cabeza apoyada en un rulo de madera, comía únicamente mendrugos de pan mohosos y pasaba el resto del tiempo rezando y predicando». Es obvio que en el momento oportuno Dios detendrá al que muestra tal ambición y le orientará hacia un camino más acorde con su naturaleza. Y el que así actúe estará seguro, por lo menos, de alcanzar las más altas cumbres siempre que persevere un poco.

Sé que la Virgen quiere llevarme directamente al Cielo

Domingo 8 de septiembre

Fiesta de la Natividad de la Virgen María. Hoy tengo que rezar especialmente. Voy a rezar un Rosario suplementario y a rogar a nuestra Madre que, en el día que celebra su entrada en la vida terrestre, pida más intensamente a su divino Hijo que haga nacer a la gracia al mayor número de pecadores; y también, que *mi nacimiento en el Cielo* tenga lugar en buenas condiciones. Voy a comparecer ante «mi Padre» y debo sentirme lleno de confianza y de amor, y no demasiado asustado por mi miseria, tan opuesta a Su gloria. No tengo gran cosa que ofrecerle, por supuesto, pero Su misericordia es infinita. El granito de mostaza que -con ayuda de la gracia- he conseguido plantar y hacer germinar puede convertirse en árbol si mi Padre lo desea así. ¡En fin, confianza! Yo querría que todos los que viven en el mundo, inconscientes o tibios, comprendan como yo ahora las dificulta-

* En realidad se trata de San Pedro de Alcántara.

des de pasar por la puerta angosta. Y *no existen «casos»*: se exige la pureza más absoluta. Aquel que se presente ante su Padre celestial con el más insignificante pecado venial sin expiar, irá a purificarse en el fuego del Purgatorio. *Sé que la Santísima Virgen quiere llevarme directamente al Cielo* y entregarme a su divino Hijo. Ella, en su gran bondad, me colma de gracias a fin de que yo consiga la fuerza para purificarme. Tengo que rezar incesantemente, lo sé muy bien, y dar a ese «incesantemente» su sentido más amplio. A pesar de ello, sigo siendo bien indigno y miserable y ciertamente no podría aplacar a la justicia divina irritada. Para que yo sea justificado, la Santísima Virgen me ha concedido también las oraciones de innumerables frailes, parientes y amigos, que el Señor escucha favorablemente. ¿Quién podrá negar algo a esos Santos Padres que viven, a menudo después de muchos años, en el amor del Señor? Yo soy un privilegiado porque estoy realmente lleno de gracias. No sé si Satanás ha pedido permiso para cribarme, pero, si lo ha hecho, le han ordenado que me deje tranquilo. *Día y noche me veo rodeado de una nube de gracias*, todas especiales, y temo ser un ingrato si no agradezco como debo a la Santísima Virgen todos sus favores. En resumen, hoy es día de fiesta. Para celebrar su nacimiento, la Virgen María me ha dejado en el corazón una flor del Paraíso y, *aunque tengo los pies en la tierra, vivo con la cabeza en el Cielo*. Cuando rezo, me siento arrancado de mí mismo, únicamente puedo contemplar y hasta se me olvida respirar. *Cuando el alma se regocija*, el cuerpo está muerto y *sólo cuentan los besos que enviamos al Cielo*. ¡Señor mío y Dios mío!

Hace un rato pensaba en la cruz y en todos los padecimientos del pobre Jesús. ¡Nadie sufrirá nunca tanto como Él! ¿Cuántas crucifixiones ha soportado? Nosotros somos malos y egoístas y, cuando un hombre nos ofende, ciertamente no sufrimos por él. ¡Pero Jesús...! ¡Qué decepción! ¡Qué dolor al ver su amor despreciado! A cada injuria, una daga debía atravesarle el corazón. ¡Cómo pesaría sobre sus hombros la ingratitud de los hombres! Ésta es una primera crucifixión. A ella se añadía el intolerable dolor físico de unos clavos que atravesaban sus miembros. Y la tercera crucifixión lúe el dolor de Su sensible corazón al ver a Su madre desfallecida y llorando a Sus pies. ¡Cómo hubiera deseado consolar a la pobre Virgen María! Creo que podría hacer una estupenda meditación sobre Jesús, solo en la noche, después de la sesión del tribunal. Si yo fuera pintor, me gustaría representar esta escena. ¡Qué pensamientos tan amargos le invadirían! *Tanto amor profanado y pisoteado...* Y otra meditación sobre Jesús frente a Su madre al pie de la cruz. Él cargó realmente con todas nuestras cruces, ¡y la de la ingratitud no sería la menos terrible! Estaba solo con su dolor, solo ante el odio, con el peso de todos los crímenes del mundo sobre sus hombros. ¿Quién podría soportar otro tanto? Aunque se nos crucificara, sólo sufriríamos en nuestra carne y, si lo queremos, Jesús está ahí para cargar con nuestro dolor. *Estando tan protegidos ¿qué podríamos temer?* La Virgen María pide incesantemente por nosotros, los santos interceden y a sus voces se unen todas las de nuestra familia. Nuestras cruces son ligeras y pueden llegar a hacernos felices. En la parrilla San Lorenzo daba gracias al Señor porque el fuego que ardía en su interior era más abrasador que el que lo devora-

ba en el exterior. Quien posee el amor de Jesús lo posee todo y hace su cielo en la tierra. Yo desearía recostarme en la llaga del costado de mi Jesús porque me conduciría directamente a Su corazón; pero, ¡ay!, todavía no soy lo suficientemente pequeño como para eso: mis pecados me impiden penetrar en ella y tengo que quedarme fuera gimiendo y suplicando.

Estos dos meses, ¡toda una vida!

Lunes 9 de septiembre

Hoy todo va bien todavía, pero no siento la misma alegría de ayer. Realmente he sido colmado de favores y me he pasado el día con la cabeza en el paraíso. También he hecho grandes progresos en la oración: rezo sin cesar y ¡cuánto me conforta! Evidentemente, la gracia me arrastra de un modo maravilloso y a menudo permanezco gozando de Jesús en una oración de quietud que hace mis delicias. Desde hace diez días he dado un gran paso hacia adelante y quiero llegar a mi Jesús más de lo que lo hago ahora. Continúo sabiéndome miserable y tengo la absoluta certeza de que todo lo que se me ha concedido es desproporcionado con mi incipiente virtud. En medio de mi alegría temo que, si mi Jesús me abandona a mí mismo, me derrumbaré lamentablemente. ¿Tendré que vivir todavía una época de oscuridad? O ¿quizá no? En caso afirmativo deberé aterrarme a mis oraciones y no ceder ni un centímetro de terreno, pues me imagino fácilmente los tormentos que he de padecer. *Voy a vivir toda una vida en estos dos meses.* Tengo la impresión de estar fuera del tiempo y del espacio; los días no significan gran cosa y pasan rápidamente y, sin

embargo, tengo la impresión de que hace años que vivo estos momentos tan valiosos. ¡Qué claras son estas señales para mí, y cómo *deseo agradecer a mi Jesús* que me las haya concedido!* Hace ya mucho tiempo que, en una ocasión, Él me mostró mi destino. En aquel momento pensé haber entendido mal, pero ahora me doy cuenta de que aquella señal se me otorgó con un objeto muy concreto: hacerme saber que tenía que prepararme. ¡Qué indulgente es Jesús conmigo! Segunda señal y segundo aviso: cuando a finales de julio vinieron a comunicarme que mi ejecución tendría lugar el 30 de julio. Esta idea me hizo buscar a Dios con un poco más de celo y, apenas toqué en la puerta del Cielo, un torrente de gracias se vertió sobre mi alma. ¡Y todo esto lo ha hecho Jesús por mí! *¡Qué fuente de amor mana de ese corazón que tanto ha amado a los hombres!* Así, nadie que haya gustado una vez «el don de Dios» puede desear otra cosa que el niego que le consume. Mi Jesús no debería abandonarme ni siquiera por unos días. Si lo hace, claro que me resignaré, ciertamente; pero, si permanece ausente mucho tiempo, haré como esta santa religiosa:

«Hija mía», decía Santa Chanta!, «aprovechad bien la presencia de vuestro esposo porque llegará un día en el que lo buscaréis y no le hallaréis». «¿Cómo es eso?», replicaba la monja, «¿buscaré a Dios y no lo encontraré? Si alguien que no fuera vos me hubiera dicho una cosa así, no lo habría creído» Y tuvo que creerlo cuando, a las caricias del amor sagrado, siguieron terribles arideces y un aparente desamparo. La hermana no sabía qué hacer. «¡Oh, Santísima Virgen!», decía en una ocasión, con su familiaridad e inocencia habituales, «permitidme que os diga que, si vuestro amado os abandonara, querríais que os lo devolvieran. Sufristeis por haberlo perdido durante tres días, y yo llevo ya mu-

cho tiempo sin saber nada de él. Así que, Virgen santa, vos lleváis siempre a mi querido amor en vuestro seno, pero os voy a demostrar lo bien que se está separado de él». Y, diciendo esto, tomó unas tijeras y recortó la imagen del Niño que la Virgen tenía en sus brazos. «Dulce madre», dijo entonces, «perdonadme si os he quitado a vuestro Hijo; me habéis obligado, ya que no queríais dármelo». En aquel momento sintió tan dulce sentimiento de compasión que, empezando a llorar, y diciendo: «¡Oh, santa Madre!, no tengo valor para dejaros por más tiempo sin vuestro Hijo», devolvió la imagen del Niño Jesús al lugar de donde la había cortado. Apenas hubo terminado de hacerlo, cuando se le apareció la Virgen y, como a San Antonio de Padua, le colocó el Niño en los brazos.

¿No es una delicadeza encantadora? ¡Qué milagro más amable!

Besos en las heridas de María

Martes 10 de septiembre

He releído este diario y me parece preferible interrumpirlo y enviar este trapo donde tendría que estar, en la basura. Así, el autor podría recuperarlo sin mucho esfuerzo. Rezuma orgullo por todas sus páginas. ¡Cuántos «hay que» ambiciosos y presuntuosos vienen a entorpecer unos pensamientos ya bastante sombríos de por sí! No me refiero al estilo ni a las faltas de ortografía -que son un mal menor-, sino que tengo la impresión de que están escritos autoritariamente, sin ninguna humildad. Voy a preguntar a la Santísima Virgen si el tiempo que paso en esto será un tiempo dedicado al diablo. De todos modos, entregaré el diario a Baudet para que se lo envíe a Pierret-

le. Y ella me tiene que prometer que no hablará tic oí ni se lo enseñará a nadie. Estas líneas están deslindadas únicamente a Véronique y a Gérard⁸.

Hace un rato pensaba en todas las gracias de las que me veo colmado y en el amor de Jesús por mí. *Estoy salvado porque Cristo quiere salvarme* y no me pide más que un poco de gratitud y de abandono a Su voluntad. Hace cuatro días yo era ateo y corría hacia mi perdición. Dios intervino y me dejó enlodarme en mis pecados durante bastante tiempo, hasta que cometí el que me trajo aquí después de que Jesús me protegiera en aquella sangrienta escaramuza. *Se me dio a conocer en la soledad de mi celda. ¿Cómo vino? ¿Calmé Su justicia irritada con mis continuas invocaciones? ¡De ningún modo! A fin de poder llegar a entregarse a Su criatura, el Señor inspiró a un abogado abnegado, a un fraile de inagotable caridad y a unos amigos compasivos: todos los que rezaron por mí. La peregrinación de mi abogado a Santiago de Compostela, hecha a mi intención, no es ciertamente la menor de las reparaciones que se han ofrecido por mis pecados. Todos ellos fueron los que cumplieron la penitencia. Yo no tuve más que decir: «Ven Señor», e inmediatamente un torrente de gracias inundó mi alma. Evidentemente, en el momento de la prueba frené el ritmo de mi vida religiosa para caer en un estancamiento nauseabundo como el de los pantanos. Y hubiera permanecido en este estado hasta el final si mi buen Jesús no hubiera tenido la bondad de advertirme que venía a buscarme. Y, como conoce mis fuerzas, me avisó dos o tres meses antes del final, de*

⁸ Ver biografía pp. 101-103..

modo que pudiera mantenerme firme durante este corto plazo. ¿No es suyo, pues, todo el trabajo?

Todavía siento el corazón desbordante de amor, sobre todo cuando pienso en la Santísima Virgen. *Aunque tuviera que sufrir mil muertes, con Ella nada temo.* Me protege incesantemente y yo no paso un cuarto de hora sin dirigirle oraciones o palabras de amor. Me imagino su inmaculado corazón rodeado de espinas tal y como se lo mostró a los pastorcillos de Fátima, y sueño con que le quito esas horribles espinas y que cierro sus heridas con mis besos. Me repito también la frase que pronunció dirigiéndose a Lucía: «Tú, por lo menos, intenta consolarme». Espero consolarla también yo. La quiero como a una madre y paso unos ratos deliciosos mirando sus estampas, sobre todo una de ellas: la Virgen y el Niño, de Rafael. Tengo también una devoción especial por el Sagrado Corazón de Jesús, fuente de misericordia. Varias veces al día repito consagraciones e invocaciones en su honor. También rezo especialmente a Santa Teresita pidiéndole una «lluvia de rosas». Cuarta devoción: el cura de Ars. Hace ya tiempo que le pedí que salvara a mi padre y de nuevo me veo impulsado a hacerlo. Amo mucho a San José y todos los días le dirijo algunas oraciones pidiéndole su protección. Me veo muy bien rodeado y, aunque el enemigo siga intentando confundirme, ¡no pasará!

Llorar sólo con oír el nombre de Jesús

Miércoles 11 de septiembre

Tengo la impresión de que voy a recaer en mi fase de desánimo. Unos buenos momentos de fervor en el

día de hoy, pero, en general, el sentimiento de la presencia de Dios se atenúa, el Reino de los cielos se aleja y voy a entrar enseguida en el Purgatorio. No creo que sea posible imaginar el dolor de un alma que, después de *gozar de* su Señor, se encuentra hundida en las tinieblas de la soledad. Bajo el impulso de la gracia, el espíritu continúa orientado hacia Dios a lo largo de la jornada; los propósitos son más o menos exigentes, aunque siempre relacionados con esa gracia recibida; la vida se convierte en una constante oración; y la sensibilidad se agudiza hasta llegar a llorar sólo con oír el nombre de Jesús. Cuando la gracia desaparece, hay que mantener las decisiones adoptadas cueste lo que cueste, continuar rezando por la noche, no concedernos más de lo que nos hemos permitido y esperar confiadamente el retorno de la gracia. Es un esfuerzo muy duro, y lo es aún más al verse abandonado por ella después de haber disfrutado a placer de la dulzura de Jesús. En el fondo así debe ser el sufrimiento de los condenados, pero, seguramente con una amplitud extraordinaria. ¡Pobres! En fin: Dios, aun ausente, está fielmente y de un modo sensible al lado de su criatura, la sigue ayudando con los dones de la fortaleza y la perseverancia y vigila solícito sus pasos vacilantes, dispuesto a intervenir en caso de desfallecimiento. En esos momentos no merece la pena intentar avanzar. ¡Bastante difícil es mantenerse! Pero podemos estar seguros de que estos períodos tienen un gran valor a los ojos de Dios. Él nos mide por medio de esta prueba y, si resistimos fielmente, nos prepara grandes gracias. Después de estas épocas de desamparo recuperamos el favor de Dios con una intensidad insospechada. Nos vemos izados a una

cumbre más elevada y disfrutamos en paz del fruto de nuestros esfuerzos. A primeros de agosto me sentía lleno de fuerza y muy cerca de Dios; quince días después vivía en medio de una soledad que duró hasta el 28 de agosto aproximadamente. Desde entonces estoy gozoso y los dones que recibo son mucho más importantes que los de la primera época. Hace quince días que dura, pero no creo que llegue hasta el final en este estado. Sin embargo, disfruto pensando que, cuando me encuentre con mi Jesús, lo haré más fervorosamente todavía: ¡estaré en el Paraíso!

Esta noche me veo tranquilo y recuerdo con nostalgia las dulces horas recién transcurridas. Estoy seguro de que, durante un breve lapso de tiempo -que, por otra parte, me parece extraordinariamente largo-, voy a hundirme otra vez en la noche. Lo más terrible es tener la impresión de no querer ya a la Santísima Virgen y a Jesús como los amaba en los momentos de fervor. Y, además, tendré de nuevo esos pensamientos que me hacen desgraciado porque entristecen a la Virgen. En estos dos meses estoy viviendo toda una vida. La purificación ha llegado hasta el extremo: me presionan, me retuercen, tengo que hacer en uno el trabajo de varios días y sé que no podría vivir mucho tiempo en estas condiciones. Si no fuera ejecutado, seguramente me derrumbaría antes o después. En fin, en lugar del viernes, voy a comulgar mañana, fiesta del Dulce Nombre de María. *Me gustan las fiestas de la Virgen.* En Navidad estaba colmado de favores y nunca había pasado un día tan cerca del Cielo. En aquella ocasión me propuse *rezar un rosario más todos los días.* El próximo domingo asistiré a la Misa que conmemora los Siete Dolores de María al pie de

la cruz. Intentaré hacer una profunda meditación y ofrecer alguna mortificación especial; y, además, como también es el domingo XIV después de Pentecostés, tendré que rezar otra Misa.

Me acerco a la muerte, la acepto y la ofrezco

Jueves 12 de septiembre

Un día tranquilo que transcurre en paz. Ha cedido la fiebre y rezo con facilidad, aunque el contacto con el Cielo es más confuso. Para no sacudirme demasiado, mi Jesús me deja posarme suavemente en la tierra donde -lo presiento- pronto me sentiré abandonado. Y también el ascenso se producirá lentamente. En fin, preparémonos a sufrir y a resistir hasta conseguir la victoria. Tengo mi plan bien preparado; sé que hay que aguantar y, con la ayuda de la gracia, lo conseguiré. Evidentemente, van a desaparecer de mi vida gran número de invocaciones espontáneas, pero eso carece de importancia: «de la abundancia del corazón habla la boca»; y, si el corazón está frío, la voluntad debe suplir en este manantial de amor. Si cumplo lo que he prometido cumplir, habré ganado la batalla. En un extraordinario librito de oraciones he leído hoy algunos pasajes sobre la dirección espiritual, la vocación y algunos temas de meditación muy eficaces. Inmediatamente he buscado los párrafos que se refieren a la aparente noche del alma y a la aridez, y me doy cuenta de la exactitud de lo que escribí ayer. Por otra parte, Fénelon lo resume maravillosamente y, como mi prosa es de lo más torpe, no puedo evitar incluir este pasaje:

«En este estado de sequedad interior, y careciendo del fervor sensible, no dejéis de comulgar ni alteréis el horario de vuestras oraciones: sería un perjuicio inmenso. Sentimos la tentación de creer que, cuando perdemos el gusto por la oración, ya no nos dirigimos a Dios. Para salir del error habría que pensar que el amor de Dios y una oración perfecta son la misma cosa. La oración no es un dulce sentimiento ni la fascinación de una imaginación inflamada: éstos son unos dones ajenos sin los cuales puede subsistir el amor, y aun más puramente, pues, al estar privada el alma de los dones divinos, únicamente puede aferrarse al amor de Dios. Nos podemos sentir desalentados y, sin embargo, conservar una voluntad incommovible que acepta todo lo que Dios quiere, por duro que sea, incluida la confusión que nos turba. En medio de esta tribulación, un minuto vale por mil: no existe una penitencia más eficaz».

Hay una interesante cuestión en la que vale la pena profundizar: es el conocimiento de la voluntad de Dios con respecto a nosotros a través del análisis -si podemos decirlo así- de las gracias recibidas. Al comienzo de este diario escribí que «iba a morir» y temo haber dado la impresión de ser presuntuoso y de poder leer abiertamente en el libro del futuro. ¡De ningún modo! Se trata de una certeza interior que tengo, basada en una señal que el Señor se dignó darme hace algunos meses; y, además, cuando dirigimos nuestros pasos por el camino que Dios nos marca, las gracias llueven sobre nosotros con extraña abundancia. *Camino hacia la muerte, la acepto y la ofrezco; y Dios, en Su bondad, me demuestra su satisfacción.*

«Todas las almas tienen una vocación en la tierra. Dios, en su eterna sabiduría, traza la ruta que cada uno de Sus hijos ha de recorrer para llegar al Cielo. Los caminos son distintos, pero todos tienen el mismo fi-

nal. Lo importante, pues, no es estar en uno u otro -más o menos perfectos en sí-, sino estar en el que Dios nos quiere, porque en él nos esperan unas gracias especiales y las mayores facilidades para nuestra salvación. Hay diversidad de dones espirituales que Dios distribuye como le place. Lo esencial es que cada uno de nosotros aceptemos Su suprema voluntad y vivamos de tal modo que, cuando tengamos que rendirle cuentas, podamos decir con nuestro Señor Jesús: 'Padre, he cumplido la obra que me encomendaste: glorifica a Tu Hijo'.»

Estoy persuadido de que esta muerte es un gran favor. ¿Qué haría yo en este mundo? No soy del mundo y el mundo me rechaza; y, si me rechaza, Dios me consuela y me protege porque Él ama todo lo que es despreciado, golpeado y destruido por el mismo odio que en otro tiempo crucificó a Su Hijo. Nosotros, los parías de la sociedad, corramos a refugiarnos en los brazos de María; dulces serán las cadenas que nos aten a su corazón inmaculado, y su boca sólo se abrirá para defendernos.

«¡María! Nombre bendito que amo y venero desde lo más hondo de mi ser. Lo afirmo por mi experiencia de las almas: cuando un corazón ha recibido del Cielo el don valiosísimo de recurrir a María en medio de sus penas, peligros y tribulaciones, está en paz, tranquilo y bendecido.»

Ver todas las cosas a la luz de la pasión de Jesús

Viernes 13 de septiembre

Meditando esta mañana en la pasión del Señor he sacado nuevas fuerzas. Voy a tener que acercarme

más a Jesús crucificado, porque también yo, aunque indigno, tendré la gracia de vivir mi pequeño Gólgota. Cuando leo que los soldados escupieron y abofetearon a Cristo, me veo en manos de los policías que me golpean y me escupen, y comprendo mejor los padecimientos de Jesús; la escena del Sanhedrín me recuerda, evidentemente, el Palacio de Justicia; y los efectos oratorios -con la fingida indignación de los mercenarios a sueldo de un diablo llamado dinero, publicidad y oportunismo- me hacen pensar en Caifas desgarrando sus vestiduras para expresar indignación. Por supuesto, yo soy culpable y no pretendo compararme con Jesús. Sólo que ¿quién puede comprender la crucifixión y los dolores que la acompañan mejor que el buen ladrón que pendía del madero junto a su Salvador? No debemos olvidar que *el primer elegido fue un bandido ejecutado como tal* y que los buenos recibieron el calificativo de sepulcros blanqueados. ¿Diremos, pues, que si no eres un criminal no formarás parte de los elegidos? ¡De ningún modo! Únicamente que ese mismo paria que ha pecado -a menudo sin ser plenamente consciente de sus actos- encontrará el camino más directo para llegar al corazón de Jesús a través del arrepentimiento, el dolor y, sobre todo, del reconocimiento de su miseria. El bueno se contentará fácilmente y, considerándose un justo a los ojos de la sociedad, se persuadirá de ser visto del mismo modo por su Padre celestial.

«Nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros, llenos de gloria; nosotros, despreciados. Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez; somos abofeteados y andamos errantes, y nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Maldecidos, bendecimos; perseguidos, lo soportamos; ultrajados, respondemos con bondad.

Hasta ahora hemos venido a ser como la basura del mundo y el deshecho de todos» (San Pablo)⁹.

En el fondo de mí mismo sufro intensamente a causa de la injusticia y la estupidez de los juicios humanos. Frecuentemente, desearía dar libre curso a mis rencores y demostrar la vanidad y la presunción de quienes osan juzgar a otros: e inmediatamente *veo a Jesús, al Amor hecho hombre*, sufriendo en silencio las peores injusticias y los peores ultrajes, y me trago mi rabia *dejando la justicia en manos de Dios* y alegrándome de tener, también yo, algo que ofrecer en reparación de mis pecados. Es preciso que me prepare simplemente a bien morir, que no me oponga en nada a la voluntad de Dios y que abandone preocupaciones y temores en las manos de Jesús, que me conducirá «sin que mi pie tropiece en alguna piedra» a los rediles celestiales donde abundan los pastos. *¿Qué fuerza no obtendremos de Jesús crucificado?*

«La misma inocencia fue condenada a muerte como responsable de unos crímenes odiosos; el Salvador de Israel y del mundo fue proclamado, a la faz de todos, un peligro y una ruina para quienes más debían amarle. ¡Oh, qué formidable lección para la soberbia de la razón humana! ¡Oh, consuelo inefable para las almas que caen bajo el peso de la injusticia, de la calumnia y la persecución! ¿Hay un momento mejor para repetir, de rodillas ante el Maestro abandonado, las palabras del príncipe de los Apóstoles: '¿A quién iremos para encontrar la luz y la fuerza, si Tú tienes palabras de vida eterna?'.»

9 1 Corintios 4, 10-13.

Cada hecho, cada momento de mi ejecución y de sus preparativos debo remitirlos a Jesús. ¡Qué hermoso ejemplo! La larga espera en la soledad de la noche será mi agonía en el monte de los Olivos; los preparativos, el vía crucis; y, por fin, el instrumento de muerte... Jesús conoció la angustia y yo también la conoceré, pero estoy seguro de que, pase lo que pase, me dará fuerzas para sobreponerme a ella. ¿Cómo sufriría Jesús?

«Ahora», dice, «mi alma está turbada» ¿Sería que el velo que, recorriéndose ante sus ojos, le mostraba toda la profundidad del abismo en el que iba a caer? La respuesta es sencilla, a poco que se piense: hasta aquel momento la muerte estaba lejos, pero ahora extendía su mano para asir a la víctima y su aliento frío helaba la frente de Jesús. No hubiera sido hombre si no hubiera temblado cuando las circunstancias de su inmolación se presentaban a su mente con la claridad característica de la cercanía de la última hora. Sin esforzarse por detallarlas, las veía todas y cada una, o, si se quiere, las adivinaba simultáneamente como si le asediara una bandada de buitres cuyos graznidos y revoloteos le causaran una fatiga insoportable. La muerte está ahí: aun sin temerla, es natural estremecerse ante su proximidad y encontrársela con dolor en medio de la angustia que produce su irrupción. Y, como subraya San Jerónimo: «Si no hubiera existido aquella emoción tan natural al hombre, no se habría probado suficientemente la realidad de la Encarnación». También se sintió inmensamente turbado por cuatro pasiones diferentes: el abatimiento, el temor, la tristeza y el desaliento. El abatimiento produce en el alma un malestar que hace la vida insoportable, y, de cada momento, una carga; el temor conmueve al alma hasta sus cimientos ante la imagen de los mil tormentos que la amenazan; la tristeza la cubre con un espeso velo que le hace ver todo lo que le rodea como si se tratara de la muerte; y, por fin, el desaliento, o desfallecimiento, es una especie

de hundimiento y como una rendición de todas las fuerzas. ¡Ese era el estado del Salvador en el monte de los Olivos! Todos los estremecimientos de nuestra carne y toda la agitación de nuestro espíritu los sufrió Jesucristo con la única diferencia de que su razón no estaba turbada y de que, por muy violenta que fuera, la emoción no llegó nunca a dominar Su voluntad.

De momento, no sufro en absoluto al saber la muerte tan cercana; vivo el presente y es probable que, cuando llegue la hora, tenga que beber el cáliz hasta las heces.

Cae la noche y me siento solo

Sábado 14 de septiembre

Hoy me acerco aún más a la tierra. Todo lo que veía con extremada claridad se difumina tras la bruma del deseo de cosas terrenales, y la meditación de las verdades eternas me confunde de nuevo. Creo que Dios es el único bien al que debemos sacrificarlo todo, pero ya no lo siento. Es preciso, pues, amar a Dios con la voluntad y pedirle que acalle en mí la voz de la vida, que se aprovecha del retroceso de la gracia para elevar el tono. Al no hacerse notar la mano de Dios, el animal comienza a agitarse. ¡Seamos prudentes! Por otra parte, ese nuevo estado del espíritu me induce a considerar los acontecimientos con cierto distanciamiento rayano en la indiferencia. La muerte no se me aparece hoy como algo terrible, sino como un final cuyo paso es algo difícil de dar; mientras que, cuando me ilumina la gracia, comprendo toda su trascendencia. No quiero hablar de miedo físico, pero tengo la certeza de que son necesarias unas gracias

muy grandes para bien morir. La pureza exigida para contemplar a Cristo se me muestra de un modo que debe acercarse algo más a la verdad, y no puedo evitar que esta idea me absorba. Hoy, más bien, tengo tendencia a no preocuparme, abandonándome a una cierta confianza apática que, si no estuviera vigilada, se transformaría rápidamente en tolerancia y después en indulgencia, hasta desembocar en la indiferencia. Jesús hace muy bien en dejarme caer poco a poco. Si, después de las horas de unión exquisita que he pasado, me hubiera encontrado bruscamente donde estoy ahora, creo que sufriría como un poseso. ¡Ahí tienen el infierno, señores descreídos! Saber lo que Dios es y verse rechazado... ¡cuánto llanto y rechinar de dientes! Dios me hace cooperar realmente en Sus obras como un instrumento. Me alza y me deja caer cada diez días. En cada elevación me coloca en una cumbre un poco más elevada, y, tal y como estoy hoy, es decir, devuelto al valle, tengo la certeza de que seré izado más arriba de lo que haya estado jamás. Después... quizá sea el final. ¿Cuánto me queda de vida? ¿Quince días, veinte lo más? En resumen, durante estos quince días he progresado tanto en la oración como en el desprendimiento. *Tengo que llegar al pan, al vino y a la sopa, y a rezar toda la noche de un modo más intenso y, sobre todo, durante más tiempo.* De momento, resistamos. Las oraciones que me he impuesto las digo con facilidad y sin experimentar cansancio. Solamente observo que mi atención se hace menos continuada y me veo obligado a recomenzar lo que fracasa por este motivo. Cuando llego al quinto misterio del Rosario, mi mente se ha alejado con frecuencia de María y ya no queda más que un suave

ronroneo que amenaza con ensordecer al Cielo. En primer lugar rezo unas decenas «especiales» compuestas de diez avemarias, una salve, un padrenuestro, un gloria y la siguiente oración: «¡Oh Jesús mío! Perdona nuestros pecados, presérvanos del fuego del infierno y lleva al Paraíso a todas las almas, especialmente a las más necesitadas de tu misericordia»¹⁰.

Cae la noche y me siento solo, lejos del calor. Pienso de nuevo con dolor en vosotros, hijitos míos. Cuando Dios me ilumina os amo en Él y confío, porque sé que Él también os ama; en los períodos de oscuridad os quiero de un modo mucho más humano y paternal y me preocupa vuestro destino en la tierra. Todos los días insisto con Pierrette o con su madre para que no dejen de educar a mi hijita en el amor de Jesús. Me han prometido que lo harán... ¿Por cuánto tiempo? ¿Cómo dar la fe si no se la posee? Por mucho que le inste a Pierrette: «Vuélvete hacia Dios», no me hace caso. Llevamos cuatro años en el mismo punto: ¡más adelante, más adelante...! No llegará muy lejos a causa de sus anárquicas ideas de rebeldía. En fin, confiemos. Dios es fiel y no permitirá que se escandalicen esos pequeñines a los que tanto ama. ¡Cuántas almas se pierden por culpa del ejemplo, de los planteamientos y de los argumentos de los padres! A pesar de todo, la vida es una bendición. Estoy seguro de que mi hijita y mi chiquito recibirán las gracias necesarias para superar felizmente todas las etapas de su vida. Pediré por ellos desde arriba y no los abandonaré nunca, exactamente como mamá lo está haciendo conmigo.

¹ Plegaria de los niños de Fátima.

Seguir paso a paso a Jesús en su Pasión al lado de María

Domingo 15 de septiembre

Hoy, *los Siete Dolores de Nuestra Señora*. He intentado quedarme junto a la cruz con María el mayor tiempo posible. Con motivo de la fiesta que celebramos he recibido muchos más dones todavía. Lo mismo sucedió en su Natividad: la Virgen quiso que me alegrara de su nacimiento y mi alma se estremeció de gozo durante todo el día. En la Transfixión el dolor era lo obligado y, al tiempo que hacía una profunda meditación, compartí la angustia de la Virgen.

«El acceso al tribunal romano estaba abierto a todo el mundo y ella pudo asistir a las espantosas escenas de la flagelación y del lavatorio de las manos oyendo el griterío de la turba y las protestas de Pilato. Por fin, pudo ver a Jesús saliendo por la puerta Antonia y comprendió cuál era el camino que iba a recorrer su Hijo. Por eso, al salir de una callejuela, Jesús se encontró a sólo unos pasos a Su madre sostenida por la Magdalena y el discípulo amado. ¿Quién podrá describir la enormidad de su dolor? Como dijo el profeta: 'Tu dolor es inmenso como el mar y no se le puede poner remedio. ¡Oh, vosotros, los que pasáis: decid si hay dolor comparable a mi dolor!'. Más tarde, las miradas de Jesús se dirigen desde lo alto de la cruz al grupito de amigos fieles, buscando a la que acudía a aquella cita de última hora. Desde el corazón de la madre de Dios subía al del Hijo una fervorosa súplica por el género humano del que Él le había hecho corredentora. Jesús lo comprendió perfectamente y, envolviendo a Su madre en una dulce mirada, dijo: '¡Mujer, he ahí a tu hijo!', es decir: '¡Oh, madre mía, reina y señora de todo lo que es mío: te confío a los hombres para que, desde ahora, seas su abogada!'. Y cuando descolgaron a Jesús de la cruz, vemos a María, desfalleciente, recibiendo sobre sus rodillas, entre lamentos y plegarias, la ca-

bezo, pálida y ensangrentada de su Hijo, ¿Hubo cu In pasión momento más doloroso? Sólo podría conlctsm nos el que dispuso en el Calvario dos altares para una doble inmólación: la de Su carne y la del corazón de Su madre. Cada ola de aquel océano de dolores parecía aniquilar y ahogar al alma, sin librar de su amargura a la siguiente. Y, según los místicos, después de bajar el cuerpo al pie de la colina para lavarlo y purificarlo, María se reservó la tarea de devolver al rostro parte de su dulce majestad: le arrancó las espinas clavadas en su carne, despegó los cabellos empapados de sangre y, poco a poco, hizo desaparecer la inmunda capa de polvo que lo hacía irreconocible. Pero pronto sus fuerzas traicionaron su entereza. A la vista de las llagas de las divinas manos se recrudecieron sus dolores de agonía y creyó morir de nuevo las mil muertes de la pasión hasta el punto de que, sin retirar la preciosa carga que estrechaba contra su pecho, hubo que sostenerla. Así prosiguió lentamente su tarea entre lamentos y lágrimas mientras que los pensamientos y los cuidados de los asistentes se dividían incesantemente entre la madre y el Hijo. De este modo la espada predicha por Siméon se había hundido en su pecho traspasándole el corazón. Para sondear en aquella herida sería necesaria la mirada de Aquel que sujetaba la espada mientras decía d" Si madre la corredentora del género humano».

¡Pobre María! Hay que amarla y respetarla. También ella, concebida sin mancha, se sometió al dolor, consecuencia del pecado de los hombres. Y, a pesar de su sufrimiento, deseaba la salvación del género humano. Ha perdonado el daño que le causaron los hombres al crucificar a su Hijo y, uniendo sus méritos a su condición de madre, se dirige a Él con todo su poder para que, una vez más, perdone los crímenes y los ultrajes que le hicieron padecer en la tierra. «Fue flagelado», dice el evangelio. ¿Comprendemos todo el dolor que estas palabras representan? Sigamos a Je-

sus y lloremos con las santas mujeres ante la descripción de lo que fue Su suplicio.

«El divino Maestro fue conducido hasta una columna de mármol fijada al suelo en el ángulo noroeste del pretorio. La escasa altura de esta columna obligaba a la víctima, maniatada, a mantenerse inclinada hacia adelante ofreciendo así la espalda a la acción de los látigos. Los verdugos lo desnudaron y le cubrieron el rostro con un paño para ocultar sus lágrimas y ahogar sus gemidos. Alrededor del poste se hizo un gran silencio en espera de la señal del procurador. El espectáculo tenía que ser horrible. A una orden del pretor, el verdugo empezó a golpear lentamente, distribuyendo los golpes sobre la carne palpitante a fin de no dejar un hueso sin herir. Los surcos se unían unos con otros en una cita sangrienta mientras el organismo se estremecía por una violenta conmoción. A continuación la piel se desprendió en sangrientos jirones, las costillas hundidas mostraron sus huesos y se hicieron realidad las palabras del salmista: 'Han golpeado mis espaldas como si fueran un yunque y se pueden contar todos mis huesos'. Tampoco la cara y los ojos de la víctima se libraron de los latigazos: los sayones se divertían golpeándole en el rostro para aumentar el dolor del suplicio. Cuanto más delicada es la constitución de un hombre, más capaz es de sufrir, y su energía no disminuye, sino que aumenta, la intensidad del dolor. Ahora bien, la humanidad no había tenido nunca un representante más perfecto y esa misma perfección de la carne y del espíritu añadía, a los golpes recibidos, una fuerza difícilmente imaginable. Nadie podría describir lo que padeció, sino el mismo Jesucristo en las confidencias de la bienaventurada eternidad. Mientras tanto, la flagelación llegaba a su fin. La víctima, destrozada y jadeante, se desplomó en el suelo enrojecido por la sangre. Los soldados desataron las manos del condenado, lo incorporaron y lo vistieron, devolviéndole sus ropas en espera de nuevas órdenes. Mientras aguardaban se les ocurrió una idea: iban a nombrarlo, a su modo,

rey de los judíos. Arrastrando a Jesús, lo llevaron al patio, donde convocaron a todos sus cohortes, unos quinientos hombres aproximadamente alojados en la Antonia. Mientras se acercaban, introdujeron a su víctima en el cuerpo de guardia, lo desnudaron y le cubrieron después los hombros con un manto de púrpura a semejanza del que vestían los monarcas el día de su proclamación. ¡Pero necesitan una corona! Un aro de juncos procedente de la paja de los establos hace el papel de diadema propiamente dicha. Después, clavan en el anillo unas ramas del espiño que, mezclado con la hojarasca, sirve para alimentar el fuego del vivac. Consiguen así un casquete del que emergen unos largos pinchos que recuerdan los rayos de las mitras caldeas. Pero ¡ay!: las espinas no sólo salen hacia afuera. Surgen de todas partes, tanto del interior como del exterior, agudas y punzantes, surcando la frente y el cráneo de Jesucristo. Por una cruel ironía, estamos en la época en la que florecen, y algunas flores blancas, abiertas sobre los tallos, simulan perlas con las que se mezclan los rubíes de las gotas de sangre pegadas a las espinas. Ahora, ¡un cetro!: una caña colocada entre las manos atadas del reo hará su papel. ¡Ya está todo dispuesto! Lo contemplan satisfechos; luego, abren la puerta tras la cual se agolpa la cohorte y entre risotadas y silbidos lo empujan hacia adelante. Unos jocosos aplausos son la respuesta. El espectáculo resulta ser un acierto digno de tales aclamaciones. Abren camino con fingido respeto y después cierran el círculo en torno a un resto de columna que uno de ellos ha tenido la feliz idea de hacer rodar hasta allí: '¡Siéntate!'. Cae sobre ese asiento rodante, que empujan malévolamente hasta tirar al suelo al infortunado que tropieza, se desploma y se levanta en medio de grandes dificultades apoyándose en las rodillas heridas y en las manos encadenadas. La caída altera la simetría de la corona: le arrancan el cetro de las manos cuspidas y le golpean con él la cabeza para clavar de nuevo las espinas. Luego organizan un solemne desfile: pasan lentamente ante él, doblan la rodilla y le dirigen el saludo tradicio-

nal: '¡Salve, rey de los judíos!'. El desfile se detiene de vez en cuando. Un soldado imagina una burla nueva: abofetea al reo, le escupe en el rostro y acaba por romperle la caña en la cabeza. Cada una de estas interrupciones da lugar a una brusca detención y algunos, perdiendo el equilibrio, caen sobre la víctima, pisoteada y medio asfixiada por la turba. En medio de estos ultrajes Jesús permanece en silencio, dejando correr sus lágrimas como única protesta: unas lágrimas que, nacidas de la debilidad humana ante la magnitud del dolor, brotan a pesar suyo.»

En la vida de los santos ni siquiera hay un atisbo de tibieza

Lunes 16 de septiembre

Esto no funciona muy bien hoy: me arrastro en una especie de semioscuridad, aunque menos acentuada que en la primera fase. Por otra parte, no siento disgusto, no me cuesta esfuerzo hacer lo que me he propuesto y no tengo deseos ni tentaciones especiales. Y esto es lo que me preocupa. En fin, paciencia... Sin embargo, después de mi conversación con el capellán me siento un poco desconcertado. Es un sabio, como muchos dominicos, pero, a fuerza de meditar, llegan a plantear una síntesis de conceptos filosóficos y religiosos que están muy lejos de la sencillez evangélica. Discurren demasiado y acaban por sembrar la confusión por todas partes sin que salga de ellos una conclusión definitiva. La discusión versaba en primer lugar sobre el infierno. Según lo que he creído entender, existe, por supuesto... pero en fin... al ser infinita la misericordia del Señor, podríamos imaginar que, aparte de los diablos y de algún otro mal tipo, allí no

se encuentran almas condenadas por toda la eternidad. Por otra parte, y en lo que se refiere al pecado, dan la impresión de tener en cuenta sobre todo la orientación general de la vida que se resume en lo positivo o lo negativo. Los altibajos que surgieran en ella serían secundarios siempre que estuviera orientada hacia el bien. No puedo decir, evidentemente, que esto sea falso, pero tal idea deja un no sé qué de amargo en la boca y entran ganas de pensar: ¿para qué? Eso es estimular la tibieza. Desde hace algún tiempo una especie de *apatía* se ha apoderado del clero haciéndole caer en una estéril rutina. *Cuando se leen las vidas de los santos no se encuentran en ellas ni «casi» ni tibieza.* Sus hechos, sus palabras y sus pensamientos están claramente definidos, y cuando dicen blanco, no significa que admitan un poco de negro. La verdad es *una, indivisible y eterna.* A pesar de toda la evolución científica, psiquiátrica y demás, lo que en tiempos de San Francisco de Asís agradaba al Señor continúa agradándole hoy. Yo quiero un infierno bien definido, con sus demonios y mucho fuego. Me es indispensable, de modo que espero que no me lo robe nadie. Por otra parte, estoy tranquilo: el evangelio está lleno de alusiones al respecto y, si hubiera que interpretar así las palabras de Cristo, lo mismo daría hacerse budista. Además, conservo en mi memoria las palabras de la Virgen de Fátima: *«Rezad por los pecadores; van demasiadas almas al infierno porque nadie pide por ellas»*, así como la descripción que del infierno hicieron los pastorcillos. ¡Eso, por lo menos, está bien claro! María habla extensamente de la misericordia de Dios, pero pide también a cada uno de los niños que recen un Rosario diario, un hecho que, en

todo caso, implica algo más. También en Lourdes: «*Rezad por los pecadores*». *Si el infierno no es más que un espantapájaros, no comprendo los padecimientos de Cristo ni la Comunión de los santos; si fuera así, el Evangelio no habría dicho la verdad.* Jesús, por su parte, no se cansa de afirmar que el mundo está perdido: «*Si fueseis del mundo, el mundo os amaría, pero como no sois del mundo, sino que Yo os he sacado del mundo, por eso, el mundo os aborrece*» (San Juan). Y, además, basta constatar las consecuencias del pecado aquí abajo para comprender su gravedad. Si nosotros que somos débiles tenemos que soportar tales padecimientos, ¿qué se puede decir de las almas inmortales que contemplan todas las cosas sin velo alguno? Y, además, el Cielo, cuyas maravillas son inefables, no puede existir más que porque hay un infierno para mejor subrayar el contraste. Tanto como abunda la alegría en el Cielo, reina el dolor en el infierno.

Poco a poco muero para la tierra y nazco para el Cielo

Martes 17 de diciembre

Continúo siempre dividido entre la oscuridad y el consuelo sensible, y querría tocar el fondo del uno para trepar a la cumbre del otro. Me veo revestido de fortaleza y cumplo fácilmente todo lo que me he propuesto. Sin embargo, mi mente ya no está continuamente orientada hacia Dios y durante muchas meditaciones he saltado de lo religioso a lo profano, de modo que creo estar rezando menos y apartándome de Dios. Ahora hace exactamente una semana que comencé a descender hacia el valle y sus sombras. Aún no he tocado fondo y, de aquí a unos días, beberé has-

ta las heces la copa de la amargura de una completa soledad. Por otra parte, y desde el punto de vista religioso, mis relaciones con la familia son más bien escasas. No me comprenden y, además, no pueden comprenderme. Y, si estuviera en libertad, quizá tampoco me comprendería yo. Lo más deprimente es que todos parecen considerar mi fe como un fenómeno de autosugestión ampliado por el excepcional momento que estoy viviendo actualmente. Miran con desconfianza mi exaltación y cuando les comunico que estoy atravesando un período de oscuridad ¡los noto más tranquilos! No entienden absolutamente nada. Para purificarme interiormente, Dios utiliza el procedimiento de elevarme cada vez más arriba, en peldaños sucesivos alternados con caídas más o menos aparatosas. Estas variaciones me hacen sufrir mucho, en primer lugar porque pierdo el disfrute de Dios y luego, porque tengo que perseverar en mis propósitos, tanto en la luz como en la oscuridad. Durante unas semanas me encuentro aplastado, retorcido... El Señor extrae de mí todo lo que puede, afinando en los detalles para que pueda presentarme *«santo e inmaculado ante Su presencia en el Amor»*. Eso es lo que me gustaría hacer comprender. *No contempla a Cristo quien no está plenamente purificado*. Hace ya mucho tiempo que sé lo que significa sufrir. Como me ha escrito el padre Thomas: «Ahora, hermanito querido, ya no estás condenado por tu culpa; todo está ampliamente superado. En la muerte ves la vida y en el castigo solamente quieres ver amor...». *En fin, pronto estaré en el Cielo*. Allí me reuniré con mi madre, conoceré a mi hermanita y, desde arriba, rezaré por mis hijos. Me falta, por supuesto, beber hasta la últi-

ma gota del cáliz. Estas prolongadas esperas en la noche, con el espectro del cadalso al amanecer son, evidentemente, ricas en angustias de todas clases. Creo que en un momento así, dudar de la fe sería el peor suplicio. ¡Qué agonía! De hecho, a pesar de estar vivo y sano, llevo dos meses en agonía. *Muero poco a poco para la tierra y nazco para el Cielo*. Mi alma se eleva un poco más cada día hacia Dios y dentro de poco estaré preparado para que el jardinero celestial me trasplante a los jardines del paraíso. ¡Qué eternidad de dicha se presenta ante mí!

Germina la semilla del Evangelio lanzada a los cuatro vientos

Miércoles 18 de septiembre

En conjunto, un hermoso día. Continúo en estado estacionario, sin Presencia sensible, pero sin oscuridad. ¿Voy a bajar de nuevo? ¡No lo sé! Lo único importante es tener fortaleza para hacer lo que el Señor quiere que haga. Esta mañana tengo una buena noticia: me han dicho que un compañero con el que pasé varios meses¹¹ se ha bautizado y también ha comulgado en estos días. Parece ser que las conversaciones que hemos mantenido le han hecho ir meditando poco a poco sobre su vida y, por fin, se ha convertido. *Me siento feliz por haber servido de instrumento al Señor*. No nos damos cuenta, pero *la semilla del Evangelio lanzada a los cuatro vientos germina y da fruto* mientras nuestra mente ni siquiera recuerda dónde

¹¹ Jacques estuvo siempre solo en su celda. Cuando habla de un camarada se refiere seguramente al compañero de cadena con el que charlaba durante el paseo.

ha caído el grano. ¡Otra noticia! *El matrimonio religioso* podrá celebrarse en breve y de un modo estu-pendo, ya que sólo será válido en el caso de que denieguen el indulto. En fin, el padre Thomas se está ocupando de todo. Yo confío en él y todo ha de ser para bien. Mira, *voy a poder marcharme completamente tranquilo* por casi todo. He puesto el futuro de mis hijitos en las manos de la Santísima Virgen y estoy se-guro de que los protegerá.

Acabo de leer unas líneas sobre la opinión de los teólogos en lo que se refiere al momento de la separación del alma y el cuerpo. Evidentemente, nadie sabe nada en concreto y sólo se pueden plantear hipótesis más o menos fundadas. Sin embargo, lo que he leído es muy curioso: según ellos, el alma que sube a Dios totalmente purificada no es admitida inmediatamente en el Paraíso sino que durante cierto tiempo perma-nece en una como antesala del Cielo donde vendrá a buscarla la misericordia divina. No es el Purgatorio, si-no -si puedo decirlo así- una especie de taller de puli-do. Parece ser que esta tesis está aceptada como proba-ble. Una vez admitida en el Cielo, el alma se juzgaría viéndose delante de Dios y, al tener blanqueados sus pecados, nada se opondría a que, por fin, accediera a una eternidad feliz. Por el contrario, un alma cuyos pe-cados no estuvieran expiados no podría resistir el he-cho de presentarse delante de Dios. Su purificación consistirá en tener el conocimiento de Dios, pero sién-dole imposible gozar de Él, lo que le producirá un su-frimiento insoportable hasta el momento en que todos sus pecados queden expiados. En fin, estemos seguros de que todo es para bien y de que, para el alma elegida, la realidad superará todo lo que ella pueda esperar.

Cae la noche. Un día más del pasado, que me acerca al final del destierro. *Pronto, muy pronto, llegará Jesús.* Sin embargo, no soy capaz de contemplar el futuro con el realismo necesario. Dios me concede la *gracia de no dejarme vivir más que en el presente.* A cada día le basta su propio afán. Actualmente me estoy purificando de un modo intenso, sobre todo ahora, en este período de oscuridad, y no puedo vivir preocupándome por el futuro. De todos modos, como la amenaza se va concretando, la confusión empieza a apoderarse de mí.

Dentro de unos días vendrá a buscar mi alma

Jueves 19 de septiembre

¡Ya está! *Jesús viene, está a las puertas, dentro de unos días vendrá a buscar mi alma.* Es la *última batalla*, la más dura, la batalla contra la muerte. Ahora voy a sufrir realmente en el alma y en el cuerpo. ¡Que se haga la voluntad de Dios! Es necesario beber el cáliz hasta las heces y espero ser digno de aquellos que, con su sangre, supieron dar testimonio de su fe en Jesucristo resucitado. Hace apenas una hora mi abogado me ha hecho una breve visita para anunciarme que el Presidente de la República le aconsejaba presentar la petición de indulto el 24 de este mes. El Consejo Superior de la Magistratura se reunirá un par de días después y el asunto, debatido en común, llegará a la conclusión lógica y prevista desde hace dos meses: la ejecución. Probablemente tendrá lugar el 27 de septiembre, o quizá el lunes, martes o miércoles siguientes. Espero que, dentro de poco, mi abogado me concrete al menos la fecha de reunión del

Consejo de la Magistratura para, de este modo, no permanecer en suspenso demasiado tiempo. /1;/mi-
madamente ocho días de vida, quince lo más. ¡Jesús misericordioso, ten compasión de mí! Evidentemente, me siento un poco angustiado y en algunos momentos experimento una opresión en el corazón. Sin embargo, esta angustia no es insoportable ni tampoco desesperada. *La ofrezco a Jesús y esta sola idea me proporciona paz. En algunos momentos llego a sentirme feliz ante el pensamiento de ir a reunirme con mi Jesús*, pero la angustia es el sentimiento de fondo. Es cierto que a partir del próximo martes voy a vivir en tensión y, cuantos más días pasen, más aumentará mi angustia, a menos que el Señor me conduzca de nuevo a las cumbres de las que me hizo bajar unos días atrás. En ese caso la muerte será un gozo suplementario y morir un placer. No nos preocupemos por lo que vaya a suceder. *Dios es fiel y, con la prueba, nos da las fuerzas necesarias*, de modo que un cristiano tiene la posibilidad de superar hasta el final la angustia que le invade. ¡Si Jesús está a nuestro lado, no desfalleceremos jamás! Ahora tendré que vivir más íntimamente unido a Cristo, aunque no veo qué más puedo hacer. *¿Prolongar las oraciones de la noche? ¿Rezar un Rosario entero en lugar de medio? Se puede hacer, evidentemente. En lo que se refiere a la comida y, aunque tengo hambre a todas horas, apenas como: pan, sopa, agua y, a mediodía, un trocito de carne (excepto los viernes). Podría suprimir la carne y creo que, a partir del próximo lunes, así lo haré. Considerar el domingo como el último día de la vida terrena y después practicaré la más estricta penitencia ascética. Es preciso que pueda llegar a decirme a mí mismo: he*

dado absolutamente todo, excepto lo indispensable para vivir. Aunque, en el fondo, siempre podemos ofrecer algo más de lo que considerábamos el límite... Cae la noche y me siento bastante solo, un poco nervioso y, sobre todo, impresionado ante la proximidad de la muerte. Espero que dentro de unos días Jesús vuelva a mi corazón y me ayude a destruir en él todo obstáculo para mi entrada en el Paraíso. La oscuridad es, evidentemente, un hecho normal, pero en fin... en un caso como el mío quizá haya excepciones. Hace ya diez días que vivo en esta soledad. Y estoy seguro de que, dentro de poco, voy a recuperar el fervor. Bueno, no vale la pena insistir en este aspecto secundario.

¡Dios mío, qué alegría siento esta noche en el corazón!

Viernes 20 de septiembre

Aquí estoy, tras el fervoroso sentimiento del día. A lo largo de la mañana me he sentido lleno de alegría y advierto, gozoso, que la mano de María me protege incesantemente. La angustia que padecía se ha convertido en júbilo. Se la ofrezco a Jesús y solamente deseo unirme más y más a Cristo crucificado. Esta mañana he recibido la comunión. *\Qué admirable es la Misal*

«¡Mira!», dicen las luces y las sombras de todas las capillas, «¡mira quién es Dios! Comprende lo que es la Misa. ¡Mira a Cristo en la cruz! ¡Contempla sus llagas, sus manos destrozadas... contempla al Rey de la gloria coronado de espinas! ¿Sabes lo que es el amor? Ahí tienes al Amor -en la cruz-, ahí lo tienes, soportando los clavos, las espinas y el látigo cargado de plomo; roto en pedazos y sangrando a mares a causa de tus pecados,

sangrando a mares a causa de unas personas i/m- un l> conocerán jamás, que no pensarán jamas cu /•,/' /// n-cardarán Su sacrificio. ¡Aprende de Él a amai a I)i<>| \ a amar a los hombres! Aprende de esta cruz, de este amor, a darle tu vida. Mira la gloria de Dios elevándose hacia Él gracias a este sacrificio incomprensible e infinito en el que empiezan y acaban la Historia y todas las vidas humanas; en el que todo está relatado, señalado y dispuesto para la alegría o para el dolor: único punto de reunión de todas las verdades exteriores a Dios, sus grutas, sus hogares, el amor. ¿Sabes lo que es el amor? Tú, que has atraído todo hacia tu nada, no lo has sabido nunca... He aquí el amor: en este cáliz lleno de sangre... he aquí el sacrificio. ¿No sabes que amar significa morir por el amor del amado? ¿Dónde está tu amor? ¿Dónde está tu cruz, si dices que quieres seguirme, si pretendes amarme?»

Mi cruz se acerca con la claridad de los objetos que, al salir de la niebla, se aparecen súbitamente a nuestra mirada sorprendida. Cada día siento un horror mayor. No puedo evitar que la idea obsesione mi mente dándole a conocer anticipadamente toda su amargura. Y, sin embargo, junto a Jesús no me siento consternado. ¡Yo no sufriré físicamente mientras que Él...! ¿Quién es consciente del suplicio que supone una crucifixión, el más cruel y terrible de todos los suplicios?

«El reo estaba tendido sobre el madero, con los brazos extendidos, atado para paralizar su resistencia y sujeto por clavos de cabeza ancha para evitar que el peso hiciera delizarse el cuerpo al levantar la cruz. Los clavos de las manos atravesaban las palmas o las muñecas; los de los pies se hundían en el grosor del metatarso y salían por las plantas que, pegadas al madero, hacían elevarse ligeramente a las piernas. Cuando levantaban la cruz, la postura del reo llegaba a ser inso-

portable por la proyección del torso hacia adelante o por dejar caer el peso del cuerpo sobre las rodillas encogidas. Los dolores y contracciones que sobrevenían eran capaces de rajar las manos y esto se evitaba sujetando pecho y cintura con cuerdas, sobre todo para disminuir el choque en el momento de plantar el madero. A causa de la posición, la hemorragia de las manos se detenía pronto; los pies sangraban más, ciertamente, pero menos de lo que podría parecer. En efecto, la sangre circulaba en sentido contrario y como invertido. Las arterias llevaban la sangre hacia las partes del cuerpo más fuertemente comprimidas, y en tal abundancia, que las venas no lograban devolverla. A causa de los obstáculos que suponían los extremos de los brazos y las piernas, la aorta hacía afluir la sangre al vientre y sobre todo, a la cabeza, en la que la presión de las carótidas producía un vivo enrojecimiento del rostro y un dolor general intolerable. Lo peor era que la aorta, al no poder enviar la sangre a los miembros -que estaban inundados-, dejaba de recibir la que procedía del ventrículo izquierdo del corazón. A su vez, a éste no llegaba libremente la sangre de los pulmones, y el ventrículo derecho, al no poder enviar a los pulmones, ya repletos, la sangre que bombeaba, culminaba el desorden y producía un dolor peor que la muerte. La tremenda característica del suplicio de la cruz radicaba en que el crucificado podía vivir en aquel estado horrible hasta tres o cuatro días... Los crucificados de complexión fuerte morían de hambre. La intención de aquel cruel tormento no era la de matar directamente al condenado con lesiones concretas, sino la de exponer al esclavo, clavado por las manos de las que había hecho un mal uso, dejándolo pudrirse en la cruz.»

«El más terrible y cruel de los suplicios», comenta Cicerón. Esto es lo que nuestro Salvador soportó voluntariamente por nuestros pecados. Sigamos junto a María, Su madre, y contemplemos con angustia el triste espectáculo que se ofrece a nuestras miradas:

«Tras haber humedecido sus labios en el vino mu mirra, Jesús torció la cabeza. Los verdugos no se pico cuparon y, siguiendo la costumbre, lo despojaron de sus vestiduras. La carne, rasgada por los latigazos, magullada por las caídas y ensangrentada de nuevo por el brutal modo de desnudarle, era un espectáculo lamentable, así como la víctima, que temblaba a causa de la humillación sufrida ante todo el pueblo. Dobló las rodillas y se arrastró hasta el instrumento del suplicio tendiéndose encima sin decir palabra. Adosaron entonces su mano derecha al extremo del madero transversal y, con un golpe seco, uno de los verdugos la fijó con un clavo estriado de diez centímetros de longitud. Brotó la sangre, se contrajeron los dedos y los labios de la víctima dejaron escapar un gemido. Un golpe más: la mano izquierda se adhería al madero. Una vez clavadas las dos, les llegó el turno a los pies. Un temblor horrible agitaba al condenado mientras le colocaban las piernas medio dobladas sobre el tronco del árbol maldito. ¡Poco les importaba a aquellos sayones, acostumbrados a tales espasmos y deseosos de terminar de una vez! Mientras una brutal presión mantenía los pies en el lugar indicado, los martillazos hundían rápidamente los restantes clavos. Después, satisfechos de su tarea, los verdugos se incorporaron entre risotadas: '¡Ahora, galilea, si eres el Hijo de Dios, líbrate!'. El cuerpo se retorció en un esfuerzo desesperado por adoptar la postura menos dolorosa en aquel lecho fúnebre: el pecho se dilataba para expeler el aire mientras la cabeza se volvía en una torsión que retorció los brazos, obligándoles, a su vez, a horribles sacudidas. Luego las convulsiones continuaron, llegando a los riñones y bajando hasta las rodillas para acabar en los pies, cuyos dedos crispados arañaban el madero. El corazón latía con fuerza; la boca jadeaba por los sollozos; por sus mejillas corrían las lágrimas mientras que los ojos, desorbitados, pedían un poco de compasión y consuelo».

Señor, ¡qué alegría siento dentro de mí! No más angustias, no más temores. La Virgen Santísima los ha eliminado.

¡Mi hijita según la carne, mi hija en Dios!

Sábado 21 de septiembre

Ayer estuve contento y muy cerca de Dios. Hoy, aunque el consuelo sensible en gran parte ha desaparecido, no siento angustia de ninguna clase. No importa que mi imaginación me ofrezca las más terribles escenas. ¡No! *El corazón permanece firme y sólo se conmueve ante el temor de ofender a Dios.* No pido nada ¡y me guardaré de hacerlo! Con la ayuda de la gracia estoy dispuesto a soportar todos los padecimientos que el Señor quiera enviarme. Además, compruebo que las cosas insignificantes me hacen sufrir más que la proximidad de esta siniestra ejecución. Hace cuatro o cinco días que *he entablado una penosa batalla con un trozo de chocolate.* Guardo todavía algunas tabletas que me fascinan; tengo unas ganas enormes de comérmelas (ganas que temo llevar conmigo a la eternidad) y, sin embargo, no quiero tocarlas. Me gusta el chocolate y, al no comer nada de dulce en todo el día, conservo en la boca un gusto amargo que el sabor del cacao calmaría al momento. He llegado a abrir la boca para comérmelo, pero en el último segundo he triunfado, no sin esfuerzo, sobre esta terrible ansia. ¡Un combate infantil!, se me puede decir. Ya lo sé. Pero estoy seguro de que *con ese chocolate hago mayor bien a mi alma que con muchas oraciones.* Ahora que se acerca mi fin he tomado ciertas decisiones suplementarias. *Rezo un Rosario com-*

pleto a las 2 de la mañana y he añadido un *vin t in* \ / diario y unas oraciones especiales por los que \an .1 morir. A partir del lunes, ni un bocado de carne. Mi pondré a régimen de pan y sopa y, tres veces por semana, un poco de mermelada. Hace días que he suprimido el tabaco y me he guardado el respeto humano en el bolsillo. A pesar de todo me siento algo confuso, pues compruebo que, en el fondo, mi naturaleza sigue siendo la de siempre. La propia esencia del ser es mala y presiento en mí grandes posibilidades de caída. ¿De qué no seré capaz? Creo que este sentimiento, común a todos los mortales, debe ayudarnos a crecer en humildad:

«Sepamos soportarnos en medio de nuestras propias miserias y, si llegamos a caer, examinemos inmediatamente nuestro corazón y preguntémosle si continúa vivo y pleno su propósito de servir a Dios. Me he visto sorprendido, nos dirá, y no sé cómo. ¡Ah!, hay que perdonarle: no ha caído por infidelidad, sino por debilidad».

Acabo de leer un reconfortante pasaje sobre las ocupaciones celestiales:

«Si habéis sido fieles y valerosos, Dios se os dará con toda Su riqueza, Su felicidad y Su gloria. Después de las ansias de la agonía entraréis en un descanso indescriptible, en una luz deslumbradora...; cuanto más hayáis sufrido, más bendecidos seréis; vuestro corazón V vuestra alma sólo buscarán a Dios. Y no creáis que hay que renunciar a la esperanza de conservar en el Cielo los lazos de vuestros legítimos afectos, ¡oh, no! Todo lo verdadero, todo lo bueno, todo lo puro, todo lo que se basa en Dios y en Su voluntad, subsiste y vive en el Cielo. Allí, pues, seguiréis amando a los que habéis amado según Dios en la tierra; allí también pensaréis en ellos; allí rezaréis por ellos y Dios, en Su provi-

dencia solícita, os dará a conocer las necesidades de esas almas queridas para que podáis aliviarlas y consolarlas. ¿No son estos unos consuelos inefables?».

A la luz de estas líneas comprendo mejor la necesidad de mi matrimonio religioso. Dios ha previsto concederme, en los días que me quedan, la gracia de ocuparme de mi hijita y de rezar por ella. Con este fin actúa, de modo que *mi hija según la carne se convierta en mi hija ante Dios*, y que así se perfeccionen los lazos que nos unen según la carne. Te alabo, divina Providencia, por anticiparme *en vida las alegrías del Paraíso*.

Hace un rato recordaba mi fervor de ayer y me sentía conmovido. ¡Qué bueno es nuestro Señor! Me ha visto angustiado y, para demostrarme que siempre está cerca de mí, ha regresado a mi corazón durante unas horas. Estoy reconfortado y no temo a nada. Y, además, si no los paso junto a Dios, los días de vida que me quedan me parecen tan largos que tengo la impresión de disponer aún de mucho tiempo. *Vivo en el presente*; solamente me encuentro con Dios ahora y el mañana se me aparece muy lejano.

¡Dentro de ocho días, en el Cielo! Pero Jesús estará a mi lado hasta el final

Domingo 22 de septiembre

Ayer tarde y por la noche recuperé todo el calor del amor divino y así mis oraciones dieron paso a una perfecta unión con Dios en cuerpo y en espíritu. Aún siento una angustia terrible al pensar en el demonio y tengo la clara impresión de que hay alguien a mis espaldas. ¡Imaginaciones! Posiblemente, si Satanás qui-

siera confundirme, lo haría mejor que yo cuando pienso en él. En fin, no haré caso. Esta mañana me mantengo en medio de una calma perfecta y de una paz y tranquilidad de alma indescriptibles. *En cuanto pienso en Jesús se me derrite el corazón* e impulsándome hacia Dios me inunda de alegría. En esos instantes tengo la impresión de no estar sometido a la gravedad; cada vez que respiro me siento aspirado hacia el Cielo y me parece abandonar la tierra para volar en cuerpo y alma al Paraíso. *Rodeado de una barrera infranqueable de gracias y oraciones*, el amor de Jesús me transporta, y me dirijo hacia el Cielo en un vehículo de luz que me evita las sacudidas y los golpes de la vía estrecha. ¡Oh, Jesús! ¡Cuántas acciones de gracias y cuánta gratitud te debo! *Mis penas se han convertido en gozo*, y ninguna alegría terrena podría sustituir a la dulzura y suavidad de tales transportes. Esto es lo que llega a hacer el amor de Dios en un alma que era floja, sucia y miserable. ¿Qué mérito tengo yo? Ninguno, excepto *el de haber permitido que mi Jesús modelara mi alma a Su voluntad*.

Cae la noche y acabo de pasar unas horas menos dulces que las de la mañana. Padezco una especie de angustia nerviosa causada por el ruido y el griterío de los reclusos que pasean por el patio. Además, mi vecino ha tenido un ataque epiléptico, algo que siempre me impresiona, y la dulce paz de la mañana se ha desvanecido. Siempre ocurre lo mismo: las mejores horas son las de la mañana y las de la noche. Entonces *estoy completamente solo en medio del silencio y la oscuridad y puedo rezar con devoción*.

«No estaba en el ulular del viento ni en el estruendo del terremoto, sino en el suave susurro de la fuente. Y habló a Elías »ⁿ.

Si pudiera expresar un deseo sería el de que nadie pronuncie una palabra el día de mi ejecución. ¡Ay!, es muy poco probable.

¡Y un domingo más que termina! Quizá el último que me queda. No llego a darme perfecta cuenta de *dentro de ocho días puedo estar en el Cielo*. Evidentemente, es una idea extraordinaria que la naturaleza rechaza enérgicamente a pesar de la dulzura que acompaña a la palabra «cielo». Mi carne sabe muy bien dónde va para no protestar. Los dedos que se deslizan sobre esta página pronto estarán fríos e inmóviles y los huesos perforarán la piel antes de caer convertidos en polvo según el orden normal de las cosas. Me da lo mismo: *dentro de poco tendré un estupendo cuerpo luminoso y habré triunfado de la muerte*. «¡Oh, muerte! ¿dónde está tu victoria?» Así que tampoco esta idea puede turbarme. ¿Qué es lo que me inquieta, pues? ¿El miedo animal a la muerte? No excesivamente. Es más bien *el temor a morir mal*, a pecar por un movimiento de rebeldía o algo parecido. Tengo miedo de mi orgullo en los últimos momentos. «¡Oh, hombre de poca fe!», me diría Jesús, «tanto tiempo protegiéndote ¿y todavía tienes miedo?» Como si no supiera *que Jesús estará a mi lado hasta el final* y que, por terrible que sea la prueba, siempre será más fuerte la gracia. Otra debilidad de mi corazón. Una más. A lo que he de temer es a atormentarme inútilmente. No tendría que pensar más que en rezar

¹² Ver e] encuentro de Elías con Dios en / *Reyes*, 19, 9-14.

y en alabar al Señor dándole gracias por sus innumerables beneficios. Ese temor me demuestra que aún no todo está muerto en mí. Todavía me queda amor propio y haría mejor en intentar borrarlo. Dios no condena la angustia ni el miedo físico porque no podemos nada en contra de ellos; pero quiere que depositemos toda nuestra confianza en Él sin tratar de reservarnos ciertas fuerzas personales «por si fallara» la gracia. En fin, también los apóstoles dudaron y Jesús los amó aún más a causa de su debilidad. ¡Y Dios conoce mi debilidad!

¡Ya voy, Jesús! ¡A mí, la gloria!

Lunes 23 de septiembre

Esta mañana me encuentro bañado en una paz y una calma asombrosas. Tengo la mente lúcida y clara y nada puede llegar a impresionarme, al menos en los pensamientos. Me duele otra vez el brazo y escribo con dificultad, cosa que me disgusta porque tengo un montón de cartas que enviar. Esta mañana ha venido a verme el capellán y le he pedido que, en los días que me quedan de estar en este mundo, me traiga la comunión más frecuentemente. Vendrá mañana, el miércoles y quizá el jueves. Me siento feliz. Ahora estoy viviendo cada vez más unido a Jesús y me apresuro a renunciar a todo para matar todo en mí. No apearme a nada para tener el corazón libre y enteramente vuelto hacia Dios. Realmente no tengo muchas ataduras en la tierra, así que no sufriré por las cosas de aquí abajo.

Esta tarde me veo de nuevo entregado a mí mismo, con un malestar que hace, de cada momento,

una carga. No tengo ganas de nada, excepto de comer, y estoy de bastante malhumor. Mi alma es como un camaleón. Pasa alternativamente de la paz al disgusto, de la angustia a la alegría y de la resignación a la cólera. Esas variaciones contraen y dilatan mi alma, un hecho molesto para el estómago que protesta sin cesar. Lo terrible es que tan pronto siento un violento deseo de las cosas eternas como de las terrenales. Esto debería acrecentar mi humildad y el desprecio de mí mismo. Sólo soy un hombre y desearía ser un ángel. De cualquier modo, ¡la naturaleza humana no es muy hermosa! El animal ancestral está dispuesto a saltar de su madriguera en cuanto la gracia se retira del alma. «¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Veo esta ley en mí: cuando quiero hacer el bien, es el mal lo que hago» (San Pablo). En fin, paciencia. ¡Se acerca el final! *¿Dos días, tres, cuatro quizá? Y, sin embargo, este corto plazo me parece una eternidad.*

Acabo de saber que la ejecución tiene lugar 48 horas después de la decisión del Consejo Superior de la Magistratura. Ahora se trata, pues, de saber el día que el Presidente convocará al Consejo. ¡Parece ser que aún puede tardar ocho días! Lo habitual es que sean dos o tres: es decir, convocatoria el jueves y ejecución el sábado por la mañana. Espero que mi abogado me informe mañana sobre el tema. La auténtica confianza en Dios consistiría en no preocuparse por ello, sino de morir a todo lo que no sea Dios. Prefiero saberlo para estar preparado, evidentemente, pero también para arreglar como es debido algunos asuntos familiares. En este instante acabo de recibir la visita de mi abogado. La convocatoria tendrá lugar el jueves y la

ejecución probablemente el sábado; casi seguramente. ¡Ya está decidido! *Nada más que cuatro días de vida. ¡Por lo menos está claro!* La familia, naturalmente, está hundida, y ahora empieza a ser consciente de la proximidad de la hora fatal. El viernes vendrán a verme y yo pienso conducir por el buan camino a todos esos paganos: «No lloréis por mí, hijas de Jerusalem, llorad más bien por vosotras y por vuestros pecados... Porque si así se trata al árbol verde ¿qué se hará con el seco?». ¡Ojalá comprendan que esta ejecución, que les aterra, no es más que un ensayo atenuado de lo que les puede esperar arriba! Si Pierrette hubiera vuelto a la fe cuando se lo dije, ahora tendría la fortaleza necesaria para afrontar esta prueba, pero naturalmente en el momento actual se derrumba. Respecto a mi padre, *espero que el dolor que va a experimentar suba directamente al corazón de Jesús y que sus ojos se abran fácilmente a las verdades eternas.* Estoy convencido de la salvación de todos, pero probablemente todavía han de sufrir mucho. El jueves tengo una entrevista suplementaria con mi amigo el fraile: vendrá a traerme el consuelo de sus palabras de sacerdote y hermano en Jesús, y yo me alegro muchísimo de verlo.

¡Jesús, Señor, ya voy! ¡A mí, la gloria!: «Feliz el hombre que sufre valerosamente la prueba, pues, una vez probado, recibirá la corona de gloria, el galardón de los que le aman». *¡Señor mío y Dios mío: voy a verte cara a cara!*

Dejo la justicia en manos de Dios

Martes 24 de septiembre

¡Por fin! Llegó el gran día. En unos instantes mi abogado se entrevistará con el presidente, así que dentro de unas horas mi suerte estará echada. La Iglesia celebra hoy justamente la fiesta de la Santísima Virgen de las Mercedes, que quiso fundar un Orden para la liberación de los presos. ¡Ojalá nuestra Madre libre completamente a mi alma de los lazos del pecado, de la angustia y de las debilidades de mi carne! Esta mañana sigo sintiéndome en paz y hasta olvido que dentro de tres días voy a ser ejecutado. ¡Cuántas gracias voy a poder alcanzar! *Las oraciones de mis amigos me acompañan* y arrancarán de Dios los dones necesarios en mis circunstancias para que yo camine hacia el Cielo por una senda de terciopelo.

La cosa va peor por la tarde. Me pongo nervioso fácilmente y no hago mucho caso de los discursos que tengo que oír. Adivino que algunas personas piensan que esta ejecución es justa y que no hay motivos para hacer tanta historia. Ésa es la mentalidad del ojo por ojo y diente por diente; creo que caigo mal por ser hijo de buena familia: la envidia es mala consejera. Hay otros que no piensan así, pero -dicen- no es asunto suyo... Cada vez que me altero de este modo, procuro relacionar con Jesús este odio más o menos disfrazado. Me imagino a Cristo en presencia de Pilato, cargando con su cruz o crucificado. ¿Cuántas risas insultantes, cuántas burlas oiría? Ante esta evocación, me gusta decir como Clodoveo al obispo Saint-Rémi: «¡Ah, si yo hubiese estado allí con mi buena espada...!». Sin embargo, hay que callar y permanecer tranquilo. Jesús dejó vivo e impune al Sanhedrin que

lo hizo crucificar. ¡Cómo reirían aquellos sepulcros blanqueados tras la muerte del Salvador! El tiempo no cuenta para Dios. Abandona a Sus enemigos a sus ilusiones y, en medio de la majestad de Su justicia, los espera en el momento de la muerte.

Acabo de tener una larga entrevista con mi abogado. Una visita esperada, por supuesto. El resultado es, efectivamente, el que yo esperaba, aunque me ha conmovido una frase del Presidente de la República: «Digán a Jacques Fesch que le felicito por lo que ha llegado a ser». Me dicen que el deseo del Presidente es que sea el Consejo quien decida y así deja la responsabilidad de mi muerte en manos de un grupo de hombres. No me interesa: *volvamos mejor al Paraíso y a los ángeles*. Me doy cuenta de que estoy a punto de caer suavemente en un error: ¡los escrúpulos! Tengo siempre miedo de pecar y la idea me crispa. Cuando quiero confesarme, pienso en primer lugar en los pecados que he podido cometer, ¡pero no los encuentro! Y me preocupa tanto, que pecho a fuerza de buscar faltas donde no las hay. Todo ello me crea un ambiente penoso en el que no reina la confianza. Por ejemplo, me propongo un régimen alimenticio draconiano que satisfaría al monasterio más exigente y llego a pensar que, si me tomo un terrón de azúcar, cometo un pecado terrible. Así que, para terminar de una vez con esas estupideces, me he comido ocho galletas. No es que me apetezcan extraordinariamente, pero me las he tragado para volver al camino recto. ¡Tengo siempre tanto miedo de disgustar a Jesús! Además, *he recibido tanto que es preciso que también entregue alguna cosita*.

Esta noche me siento en paz y *hasta con el corazón algo henchido de gozo divino*. Mis oraciones flu-

yen como la miel y me alegro de ir al encuentro de Jesús. La administración, sin embargo, empieza a desconfiar y vienen frecuentemente a ver cómo me encuentro... Hasta se han llevado una lata vacía por si... en la soledad de la celda una vena se corta fácilmente, y la víctima destinada a la guillotina podría cometer un abominable desafío al reglamento... ¡Cuántos problemas!...

No moriré: no haré más que cambiar de vida

Miércoles 25 de septiembre

Desde esta mañana una paz deliciosa invade mi alma. Jesús me transporta más allá del tiempo, de la angustia y de estas cuatro paredes. *Las fuentes de agua viva fluyen a mi alma y nada puede perturbarla. ¡Qué feliz soy!* Dentro de poco veré a mi familia -papá y Pierrrette-, probablemente por última vez. Tendré que hablarles sencilla y firmemente: que se vuelvan hacia Dios con el firme deseo de encontrarle. En fin, espero que la noticia de mi muerte les conmocione y que se encuentren con Él en medio de su inmenso dolor. Tengo gran cantidad de cosas que pedirles, especialmente respecto a Véronique y a su hermano. Desearía que, más adelante, mi hijita Véronique conociera a ese niño y que ambos llegaran a quererse. Me preocupa sobre todo mi pequeño Gérard, porque corre el riesgo de convertirse en un huérfano. Un lazo tan tierno supondría un gran apoyo para él. Y, también a través de estas líneas, repito mis deseos por si cayeran en el olvido: que Véronique haga todo lo posible por encontrar a su hermano y que los dos permanezcan unidos en Dios. Si Jesús lo permite, mi único deseo en el Cielo será el

de velar por mis hijos a fin de que *ellos se regocijen también con todos los santos* por haber sido admitidos a contemplar la luz celestial. *No moriré, no haré más que cambiar de vida.* Felices los que, como yo, creen en que su madre está rezando por ellos y protegiéndolos. No hay que olvidar que nos reuniremos allí arriba y que *la muerte no afecta* a los cariños terrenales, sino que los eleva, los purifica y los acrecienta. Ocurra lo que ocurra, *la vida es una bendición* porque *ningún acontecimiento*, por terrible que sea, *logrará arrebatarnos nuestra confianza* en Jesús resucitado. Además, a pesar de la bruma del exilio y de los dolores que la vida nos proporciona, en el fondo del corazón debemos conservar un rayo de luz del Paraíso y *recordar siempre la herencia que tenemos destinada.*

Acabo de volver del locutorio. Por fin, la última visita, que ha transcurrido en paz y muy cerca de Dios. Pierrette se comportó como me hubiera gustado verla siempre. Me marchó con la firme esperanza de que Jesús estará muy pronto con ella y que, finalmente, creará... Va a comulgar mañana a las 7 y, por supuesto, la acompañaré con el pensamiento. Para ella se levanta una nueva aurora. ¡Soy tan feliz! ¡Hace más de diez años que no se acercaba a la sagrada mesa!

Se hace tarde y me duele mucho el brazo. Esto me fastidia, porque tengo que escribir muchas cartas de despedida y necesito hasta cinco minutos para escribir tres líneas. Tengo ya algunas pero todavía me faltan cinco; y, además, he de continuar el diario. Esta noche tengo una acidez espantosa porque, como no había comido apenas, tomé un poco de chocolate para reanimarme. Jesús ha vuelto a mi corazón en ese mismo instante para calmar mis escrúpulos ante

ese «exceso» alimenticio. Deduzco que no tengo que exagerar y que estoy tentando a Dios al pretender debilitarme para soportar, sin unas gracias especialísimas, todas las pruebas que me esperan. *¡Mañana volveré a tomar chocolate!* Continúo sintiéndome fuerte y en paz. La ejecución me parece una simple formalidad, que no es tan terrible. Pienso en los santos y santas martirizados y esa idea calma mis temores. *¡Ojalá acepte Dios mi sangre, que va a ser derramada como un sacrificio completo!*; y, ya desde ahora, pido beneficiarme de todos los méritos del Calvario. *Que cada gota de mi sangre sirva para borrar un grave pecado mortal* y para que la justicia divina quede completamente satisfecha. Que nadie se pierda por mi culpa, sino que toda obra, todo pensamiento y toda palabra sirvan para glorificar a nuestro Dios.

«El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó. Todo lo que sucede es por Su voluntad. ¡Bendito sea el nombre del Señor»¹³.

¡Jesús, te amo!

¡Querría dar tantas gracias a mi Madre...!

Jueves 26 de septiembre

Esto no marcha: hoy estoy enfermo. Tengo frío, me duelen el estómago y la cabeza y mi dulce paz se desvanece. Cuando un miembro va mal, todo lo demás va mal, y no puedo decir que esta mañana sea capaz de enfrentarme a cualquier cosa. Ofrezco a Dios este padecimiento suplementario... Cuando me levanté esta

1,21.

noche, tenía un sabor espantoso en la boca a causa de la acidez que me produce el pan que he comido estos días. Sólo con olerlo se da uno cuenta del vitriolo que contiene. Así que ya no como. En estos últimos momentos es indispensable conservar el buen equilibrio de mis funciones orgánicas; de otro modo, no tendré la fuerza necesaria para soportar todo lo que me espera. *¡Qué valle de lágrimas!* De todos modos, espero mejorar por la tarde, ya que voy a ver al padre Thomas y pretendo hablarle de algo que no sea mi estómago. Bien, estoy esperando a la enfermera, pero ¡qué acidez siento en la boca! De todos modos no me encuentro bien: el dolor de los riñones no me lo alivia más que el nitrato de bismuto y sigo teniendo frío y dolor de cabeza. Espero estar mejor mañana. ¡Vaya día!

Ha venido a verme el subdirector. Parece que en la cárcel no se habla más que de la ejecución de Fesch y eso ha creado mal ambiente. Después de haber intentado convencerme de que, al no haber nada decidido había que conservar la esperanza, ha tenido la amabilidad de decirme que en esta semana no hay nada que temer: quizá el martes o el miércoles. Y ¿por qué no el jueves, fiesta de Santa Teresita del Niño Jesús?

Vengo de ver al padre Thomas. Mi corazón rebosa de amor y gratitud. *El Señor estaba con nosotros, puesto que prometió que, donde dos personas se reunieran en Su nombre, Él estaría en medio de ellas.* ¡Qué paz después de estas piadosas conversaciones! Cuando dos almas se reúnen para hablar de su único amor, ¡cuántas gracias pueden alcanzar de Él! He pedido al padre Thomas que *consagre a mi hijita a la Santísima Virgen.* ¡Cuántas gracias querría dar a mi Madre...! Así lo hará, como otras muchas cosas, puesto que va a

ser mi director espiritual. Me siento feliz, porque Pierrrette ha encontrado de nuevo a Dios; parece que la comunión ha sido para ella una fuente de serenidad que presagia grandes gracias. ¡Qué bueno es mi Jesús! Aún no he muerto y ya concede profusamente su perdón a todos los que llevo en el corazón. ¡Qué ingratos somos al agradecerse tan mal: yo el primero! ¡Que Jesús tenga piedad de nosotros! Tendré que devolver al padre Thomas desde el Cielo el céntuplo de lo que ha hecho por mí, pues *me encontrará en el seno del dispensador de todos los dones*. Me hace feliz el hecho de que celebre la Misa por mis intenciones todos los días. ¡Y todos los días Jacques Fesch sube al Cielo junto a la hostia santa! ¡Cuántas gracias estoy recibiendo! Solamente arriba conoceré el amor con que Jesús me ama. ¡Señor mío y Dios mío!

Cae la noche y estoy tranquilo. A pesar del amargor de la boca, me encuentro mejor del estómago. Estoy muy contento por haber visto al padre Thomas y espero volver a hacerlo el lunes próximo. Me gustaría saber si, cuando salió del locutorio, estaba tan lleno de paz y de alegría como yo mismo. ¡Qué suerte tener un amigo así! Confío en que, una vez allá arriba, el Señor me permita devolverle todo lo que le debo, así como al señor Baudet, que ha sido el aguijón de mi fe y «la pantera de Dios» que rugía junto al despreocupado cordero para conducirlo al redil. El Señor me ha procurado estos dos amigos. He recibido mucho de ellos y, sirviéndose de mí, el Señor les concederá mucho. *Todo culmina siempre en el amor de Jesús.*

«Haz brillar sobre mí tus misericordias, oh Dios mío, Tú que salvas a los que esperan en Ti.»

Yo sólo puedo esperarle en silencio deseando morir de amor.

Viernes 27 de septiembre

Hoy me encuentro bastante bien; va desapareciendo el malestar y voy a procurar que no reaparezca. Continúo en paz y cada vez digo mis oraciones más unido al Cielo. Apenas me interesan las cosas de la tierra y *vivo mucho más unido a los ángeles que a los hombres*. Hace un rato que pensaba en la frase del padre Thomas: «Creo que irás derecho al Paraíso». *Sí, lo creo*. Jesús, en su bondad, obrará para que yo muera con mis pecados completamente purificados. Para ello son necesarias unas gracias especialísimas que yo querría hacer comprender: *hay que ser puro como Cristo para poder contemplarle*. Y para llegar a ese grado de pureza es necesario que *Él mismo limpie* nuestra alma. Solos no podemos hacer nada. Hay que renunciar a la propia voluntad ¡absolutamente! Si no dejamos que Jesús ocupe sin restricciones nuestra alma, no estaremos plenamente purificados y no podremos ir derechos al Cielo. Ese sentimiento de impotencia total nos hace temer un poco el juicio de Dios. Es tan plena la conciencia de nuestra abyección y, sobre todo, de nuestra impotencia, que en nuestra debilidad tememos haber llegado a *resistir a la gracia*. Hemos de confiar y creer que, *si le dejamos hacer, Jesús lo puede todo en nosotros, sobre todo si le ayudamos*. *Yo creo que iré derecho al Cielo*. El Señor, en Su bondad, me ha elegido como instrumento de la Providencia, pues se complace en escoger a lo que es débil, despreciable y vil para demostrar la poca estima que siente por el mundo. Tengo aún el corazón hambriento de amor y Jesús está muy cerca de mí; me atrae más y más hacia Él y *yo sólo puedo ado-*

rarle en silencio deseando morir de amor... Con cada latido de mi corazón querría renovar, como Santa Teresita del Niño Jesús, el ofrecimiento de llegar a ser «víctima de holocausto a Su amor misericordioso hasta que, desvanecidas las sombras, pueda expresarle mi amor en un cara a cara eterno».

Espero la llegada de Baudet de un momento a otro. Temo que los funcionarios le causen problemas por haberme revelado lo que, por otra parte, tengo todo el derecho a saber. Pero ¿tienen tanto miedo a que me suicide...! Estoy transportado por el amor de Jesús que, en estos últimos momentos, estrecha en torno a mí su red protectora. *Viene... Siento que se acerca y desaría expresarle mi gratitud* por los grandes favores que me ha concedido. *¡Una eternidad de felicidad!* Y, además, para demostrarme Su amor paternal no quiere que sufra en estos últimos momentos y me eleva por encima de la angustia, pues es cierto que «el amor perfecto elimina el temor». ¡Qué bueno es nuestro Dios!

He visto a mi «feroz pantera» que, por otra parte, no tiene nada de feroz. Puedo dormir tranquilo hasta el martes. No ocurrirá nada antes de ese día. Presiento que, con Santa Teresa del Niño Jesús, el jueves se acerca. En fin, *la Santísima Virgen sabe mejor que yo cuándo vendrán a buscarme* y no formulo deseo alguno a este respecto. Me concede protección y consuelo, y yo sería el más ingrato de los hombres si hubiera en mí el menor resquicio de desconfianza. No quiero tener la más mínima preocupación sobre este tema. Sólo soy una débil criatura, y Jesús se complace en fortalecer a los débiles y en amarlos aún más a causa de su misma debilidad. Así que no hay nada que temer. Además, los niños son débiles, tienen el don de

creer en lo que se les dice y de poner su confianza en aquellos a quienes aman sin reserva alguna. Creo con todas mis fuerzas en que Jesús es mi apoyo y lo será hasta el final y nadie me arrebatará esta certeza. Ahora voy a acostarme. Tengo un poco de fiebre y me temo que estoy incubando una gripe. Mañana tendré que comer algo más porque siento el estómago vacío, y tampoco se trata de desfallecer. ¡Dios mío, qué naturaleza tan insignificante la mía!

¡Cuánta paz en esta noche! En estos momentos es cuando rezo con más amor.

Creo que iré derecho al Cielo

Sábado 28 de septiembre

Sigo vivo, como me lo habían prometido. Sin embargo, estoy en plena pelea con mi hígado y otra vez me siento enfermo. Tengo frío, apenas puedo comer y ese dolor viene a alterar la paz y el orden de mis días. Tengo que cuidarme, así que he llamado a la enfermera. También ofreceré este padecimiento, que es realmente querido y que me permitirá participar un poco más intensamente en los sufrimientos de Cristo. Mis oraciones de esta mañana se han visto un poco alteradas, en primer lugar por mi malestar y también porque el capellán me ha traído la comunión a las 7 y yo no había podido rezar la Misa. A las 8 recé el Rosario en la cama en lugar de hacerlo de rodillas porque me encontraba indispuerto. Y, además, porque esta noche me he equivocado: me desperté a las 11 de la noche creyendo que era la 1 de la madrugada. Recé el Rosario y luego me di cuenta de que era una hora desacostumbrada para mis devociones. Volví a acostar-

me y a las 2 me desperté de nuevo. Entonces recé un Rosario más y así compensé el fallo de esta mañana.

Veamos: si hubieran concedido el indulto, me lo habrían comunicado y ya estaría de vuelta en la división. Habrán iniciado los preparativos y repartido las instrucciones pertinentes. Vivo sometido a una continua vigilancia y todas las mañanas el guardián de noche debe enviar un informe a la dirección, que parece interesarse por mi sueño con curiosa solicitud. El director ya no me visita y se ha quejado enérgicamente al Procurador General de que me han dado la noticia. ¡No parece muy delicado por su parte! Bueno, dejémoslo a un lado y recemos.

Esto no mejora y estoy completamente dormido. La enfermera me ha hecho tomar dos pildoras para el hígado -que son somníferos- y he dormido como un leño, hasta el punto de que ahora no puedo abrir los ojos. ¡No tomo ni una medicina más! En fin, un día gris y penoso. Creo que el Señor lo quiere así con objeto de humillarme. Desea mostrarme que Él es quien dirige mi santificación y, de hecho, está ocurriendo algo que yo no preveía. Me imaginaba que podría progresar en el ascetismo hasta el fin y acabar mi vida en el más completo desprendimiento; en lugar de ello, hace cuatro días que me veo obligado a comer más, aunque no me agrada en absoluto. Además, como estoy enfermo, no puedo plantearme penitencias más duras. ¡Peor para mí! Ofreceré al Señor esta humillación. Las gracias sensibles se alternan también con períodos de oscuridad y de aridez, como si Jesús quisiera mostrarme, contrastándolo, el valor de los dones que me ha concedido. De otro modo, acabaría por dormirme en medio de un dulce ronroneo.

Debo luchar hasta el final y empiezo a sentirme realmente extenuado por este agotador combate.

¡Qué día, de todos modos! Es frío, gris y oscuro, tanto en el exterior como en mi alma. ¡Un tiempo de pesadilla! Tengo tanto sueño que voy a dejar de escribir para meterme en la cama. Espero que mañana todo vaya bien de nuevo.

¡No poder dar la vida como los mártires!

Domingo 29 de septiembre

¡Oh, sí! Hoy todo va mucho mejor. Me siento más cerca del fervor y más equilibrado físicamente. ¡Qué día el de ayer! Menos mal que ya ha pasado. Espero que mi Jesús haya aceptado todos mis padecimientos y que esté contento. Me figuro que hoy avanzaré de nuevo por mi camino de terciopelo y que mis plegarias surgirán otra vez desde el fondo de mi corazón. Hoy he comulgado y el capellán me ha avisado de que mañana vendrá a celebrar a mi celda, de modo que es posible que la ejecución tenga lugar el martes de madrugada... No pienso en ello y, de momento, tampoco tengo miedo, ya que mi lucha se desarrolla en un plano más elevado. Busco a mi Jesús, que la mayoría de las veces se me revela de modo sensible; y, si este gozo me abandona, sólo tengo un deseo: recuperarlo. Esta idea no me deja tiempo para pensar en la muerte y, cuando alcanzo dicho gozo, no se me ocurre pensar en temores. Querido suplicio que me va a hacer ganar el Cielo. *¡Qué lástima no poder dar la vida como los mártires que mueren por no renegar de su fe!* Aunque el castigo sea injusto, yo soy culpable y ofrezco a Dios todo lo que puedo ofrecerle.

«La espada pende sobre mi cabeza y ni siquiera me estremezco. El Señor se ocupa de mi debilidad y me siento feliz.- Subo al Cielo. Toco la patria y llevo conmigo la victoria. Pero antes, es preciso que el grano sea molido y pisada la uva. Un rápido golpe de la cuchilla separará mi cabeza como una flor primaveral que el dueño del jardín corta para su deleite»¹⁴.

¡Dichosos los que Dios honra con el martirio! La sangre que corre tiene un gran valor a los ojos del Señor, sobre todo la que se ofrece libremente. Yo no soy libre, pero si hoy me ofrecieran la libertad a cambio de una ofensa a Dios, me negaría, prefiriendo la muerte. Coopero con mi ejecución aceptándola con toda mi alma y ofreciéndola al Señor; así moriré menos indignamente. ¡Ojalá mi sangre aplaque un poco la cólera de la justicia divina!

«Sz'», decía Claudel, «la nave que se hunde, ya lo comprendéis, es el mundo: un barco que naufraga se parece bastante a este mundo nuestro. Y en mitad del puente un hombre encadenado, un padre jesuíta en medio de las hermanas degolladas, sabe que va a morir. ¡Como todos nosotros! ¿Qué dice, qué hace este hombre a las puertas de la muerte? Afirma que en el universo hay un equilibrio, una armonía y, por decirlo todo, un sentido: que, porque muere así, todo lo demás es posible, que no todo está perdido, que los continentes enemigos podrán reconciliarse un día en la caridad de Cristo.»

«De la mar agitada, del abismo que se dispone a tragar su presa, sube hacia el Cielo la hostia, una hostia de sangre y sacrificio. Lo sabéis: eso se llama la comunión de los santos.»

¹⁴ De una carta de San Théophile Vénard, martirizado en Indochina.

Dentro de cinco horas veré a Jesús

Lunes 30 de septiembre

¡Ultimo día de lucha: mañana a estas horas ya estaré en el Cielo! Mi abogado vino a comunicarme que la ejecución tendrá lugar mañana hacia las 4 de la madrugada. ¡Que se cumpla en todo la voluntad de Dios! Confío en el amor de Jesús y *sé que enviará sus ángeles para que me lleven en sus manos. Que yo muera como el Señor quiere que muera*, aunque estoy seguro de que Jesús, en Su bondad, me concederá una muerte cristiana a fin de que *pueda dar testimonio hasta el final. Es preciso que glorifique Su santo nombre y sé que lo glorificaré*. De momento, trataré de permanecer tranquilo y hacerlo todo con dulzura y serenidad. No quiero lanzarme a la oración en medio de una agitación insólita, sino que mi propósito es proseguir con mesura la obra de la redención que el Señor comenzó en mí hace dos meses. Jesús se me hace cada vez más cercano, siempre en la calma y en la paz del alma. El cuerpo tampoco está alterado, aunque mi carne deje oír de vez en cuando algunas veladas protestas. *Hay que liberarse del cuerpo como una mariposa de su capullo*, ¡y eso siempre duele un poco! He de fortalecer mi voluntad y para ello pienso en el cortejo de decapitados que honran a la Iglesia. ¿Voy a ser más débil que ellos? ¡Dios me libre! Desde hace varios días *contacto como nunca con la liturgia. Cada salmo, cada introito y cualquier otra oración coinciden con las horas que estoy viviendo y tengo la impresión de estar leyendo unas plegarias que estuvieran grabadas en el fondo de mi corazón*. ¡Los salmos penitenciales son tan hermosos! Me gusta mucho el número sesenta y nueve y, por supuesto, el vigésimo segundo.

Como me decía esta mañana el capellán, a pesar de mi miseria se me ha concedido el gran honor de imitar a nuestro Señor Jesucristo. No se me mata por lo que he hecho, sino para servir de ejemplo, y por razones de Estado. Eso me recuerda a Caifas afirmando: «¿No comprendéis que es necesario que muera un hombre para salvar a los demás?». No sé si algunos tropezarán en la piedra que rechazaron los constructores pero en todo caso e imitando a Jesucristo, tengo que pedir al Cielo que no se impute a nadie pecado alguno por mi culpa.

Cae la noche y estoy triste, triste... Se acerca la muerte y, aunque no tengo miedo, mi alegría ha desaparecido. El Reino de los cielos se ha retirado y yo me he quedado solo. Debo rezar mucho más, pero sé que este abandono es querido por Dios para probarme. Me figuro que durante esta noche de agonía pasaré por distintos estados de ánimo y sé que voy a sufrir un poco. Hace un rato me parecía que, haga lo que haga, el Paraíso nunca será para mí. Esto me lo inspira Satanás para desmoralizarme. Me he arrojado a los pies de María y ahora estoy mejor. De todos modos, ¡qué extraña víspera de muerte! Dentro de unos momentos voy a unirme con Pierrette por unas horas. Con este motivo, leeré la Misa de esponsales. ¡Amargura de amarguras! No debo olvidar que, independientemente de lo que sienta, tengo que superar esta situación a base de fuerza de voluntad. ¡Y no olvidemos que Dios es fiel!

Ya he leído la Misa de esponsales¹⁵ uniéndome con toda mi alma a Pierrette, que ya es mi mujer de-

¹⁵ Es decir: leer en el misal los textos de la Misa de esponsales.

lante de Dios. He pedido a la Virgen que tome a sus dos hijas¹⁶ bajo su protección y les conceda todas las gracias necesarias en sus circunstancias. Creo que, de todos modos, voy a descansar un rato. Me siento tranquilo, pero cansado. Estoy en paz, con una paz mezclada de tristeza; ahora rezaré el Rosario y las oraciones de los agonizantes y luego *encomendaré mi alma a Dios*. Después, en la cama, meditaré en la agonia de nuestro Señor en el monte de los Olivos. ¡Jesús bueno, ayúdame!

He dicho mis oraciones y me veo inundado de paz y fortaleza. Jesús, en Su amor infinito, ha oído mis plegarias y me ha colmado. Jesús, ¡te amo!

Son las once y cuarto y estoy esperando... Las horas transcurren lentamente y a cada campanada me digo lo poco que me queda de vida. Rezo... Hubiera querido dormir un poco, pero, evidentemente, no lo consigo. Sin embargo, estoy lleno de fortaleza y con la mente muy clara; mi imaginación interviene de vez en cuando y me veo obligado a vigilar para que no me lleve muy lejos. ¡Qué duro es morir! Pienso en los que en estos momentos están rezando por mí: el señor Baudet, mi padre, el padre Thomas... y ese pensamiento me hace mucho bien. Estoy más tranquilo que hace un rato, porque *Jesús me ha prometido que me llevará enseguida al Paraíso* y que moriré como cristiano. Voy a rezar el Rosario de rodillas esperando conservar mi lucidez hasta el final y luego descansaré un rato otra vez. Ya he rezado el Rosario. ¡Qué paz, qué lucidez de mente! *Me siento ligero, ligero y, por el momento, el temor se ha desvanecido*. No estoy solo

¹⁶ Al decir «sus dos hijas» Jacques se refiere a Pierrette y a Véronique como hijas de la Virgen.

porque Dios está conmigo. *¡Sólo cinco horas de vida! Dentro de cinco horas veré a Jesús.* ¡Qué bueno es nuestro Señor! Ni siquiera espera a la eternidad para recompensar a sus elegidos. Me atrae dulcemente hacia Él dándome una paz que no es de este mundo.

Debe ser aproximadamente la 1 y media. Acabo de rezar otro Rosario y hablo con Jesús y la Santísima Virgen como con un padre y una madre. Me inunda la paz y mis oraciones fluyen como la miel. Jesús bueno, que tanto ha sufrido por mí y que todavía carga con casi todo mi dolor. Dichoso el que pone su confianza en el Señor: no quedará jamás confundido.

La paz ha desaparecido dando paso a la angustia. Es abominable. El corazón salta en mi pecho. Virgen Santísima, ten piedad de mí. Sin embargo, creo que con un poco de voluntad llegaré a superar esta angustia, pero ¡cuánto sufro de todos modos!

Creo que voy a interrumpir este diario, pues oigo unos ruidos inquietantes ¡Con tal de que resista el golpe...! Ayúdame, Virgen Santísima. Adiós a todos y que el Señor os bendiga.

FIN DEL DIARIO

EPÍLOGO

¡Qué bueno es partir hacia la aurora que se anuncia!

Éstas son las últimas palabras escritas... el resto de la página está en blanco.

Gracias a otras escritas aquella misma noche o en los días precedentes todavía pueden aclararse. No necesitan comentarios. Recibámoslas de rodillas y dejémoslas caer en el silencio de un corazón que escucha y espera:

«No puedo escribir esta carta sin emocionarme al pensar que, cuando la lea, yo estaré en el Cielo. ¡Ojalá pudiera describirle por adelantado todas las maravillas del amor de Jesús y hacerle saborear toda su dulzura! ¡Ah! Todavía por unas horas el velo cubre mis ojos y, cuando vea, ya no podré compartir mi alegría con Vd. y tendrá que continuar solo su combate en el exilio y en las amargas pruebas que se abaten a placer sobre los hijos de Dios».
(Carta de despedida a Baudet. Lumière.)

«Estoy más tranquilo que hace un rato porque Jesús me ha prometido que me llevará enseguida al Paraíso.»
(Anotación de la última noche, 30 de septiembre-1 de octubre 1957.)

«La ejecución tendrá lugar mañana hacia las 4 de la madrugada. ¡Que se cumpla en todo la voluntad de Dios!... Estoy seguro de que Jesús, en Su bondad, me concederá una muerte cristiana a fin de que pueda dar testimonio hasta el final. Es preciso que glorifique su Santo Nombre y sé que lo glorificaré... He de fortalecer mi voluntad y para ello pienso en el cortejo de decapitados que honran a la Iglesia. ¿Voy a ser más débil que ellos? ¡Dios me libre!»

(Anotaciones de Jacques en la última noche, del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1957.)

«Espero en la oscuridad y en la paz... Tengo los ojos fijos en el crucifijo y mis miradas no se apartan de las llagas del Señor. Repito incansablemente: 'Es por Ti'. Yo, que voy a sufrir tan poco, quiero conservar esta imagen hasta el final... Espero al Amor.»

(De la carta de despedida al hermano Thomas, 30 de septiembre de 1957.)

«¡Dentro de cinco horas, veré a Jesús!»

(Últimas anotaciones, noche del 30 de septiembre al 1 de octubre.)

Jacques escribió un día:

«A mi amigo Robert, esperando que también él vea brillar la aurora. Se decía a sí mismo que es bueno partir de noche hacia el final del exilio, hacia la aurora que brilla, cuando aquí abajo el alma está cubierta con un velo. Después, con los ojos fijos en las estrellas, marchó entre sollozos hacia el negro potro y el tajo ensangrentado».

(Emisión France-Culture, 10, II, 1973, dirigida por M. Bichebois. Reproducida en Cellule 18.)

«¡Ten valor, hermanito, arriba nos encontraremos!»

Recientemente pudimos encontrar la pista de su más próximo compañero de cárcel, André Hirth. Ésta es la transcripción de la entrevista (respetando el estilo oral) cargada de profunda emoción, a pesar de los treinta años transcurridos¹.

«Cuando Jacques salía a pasear, lo veía de lejos a través de los barrotes porque yo estaba en el primer piso y él automáticamente en la planta baja. Él no podía verme, pero eso no nos impedía -y digo bien-mantener cortas conversaciones y, a veces, largas conversaciones.

Después de la visita de su abogado, Jacques nos habló para darnos la «noticia»: «Os voy a dejar... *Será mañana por la mañana... Quería saberlo a fin de poder recogerme completamente antes del Gran Encuentro con el Amado... Estoy algo inquieto pero confío, porque la fuerza interior que me abraza es todo amor... La verdad es muy distinta... Amentónos los unos a los otros... Amaos los unos a los otros... No estéis tristes; tengo la seguridad de que, dentro de unas horas, seré muy feliz...*». Nosotros estábamos tan emocionados que no nos atrevíamos a decir palabra... Teníamos miedo... él no».

Ésta es la última conversación, en la noche misma de su tránsito a Dios:

i Ver biografía, pp. 135-136.

«Aún le oigo decir en la víspera de su marcha: *'Mira, André: aunque no podemos decir que nos conocemos, tengo que decirte que hay que cambiar de rumbo; si no cambias de rumbo acabarás como yo. Te la darás de morros. Y que sepas que, cuando llega, es muy duro'*. Entonces yo le decía: '¿Te agarras? ¿Por qué? ¿Me puedes decir por qué te agarras? ¿A qué? ¿A Dios? Estás de broma. Vamos, eso es una estupidez. Eso es... ¿Pero no te das cuenta de que eso lo han inventado los hombres? Yo le contaba... En fin, yo trataba de defenderme como podía, pero él estaba convencido de tener razón. Realmente convencido. Adoraba, adoraba a la Virgen, hay que decirlo. Y adoraba al Señor. Yo no lo entendía y pensaba: 'Eso es bueno para él, es su vía de escape'.

Lo que me desconcertó fue que, justamente la noche de la víspera, cuando se enteró -porque se enteró- de que se iría al día siguiente, que iría hacia... bueno... hacia la guillotina, por decirlo así, creo mi deber decir que estaba menos alterado que nosotros. Lo notaba tranquilo, ponderado, me parecía que... bueno, ya sabéis, no tenía la impresión de que le temblara la voz. Nosotros no pensábamos más que en que se iba.

Aunque digo que me daba pena, no era pena. Entonces empleaba aquella palabra porque le tenía mucho cariño. Me gustaba su coraje y la fe que tenía. La fe que yo no tenía aún, que desconocía completamente. ¡Sí, es cierto!

Antes de su marcha, hacia las 3 o las 4 de la madrugada, momentos antes de su marcha, cuando oímos por el corredor unos pasos amortiguados, porque nosotros tampoco dormíamos porque sabíamos que se iba, pues bien, Jacques me dijo: *'Ya está, me parece, me parece que vienen, ha llegado la hora'*. No temblaba. Lo único que añadió, fue: *'¡André, André!... No he podido verte nunca la cara con claridad... Sin embargo, estoy convencido de que volveremos a vernos... Te digo simplemente hasta la vista... Mientras tanto, si alguna vez ves a mi hija, dile cuánto lo siento*

y cuánto la quiero'. Y yo le dije: 'Ciao, ten valor, hermanito'. En aquellos momentos, que recuerdo perfectamente, era yo el que lloraba como un crío...».

¡Lo tengo siempre presente!

«No sólo me lo dijo a mí. Había allí un tipo que formaba parte del equipo de ... máscaras rojas. Teníamos los ojos llenos de lágrimas. Era duro ver marcharse a un camarada como él. Tenía ganas de gritar: todos somos asesinos, pero ¿de qué habría servido? Había que callarse, había que recogerse, había... Se marchaba y había que dejarle ir, *dejarle marchar con su valor*. No le debíamos interrumpir.»

«Horas después», dirá André Hirth, «cuando el vigilante me abrió la puerta, le pregunté: «¿Cómo ha ido todo con Jacques?». «¡Ah», me respondió, «no debía hablar, pero... nos hemos emocionado todos. ¡Qué serenidad, qué valor!... Pasó por la lavandería, estuvo en la oficina, él mismo firmó... su salida, si lo puedo decir así. No tendrían que haber matado a ese chico». Éstas fueron exactamente sus palabras².

Hay una cosa cierta: Jacques se fue, pero lo tengo *siempre presente*. Añadiré que desde, desde su marcha, el 1 de octubre de 1957, muchas cosas han ocurrido en mi vida. Han pasado los años pero yo no he podido olvidar...

En Survilliers, 4 de abril de 1987
André HIRTH

² Durante aquel día, en la cárcel reinó un silencio absoluto.

ALGUNOS TESTIMONIOS

«Estábamos embebidos en Dios...»

Treinta años después del hecho, el padre Thomas nos proporciona el testimonio de su último encuentro:

«Era, pues, el jueves 26 de septiembre de 1957, al final de la tarde. Había gente y mucho ruido en el locutorio común, donde las cabinas se alinean una junto a otra. Las rejas, separadas por un metro de distancia, permiten verse y oírse con dificultad, porque los vecinos molestan. Yo llegué el primero. Jacques se presentó enseguida acompañado de un vigilante que permaneció muy cerca, a sus espaldas. Pero nada de aquello nos importaba; el rostro de Jacques resplandecía con una profunda paz; me habló en primer lugar de su gran alegría al poder entrevistarse conmigo antes de su próxima muerte. Tenía el convencimiento absoluto de que denegarían el indulto: Cristo le llamaba, decía. Daba gracias a Dios por haberse servido de sus amigos, el letrado Baudet y yo, para hacerle el bien. Quiso que le administrara el sacramento de la penitencia y así lo hice. Luego me habló de la Santísima Virgen y de Teresita, asegurándome que les debía su salvación. Ksperaba que la ejecución tuviera lugar

el día de la santa y aquella coincidencia lo llenaba de júbilo. En aquel momento el vigilante nos indicó que había terminado el tiempo reglamentario. Yo pensaba volver a verle el lunes 30, víspera de su ejecución, que él preveía para el martes 1 de octubre. Por ese motivo nos separamos sin pena. Además de que, aun sin esta esperanza, era tan profunda la paz que reinaba entre nosotros, que nada hubiera podido alterarla. Desde el primer momento estuvimos «embebidos en Dios». Libreville, viernes santo, 17 de abril de 1987.

Un chico diferente

«Muchas personas laicas como yo se dieron cuenta enseguida de que Fesch no era un asesino como hay muchos. Era un chico diferente y nosotros comprendimos enseguida que no ocultaba nada, y eso es importante. Un hombre que en el banquillo no oculta nada, créame, no es corriente. Pues bien, él no oculta nada absolutamente. Se mostraba reservado y nosotros nos preguntábamos qué había en él. Se lo voy a decir: lo que había en él era... santidad.

Es un sueño que acaba en sangre, ¡sí! Es el sueño de un niño que no llegó a crecer y que muere tras haber comprendido, por fin, que era un niño.»

Frédéric Pottecher

Emisión en France-culture, 10 de febrero de 1973.
(Repetida en Radio Suisse romande, el 7 de septiembre de 1973, y en Radio Canadá.) Premio radiofónico de la UMDA.

Vivía ya en la eternidad

«Me dijo: 'No me hable de indulto, porque ahora estoy preparado para morir y sería incapaz de pasarme veinte años en una cárcel. Me pudriría, y quiero morir ahora'. Él estaba convencido de que iría al Cielo; en resumen, tenía una fe extraordinaria; ya estaba en la eternidad, vivía en ella... Llegó a decirme: 'Más tarde la ayudaré, la ayudaré. Sea usted buena con los condenados a muerte; es muy duro, ¿sabe?'. Parecía no estar ya en esta tierra.»

Señorita Anstett

Su asistente social

Testimonio de la Srta. Anstett para la emisión del 10 de febrero de 1973.

Jacques ayuda a los presos a reencontrar la fe y la esperanza

«Deseo que este vigésimo quinto aniversario sea para todos ocasión de recordar que el Señor está siempre al lado de los más pequeños. Él, que es la Luz, Él, que es el Amor, ha llegado a sacrificar Su vida para salvar al mundo. Con el testimonio de su fe y su esperanza, Jacques ayuda a muchos reclusos a vencer la tediosa soledad de la celda. Les ayuda a encontrar fe y esperanza.»

Patrick P.

11 de septiembre de 1982.

Testimonio de dos detenidos

«El libro (*Lumière sur l'échafaud*) tiene tal fuerza que se puede meditar con él como con un salmo.»

Un detenido suizo
18 de enero de 1988.

«Es un libro magnífico que, literalmente, devoré en un día. Jacques Fesch me da un ejemplo de fe y valor que voy a procurar imitar. Como le dije en el locutorio, no me hago ilusiones sobre el veredicto: la opinión está de tal modo en contra de mí... Aunque me condenaran a la pena capital, mi moral no se vería alterada por ello, y la fe que adquiriré hace diez meses -aunque todavía tengo mucho que aprender- es lo bastante grande como para confiar en Dios. Me entrego completamente en Sus manos... Para alimentar mi fe, todas las mañanas me embebo en la Biblia. Esta maravillosa Palabra de Dios me da las armas necesarias para pasar dos días en armonía con Nuestro Señor.»

Patrick Henri¹. (Carta a Jean Toulat, publicada en *La Croix*.)

¹ Patrick Henri, un caso parecido al de Jacques Fesch. La misma edad aproximadamente. Un ambiente social que no solía ser el de la delincuencia. Ansia de dinero. Un proyecto que fracasa y desemboca en lo irreparable.

SILENCIO

Ahora que me encuentro en la fuente de la misericordia...

Y ahora, dos párrafos de las últimas cartas de Jacques *especialmente dirigidas a ti*, que acabas de leer este libro, quienquiera que seas. Recíbelas como venidas de sus labios.

«En estos últimos momentos sólo deseo hacerme cada vez, más semejante a Jesucristo crucificado. Que la paz que supera todo entendimiento te inunde y que el Señor te guarde hasta la última mañana en la que una nueva aurora brillará también y por fin para ti. Hasta que nos veamos de nuevo en Dios, te abrazo en Cristo Jesús y en María. Tu liei'niano en Dios,

Jacques.»

(De la carta de despedida a Baudet, *Lumiére.*)

«Ahora seré yo el encargado de que tú recibas los dones que Dios, desde lo alto, ha derramado sobre mí... porque estaré en la fuente de la misericordia.»

(De la carta de despedida al hermano Thomas, *Lumiére.*)

* * *

En una ocasión Jacques planteó la siguiente pregunta:

«¿Cómo hubiera podido yo oír una voz que solamente habla en el murmullo de la fuente?»

(Del relato al padre Devoyod, *Lumiére.*)

¡Y veámoslo ahora en la misma fuente!

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN A LA QUINTA EDICIÓN FRANCESA	7
PARA CONOCER MEJOR A JACQUES FESCH. André Manaranche	9
JACQUES FESCH. 6 de abril de 1930-1 de octubre de 1957)	11
<i>Los testigos: dos hombres</i>	11
<i>Dos libros</i>	20
<i>Los expedientes de los archivos</i>	22
<i>La familia</i>	24
<i>Retrato de familia</i>	27
<i>Padre e hijo</i>	30
<i>La madre</i>	36
<i>¡Pobres estudios!</i>	41
<i>Una adolescencia desdichada</i>	45
<i>Un joven indeciso</i>	48
<i>La boda y la ruptura</i>	49
<i>La obsesión de un sueño</i>	55
<i>El drama</i>	61
<i>Las dos etapas de la conversión</i>	71
<i>La vida en la cárcel</i>	84
<i>Diversas amistades</i>	91
<i>Las cartas</i>	95
<i>Los locutorios</i>	97
<i>Un abogado sorprendente</i>	103
<i>Un capellán de gran corazón</i>	120
<i>El juicio</i>	122
	313

<i>Los últimos momentos</i>	135
<i>Todo es gracia</i>	144
PRESENTACIÓN DEL DIARIO DE JACQUES. Daniel-Ange	153
UN TESTAMENTO DONDE LO ESENCIAL PASA A SER NUESTRA HERENCIA.....	155
<i>¿ Canto del cisne o Cantar de los Cantares ?</i>	155
<i>¡Pentecostés: tengo ojos nuevos!</i>	156
<i>La aurora que se filtra a través de las últimas sombras de la noche</i>	157
<i>Unas confidencias que solamente se pueden recibir de rodillas</i>	158
DIARIO ESPIRITUAL DE JACQUES FESCH. Agosto-septiembre 1957	159
ADVERTENCIA DEL EDITOR	161
<i>La vida que florece allí donde todo es luz</i>	163
<i>Como un viento impetuoso el Espíritu se aferra a mi garganta</i>	165
<i>En las fuentes de agua viva mi tristeza se cambia en gozo</i>	168
<i>Un niño de la mano de su madre</i>	170
<i>Me gustaría rezar de rodillas</i>	173
<i>El sufrimiento de una niña hace gritar a las piedras</i>	175
<i>Sólo me siento fuerte después de haber rezado</i>	179
<i>Las humildes y sencillas oraciones de los niños</i>	181
<i>Profusión de dulzura, desbordamiento de gozo</i>	184
<i>¿Quién no ha llorado como Pedro?</i>	187
<i>María, ¡cuánto consuelo has dado!</i>	190
<i>¡Ojalá la Santísima Virgen conduzca mi alma al Paraíso!</i>	192
<i>Un simple velo nos separa del Reino</i>	195
<i>La última fiesta grande para mí</i>	198
<i>Besaría las piedras</i>	200
<i>Cae la noche y yo me refugio en la oración</i>	203

<i>Dentro de poco, cero cigarrillos y en pie a las 5 de la mañana</i>	205
<i>Me encuentro cada vez más a ras del suelo</i>	207
<i>El combate cesará cuando el Señor lo disponga</i>	210
<i>¡Hijital Te llevaría conmigo hasta el fin del mundo</i>	211
<i>Jesús vencerá y brotarán de nuestros ojos lágrimas de alegría</i>	214
<i>Aceptar con una sonrisa todo lo que el Señor me envía</i>	216
<i>La carne y la sangre, más reales que la letra y la cifra</i>	217
<i>Yo digo cielo y ellos contestan tierra</i>	219
<i>En el Cielo debe resonar: «¡Salvar a Jacques Fesch!»</i>	220
<i>Endiablado tabaco: podré contigo</i>	221
<i>¡Pasar la Navidad en el Cielo! Desde allí podré hacer mucho bien</i>	224
<i>Prefiero la dulce sonrisa del Pobrecito</i>	226
<i>Dentro de un mes seré yo el crucificado</i>	228
<i>Renunciar a todo lo que no es indispensable</i>	229
<i>María pondrá unas gotitas de miel en todo ello</i>	231
<i>Soy un niño pequeño: necesito a Teresa</i>	233
<i>Con ellas dos, no corro ningún riesgo</i>	235
<i>Dar pasos cortos, pero apuntando alto</i>	237
<i>Sé que la Virgen quiere llevarme directamente al Cielo</i>	241
<i>Estos dos meses, ¡toda una vida!</i>	244
<i>Besos en las heridas de María</i>	246
<i>Llorar sólo con oír el nombre de Jesús</i>	248
<i>Me acerco a la muerte, la acepto y la ofrezco</i>	251
<i>Ver todas las cosas a la luz de la pasión de Jesús</i> ••	253
<i>Cae la noche y me siento solo</i>	257
<i>Seguir paso a paso a Jesús en su Pasión al lado de María</i>	260
<i>En la vida de los santos ni siquiera hay un atisbo de tibieza</i>	264
<i>Poco a poco muero para la tierra y nazco para el Cielo</i>	266
<i>Germina la semilla del Evangelio lanzada a los cuatro vientos</i>	268

<i>Dentro de unos días vendrá a buscar mi alma</i>	270
<i>¡Dios mío, qué alegría siento esta noche en el corazón!</i>	272
<i>¡Mi hijita según la carne, mi hija en Dios!</i>	276
<i>¡Dentro de ocho días, en el Cielo! Pero Jesús estará a mi lado hasta el final.....</i>	278
<i>¡Ya voy, Jesús! ¡A mí, la gloria!</i>	281
<i>Dejo la justicia en manos de Dios</i>	284
<i>No moriré: no haré más que cambiar de vida</i>	286
<i>¡Querría dar tantas gracias a mi Madre...!</i>	288
<i>Yo sólo puedo esperarle en silencio deseando morir de amor</i>	291
<i>Creo que iré derecho al Cielo</i>	293
<i>¡No poder dar la vida como los mártires!</i>	295
<i>Dentro de cinco horas veré a Jesús</i>	297
EPÍLOGO	301
<i>¡Qué bueno es partir hacia la aurora que se anuncia!</i>	301
<hr/>	
<i>«¡Ten valor, hermanito, arriba nos encontraremos!-»</i>	303
<i>¡Lo tengo siempre presente!</i>	305
ALGUNOS TESTIMONIOS	307
<i>«Estábamos embebidos en Dios...»</i>	307
<i>Un chico diferente.....</i>	308
<i>Vivía ya en la eternidad</i>	309
<i>Jacques ayuda a los presos a reencontrar la fe y la esperanza</i>	309
<i>Testimonio de dos detenidos.....</i>	310
SILENCIO	311
<i>Ahora que me encuentro en la fuente de la misericordia</i>	311